

Alice Basso

E **S** CRIBIR

ES UN

O F I **C** IO

P E **L** IGROSO

En medio del mundo de la moda,
las claves para resolver un antiguo crimen
se encuentran en la cocina y los libros

Alice Basso

E  CRIBIR

ES UN

OFI  IO

PE  IGROSO

Índice

Prólogo

1. *Black Hawk Down*
2. Bocados y sobras
3. *There's just one kind of favour I'll ask for you*
4. Le revelo un secreto
5. Hogar, dulce hogar
6. Será un maldito lío, Sarca
7. Chalote y destino
8. De qué me perdí mientras no estaba viendo
9. Internet y topinambur
10. Medios de comunicación masiva
11. Niebla
12. Caer en la red
13. El suspenso del pan tostado y otras historias
14. En qué tipo de novela policiaca estamos
15. El oro del pasado
16. El juego de Infierno y Paraíso
17. Un montón de imágenes
18. Cocina para novelas policiacas
19. Estrellas
20. Lecciones de estilo
21. Cenicienta alfa
22. Satisfacción
23. Feliz Navidad, Sarca

24. El más trillado de todos los clichés

25. Caer bien

26. El infalible principio de Locard

Acerca del autor

Créditos

Planeta de libros

A Antida, que no es Irma (su cerebro funciona muy bien, se peina y se viste mucho mejor), pero que, como Irma, tiene la conversación más brillante de entre todas las personas que conozco.

Prólogo

Descubrí que el peso específico del papel es de aproximadamente $10\,000\text{ N/m}^3$. Un poco más que el de la ceniza y que el de la cera de las abejas. Un poco menos que el de la leche, definitivamente menos que el de la sal y también que el del talco. Más o menos lo mismo que el del hielo. Un poco más que el del tolueno, aunque no tengo idea de lo que es eso (un «líquido volátil», dice Wikipedia, por lo que no debe ser muy pesado).

Entonces, se deduce que, técnicamente —*técnicamente*—, el papel parecería ser ligero más bien.

Ahora díganme ustedes si esto no es una tontería.

Estamos todos de acuerdo en decir que el tiempo es relativo y en citar a Einstein: «Siéntense una hora con una bella muchacha y les parecerá que pasa un minuto. Siéntense un minuto sobre una estufa y les parecerá una hora». También, estamos todos acostumbradísimos a disertar sobre la subjetividad de la percepción del *tiempo*. Pero hablemos un momento de la subjetividad de la percepción del *peso*. Por ejemplo, en una mudanza: ¿se han llevado una caja de libros de un cuarto universitario? En un examen: ¿han estudiado las quinientas sesenta páginas del *Gran manual de la historia de la diplomacia internacional desde la Edad moderna hasta la Guerra Fría*? En una carta: ¿han recogido de un cojín los ochenta gramos de una nota de despedida? Sí, el papel pesa. Cualquiera que lo haya manejado lo sabe. El tema del peso específico definido podría funcionar para el papel blanco, el papel intacto (sin cortar); la cuestión es que el papel tiene esta propiedad única, esta reactividad químico-emotiva con la cual, apenas escribes algo sobre él, su peso cambia; y así, las cuatrocientas noventa páginas de la *Piedra del viejo pescador* parecen un ramito de margaritas, mientras que las ciento treinta de *De ratones y hombres* se sienten como una roca que te impide ponerte de pie por medio día, incluso después de haber cerrado el libro.

El papel pesa.

Pienso en esto mientras observo mi librero como si lo viera por primera vez, y no logro entender cómo no ha explotado en una lluvia de astillas.

Acerco la escalera y subo al último escalón.

El problema es más grande de lo que pensaba. Las repisas se han pandeado lo suficiente para separar una parte del fondo, y en medio se abrió una separación de unos centímetros. Sobre la repisa más alta tengo los CD. Están amontonados en tres filas, porque las repisas de abajo están completamente ocupadas por libros —en dos filas por repisa más una extra encima—. Si había una lógica en su acomodo, murió hace tiempo. Necesito un librero más grande. Necesito una casa más grande. Necesito un sueldo más grande. Okey, hace poco logré sacarle un aumento a mi jefe, pero a quién le importa: según veo, siempre necesito un aumento de sueldo. El hecho es que es la

décima vez que pasa esto: cuando trato de tomar un CD, lo empujo sin querer hacia el fondo del librero, y el idiota se cae por la estúpida apertura hasta ir a parar atrás de los libros de la repisa de abajo.

Hurgo detrás de los libros.

Creo que no he desempolvado esto desde 2006 y es urgente que lo haga.

Palpo con los dedos —llevo las uñas pintadas de morado— pero no siento ni rastro de la caja del disco. Carajo. Deberé levantar los libros para desenterrarlo.

Inicio poniendo sobre el escritorio un pequeño *cluster* de clásicos: *La cartuja de Parma*, *El lobo estepario* y... *El idiota*, de Dostoievski, ¡qué sorpresa! Tengo una regresión: por un momento tengo de nuevo quince años, es lunes por la mañana y estoy yendo a la escuela después de haber estado despierta toda la noche para terminar de leerlo. Dios, qué humor de mierda tuve ese día. Pero mi memoria podría fallarme, porque de hecho no estoy segura de haber pasado un solo minuto de mis quince años sin tener un humor de mierda.

Por qué ahora.

Peso específico percibido de *El idiota*: 1000 N/m³ por palabra.

Sobre el viejo Fiódor acaba *Historia militar en veinte movimientos*, Editorial L'Erica, 2006. Un exoficial del ejército italiano, ansioso de emular a Sun-Tzu y a Von Clausewitz, narra veinte grandes batallas de la historia a través de la táctica, estrategia y evolución de la instrumentación bélica: la formación en tortuga en Veyes, la intimidación en Ascalón, el lanzallamas en Verdún. ¡Genial!, ¿verdad? Pero claro, en papel. (Paréntesis: ¿quién diablos acuñó esta expresión, *en papel*, para indicar que algo sucede en teoría, en el nivel de proyecto, en las intenciones? Es absurda. Como si en papel sólo pudieran estar estas cosas: teoría, proyecto, intención. Por favor. He vivido más aventuras que empiezan y terminan en los libros, que las que he visto comenzar en la vida real. En todo caso, es justamente la vida real la que se queda siempre allí, suspendida en el aire, y sólo una vez cada millón de años va a parar a algún lado. Es en la vida donde la trama y el argumento, la mayoría de las veces, dejan mucho que desear; en los libros, por lo menos en los buenos, todo tiene una conclusión, un sentido. Y es un alivio... pero, decíamos): En *papel*, sí, en teoría el proyecto de la *Historia militar en veinte pasos* habría sido genial, pero en la práctica, esto es lo que sucedió.

Antes que nada: tenemos a una *ghostwriter*.

¿Qué es un *ghostwriter*? Un *ghostwriter* es, digamos, el plancton de la cadena alimenticia editorial. Es el último peldaño en la escalera jerárquica del éxito y del prestigio. En términos más prácticos, es esa criatura hecha de la misma sustancia de la que está hecha la frustración, que emplea toda su creatividad, su capacidad de documentarse, su habilidad de escribir y de expresarse, con la finalidad de producir un libro que será firmado *por otro*. Y entonces se deslizará hacia la sombra desde donde vino, resignada como lo dice su contrato (generalmente un contrato obscenamente esclavizante: por lo menos, así es el que tengo yo con Enrico Fuschi, mi editor), sin exigir el más mínimo grado de reconocimiento y, por el contrario, obligada a sostener a toda costa y por cualquier medio la ilusión de que el tipo que aparece en la portada es el que verdaderamente escribió el libro.

En resumen, fase uno: tenemos una *ghostwriter*.

Fase dos: la *ghostwriter* mal pagada transcribe doce horas de audio grabadas por un belicista envejecido que debería usar más adhesivo para dientes y que malgasta la mitad de su vida en magnificar la cultura del cuartel. Fase tres: la *ghostwriter* mal pagada trata de entrar en la cabeza del belicista envejecido —como hace cada vez que trabaja para un autor nuevo, para conseguir que el libro que le está escribiendo refleje su estilo y personalidad— y descubre que en esa cabeza hay mucho espacio porque, quitando los largos discursos militaristas, está completamente vacía. Fase cuatro: la *ghostwriter* mal pagada pasa dos semanas entre bibliotecas e internet intentando acumular ese mínimo de nociones especializadas necesarias para integrar los discursos fastidiosos de otros ineptos y conferir al libro la dignidad científica que a su autor oficial le falta. Sé estas cosas porque la *ghostwriter* mal pagada soy yo. Por cierto, aunque todo esto que les cuento sucede en 2006, hace más o menos diez años, todavía hoy soy una *ghostwriter* mal pagada, por lo menos desde mi percepción, ya que de percepciones se trata.

Peso específico percibido de *Historia militar en veinte pasos*: 111 000 N/m³, como el plomo.

Peso específico percibido de la profesión de *ghostwriter*: a veces, un millón de N/m³.

Quito una edición de bolsillo de Elmore Leonard (peso específico: un poco más que el de Lansdale, un poco menos que el de Ellroy).

Una segunda edición de bolsillo, de Lansdale.

Es *El meñique verde*. Un manual de jardinería para pequeños balcones de ciudad, que escribí en nombre de un botánico en 2011. (¿Su peso específico? 1 500 N/m³, como el de la madera de balsa: tan ligero que no sabes qué hacer con él). Desde entonces, al menos en teoría, aprendí a la perfección cómo cultivar un baobab en la estancia. En la práctica, lo único que he dejado crecer en mi casa son las pilas de ropa sucia y algún hongo en el refrigerador.

Ahora me encuentro con el menú del restaurante chino *El dragón de seda*, que ofrece servicio a domicilio, incluidos los domingos. Hace mucho que no lo veía, ¡mira dónde se había metido! Lo dejaré afuera, este papelito sí que puede serme útil.

Otro libro más: *Pollyanna*. ¿En serio? Lo examino como un artefacto alienígena. ¿De verdad tengo una copia de *Pollyanna* en mi librero? ¡Jesús! Más que nada me asombra que, ahora que lo tengo en la mano, no se esté desintegrando al contacto con la antimateria. Ah, pero claro, ahora recuerdo... debí pedirlo como documentación cuando me tocó dirigir la conmemoración de aquella horrenda presentadora. Fue en 2010: una conocida conductora de televisión le dio un giro a su vida que, por lo que supe, desde hacía años se había estancado en la insatisfacción, y entonces se sintió atraída a escribir (léase: a hacerse escribir, adivinen por quién) un libro sobre el poder del pensamiento positivo. Título conmovedor del relato autoficción: *Pollyanna 2000. Cómo el juego de la felicidad me ha salvado la vida* (Ediciones L'Erica, 2011). La *ghostwriter* mal pagada, o sea yo, recibe un sobre de apuntes descoordinados para usar como base, con los que se entera de que la presentadora atribuye su propio renacer a *la energía positiva que ha aprendido a canalizar en la vida cotidiana*. «El secreto está en enamorarse de nuevo cada día del trabajo que haces, de la familia, de las pequeñas cosas que se daban por sentadas, y sobre todo, de uno mismo», escribe la iluminada presentadora. La *ghostwriter* mal pagada procede con la lectura, o mejor dicho, con la decodificación de los mencionados apuntes, y descubre que la docta bodhisattva en efecto se volvió a enamorar de su trabajo —después de que un amigo productor le

ofreció un programa a su medida—; se volvió a enamorar de su familia —después de haber conocido al guapo y joven actor por el que finalmente tuvo la valentía de dejar al marido—; se volvió a enamorar de las pequeñas cosas de la vida —que en su caso comprenden, entre otras, tomar el primer café de la mañana en la inmensa terraza de su ático romano, o consentirse de vez en cuando con una joya encantadora o con un viaje a algún lugar exótico—. En cuanto a volverse a enamorar de uno mismo, no hay ni siquiera necesidad de revisar los apuntes: en la fotografía de la portada de su libro la autora aparece deslumbrante, mérito evidente de la felicidad reencontrada, pero también debido al suntuoso *lifting*, además de la lipoescultura practicada por otro afectuoso amigo, el cirujano plástico.

Así que pido una reunión con Enrico, mi jefe, el editor más seco y materialista sobre la faz de la tierra. Lo hago porque no puedo hablar directamente con la presentadora, puesto que a Enrico no le gusta que yo tenga contacto directo con los autores. Entre paréntesis diré que esto me parece una injusticia: sólo por que me visto de negro y estoperoles como Lisbeth Salander de *Millennium* (por otro lado, nunca ha sido mi intención imitar a Lisbeth Salander, simplemente yo me visto de negro y estoperoles y llevo lápiz de labios morado y un mechón sobre los ojos desde que tenía quince años, o sea desde mucho antes de que alguien escribiera sobre la famosa *hacker*) mi jefe se inquieta y me prohíbe tener cualquier tipo de relación con la gente importante que «escribe» para él. Okey, me visto y me peino como Lisbeth Salander y tengo cierta tendencia a hacer bromas irreverentes que escandalizan a la gente, pero, de cualquier modo, sigo pensando que Enrico exagera en querer tenerme lo más lejos posible de los autores. Incluso cuando lo hace de todos aquellos con los cuales teme que yo lo haga quedar mal; ni que yo fuera una grandiosa, negra y sarcástica ave de mal agüero. En fin, decíamos: con la autora no puedo hablar, pero con Enrico, sí. Entonces, le hago ver que lo que me está haciendo escribir es una completa estafa. No es que me importe, puesto que de todas maneras me va a pagar (aunque muy poco para mi gusto), pero se lo digo porque no quiero que luego me reclame que no le advertí que el libro era una burla para todos. Enrico me dice que va a pensarlo y lo hace, en efecto, por diez segundos; luego decide que la necesidad de identificarse y la esperanza de un lector promedio es menos importante que el hecho de que la autora adorne un libro con nombres de personajes famosos y de amigos del *jet set*, y el libro se publica así: como una verdadera estafa.

Peso específico de *Pollyanna 2000*: casi 187 000 N/m³, lo mismo que el uranio, y, si me preguntan, igual de nocivo.

Si por lo menos me hubieran pagado bien.

Ahora me encuentro con el clásico de vampiros, *Carmilla*. (Por cierto, tuve un novio que me llamaba así, Carmilla. No funcionó. Con mi novio, digo, porque el apodo funcionaba de maravilla. Antes de que llegara el de Lisbeth Salander, naturalmente).

Luego sigue una compilación de frases de Snoopy.

Una copia de la edición de lujo de *Más derecha que una cuerda de guitarra*. Yo respeto los libros, pero este hace que me llegue de inmediato el deseo de pensar en si alguna mesa de mi casa necesita un soporte. O bien, que me arrepienta de no tener chimenea. Porque este libro es el mejor que he escrito —el *bestseller* internacional, la novela de mil premios y todos muy merecidos— para el peor novio que he tenido (y eso que, modestamente, presumo cierta experiencia en ese

ámbito). Se trata del fascinante, brillante y joven profesor Riccardo Randi, quien sin entrar en detalles, puedo decir que primero me ilusionó y luego desilusionó, dibujando una parábola tan estratosférica que hizo que la montaña rusa Kingda Ka pareciera un tobogán para niños en un parquecito de la periferia.

Por ese motivo creía haber tirado todos mis ejemplares de *Más derecha que una cuerda de guitarra*. Pero ya veo que no. Esta vez no se me pasará. Si tan sólo pudiera hacer lo mismo con ciertos recuerdos, maldición.

Por fin, me parece entrever la esquina de la cajita del CD, justo detrás de la repisa y de los dos últimos libros.

Levanto *Los milaneses matan en sábado*, un clásico de Giorgio Scerbanenco. Ustedes no lo saben, pero mi nuevo amigo, el comisario Berganza, estaría orgulloso de mí. Él adora las novelas de detectives, tal como las de Scerbanenco o de Fruttero y Lucentini, con sus descripciones de la alta sociedad tan sofisticados y *vintage*, sus casos improbables, de tintes demasiado fuertes, pero que, por esa mágica alianza que se forma entre un escritor y un lector valiente, mientras dura la lectura son perfectamente creíbles. Por ejemplo, el hecho de que «los milaneses matan en sábado» porque los otros días trabajan. Los turineses, no sé. Nosotros podemos encontrar el tiempo para un homicidio incluso la noche de los días hábiles, diría mi amigo, porque cenamos temprano y no tomamos aperitivos.

El comisario Berganza dentro del universo masculino se encuentra en el extremo opuesto de Riccardo Randi. Mientras que Riccardo es joven y atractivo según los cánones más universales de la belleza masculina (cabello desaliñado, barba de tres días, físico robusto y una sonrisa que deslumbraría a un ciego), Berganza tiene cincuenta años y un estilo arisco, y se ve gastado como Philip Marlowe resucitado en impermeable *beige*. Va y viene siempre envuelto por el humo de su cigarro, pero su cabeza se encuentra muy lejos de estar nublada. Nuestro encuentro fue, eh... insólito; en pocas palabras, yo fui sospechosa del secuestro de una persona durante diez minutos. Al decimoprimer minuto del interrogatorio le quedó claro lo que todo buen policía debería deducir: es decir, que una *ghostwriter*, alguien que por oficio entra en la cabeza de otra persona para regresarle su propia voz, su modo de pensar, su modo de expresarse y demás, es al fin de cuentas un *profiler* perfecto. Así que dejé de ser sospechosa y comenzó a consultarme como colega, como investigadora, como una psicóloga criminal. Le ha gustado tanto tenerme como consultora extraoficial que al final de nuestro primer caso juntos no perdió el tiempo y fue a hurgar entre los reglamentos y autorizaciones y, pues, desde hoy, en efecto, gracias a él hay una maravillosa novedad para ambos.

Sonríó para mis adentros.

Y, finalmente, allí está, el CD. Detrás del último de los libros: *La mujer del domingo...* juro que no fue a propósito.

El CD es *Synchronicity* de The Police.

Con satisfacción lo coloco en el lector, poniendo la última canción, “Murder by Numbers”, porque es la que más me gusta.

*Because murder is like anything you take to
It's a habit-forming need for more and more.
You can bump off every member of your family
and anybody else you find a bore.*

Es perfecta, pienso mientras reordeno los libros —o sea, los coloco de nuevo en la repisa en un orden casual, pero diferente del orden igualmente casual de antes—. Perfecta para mí y perfecta para hoy. The Police será la banda sonora de mi día. Sobre todo porque hoy, yo, Vani Sarca, me volví oficialmente una colaboradora de la policía.

1

Black Hawk Down

El rostro del hombre se cierne sobre mí. Con sus enormes manos me presiona contra el suelo, sin encontrar resistencia alguna. Y no es que yo no me esté oponiendo, al contrario. Él no hace ningún esfuerzo, pero yo sí: me resulta difícil respirar y una gota de sudor me ciega, pero no lo suficiente para que no pueda ver su rostro. Se me niega incluso ese alivio. Me mira con una determinación sádica, luego sonrío, feliz por tenerme sometida. Y es justo en este instante cuando comienzo a molestarme.

—Okey, ya nos divertimos bastante, gracias. Ahora debo ir a trabajar —balbuceo.

Trato de liberarme, pero el instructor de aikido me mantiene contra el suelo con una sola mano. Tiene mucha fuerza. Es tan grande como un cetáceo. Ni siquiera estoy segura de que las técnicas que trata de enseñarme sean eficaces: cuando un hombre que parece el monte Uluru te empuja contra el piso, ahí te quedas, sin tanta filosofía sobre el desequilibrio de los centros y demás palabrería zen.

Miro el techo, del que cuelgan unos focos desnudos. Este gimnasio es un asco. En el muro se asoman unas columnas de concreto sin enyesar. Todo el piso es de loseta vinílica de color azul celeste y está más gastado que un sobreviviente de la Gran Retirada Rusa. Excepto en la parte en la que me encuentro, donde tenemos un tatami tan desgastado y manchado como la loseta de vinilo. El deseo de encontrarme en cualquier lugar que no sea este es inconmensurable.

—En serio, debo irme. Enrico me espera en la editorial a mediodía.

No es que me importe hacer esperar a Enrico. Lo digo por mí. Ya que no tiene sentido tratar de negociar con el hermano imbécil de Hulk, mejor me dirijo al personaje que, plácidamente, nos está observando desde la puerta.

—Todavía falta un cuarto de hora para que termine la clase —contesta con aire angelical el personaje, o sea, el comisario Berganza.

—De hecho, ese es el tiempo exacto que necesito para bañarme y vestirme, y así presentarme en Ediciones L'Erica sin parecer una troglodita.

Miro feo al instructor para que le llegue el mensaje de que el troglodita es más bien él. No le llega. En cambio, lo que me llega a mí es otro empujón hacia el suelo.

—Sarca, sabes bien lo que pienso.

Envuelto como siempre en su emblemático impermeable *beige*, Berganza echa un poco de humo por un lado de la boca. Lo gracioso es que hay un PROHIBIDO FUMAR justo sobre sus hombros, colgado en la pared del corredor. Parece como si el comisario hubiera obtenido un permiso especial para encender un cigarro en cualquiera de los lugares que pisa. Será su comportamiento,

o será que me recuerda a Humphrey Bogart, Robert De Niro y Dick Tracy, todos juntos. ¿Quién le impediría encender un cigarro a Humphrey Bogart, Robert De Niro y Dick Tracy, todos juntos?

Berganza se encoge de hombros.

—Sarca, ahora que usted es consejera de la policía nacional, podría verse involucrada en acciones peligrosas. Como su superior, es mi deber ponerla en condición de saber defenderse. Ya se lo expliqué. No puedo permitir que el día de mañana tenga que acompañarme a un entorno conflictivo y esté completamente indefensa. Sería un riesgo para usted y un obstáculo para mí y mis hombres, que tendríamos que hacer de niñeras. Claro, si usted supiera disparar, llevar una arma sería la solución..., pero, tal y como están las cosas, asegurarme de que asista por lo menos a un curso de técnicas de defensa personal es lo mínimo a lo que estoy obligado.

—Lo sé —replico. Y, de hecho, lo sé. Es la cantaleta que me repite cada vez que viene a comprobar que me presenté a la clase de aikido, o sea, cada vez que tengo clase de aikido.

Hace bien en no confiar en mí. Esta actividad no me gusta nada. Si no supiera que Berganza me vigila, desde luego que no iría. Lo elegí porque me pareció el menos fastidioso de los cursos que ofrece el gimnasio con el que tienen convenio, y porque las clases tenían el horario más cómodo. Pero lo odio por muchas razones. Para empezar, porque es un arte marcial para débiles: todo eso de explotar la fuerza del enemigo, la filosofía de la victoria correcta, etcétera. Qué aburrido. En la práctica lo odio exactamente por las razones opuestas, es decir, porque es demasiado violento, para mí. «Antes de aprender a atacar, debes aprender a caer», me dijo el Goliat en la primera clase: desde entonces siempre estoy en el piso. Parece que ese coloso frustrado cree que es indispensable para su autoestima que mi columna vertebral rebote sobre el tatami durante tres horas a la semana.

Pero, en realidad, lo que más me molesta es el hecho de disparar. Hablemos de eso. Tengo treinta y cuatro años. Desde hace casi veinte me visto como si en mi casa un incendio hubiera quemado todo menos los disfraces de Halloween. Me maquillo de un modo que Theda Bara definiría como *perturbador*. Me peino como si fuera el sueño erótico de un *cyberpunk* (o, más bien, como alguien que se corta el cabello sola en el baño). Incluso ahora que estoy sudada sobre el tatami, llevo unos *leggings* negros, una playera negra de The Clash y una banda negra deportiva para intentar que mi cabello se mantenga lejos de mis córneas. Mi fleco es rubio, porque la Madre Naturaleza es una señora ocupada y a veces se le escapan algunas cosas. Pero soy de esas que se visten de negro, usan cadenas y se cortan el cabello frente al espejo. Tengo la gracia de un minero y el lenguaje de un condenado a cadena perpetua. Modestamente, soy la criatura menos frívola y remilgada que conozco. Todo esto para decir que *por naturaleza* sería una candidata ideal para aprender a disparar, maldición. Si este fuera un mundo justo, si todo sucediera como en los libros, sería el tipo de persona que toma una pistola y de la nada, sin el más mínimo esfuerzo, dispara un montón de balas en el centro exacto de la silueta humana del blanco; después bajaría el arma, de la que saldría un artístico hilo de humo, y diría moviendo los hombros: «¿Esto es todo? Era fácil». *Esto* es lo que debería suceder.

En vez de eso, la primera vez que estuve en el campo de tiro de Turín disparé al aire. Así, como una novata. El segundo tiro, bajo la dirección de Berganza, estuvo mejor. Tanto que me dio esperanzas. Esperanzas mal fundadas. Desde entonces sólo regresé cuatro veces al campo. En mi

historial *figuran* cuatro horas de entrenamiento. Inútiles. Tiempo completamente desperdiciado. Yo, que en el trabajo en cuatro horas leo un manual de..., bueno, de cualquier cosa, y aprendo lo suficiente como para hacerme pasar por una experta en eso. Yo, que en cuatro horas escribo un capítulo de una novela, dos capítulos de un ensayo técnico o un discurso electoral entero (en realidad, para estos últimos no se necesita nada. Puedo terminarlos hasta con una sola mano, mientras con la otra agarro botanas con queso de una bolsa). En cuatro horas logro hacer muchas cosas, excepto, evidentemente, aprender a disparar. «Sarca, se supone que usted tiene la pistola para defenderse, no para ponernos a todos en peligro», fueron las palabras de Berganza después del enésimo proyectil que fue a clavarse en el muro. Tengo una puntería penosa, fin de la discusión. Por lo tanto, nada de portar armas.

Pero, al parecer, debo aprender alguna forma de autodefensa —no sé si lo estipula algún reglamento o si Berganza insiste por algún tipo de escrúpulo personal—, así que aquí estoy, pasando la mañana de un triste lunes en este decadente gimnasio al que vienen a entrenarse todos los agentes del equipo, con la espalda sudorosa presionada sobre el sucio tatami. En otras palabras: aquí estoy hoy, muriendo lentamente a causa de los traumatismos en la columna vertebral y la septicemia, para aprender a no morir mañana.

Este entrenamiento no tiene ningún sentido.

—Okey, por ahora es suficiente, dije que debo ir a trabajar —sentencio.

—Ya escuchaste al jefe, aún falta un cuarto de hora —protesta el instructor.

Ambos volteamos hacia Berganza, que levanta los hombros como diciendo «Arréglense ustedes», y aspira el cigarro. Si lo conozco al menos un poco —y creo que ya lo conozco un poco aunque me lo presentaron hace sólo unas pocas semanas—, en el fondo se está divirtiendo.

—El jefe dijo que... —insiste Míster Músculo, todavía con las piernas abiertas sobre mí, tratando de presionarme hacia abajo.

—Ay, pero ¡por favor! —Exploto. Me cruzo de brazos. El cachalote me mira. Pocas posturas son tan alienantes como la de una mujer aplastada contra el suelo que cruza los brazos sobre el pecho de un modo angelical, como si se encontrara comodísima—. Deje de fingir que le interesa esta clase. A usted le importa un comino el aikido, reconózcalo. Sólo le importa ejercer una violencia disfrazada de autoridad sobre un ejemplar del sexo femenino que, al someterse a sus órdenes, satisfaría su deseo de reconocimiento.

Por detenerse a mirarme, se perdió después del «reconózcalo».

Tendré que ser más específica.

—¿Acaso no se ve usted mismo? —digo—. Está tan hinchado como un fisicoculturista y se rapa como un *marine*. Esta cosa oriental debería ser una búsqueda del equilibrio, del centro, de la conciencia de uno mismo; en vez de eso, usted dirige la clase humillando o sometiendo físicamente, y parece uno de esos sargentos sádicos de las películas de guerra. El aikido le sienta tan bien como a mí un curso de *feng shui*. No me explico qué lo empujó a dedicarse a esto. En realidad, sí: apuesto que se lo impuso alguien. —Entrecierro los ojos—. Una novia, tal vez, o uno de sus padres. Mmm... Teniendo en cuenta que repite sin parar «Ya oíste al jefe», o «El jefe dijo», yo diría que uno de sus padres. Y, como soy mujer y no veo que se ensañe de la misma manera con los hombres que asisten al gimnasio, diría que fue su madre.

La mirada del gorila se hace más expresiva. Hay una sombra de desconcierto que le da un aire a humanoide.

—Déjeme pensar. Usted debió de nacer a la mitad de los setenta, ¿cierto? —continúo, todavía cómodamente acostada en el piso, con los brazos cruzados y sin apartar mi mirada clínica de él. Esto está empezando a parecer una sesión con el psicólogo, pero con los papeles invertidos: es el loquero quien está recostado—. La generación de los hijos de los *hippies*. Su madre pasó su niñez y luego su juventud en plenos años sesenta y setenta. Seguramente absorbió como una esponja toda la cultura de esa época. Tal vez era una *hippie* obsesionada con la ecología, la contrainformación, Ravi Shankar y las filosofías orientales. ¿Lo era? Avíseme si me equivoco, ¿eh? —No lo hace—. Pues ese sería el clima doméstico en el que usted creció. Sin embargo... —Me dejo guiar por un flujo de intuiciones—. Ah, claro, un pequeño imprevisto histórico: cuando usted era niño, llegaron los años ochenta. La época de *Rambo*, *Rocky*, *Terminator* y *Conan el Bárbaro*, que tal vez le hicieron descubrir su violenta pasión por la resucitada cultura occidental de la fuerza bruta, como parece el caso. A usted y a muchos de los de su edad; sólo que en su caso, por las ideas de mami, le debió de resultar una pasión prohibida. En consecuencia tuvo que disimular concentrándose en el aikido, aunque pudo ser el judo, el ju jitsu, el kendo, o cualquiera de las escasas formas de combate que su familia no despreciaba. Era la mejor tapadera posible para seguir yendo al gimnasio, cultivando su físico y golpeando. ¿Qué dice? ¿Estoy en lo correcto? ¿O fui demasiado lejos?

Contracción de mandíbula. El australopiteco descubre las emociones. Pronto las expresará haciendo pinturas rupestres.

—Okey, así que, con el pasar de los años, llegó a *graduarse* como instructor de aikido por inercia, pero en secreto siempre consideró esta técnica un pretexto para jugar al sargento Hartman de los pobres. Nunca abandonó el mito de los Schwarzenegger y los Van Damme, porque todo el mundo sabe que las cosas que se nos prohíben de niños nos enferman para toda la vida. Pero, bueno, usted se especializó oficialmente en aikido, ya que, de entre todas las disciplinas a las que dedicaba horas y horas en el gimnasio, esa era la única de la que no se avergonzaba en casa y podía presumir. ¿Cierto? En resumen..., *todo por no disgustar a mamá*. —Frunzo la frente—. Ahora que lo pienso, si su madre era joven a mediados de los años setenta, probablemente hoy aún está sana y salva, ¿cierto? ¿Lo está? ¿Y vive en Turín? ¿Cerca de usted? ¿Y se ven seguido? ¿Cada semana?

Hace gestos rápidos y casi involuntarios de asentimiento a todas las preguntas. El primate demuestra unas rudimentarias habilidades comunicativas.

—Eso es, justo como lo imaginaba. Por eso debe de sentirse constantemente bajo la mirada juzgadora de su madre. Desde hace años. Decenios, tal vez. —Hago una pausa para lograr el efecto, imprimo una nota de dramática compasión a mi voz—. *Tal vez*, justo por eso, usted, que hoy debería ser un adulto dueño de sus propias decisiones, no tiene valor para dejar el aikido, aunque claramente lo odia. *Tal vez* la conciencia de estar traicionando los valores bajo los cuales su madre lo crio le causa un problema subyacente que no lo abandona nunca. *Tal vez* incluso hoy trata de hacerle creer a su madre que usted es un fan del pacifismo y de la búsqueda interior, y vive aterrorizado por que un día su mami suelte una risa de desprecio y le ordene terminar con

esta ridícula pantomima que los humilla a ambos. Dios mío. —Sacudo la cabeza frotando la nuca en el repugnante tatami, pero vale la pena—. Debe de ser terrible verse reflejado en los ojos de mamá desde hace treinta años y no reconocerse. Leer allí esa amarga verdad. Es decir, que no pueda ser aceptado por lo que es, sino que tiene que vivir en la mentira *con su propia madre*.

Tarzán me observa. Se produce todo un movimiento de tendones y cuerdas en su cuello taurino, y comprendo que acaba de deglutir.

—La clase terminó por hoy —anuncia, y se va de prisa para que yo no vea que se encuentra turbado.

—Naturalmente podría equivocarme; quizá sólo sea maestro de aikido porque había más plazas que para instructores de *fitness* —le grito desde atrás mientras escapa hacia el vestidor.

Me levanto, me sacudo el polvo de los pantalones y, mientras me dirijo hacia los vestidores, paso junto a Berganza.

—Como puede ver, *ya* me sé defender —susurro.

—Sarca, sabe que la próxima vez ese bisonte se vengará y la tratará aún peor, ¿verdad?

—Me guardé alguna deducción sobre el desempeño sexual de aquellos que abusan de los esteroides.

Estoy casi segura de que escuché reír a Berganza. Qué extraño, Berganza nunca ríe.

2

Bocados y sobras

Dicho sea de paso, no me gusta nada lo que acabo de hacerle al instructor. Es un despilfarro de mis habilidades profesionales. Soy una *ghostwriter*. Cuando uso mi intuición para entrar en la cabeza de alguien, reconstruir su personalidad y leerlo desde dentro, quiero que me paguen. Quiero usar mi intuición para escribir un libro en lugar de alguien, hacer que lo firme y cobrar el dinero. O bien —pero esto está aún por verse— para ayudar a Berganza en alguna investigación, como lo hice hace algunas semanas. Berganza está convencido de que puede seguir funcionando, como sistema. No lo sé. Quizás acepté sólo porque se trata de una experiencia nueva, y porque Berganza es una de las pocas personas en el mundo que no me desagradan. Y tal vez porque en este momento es la única persona en el mundo con más de quince años a la que yo no le desagrado.

Oficialmente, hizo que la policía nacional me contratara como «asesora en materia de comunicaciones y relaciones públicas». La verdad es que quiere que yo haga «aquello que sé hacer mejor», en sus propias palabras, o sea entrar en la cabeza de la gente, pero esta vez con delincuentes de los que haya que conseguir una confesión, y con víctimas cuya personalidad haya que reconstruir para comprender el contexto de un crimen. Al menos eso es lo que creo que tiene en mente: el hecho de que se exprese con un monosílabo cada día y medio no facilita entender lo que piensa. En todo caso su idea me intriga, debo admitirlo, aunque no estoy segura de que vaya a funcionar. Pero, bueno, ¿al final a quién le importa? Es otro trabajo pagado.

Pienso en todo esto mientras manejo del gimnasio a la editorial, entre las luces de Navidad de la que una vez fuera una estricta ciudad obrera y que hoy deslumbra como las lentejuelas del bikini de una bailarina del Crazy Horse.

Odio la Navidad. Qué cliché.

Enrico me está esperando en su oficina, que está decorada como hace doscientos años, con el suelo de granito retro, unos terciopelos sofisticadamente lisos y unos libreros de madera oscura llenas de primeras ediciones. Entro y enfrente de mí veo el escritorio antiguo, la desproporcionada cabeza de Enrico con sus lentes, que me sonrío desde detrás del escritorio, y una botella de whisky ahumado que descolla en medio.

—¡Bienvenida, Vani! —exclama mi jefe con una calidez que no tiene sentido.

Lo escruto con los ojos entrecerrados. Cierro la puerta detrás de mí y luego me siento delante de él sin saludarlo.

Examino la botella.

—Bruichladdich, tu preferido. ¿O recuerdo mal? —dice Enrico con una sonrisa.

Lo observo con detenimiento. A Enrico, no al whisky. En serio, *nada* de esto tiene ningún sentido. Lo jodí de un modo magistral no hace más de veinte días. Con la ayuda del providencial Berganza, hice que se tragara el contrato casi esclavizante con el que me tenía en el bolsillo desde hacía años, y que lo cambiara por uno nuevo y un aumento. Por su parte, Enrico también ganó algo o, al menos, evitó perder demasiado: logró mantener a Ediciones L'Erica y su cabeza a salvo de un escándalo, y logró quedarse conmigo, su preciada escritora; ambos sabemos que salió ganando más de lo que le gusta admitir. Pero eso no quita que fuera ridiculizado por una miserable empleada y por su amigo policía. Tal vez no fue para tanto, pero de todas formas hizo un gran ridículo. Debería recibirme con mala cara. Con actitud de lesa majestad. Eso sería lo típico del Enrico que conozco. No presentarse radiante con una botella del que es, en efecto, mi whisky preferido.

No me gustan las cosas que no entiendo.

Dejo el whisky en el escritorio.

—*Timeo Danaos et dona ferentes* —cito sin esperar que Enrico lo entienda.

Las referencias cultas nunca fallan para desestabilizar a mi editor, quien de hecho se distrae y por un momento se pierde en un vistazo preocupante a mis uñas moradas, mi impermeable negro, mis botas con estoperoles. No soporta que yo venga a la editorial peinada como un personaje del Túnel de los Horrores. Siempre intenta que entre por la puerta de atrás. Teme que los redactores, las dos secretarias, los diseñadores de la oficina con sus computadoras blancas y todos los demás hagan alguna pregunta indiscreta sobre la extraña doble de Maléfica que de vez en cuando aparece por la sede, y descubran que Ediciones L'Erica paga los servicios de una *ghostwriter*. Pero seamos más específicos: Enrico vive *aterrorizado* por que pueda esparcirse el rumor de que «en la editorial hay alguien a quien se le paga para escribir los libros que no pueden escribir sus autores». Después de todo, las secretarias y los correctores de estilo tienen la desagradable costumbre de salir a beber con los amigos, platicar, y en fin, tener una vida.

El Enrico que conozco me haría una escena por mi vestimenta. Este, en cambio, se apresura a levantar la vista hacia mi cara y ensanchar en la suya una sonrisa a la Humpty Dumpty. Un centímetro más y los extremos de la boca se le juntarán detrás de las orejas. Después de eso, no tengo idea de qué le sucederá a su bóveda craneal.

—Está bien —replica—. Es el momento de retomar nuestra rutina. Hubo..., mmm, imprevistos, como bien sabes, pero ahora aquí estamos de nuevo, como antes, enfocados en un objetivo común: que sigas trabajando para Ediciones L'Erica. Por eso, propongo que enterremos nuestros problemas del pasado y hablemos sin demora de tu próximo encargo.

—Hablemos de eso.

—Muy bien.

Se deja caer sobre el respaldo de la silla, con las manos entrelazadas sobre el estómago, en una posición que refleja la mía como un espejo. Patético. Es uno de estos truquitos psicoconductuales que enseñan los neurocientíficos: cuando se quiere entrar en sintonía con un interlocutor, se tiende a imitar su gestualidad y su postura. Lo aprendí el año pasado, cuando escribí para un neurocirujano fanfarrón un libro que estaba lleno de ese tipo de patrañas. Había una sección completa sobre la comunicación subliminal, la programación neurolingüística, Anthony Robbins,

Milton Erickson. Al ser *ghostwriter* uno termina por saber muchas cosas.

Mi jefe se aclara la voz, luego va al grano.

—Sabes quiénes son los Giay Marin, ¿verdad, Vani?

—No, Enrico. En la órbita en la que he vivido en el curso de los últimos treinta y cuatro años, que está completamente desconectada de todos los planetas del sistema solar, nunca oí hablar de los Giay Marin, por desgracia —respondo con sarcasmo.

Enrico sonrío como si lo creyera.

Qué pregunta tan estúpida. En Turín todo el mundo conoce a los Giay Marin. Hasta una sociópata inadaptada como yo. «Giay Marin» es lo que un turinés respetable responde cuando cualquiera le habla de Ferragamo, Gucci, Prada, etcétera. Sólo tengo una idea superficial de quiénes son y lo que hacen Ferragamo, Gucci, Prada, etcétera, pero son nombres que terminas por aprender y, si eres de Turín, acabas por conocer el de los Giay Marin de ese mismo modo. Porque, para empezar, ¿cuántas casas de moda hay en Turín? Por consiguiente, es posible que esas pocas se asomen como orquídeas sobre una cornisa con cactáceas. Sobre todo porque mis conciudadanos adoran, veneran a los Giay Marin. Y todo porque nadie representa mejor el espíritu de la Saboya en el escenario internacional.

De hecho, en la más típica tradición piamontesa de la sobriedad y de la eficiencia, los Giay Marin son, en primer lugar, una dinastía de estupendos sastres, unos artesanos que desde los años sesenta gozan de una popularidad mundial, conquistada a fuerza de acabados impecables más que de ideas sensacionales. Gente que siempre ha vestido a las cantantes líricas, no a las pop. Gente a la que las primeras damas se dirigen con discreción. Todo esto enorgullece a los turineses. Al menos desde que explotó el culto por el *made in Italy*. Los coches de mis conciudadanos reducen la velocidad cuando pasan delante del cancel de la residencia histórica de los Giay Marin, en la colina que está más allá del río Po; los viejos cuentan cuando trabajaban en el establecimiento de Moncalieri y de cómo, en Navidad, regalaban los vestidos de alta costura que habían salido con imperceptibles defectos a las obreras que llevaban ahí más tiempo. El gran Armando Giay Marin, fundador de la empresa, es recordado como un benefactor casi divino, y con frecuencia lo comparan con la única otra figura de igual fama, pero mucho más controvertida, de la historia moderna de Turín, es decir, Giovanni Agnelli. Y todo esto sin tener en cuenta el hecho de que el caso criminal más asombroso que haya conmocionado a la ciudad en los últimos diez años tiene que ver justamente con los Giay Marin.

Moraleja: es simplemente ridículo preguntarle a un turinés si conoce a los Giay Marin.

—Es *obvio* que conozco a los Giay Marin —digo en voz alta, puesto que parece que a Enrico le resulta necesario oírlo.

—Sin embargo, tal vez nunca has oído hablar de Irma Envrin —insiste Enrico. Mientras habla, levanta el dedo índice como un predicador.

—En efecto, nunca he oído hablar de Irma Envrin, quienquiera que sea.

—Te gustará. Estoy seguro de que encontrarás interesantísimo este trabajo.

Cómo no. Cuando Enrico afirma algo así, suelo terminar escribiendo autobiografías eróticas de viejas exbailarinas que presentan su pasado como una especie de largo Tetris humano.

—Por supuesto que me gustará, Enrico. Acabas de darme un aumento.

Enrico finge no oír esto último.

—Irma Envrin trabajó para los Giay Marin durante sesenta y siete largos años, o sea, desde que tenía catorce. Estaba allí cuando Armando Giay Marin tenía dieciséis obreros y sólo hacía trajes para hombre; también cuando produjo el primer vestido de señora, que fue para su madre, según dice la leyenda. Estaba allí cuando Grace Kelly venía a Turín de incógnito para probarse vestidos en su salón, y también durante la tragedia de Aldo y Adriano. Estaba allí cuando Carla Bruni vistió un Giay Marin en su primera aparición pública como primera dama. Desde la puerta entrecerrada de la cocina, esa mujer fue testigo de la vida de la familia más interesante de Turín. Freía pecaminosos huevos con tocino para las modelos suecas que se despertaban tarde en la cama de Adriano Giay Marin, y hacía café para Aldo Giay Marin, que salía de casa a las seis para hacer su habitual visita a la fábrica antes de encerrarse en las oficinas de la dirección. Coordinaba hasta a veinticinco personas, entre cocineros y meseros, para las comidas de gala de la familia; batía los huevos para los hijos de Armando cuando eran pequeños y hacían sus tareas en la mesa de la cocina junto a ella. Incluso elaboró personalmente el fabuloso pastel nupcial para el matrimonio de Adriano con Delia Visconti Bligny. ¿Entiendes, Vani? Esa mujer es la memoria viviente, desde dentro, de una de las dinastías más románticas de nuestra época, y esta memoria debe grabarse, immortalizarse, antes de que la vejez se la lleve.

—Una cocinera —replico. Si no me equivoco, Enrico no pronunció esa fatídica palabra ni siquiera una vez—. De acuerdo, Irma Envrin era la cocinera de los Giay Marin. ¿Era necesario decir todo eso? ¿Cómo diablos hiciste para rastrearla? Me imagino que no existe un Colegio Profesional de las Cocineras de los Ricos, y que una sirvienta anciana no tiene una página en Facebook.

—En los ochenta Armando Giay Marin la mencionó de pasada en una entrevista que llegó a mis manos por pura casualidad, mientras vaciaba el desván. Y, bueno, se me prendió el foco. Indagué, y por lo que parece la señora todavía rebosa salud y está lista para ser entrevistada.

Claro, cuando se trata de olfatear dinero Enrico sabría seguir una pista aunque exigiera viajar por el Antártico, la nebulosa de Andrómeda y Mordor.

Hago un veloz cálculo mental.

—Dijiste que ha trabajado para los Giay Marin durante sesenta y siete años, y que empezó a los catorce. Suman ochenta y un años. ¿Estás seguro de que esa famosa memoria histórica no es ya demasiado histórica y tiene poca memoria?

—Se trata de una pregunta muy oportuna. En efecto, ya me informé y parece que la señora Envrin está empezando a perder la memoria.

—Ah, fantástico. Quiero decir, pobrecilla.

—¡Y por eso hay que entrevistarla de inmediato! —exclama Enrico—. ¡Antes de que se olvide de todo, antes de que los detalles se debiliten sin remedio y que no se acuerde ya de qué significa *amasar* o *baño maría*! Y por eso no puedo asignarle esta tarea a un simple redactor o entrevistador, sino que necesito a una verdadera *ghostwriter* que se ocupe de tapar todos los huecos que con toda probabilidad...

—Un momento, ¿que tiene que ver con todo esto «amasar» o «baño maría»? —Tengo la sensación de que algo no encaja, pero aún no logro entender qué es.

—Bueno, el libro habla de cocina —dice Enrico.

—Pensé que hablaría de los Giay Marin.

—Habla de los Giay Marin *a través de* la cocina. ¿Me entiendes, Vani?

—A decir verdad, no siempre, eres claro e incluso aburrido. Pero estoy segura de que esta parte no la explicaste bien.

Enrico frunce los labios. Busca las palabras exactas. Lo observo. Tengo razón, está intentando decirme algo que omitió hasta ahora.

Tiene una extraña chispa en los ojos.

—Bueno, Vani, es muy simple. El proyecto prevé que vayas a visitar a Irma Envrin y recojas sus memorias y *también sus recetas*, y luego redactes un libro en el que cada receta sea el prelude para contar un pedazo de la historia de la familia Giay Marin. Una receta, un capítulo. De un máximo de cinco, diez páginas, para hacer un total de..., digamos, unos cuarenta platillos. Se parte de la receta y luego se divaga libremente alrededor de las anécdotas, ¿entendiste la idea? Por ejemplo, un postre de Navidad: capítulo sobre la Navidad en la casa de los Giay Marin. El plato preferido de Armando: capítulo sobre su personalidad histórica, sobre todo íntima y humana. Un entremés delicioso para una cena de gala: capítulo sobre los huéspedes famosos que pasaron por la casa de los Giay Marin, y todo eso con curiosidades, episodios privados y detalles de carácter inédito. Un formato híbrido, rico, a la última moda desde los tiempos en que salieron los recetarios biográficos de Sophia Loren, Ugo Tognazzi y Jacqueline Onassis, y muy adecuado para estos tiempos en los que los libros de cocina están en la cima de las listas de éxitos. Una manera de contar la historia a través de la comida que nos permitirá dirigirnos tanto al público de recetas de autor como al de narrativa y autobiografía. ¿Me sigues? Estoy seguro de que tú también ves el potencial del proyecto. Pensábamos titularlo *Bocados y sobras*, pero tal vez podamos encontrar algo más épico.

Guarda silencio.

Guardo silencio.

—Un recetario —digo por fin.

Sigue guardando silencio.

Sigo guardando silencio.

—Un *recetario* —repito.

—Un recetario *narrativo*.

—No deja de ser un recetario.

—Pues sí.

—Enrico.

—¿Sí?

—Te estás divirtiendo, ¿verdad?

El infeliz finge que no, pero no sabe actuar en absoluto.

Ahora sí comprendo todo. La ostentosa afabilidad, el whisky de regalo, el tenderme la mano para superar las diferencias del pasado. Todo esto para que yo bajara la guardia, y él pudiera gozar de una venganza infantil y ridícula.

La cuestión es esta: el infeliz sabe que si hay una cosa en el mundo para la que estoy negada —

pero no sólo negada, sino negada *de forma sideral*, clamorosa y simplemente *negada*—, es la cocina. (Y disparar, pero, gracias al Cielo, esto aún lo ignora). Y también sabe que cuando escribo un libro en nombre de otra persona, debo por fuerza convertirme (no hay otra forma: así es como trabajo, como una *ghostwriter* digna de ese nombre) en una experta en la materia de la que trata el libro en cuestión. Si me pide un *instant book* sobre terrorismo internacional, me encierro en la hemeroteca durante ocho días y salgo sabiendo cómo se confecciona un explosivo con una toronja y gel para el cabello. Si me encarga un ensayo sobre viticultura, al cabo de una semana puedo disertar tanto sobre el oídio y la roya de la vid como sobre el último descendiente de una dinastía de viticultores de la región del Friuli. Si se trata de una novela histórica, los lectores podrían pensar que yo soy el espíritu de una persona que vivió en la época descrita, y que una médium desastrosa me contactó y luego me dejó escapar.

Así que, al asignarme un recetario, Enrico sabe que me tocará convertirme en una experta en cocina.

Y, como no se trata de algo que pueda aprender sólo leyendo otros libros, Enrico es consciente de que me está condenando a hacer lo que más odio en el mundo, o más bien lo que más odiaría, porque en realidad nunca lo he hecho, es decir, ponerme físicamente delante del horno, la estufa, las tablas de picar y las trituradoras, y esforzarme hasta que comprenda cómo se describe la consistencia que una determinada mezcla debe tener, o el color que indica un correcto grado de cocción.

—Enrico, eres un hombre triste. Un pequeño hombre triste con una cabeza demasiado grande.

Enrico abandona la moderación y emite una risita nasal. Con la gigantesca caja de resonancia que tiene por cráneo, suena fortísimo.

Si al menos en aikido me hubiesen enseñado algún movimiento de ataque... Ahora mismo, a lo sumo podría lanzarle una ordinaria patada en la espinilla y, si reaccionara, recordar cómo caer bien.

—¡Ánimo!, ¿qué tan difícil puede ser? ¡Verás cómo vas a agradecerlo! Y, además, ¿no eras tú la que quería dejar de trabajar para gente de mierda, como dijiste? ¿Y quién podría ser más inocuo que una vieja cocinera?

Suspiro.

Al menos tiene razón. Me consolaré pensando en eso.

Y en el whisky, que ahora mismo meteré a mi bolsa.

—Esto no es todo —confiesa—. Todavía queda un detalle sobre este proyecto que debes saber. Es evidente que una anciana de ochenta años no podrá viajar por Italia para la promoción del libro, ni podrá conceder entrevistas a periódicos y a la televisión, ni irá a librerías y centros comerciales para firmar ejemplares y demás. Por lo tanto, es necesario un coautor que lo haga, o de lo contrario podríamos estropear toda la campaña publicitaria, lo que sería un infinito desperdicio si tenemos en cuenta el potencial del producto. —Enrico es así: con absoluta desenvoltura logra pasar de joderte a ti a joder a la competencia—. En consecuencia, pensamos en darle al libro un formato a dos voces, convertirlo en un diálogo. Como hoy están muy de moda, una *food blogger* aparecerá como coautora y entrevistadora de Irma Envrin, comentará sus recetas y sus anécdotas como si se pasaran la antorcha, tendiendo un puente entre el viejo mundo de la

cocina tradicional de las abuelas y el escenario del arte gastronómico actual.

—Ahora entiendo por qué necesitas a tu preciadísima *ghostwriter* y no a cualquier redactor mal pagado que se limite a transcribir las historias de la cocinera. —Trato de hacer énfasis en «preciadísima».

—Exacto, como *ghostwriter*, deberás estudiar a la *food blogger* y adaptar el libro a su estilo, aparte de, como te decía, tapar los huecos de memoria que seguramente la Envrin tendrá al rememorar tanto las anécdotas como las recetas, por supuesto. —Hace énfasis en *recetas*. Tal vez valga la pena intentar aplastarle el tabique nasal aunque todavía ningún instructor me haya explicado cómo hacerlo.

Qué flojera. Así que también tendré que leer un blog de cocina. En realidad esto podría tener un lado positivo.

—¿Al menos podré estar en contacto con la *food blogger* para tener un apoyo con la parte de las recetas?

Si se dedica a cocinar de manera profesional, sabrá cómo describir la consistencia, el color de una masa y todo eso. Y, puesto que firmará el libro y cobrará regalías, al menos resultaría útil.

—No lo sé, Vani. Es una persona muy ocupada.

En realidad estoy casi segura de que Enrico, antes de permitirme hablar con los autores, sería capaz de vender el cadáver de su madre.

—A propósito, no me has dicho: ¿quién es esa mujer?

Enrico aprieta los labios.

—Apenas firme el contrato, te haré saber todo.

Me voy sin sacarle nada más. Tampoco un diente, por desgracia.

3

There's just one kind of favour I'll ask for you

Cuando me estaciono en la calle de mi casa, lo único que quiero es un whisky e irme a dormir. Teniendo en cuenta que apenas pasó el mediodía, que tengo el estómago vacío y que aún sé lo que es el instinto de conservación, decido sustituir el whisky por una cerveza oscura. En realidad, el sentido común me sugiere que sería mejor arreglar en primer lugar lo del estómago vacío, y tal vez cocinarme una pasta. Podría hacerlo. Unos simples *spaghetti*, tal vez con una salsa de verdad, o por lo menos un intento de salsa como primer acercamiento a la cocina.

O quizá no. Imagínate si ahora voy a sentirme obligada a cocinar. Dios, un nuevo dolor de cabeza que añadir a los que ya tengo. Si existe el paraíso, personalmente me lo imagino como un lugar oscuro y vacío, sin un alma que me moleste. Como es obvio, con la suerte que tengo, acabaré por descubrir que en realidad se trata de una de esas llanuras de nubes en forma de yunque llenas de personas vestidas con túnicas que te cantan al oído todo el día. Tal vez sea mejor el infierno.

Estoy llegando a mi departamento con las llaves de casa ya afuera para reducir al mínimo los segundos que me separan de mi cerveza, cuando noto que la puerta presenta dos anomalías. Están una a la izquierda y la otra a la derecha de la puerta en cuestión, tienen quince años y una de las dos luce vestido negro y uñas moradas, más o menos como si fuera yo en miniatura. La anomalía con las uñas moradas es Morgana, la hija de la mujer que vive arriba de mí. La otra es Laura, su mejor amiga.

—Hola, complementos de decoración —saludo—. Tengo la sensación de que me están esperando.

Las chicas me saludan y me muestran dos grandes sonrisas resplandecientes. Estoy completamente segura de que van a pedirme un favor. Ya las saqué de apuros un par de veces, hace poco, por una razón o por otra, y ahora parece que estas dos descaradas ya le tomaron el gusto. Si se tratara de cualquier otro adolescente, lo sacaría a patadas para que aprendiera a resolver solo sus problemas, pero —que Dios me perdone— sospecho que la pequeña Morgana, que se parece tanto a mí a su edad, es la única persona en el mundo con la que me conmuevo.

—¿Cómo estuvo el día? —inicia la plática Laura, que es la más decidida de las dos, mientras abro la puerta.

—De la mierda, gracias. Aunque en realidad eso a ti no te importa, puesto que estás aquí para pedirme un favor.

—¡No, no es verdad! ¡Era una pregunta sincera! —se apresura Morgana.

Ella me adora. Está tan llena de veneración y admiración por mí que cuando nos encontramos se le ve en la cara la aflicción que le produce debatirse entre la curiosidad por saber todo de mí y el terror de resultar demasiado invasiva. Por ejemplo: entendió muy bien que ya no estoy con Riccardo, el supersexy, brillantísimo y encantador escritor con quien me vio hasta hace pocas semanas. Pero ¿indagó en ello, incluso de forma velada? No. ¿Se le escapó alguna pregunta, en el elevador, sobre qué le pasó al *sex symbol* que durante un breve pero intenso periodo apareció con regularidad en nuestro portón? En absoluto. Una sola vez crucé su mirada, cuando yo estaba particularmente pensativa y absorta, tanto que no me di cuenta de que ya había llegado a mi piso; y la suya era una mirada llena de comprensión, de solidaridad y de «Sea lo que sea lo que sucedió, estoy para lo que necesites». Ah, Morgana, si tú supieras. Pues claro que estarías de mi lado. Hice algo heroico, grandioso, asombroso y..., bueno, por accidente también pueril, sórdido y triste como todas las venganzas. Una de esas cosas que te hacen sentir como el retrato de Dorian Gray: triunfante por fuera, embrutecido y rendido por dentro, pero a escondidas, en lugares en los que ni siquiera a ti te gusta mirar. De todos modos, tú habrías estado de mi lado, estoy segura, como un roedor que sigue ciegamente a otro roedor hacia el precipicio de la integridad moral.

Las chicas se mueven hacia mis espaldas y entran a la casa conmigo. Morgana ya ha estado aquí pero Laura no, así que mira a su alrededor con detenimiento; supongo que está asombrada de que las paredes no estén pintadas de negro y que del techo no cuelguen murciélagos como en la baticueva. Típico. Es lo que hacen siempre todas las personas que entran en mi casa. Todas, o sea cinco o seis. Meto la cabeza en el refri en busca de mi cerveza.

—Lo juro, nos interesa *sinceramente* saber cómo estás —insiste Morgana.

—¿De verdad pones las papas fritas en el refri? —pregunta Laura.

—Son papitas con queso. Si no se conservan bien se vuelven ácidas —le explico—. En fin, si les interesa sinceramente saber cómo estuvo mi día, quiere decir que lo que me van a pedir es muy importante y necesitan sondear mi humor.

Las chicas dudan. Intercambian una mirada temerosa.

—Está bien, está bien. Pero sean breves. Como ya les dije, mi humor es asqueroso, porque apenas descubrí que mi próximo trabajo consistirá en entrevistar a una cocinera octogenaria para escribir un recetario, cosa que me disgusta sobremanera. Ahora veamos su problema.

—¿Un recetario? Qué bonito. —Laura trata de ganar tiempo—. Los libros sobre comida están muy de moda últimamente.

—Ya, como si eso me importara. A mí no me pagan porcentajes de ventas, así que no podría importarme menos si el libro va a vender o no. Lo único que me interesa es el estado de conservación mental de esa cocinera y, como tiene ochenta y un años y parece que su memoria está empezando a caducar como un envase de yogur del verano pasado, me imagino que me dará una serie de informaciones inconexas e incompletas que yo tendré que rellenar, integrar y acomodar a la perfección. Pero eso no es nada: el verdadero problema es que habrá que tapar los huecos de las recetas, y eso significa que deberé aprender a cocinar y, además, a hacerlo de manera decente, lo suficiente como para ponerme en los zapatos de alguien que lo hizo durante sesenta y siete años. Ni siquiera sé freír una chuleta, ni me interesaba un bledo hacerlo, así que va a ser un obstáculo inaudito, y por eso estoy furiosa. Ah, y esta mañana fui al gimnasio sólo a caerme, y me duele

hasta el alma. Así que ahora que tienen claro el cuadro de mi humor y que les revelé mis más íntimos secretos, les toca a ustedes.

En la culminación del monólogo, destapo finalmente mi cerveza. Las chicas me observan.

—Tal vez será mejor que regresemos en otra ocasión —comenta Morgana.

—¿Estás bromeando? ¡La escuchaste! —exclama Laura señalándome—. ¿Viste cómo le salen? ¡No hace ningún esfuerzo! Es justo eso lo que necesitas, y lo necesitas de inmediato.

—¿Qué es lo que me sale que necesitaría Morgana?

—Palabras —responde Laura—. Las palabras te salen al instante. No necesitas pensarlas, a diferencia de esta tonta, que se está machacando el cerebro desde hace días.

—Okey, no entiendo nada. ¿Por qué Morgana necesita palabras?

—Para cantarlas —es la respuesta a coro.

Las observo a través de la cerveza, que en este momento es más expresiva que ellas.

—Tienes razón, vamos a comenzar por el principio —suspira Laura, sentándose en mi mesa con espontaneidad. Morgana también piensa que es una buena idea sentarse—. Tiene que ver con Ema.

Por supuesto que tiene que ver con Ema. Ema, o sea Emanuele, es el gran amor de Morgana. O su *crush* del momento, lo que, a sus quince años, es lo mismo. Va a su escuela y tiene uno o dos años más que ella. Es el guitarrista de una banda de metal de adolescentes y, debo admitirlo, no está nada mal. Por supuesto, a ojos de Morgana se trata del hombre más seductor, profundo y brillante que ha pisado la tierra.

—Apenas deshizo la banda —interviene Morgana. No me digas: las bandas de adolescentes tienen una tasa de volubilidad tan grande como el número de empleados de un *call center* multinacional—. Quiere pasar a algo más profundo, más significativo. Dice que es el momento de hacer canciones originales y con letra en italiano. Dice que las canciones son importantes, que todo el sentido de la música está en ellas, en tener algo que decir y en expresarlo con toda su fuerza.

Entrecierro los ojos.

—Y eso te gusta mucho, ¿verdad?

Morgana, que intentó referirme estos datos con el tono distante de un técnico que sólo está planteando una situación general, se pone roja como un tomate de inmediato.

Me dan ganas de reír. Como es obvio, disimulo.

—Bueno, lo puedo entender. Es un argumento válido. Seguramente mucho más que estar en el escenario sacudiendo el cabello y gritando ante un micrófono cosas que escribió otro. No es que yo piense que un adolescente promedio vaya a escribir algo que no sea una tontería, pero mejor cantar tonterías propias que las que escribió una estrella de rock millonaria, ¿cierto?

—Muy cierto —responde Laura—. ¿Podemos tomar una cerveza también nosotras?

—No.

—La mamá de Morgana nos deja beberla.

—Entonces que ella se las dé, porque yo tengo pocas y las necesito. Morgana, continúa.

—El cantante de Ema no estuvo de acuerdo, se pelearon y la banda se separó. Con el cantante se fue el guitarrista, y con Ema se quedaron el baterista y el bajista. Pero ahora necesitan una voz.

Y...

Pausa.

—Vamos —dice Laura.

Morgana vacila.

—Ay.

—¿Lo que quieres es que te elijan como cantante de Ema?

Morgana se pone nuevamente color lava incandescente. Es un chica extraña. Cuando quiere, se comporta como una pequeña *dark*, sagaz, cínica y cortante, pero también es diligente en la escuela; por lo general es tímida y algunas veces quiere desaparecer de la faz de la tierra. Como en este preciso instante.

—Oye, no estoy diciendo que sea una locura. De hecho, si tú y Ema tocaran en el mismo grupo tendrían muchas ocasiones para estar juntos, compartir experiencias, coquetear en el escenario...

—Morgana querría mantener la compostura mientras me escucha, pero con sólo oír mis palabras, sus ojos languidecen como los de un cachorro de labrador—. Sólo que..., bueno, cantar en un grupo significa antes que nada que debes *saber cantar*... ¿y tú sabes hacerlo? Nunca te he escuchado, y eso que tu recámara está justo sobre la mía. —Es verdad lo que digo. Sin embargo, lo que sí oí en los últimos años es la música que escucha Morgana, por lo general cosas de bandas *indie rock*, que imagino es el género de moda para el mercado de las quinceañeras alternativas, pero no recuerdo haber pensado: «Mira, esta debe de ser Morgana cantando». Y, si no canta en su recámara, no ensaya. Y si no ensaya, es probable que no sepa cantar. Y, si no sabe cantar, quiere decir que la rechazarán y hará el ridículo en la audición para Ema.

Ah, claro. Acabo de entender por qué siento esta instintiva desconfianza hacia el plan de Morgana. Protección. Ante la sola idea de que mi pupila se ponga en medio de una situación embarazosa, todo mi «yo» se puso alerta. Maldición. De verdad que tengo un corazón de budín cuando se trata de esta niña.

—Morgana, deja que te oiga —dice Laura.

Morgana se sobresalta.

—¿Aquí?

—Hazlo. ¿No ves que a Vani le preocupa que hagas el ridículo?

Muy bien, Laura. Debería ser obligatorio que cada pequeña *dark* intelectualoide como Morgana tenga una amiga como tú, tan llena de espíritu práctico. En mis tiempos yo tuve que arreglármelas sola, y fue terrible.

Morgana suspira, resignada; cierra los ojos, se concentra una fracción de segundo y de pronto desaparece.

En su lugar, sentada en mi anónima silla de metal esmaltado negro, hay una criatura mitológica que no sabía que existía. Es la hermanita secreta de Patti Smith y Billie Holiday, con algún cromosoma en común con Janis Joplin, pero más intimista, mitigada por un matiz de Tori Amos en los bajos y en el terciopelo de la voz.

Well there's one kind of favour I'll ask of you.

Well there's one kind of favour I'll ask of you.

*There's just one kind of favour I'll ask of you.
You can see that my grave is kept clean.*

Un góspel que tomó del primer disco de Bob Dylan. Lo sé porque ese disco se lo pasé yo. Pero necesito diez largos segundos para concentrarme lo suficiente como para reconocer la canción.

Maldita sea. Creía que los adolescentes de hoy serían en promedio más altos o más desarrollados, pero no que además tendrían talentos tan maduros. Debe de tener que ver con las papillas y los Organismos Genéticamente Modificados.

—Entonces eras tú —concluyo—. Cuando oía a esas cantantes en el piso de arriba. No eran CD. Eras tú practicando con la guitarra. Nunca me lo dijiste.

—Aprendí en las vacaciones de hace tres años, pensé que sabías que era yo y que no comentaste nada porque no era importante. ¿De verdad pensabas que era un CD? —pregunta Morgana totalmente eufórica.

—Así que hace ya *años* que cantas en el piso de arriba. No comenzaste ayer sólo porque sentiste un amor a primera vista por un músico.

—¡Claro que no! ¿Te parezco del tipo de persona que hace esas cosas? ¿Por quién me tomas?

—No, tienes razón, disculpa. Por un momento olvidé que eres mi *doppelgänger* y cometí el error de creerte una chica normal.

Morgana toma esto último como un cumplido. Qué extraño.

—En fin —prosigue—, gracias, pero no se requiere sólo eso. Sé que no lo hago tan mal, he trabajado duro, y yo también me doy un poco de cuenta, pero las cosas no son tan simples.

Obviamente. ¿Pero cuándo lo son?

—Es por la marcha atrás, ¿verdad? —señalo con precisión. Laura y Morgana asienten a la vez. No hay necesidad de que me explique mejor.

Según una histórica y amable definición de Laura, la «marcha atrás» es, por desgracia, la medida del sostén de Morgana. También se parece a mí en eso, por desgracia para ella, ya que aparenta menos años de los que tiene. Aunque en general aparentar veinticuatro años a los treinta y cuatro es una ventaja si no te gusta que te hablen de usted los gasolineros, parecer aún una mocosa prepúber a los quince es causa de innumerable problemas. Sobre todo si quieres subir al escenario junto a una banda de muchachos de dieciocho años. Morgana cantará e incluso obtendrá un diez, pero cantar de nueve también sería suficiente, e incluso de ocho y hasta de siete, si hay cosas que para obtener el diez te llegan por otras vías. Como por ejemplo, unas protuberancias debajo de la chamarra de piel, o cosas largas y delgadas de la minifalda hacia abajo. O sólo las agallas y el exhibicionismo natural de quien nació para dominar el escenario. En realidad, mi pequeña y tímida *dark* podría acabar destrozada por cualquier aficionada por razones de presencia escénica. Y apuesto que habrá competencia de ese tipo a montones, porque Ema es un tipo muy guapo, y ciertamente habrá rebaños de mujeres hiperdesarrolladas deseosas de frotarse con él en los ensayos de dos horas semanales.

—Es necesario que Morgana le apueste a algo más que la voz —enfatisa Laura—. ¿Y qué podría interesarle a Ema que Morgana pueda ofrecerle?

—Sí, sí, ya entendí: la letra de una canción. Ya que a Ema le interesa tanto hacer música en

italiano, si descubre que se está quedando, además de con una estupenda cantante, con una estupenda autora, Morgana obtendría el puesto. —Laura y Morgana asienten, aunque un poco desilusionadas por la interrupción del clímax. Debieron de ensayarlo antes—. Lo que no encaja es por qué me están pidiendo a *mí* que escriba para *ella*. Todos sabemos cómo se desenvuelve Morgana con la pluma, las redacciones que hace y demás. Su profesora de Lengua no hace más que lanzarle nueves y llorar de felicidad en la sala de profesores.

—Sin embargo, ¡al parecer con las canciones es diferente!

Morgana se autodenuncia con fervor, abriendo los brazos. Parece San Sebastián esperando las flechas. Está disgustada consigo misma. Justo como yo cuando tenía su edad y fallaba en algún objetivo. Qué horribles recuerdos. Por suerte, ya salí de eso. Aunque mi modo de salir fue dejar de buscar objetivos. No creo que ese sea un buen consejo para mi pequeño clon. De verdad quisiera que para ciertas cosas —para muchas— no fuera mi pequeño clon.

—No puedo —confiesa la chica—. Cuando aún no lo intentaba, me decía a mí misma: «Escribir una canción no puede ser tan difícil». Pero ahora descubrí que no sé hacerlo. No se trata sólo de buscar rimas y contar las sílabas. Lo que pasa es que no se me ocurre nada que no sea banal. No logro expresarme, siempre necesito más versos y más estrofas para explicar bien cosas que ni siquiera yo sé en qué consisten, y luego, cuando lo leo, me pregunto qué diablos estoy tratando de decir, cómo es posible que escriba algo tan ridículo y cómo va a poder interesarle a alguien. Pienso que tal vez debería eliminar las cosas inútiles, y entonces me doy cuenta de que todo es inútil porque *¡no quiere decir nada!* —este sí que fue un grito agudo e histérico. Nada que ver con el espléndido control del registro alto de hace un rato—. ¡No soy capaz de hacerlo y eso es todo! Me sale automático sacar ocho en las tareas de clase, pero escribir canciones es otra historia. No consigo hablar de cosas que deberían salir de mi interior.

En un mundo de gente que se exhibe en el escenario, Morgana acaba de descubrir que la expresión artística no es cosa de tímidos.

¿Por qué crees que yo escogí escribir sólo para otros, Morgana?

Laura le da una palmada en el hombro.

—Ánimo, ánimo. Sólo es cuestión de práctica. Necesitas un poco de tiempo y luego te parecerá lo más natural del mundo.

Por cierto, yo pienso lo mismo. Eso es exactamente lo que sucede cuando tienes que escribir algo nuevo. Al principio te sientes incómoda, te pica todo, sientes como si te hubieran puesto a la fuerza un par de zapatos apretados. Luego te ejercitas, estudias los registros, absorbes los mecanismos y las estructuras, entras en la *forma mentis* y al final aprendes. Cómo no voy a saberlo.

—La cuestión es que no tenemos tiempo —agrega Laura con brusquedad—. Ema comienza a hacer audiciones la semana antes de las vacaciones de Navidad. Ya tienen conciertos programados para enero, por lo que no van a ponerse exigentes para aceptar al primer talentoso que encuentren...

—O, peor, a la primera talentosa —concluyo—. Entendido, gracias. Ahora pórtense bien y cuando la orden esté lista les llamo.

Un momento de silencio.

—Entonces, ¿aceptas? —aventura Laura.

—¿No..., no consideras que es un expolio horrible que yo, que no sé escribir ni una estrofa decente, te pida ayuda para hacerme pasar por talentosa? —pregunta Morgana.

Suspiro. Necesito otra cerveza.

—Morgana, sólo porque eres el tipo de persona que usa habitualmente la palabra *expolio* te mereces un acto de confianza. Además, Laura tiene razón, créeme. Nada más tienes que agarrarle el modo. No estamos engañando a nadie, únicamente le damos un empujoncito al plazo.

—Entonces, ¿aceptas! —exclama Laura.

Ni siquiera debo responder. No hagas como que no lo sabías desde el principio, pequeña rufiana.

Condenadas mocosas.

—Y... ¿para cuando crees que...?

—¡Ah, no, esto ya es demasiado! —estallo poniéndome de pie. Por instinto, las chicas también se levantan de sus asientos—. ¿Además quieren ponerme fecha de entrega ahora mismo? Ya entendí que se necesita lo antes posible, ¿qué creían? ¡Así que ahora vayan a reflexionar sobre su horrible descaro y déjenme en paz! ¡Fuera, váyanse!

Riendo de gusto, las chicas corren hacia la puerta y luego al pasillo. Cierran la puerta. Luego la abren de nuevo. Morgana asoma la cabeza.

—¡Gra-cias! —silabea mirándome con sus ojotes delineados con un lápiz negro todo corrido, que aún no aprende a ponerse.

Le hago un gesto brusco con la mano. Vuelve a cerrar la puerta y se va corriendo. Me quedo sentada en la mesa de la cocina, con la mirada perdida en el vacío, más o menos en dirección a la puerta por la que apenas salió Morgana.

¿Cómo diablos se escribe la letra de una canción?

Claro, como dije que sí, di por sentado que es una tarea para Vani Sarca, así como lo dieron por hecho esas dos sanguijuelas, pero la verdad es que no tengo ni la más mínima idea de cómo se escribe la letra de una canción. Y encima una canción para adolescentes. Pero ¿en que momento se me ocurrió aceptar?

Aunque, bueno, eso que señaló Laura, yo también lo creo. Se puede aprender a escribir cualquier cosa con sólo agarrarle el modo. Quién va a saberlo mejor que yo. Tal vez no funciona así para todos, pero sí para aquellos como Morgana y yo. Para mí, pues. Se trata solamente de mi enésimo encargo. Hasta antes de ayer yo era la *ghostwriter* de un neurocientífico, del novelista más aclamado de la década y de una médium de fama internacional. Por mencionar sólo los últimos. Hoy, en menos de dos horas, me convertí en la *ghostwriter* de una cocinera que se afanaba en la cocina en la época de De Gasperi y de una quinceañera con las hormonas alborotadas. ¿Cuál es el problema? Aprender los lenguajes y contenidos de mi *alter ego* de turno. Entrar en su mente sin importar quién sea. Eso sé hacerlo. Lo que me sale de la mierda son otras cosas —cocinar, disparar, tener una relación estable con un hombre decente—, pero esto no. Escribir, de todo y para todos, es mi trabajo desde que tenía doce años. Así que ¿a quién le importa? Al final también llegará la canción.

Y, además, es el momento de que llegue otra cerveza, pienso mientras me pongo de pie y me

dirijo hacia el refrigerador.

El sonido del teléfono me trae de vuelta al mundo real. La pantalla me muestra que se trata del número privado de Berganza.

—¿Comisario? ¿Olvidé algo en el gimnasio, algo como mi dignidad?

—Sarca, ¿está lista?

—¿Para qué, para caer? Porque para eso estoy listísima, lo practico desde hace un siglo.

—Sarca.

—Comisario.

—La espero en mi oficina en treinta minutos. Prepárese psicológicamente para su primer trabajo con la policía. —Cuelga.

No creo que sea aconsejable presentarme ante el comisario con dos cervezas en el cuerpo.

4

Le revelo un secreto

Media hora después me encuentro en la estación de policía (con dos cervezas en el cuerpo). Hacía tiempo que no venía. Extrañaba todo: las luces de neón que hacen que todos parezcan personajes de *El amanecer de los muertos vivientes*, la loseta vinílica que gime como si las suelas de los agentes le hicieran daño, los muros revestidos hasta metro y medio de altura con un yeso grumoso que me recuerda a mi escuela primaria, y las costras en los codos cada vez que lo rozabas. Una vez Berganza me ofreció un café de la maquina. Daba asco. Este lugar está pensado como complemento de la cárcel, estoy segura. Tal vez es un modo de recordarles a los agentes en qué clase de infierno terminará la gente a la que arrestan, tipo karma, para que antes reflexionen bien.

No sé cómo le hace Berganza para pasar los días aquí. Aunque no sólo lo logra, sino que juraría que incluso lo disfruta. En realidad, si se encuentra aquí significa que no está afuera arriesgando el pellejo en algún operativo. Puede sentarse en su escritorio vacío, llenando documentos y leyendo sus queridas novelas policiacas a la hora de la comida. Apuesto que no siente ni frío ni calor ante la blancura violácea del neón.

Así es como se forma el carácter de un policía. Si aprendes a soportar esta iluminación, aunque después veas un cadáver diariamente, tu sensibilidad estética no caerá desde muy alto.

Berganza cierra la puerta y en la oficina quedamos él, otras tres personas y yo. Las reconozco porque me las encuentro en los corredores de la estación de policía o en el gimnasio adscrito. Son Manuel Rovato, un joven inspector que, con su cabello pajizo y pecas, tiene algo de policía inglés; Arianna Pezzoli, una colega suya pequeñita y con cola de caballo (de un color caoba artificial: el único toque de frivolidad en toda su persona), y el habitual Claudio Petrini, que, como aparenta tener doce años, esperas que confiese de un momento a otro que es policía sólo porque cuando sea grande sueña con ser un paladín del bien, como Superman o Spiderman. Apuesto que, en la intimidad de su habitación —porque seguramente todavía vive con sus padres y su mamá le prepara un caldito de pollo cada vez que está resfriado—, le reza al Niño Dios cada noche antes de dormirse para que al despertar le haya aparecido su primer pelo en la barba.

Falta el agente Macchio, con quien compartí mi primera aventura como consejera extraoficial de la policía hace algunas semanas, y también Betti, que parece como si estuviera intentando utilizar la menor energía posible, incluso cuando contesta el teléfono. Teniendo en cuenta la sutileza de Macchio y la eficiencia de Betti, tal vez su ausencia es una buena noticia. Aunque depende del tipo de misión.

Los chicos se sientan frente al escritorio de Berganza. Arrastro una silla plegable extra al extremo izquierdo de la fila. Los muchachos se acomodan en orden. Me hundo en la silla y extendiendo las piernas. No es que quiera parecer una arrogante anticonformista, son estas malditas sillas de director que siempre ceden y se bajan más de lo debido. Así que ahora parezco una

adolescente hostil en una clasecita de *freaks*. Vani Sarca, señores. La mujer que, cuando repartieron la integración social, estaba en casa leyendo a Salinger.

Berganza me acerca dos reportes y dos fotos. En una se ve a un monstruoso delincuente de mediana edad; en la otra, a un monstruoso delincuente más joven.

—En este mismo momento, al fondo de ese corredor, hay dos hombres encerrados en dos cuartos —empieza a hablar el comisario—. Se llaman Fausto Dalmasso, de veintinueve años, soltero, desempleado, con pequeños antecedentes de robo, y Rocco Monteleone, de cincuenta y siete, separado, también con antecedentes, aunque peores, por robo y agresión. Y ahora: esos dos caballeros robaron una camioneta, pero uno además golpeó a su propietario, que llegó cuando estaban forzando la portezuela. El problema: ninguno de ellos quiere confesar quién le dio la golpiza y, desde que estos muchachos están aquí, esta es la primera vez que nos vemos ante un estancamiento semejante.

Con «estos muchachos» se refiere a los tres bebés policías que tengo delante, así que Berganza dice esta última parte refiriéndose a mí en particular. Grandioso. Eso significa que los tres mocosos son tan incompetentes como yo, pero que, a diferencia de mí, tienen una justificación por su inexperiencia, mientras que, en teoría, yo debería ser el comodín externo que llega y resuelve el lío. Fantástico.

—Hablé con los sospechosos personalmente y de manera informal, pero no obtuve nada —concluye el comisario—, así que ahora necesitamos cambiar de táctica.

Pezzoli juega con la punta de su cola de caballo. No es una chica con demasiada determinación, pero, comparada con los otros dos muchachos, emana vitalidad por los poros. Parece que ellos están disecados. Tengo la sensación de que no son estúpidos, sino que más bien Berganza les da un miedo de muerte.

—¿Así que esta vez no usaremos el principio de Locard? —pregunta Pezzoli cuando termina de tocarse el cabello.

No tengo ni la más mínima idea de qué es el principio de Locard.

Berganza sacude la cabeza.

—No, nada concluyente, a menos que confiemos en la policía científica para contar con unos análisis más minuciosos, y también más tardados. Sin embargo, a mí me importa mucho que esos dos, especialmente Monteleone, terminen en la cárcel cuanto antes.

—¿Por qué? —Este es Petrini, tan vacilante como un cachorro frente a un riachuelo congelado—. Quiero decir, ¿hay algún motivo para...?

Berganza asiente. En el vocabulario corporal de Berganza, *asentir* corresponde a cerrar los párpados por un instante.

—Monteleone es un verdadero cabrón. Le pega a su exmujer, a sus hijos y más o menos a todas las mujeres de su familia, quienes no lo denuncian porque se mueren de miedo y..., bueno, incluso las entiendo. Dalmasso es una especie de sobrino lejano que vive en su mismo edificio y que debió de crecer con el mito del tío que vive al margen de la ley. Parece un pobrecito joven psicológicamente impresionable, víctima de la fuerte personalidad de Monteleone. En mi opinión, cada hora, minuto, segundo, que separa el momento en que Monteleone hace una de las suyas y vuelve a acabar en prisión es una victoria moral para ese criminal. Incluso podríamos limitarnos a

acusarlo de robo, pero la simple idea de que ese canalla vuelva con su gente y se jacte de que salió libre de una acusación más grave, o sea de agresión, me llena de ira. También podríamos acusarlos a ambos de la golpiza, si no fuera porque el propietario del vehículo recibió un único golpe fuerte en la cabeza, en la parte de atrás: no vio la cara de ninguno de los dos, pero es evidente que sólo fue uno. Así que seguirán declarando que son inocentes, y acabaremos por tener que dejar que ambos se vayan. Sin embargo, estoy convencido de que quien golpeó a la víctima fue Monteleone: todo depende de que logremos que lo confiese.

—¿Porqué está tan convencido de eso? —pregunto.

—Por exclusión. Mire, Sarca, en este momento Dalmasso es el mandadero, el lacayo de Monteleone. Con toda probabilidad, Monteleone le prometió convertirlo en su brazo derecho a cambio de que se esfuerce un poco y de que demuestre su fidelidad: por ejemplo, sería típico que le hubiese pedido que lo cubriera, que se ensucie las manos por él tanto como sea posible...

—Discúlpeme, comisario. —Rovato, el que parece poli británico, abre la boca por primera vez, y me gustaría que pronunciara la erre para descubrir si la arrastra a la inglesa—. Pero, si le hubiera prometido todo eso a Dalmasso, ¿por qué se limitó hasta ahora a *no decir* que fue Monteleone quien golpeó al tipo? —No la arrastra. Lástima—. Podría declarar que fue él, echarse la culpa, así no sólo cubriría a su jefe, sino que además lo *exculparía*. —Tiene razón. Parece que estos cachorros no son tontos.

—Estaba llegando a eso. El caso es que Monteleone es un experto y sabe cómo funcionan las cosas —explica Berganza—. Y es consciente de que si alguien confiesa algo que no hizo, de un modo u otro pueden cometerse errores. Se confunde la dinámica, se dan más detalles de lo normal, en fin, sin querer se dan indicios a los investigadores sobre cuál es la verdad. En resumen, estoy dispuesto a apostar que Monteleone le inculcó a Dalmasso la idea de que es mejor no hablar y punto. Si Dalmasso hubiese golpeado a la víctima, ya lo habría confesado para exonerar a Monteleone, pero si calla, debe de ser porque no fue él y Monteleone le explicó que en estos casos callar es la solución más segura. Bueno, estas son las razones por las que yo veo que fue Monteleone quien cometió la agresión, pero no tengo ningún elemento para probarlo.

Hay una pausa. Y en este momento Berganza se gira y me mira. Y, como es obvio, todos los demás lo imitan. Les devuelvo la mirada hasta que me doy cuenta de que esperan que diga algo.

—¿Qué pasa? —me decido a preguntar cuando el silencio comienza a volverse incómodo.

—Adelante, Sarca. Ocúpese de eso por lo que hice que la contrataran —me anima Berganza—. Entre en la cabeza de otra persona.

El comisario me cae bien, pero cuando hace este tipo de cosas, me dan ganas de levantarme, irme y, ya que estoy aquí, llevarme conmigo la novela policiaca que seguramente guarda en el cajón del escritorio, para que no sepa cómo termina.

Guardo silencio.

Durante mucho tiempo.

—Sarca, intercambiamos unas palabras en privado —me pide Berganza por fin.

No sucede nada.

—Eso significa que deben salir —suspira el comisario. Enseguida los tres muchachos se ponen de pie—. Cuenten hasta veinte y entren —ordena Berganza mientras Petrini abre la puerta.

Tan pronto como nos quedamos a solas, Berganza me pone los ojos encima. Creo que es la segunda vez, máximo la tercera, que los veo tan bien, fijos en mi cara, y no borrosos por el velo del humo del cigarro.

—Sarca —dice despacio—, le voy a revelar un secreto, luego ya decidirá usted qué hace con esa información. Los criminales, en su mayor parte, son gente banal. Incluso estúpida. Aquí y allá, como es obvio, hay algún zorro, alguna auténtica hiena con el cerebro tan afilado como una navaja, capaz de ir un paso por delante de nosotros, pero en general se trata de pendejos normales. Sólo tienen unos pocos escrúpulos menos que la media, pero no son más geniales, ni más lúcidos, y con frecuencia ni siquiera más despiertos. Y, bueno, en consecuencia tienen impulsos banales, movimientos banales, reacciones banales. ¿Por qué cree que me gusta tanto leer novelas policiacas? Por el gusto de poder sorprenderme alguna vez por algo o por alguien, Sarca, se lo digo yo.

Por un momento nos quedamos viéndonos en silencio.

—Veinte —dice Rovato abriendo la puerta con timidez—. ¿Se puede?

Berganza asiente y los tres regresan a sentarse en su lugar con la misma velocidad con la que salieron.

—Mientras tanto, comisario, se nos ocurrió algo —se atreve a decir Rovato—. Podríamos decirle a Dalmaso que Monteleone ya confesó, y que por tanto...

—No —lo interrumpe Berganza—. Eso está prohibido. Les recuerdo que en diez minutos llegará Martucci, y estará listo para saltar como un petardo por cualquier tecnicismo jurídico.

—¡Dios mío, es verdad! Artículo 188 del Código Penal —recita Petrini al instante, como un disco—. «No pueden utilizarse, ni siquiera con el consentimiento de la persona involucrada, métodos o técnicas que influyan en la libertad de autodeterminación o que alteren la capacidad de recordar y evaluar los hechos».

—¿Quién es Martucci? —pregunto.

—El abogado de oficio —se apura a explicar Petrini—. Cuando se interroga a un sujeto en calidad de persona informada de los hechos, se puede prescindir del defensor, pero si es sospechoso...

Le indico con el dedo que ya entendí antes de que esta sala se convierta en una clase de derecho.

—¿Y si le dijéramos a Dalmaso que Monteleone ya lo acusó? —Esta vez habla Pezzoli—. Así, tal vez su instinto de supervivencia superará la presión psicológica y...

—Tan prohibido como lo anterior —afirma Berganza sacudiendo la cabeza.

—O le decimos que no debe sentirse culpable por testificar en contra de Monteleone, ya que cualquiera que estuviera en su lugar...

—Prohibido.

—Podemos decirle que no es tan grave si...

—Prohibido. Dios mío, ¿quieren regalarle a Martucci el mejor día de su vida? —Berganza abre los brazos, como diciendo «Tengo que explicarles todo».

—No le digamos nada a Dalmaso. —Esta vez soy yo quien habla. Los cuatro pares de ojos vuelven a ponerse sobre mí—. Hay que ir directamente por Monteleone.

—Pero Dalmasso es más débil psicológicamente —replica Petrini, el Hombre Manual. Es demasiado complicado de explicar. Ni siquiera lo intento y me dirijo a Berganza:
—Llamen al tal Martucci y díganle que no es necesario que venga. Y necesito a Pezzoli. Berganza mira a Pezzoli, quien, aunque perpleja, asiente con gusto.
Qué bueno.
—Pero antes tienes que venir al baño conmigo cinco minutos —agrego.

Cuando Pezzoli y yo salimos del baño, Petrini, Rovato y Berganza están en el corredor, justo afuera de la puerta de la oficina del comisario.

Si existiera un efecto para que la realidad se viera en cámara lenta, este sería el momento perfecto para usarlo.

Pezzoli está irreconocible. Hice que se desatara el cabello y se desabotonara el uniforme. A decir verdad, hice que se pusiera un generoso puñado de papel higiénico en el sostén, y revisé que el efecto fuera natural. Pero sobre todo la maquillé como nunca en su vida. Ahora tiene los ojos casi del doble de tamaño que antes, con unas pestañas como de cervatillo que le enmarcan una mirada que Lauren Bacall envidiaría. Su boca parece lista para aparecer en un anuncio de labiales, o en películas menos castas. Un mechón caoba le cae sobre el ojo izquierdo (sí, bueno, para esto me inspiré un poquito en mí misma) y la muchacha se balancea con sensualidad a cada paso que da en el corredor.

Rovato y Petrini la observan mientras se acerca como si fueran fans a un lado de la alfombra roja. Cierran los ojos, aprietan las mandíbulas. Sé lo que ven. Una cosa es pensar que tal vez tu colega tenga *un poco* de potencial, y otra es encontrarte delante de ese potencial plenamente desarrollado. Es como ver a Scarlett Johansson en *El señor de los caballos* e inmediatamente después en *Match Point*. Si entiendo bien a los hombres, no serán capaces de dirigirse a ella con serenidad al menos en una semana. Pezzoli sonrío avergonzada, sin embargo enseguida se acuerda de que está de servicio, enfocada en una misión específica, y se pone derecha, pero sólo logra dirigir aún más las miradas de sus dos colegas hacia el relleno delantero.

Berganza, en cambio, me mira a mí. Por mi parte, me limité a retocarme el maquillaje (sustituyendo el lápiz labial púrpura por uno rojo más canónico de vampiresa), me quité el suéter y me quedé con la camiseta negra sin mangas y escotada debajo del abrigo abierto. Tengo mucho frío, aunque también podrían ser los sudores fríos que me provoca la idea de estar ante mi primera misión oficial para la policía. Claro, porque la idea es mía, el plan es mío, y eso significa que también lo es la responsabilidad; de veras me daría mucha rabia si un imbécil violento, que le pega a las mujeres y a los niños, regresara alegre a casa porque yo tuve una idea terrible.

Pero Berganza me está viendo.

Y en su mirada, que intercepto mientras paso por delante de él en el corredor, hay de todo menos preocupación.

En concreto, el comisario me está viendo con ese aire de complacencia y diversión que tiene cuando lee un libro y se imagina una escena que promete.

Pezzoli y yo dejamos atrás a los tres espectadores y llegamos a la puerta de la izquierda que está al fondo del corredor.

Monteleone nos espera sentado ante un escritorio. Está medio calvo, pero tiene el cabello largo hasta la nuca, engomado hacia atrás y con patillas. No es alto, sólo corpulento. Tiene la camisa abierta sobre su pecho peludo, enmarcando un crucifijo de oro de un tamaño no tan pequeño, y encima una vieja chamarra de piel tan elaborada que Elvis la encontraría *kitsch*. Tal vez tenga cincuenta y siete años, pero la piel de su cara es oscura y está tan arrugada como la corteza de un castaño. Demasiado sol o demasiados rayos UV en cabina. Qué vanidosos son estos criminales de poca monta.

Bien. Impulsos banales, como dijo Berganza. Espero que así sea. Parece disgustado porque lo hicimos esperar, pero, como acordamos, Pezzoli y yo no nos disculpamos ni nada. Entramos con unas grandes sonrisas, platicando despacio entre nosotras, como si estuviéramos obligadas a realizar esta fastidiosa tarea del interrogatorio y a interrumpir nuestra interesante conversación.

—Okey. —Suspiro al sentarme, sin quitar la sonrisa de mis labios—. Entonces, ¿qué tenemos aquí? —Berganza me prestó el expediente del caso. Lo hojeo distraída, como si me aburriera un poco—. Ah, sí. La camioneta. —Echo un vistazo desinteresado a Monteleone, y luego cruzo la mirada de nuevo con la de Pezzoli, quien, interpretando su papel a la perfección, finge que todavía tiene la cabeza en nuestra conversación y que se esfuerza para reprimir una risita. Le lanzo una mirada de soslayo que debería significar «¡Dios mío, contengámonos!», pero hago como que me está dando risa a mí también.

Aunque no sepa leer ni escribir, Monteleone ya debería de pensar que somos dos chiquillas de la secundaria. E incluso unas un poco estúpidas que de seguro estaban hablado de hombres hasta hace un momento y se emocionaron como tontas.

—Veamos... —Sigo perdiendo el tiempo con el expediente. Pezzoli se controla, aunque sin ganas, y desenfunda la hoja de la declaración verbal y una pluma—. Renzo Monteleone...

—Rocco —corrige el hombre con hostilidad.

Levanto los ojos como si lo viera por primera vez.

—¿Cómo? Ah, sí, sí, Rocco. —Pongo de nuevo los ojos sobre los papeles—. Robo de vehículo... Arresto... Junto con un cómplice, Dalmasso Fausto; aquí está.

Empujo la foto de Dalmasso hacia Pezzoli. Al decir el nombre de Dalmasso no me equivoco en nada. Y, al ver la foto, a Pezzoli se le escapa un rápido gesto de apreciación femenina.

Muy bien. Eres talentosa, Pezzoli. Lo estamos haciendo muy bien. Bueno, siempre y cuando mi idea funcione.

—¿Por qué no tengo abogado? —masculla Monteleone.

—Porque no es necesario —bostezo—. Aún no lo interrogamos como sospechoso, señor... Monteleone. A partir de ahora, usted sólo es una persona con información sobre los hechos. Ya sabe, esta vez nada de principio de Locard. —Sigo sin tener idea de lo que significa, pero surtió efecto en mí hace unos minutos, y ahora surtirá efecto en Monteleone—. Pero, en fin, no deberíamos tener grandes dudas. Dejemos que Conardi haga algunas confirmaciones —le digo a Pezzoli—, pero creo que Dalmasso ya se puede ir preparando psicológicamente para la acusación.

Como es obvio, no existe ningún Conardi, pero es mucho más convincente que decir «Dejemos que la policía científica haga algunas confirmaciones», y además hace que Monteleone se sienta un

poco ignorado. No es gran cosa, claro, pero las pequeñas piedritas en el zapato son las que al final te obligan a dejar de caminar, deshecho por las ampollas.

No se me escapó, de reojo, que Monteleone daba un brinco por la sorpresa al oír que yo le atribuía la agresión a su cómplice con toda seguridad. Además, no creo que esperara que yo le sonriera, pero eso es exactamente lo que estoy haciendo. Es una sonrisa afectuosa, como la que le dedicaría a un viejito bribón que fue sorprendido dejando en la acera las necesidades de su perro.

—Veo que tiene una gran experiencia en estas cosas, por lo que ya debe de saber que sus problemas no terminan aquí, porque, en fin, en cualquier caso usted participó en el robo, pero al menos evitó la acusación por agresión. ¿Está feliz?

Monteleone levanta una ceja con perplejidad.

—¿Y ahora interrogaremos a Dalmasso? —pregunta Pezzoli, esperanzada.

—Dentro de poco, dentro de poco —le digo. Intercambiamos nuevas sonrisitas maliciosas.

A estas alturas debería ser claro incluso para un imbécil como Monteleone que las dos jóvenes que lo están interrogando con amable desinterés consideran a Dalmasso un atractivo sinvergüenza, del tipo que hace enloquecer a las niñas bobas y despierta en ellas esperanzas de redención, o por lo menos de sexo indecoroso en un callejón oscuro. Y a él sólo como un inútil vestigio de una generación anterior.

Pezzoli toma el expediente de mis manos y observa de nuevo la foto de Dalmasso por algunos segundos. Pero esta vez de un modo más profesional, reflexivo.

—Bueno, cómo no, es evidente —dice.

—Claro —susurro—. Con todo respeto, pero sólo nuestros colegas varones podían tener dudas.

—Por supuesto, el comisario debe de tener ciento veinte años, es claro que no quiere ver la realidad —murmura Pezzoli, bajando la voz como si tuviese miedo de que Berganza la oyese a través de la puerta (lo cual puede que sea verdad)—. Mira esto. —Señala el reporte de los hematomas del propietario de la camioneta—. ¿Tienes idea de la fuerza que se necesita para fracturar el hueso occipital de ese modo? Y además hay que dar el golpe desde un ángulo específico, o sea, tienes que ser alto y musculoso, todo un fortachón.

—Tienes razón —respondo—. Y también está la cuestión de la audacia, como es natural. De verdad, a veces me pregunto qué diablos aprendieron esos de allá durante todos sus años de servicio. —Sacudo la cabeza al mismo tiempo que Pezzoli, como si fuéramos dos muchachas en un bar que se quejan de que todos los hombres son iguales—. En el curso insisten en explicarte que los jóvenes son la vanguardia de los viejos, que ellos son la sangre y el motor, que las acciones más dinámicas están relacionadas con ellos en el noventa por ciento de los casos..., y nuestros colegas pierden el tiempo haciéndose preguntas. Es decir, puedo entender que ellos estén incluso... —bajo la voz mientras echo un vistazo a la puerta, que está junto a mí— que estén incluso *celosos* de ese Dalmasso, que no tiene ni treinta años, es fuerte físicamente, está libre de prejuicios, es intrépido y no tiene miedo de dejar atrás a la... eh, *vieja guardia*. Pero, bueno, no por ello pueden pretender que sólo porque un tipo fue una amenaza una vez, deba pagarlo toda la vida. Los viejos delincuentes deberían tener el derecho de jubilarse, por Dios.

Pezzoli asiente.

Volteamos para ver a Monteleone con una mirada de compasión.
Monteleone abre la boca y respira con fuerza antes de hablar.

El golpe de mi mano que deja la confesión firmada sobre el escritorio de Berganza es el sonido más dulce del mundo.

Rovato y Petrini nos miran como una santa Virgen por partida doble. Pezzoli y yo triunfamos. Berganza lee toda la hoja hasta el final y luego levanta la vista hacia mí.

—Hicieron que *presumiera* pegarle al tipo —afirma.

—Sí.

—Sin ponerle las palabras en la boca... y, aunque lo hubieran hecho un poquito, sin burócratas de oficina que puedan constatar que lo hicieron.

—¡Sí! —exclama Pezzoli, entusiasta. Luego dice algo complicado sobre el hecho de que, sin embargo, no sería una de esas manipulaciones que hacen que Martucci se exalte tanto, porque, en realidad, nosotros estábamos ofreciéndole a Monteleone la posibilidad de *confirmar su inocencia* respecto a la acusación de agresión y blablablá, pero yo dejé de plantearme cualquier problema cuando vi la cara satisfecha de Berganza, y sólo estudiaré leyes cuando me toque ser la *ghostwriter* de un abogado.

—Para su información, la chica estuvo brillante. —Porque Pezzoli se lo merece. La joven inspectora se pone roja de gusto. Por un momento me recuerda a Morgana. Debo dejar estos impulsos de instinto maternal.

—Muy bien, óptimo trabajo. Pueden irse —se despide Berganza, lacónico pero genuinamente satisfecho. O al menos entiendo que lo está, porque, aunque baja de inmediato la mirada hacia los papeles que tiene esparcidos en el escritorio, las comisuras de la boca se fruncen hacia arriba.

Los tres minipolicías salen de la oficina del comisario. Rovato y Petrini marchan dos pasos por detrás de Pezzoli, como unos discípulos vestidos con sacos siguiendo a un mesías. Admítelo, muchacha: los hombres con los que compartes funciones y jornadas se comportarán como idiotas contigo por lo menos hasta final del mes. A la vez, yo estoy por irme cuando escucho:

—Sarca.

—¿Sí, comisario?

—Óptimo trabajo.

—Ya lo dijo.

Berganza continúa llenando papeles, pero esta vez sonrío de modo evidente.

—No finja que no le gusta oírlo.

Nunca consigo esconderle nada a Berganza.

—Buen día, Sarca. Y recuerde que mañana tiene de nuevo clase de aikido.

5

Hogar, dulce hogar

El comisario se equivocó en algo: hoy, nada de aikido. Estoy manejando hacia la colina, más allá del puente de la calle Regina Margherita (o simplemente calle Regina, como la llamamos nosotros, los turineses, que también llamamos simplemente calle Giulio a la calle Giulio Cesare, y plaza Vittorio a la plaza Vittorio Veneto, como si una vieja familiaridad nos autorizara a acortar sus nombres). Hoy, nada de gimnasio. Hoy comienzo el trabajo para Enrico. Hoy me reuniré con Irma Envrin por primera vez.

En otras palabras, hoy entraré a la casa de la familia Giay Marin por primera vez. Manejo despacio porque es una calle agradable, muy panorámica, y porque tengo que estar atenta a la numeración. Sería gracioso que me equivocara de mansión, que me abrieran el portón equivocado y, después de atravesar dos kilómetros de jardín, llegara a la puerta y sólo entonces descubriera mi error. Tendría que tomar el camino de regreso y llegar a la puerta de la casa de al lado con una hora de retraso. Aún estoy a las afueras de Turín, pero esto ya me parece Australia.

Lo bueno es que, aunque se trata de una calle residencial sin tiendas, aquí no hay luces de Navidad. No sufriré ningún ataque de ftofobia histórica que me haga derrapar en una curva cerrada.

Finalmente diviso el portón correcto. Ahora entiendo por qué Enrico se quedó tan desconcertado cuando le pedí el número exacto de la calle. El acceso a la propiedad turinesa de Giay Marin es simplemente inconfundible. Se trata de un portón inmenso, con muchas varas de la misma altura unidas entre ellas con un complicado diseño *art nouveau* en hierro forjado. A los lados del cancel hay dos columnas. No presentan ninguna curva neoclásica, ningún capitel, pero en lugar de un interfón normal, hay una placa de piedra, visible desde la calle, que dice —adivina, adivinador— Giay Marin. Los garabatos de las barras de hierro y la altura de las columnas hacen que la reja parezca muy fácil de saltar y, sin embargo, me da la impresión de que ningún ladrón se aventuraría a hacerlo. Los Giay Marin deben de tener un sistema de seguridad gracias al cual, si se acerca un malintencionado, aunque sólo sea con el pensamiento, lo freirá un rayo láser que emana directamente de la Estrella de la Muerte. O bien, al contrario, tal vez no tengan ningún sistema de seguridad porque son tan asquerosamente ricos que, aunque un ladrón de casas entrara en la propiedad y se llevara todo lo que pudiera transportar, para ellos la pérdida sería del todo irrisoria.

Presiono el interruptor del interfón y observo cómo se abre el cancel de manera majestuosa. Me adentro en el jardín en dirección al edificio principal y comprendo que existe incluso una tercera posibilidad: tal vez no haya necesidad de que ningún sistema de seguridad mantenga alejados a los ladrones porque, si estos tuvieran intención de llegar a pie hasta la gran casa, sería probable que murieran de viejos antes de que llegaran a su destino.

Estoy hastiada de frecuentar a ricachones, la verdad. Ya en mi último encargo me tocó una. Ahora los Giay Marin. No querría que se volviera un hábito. Me hartaría vivir en una proyección de *El jardín de los Finzi-Contini* en sesión continua. Es verdad que los Giay Marin no tendrían por qué responder al cliché de los diseñadores excéntricos que nadan en la opulencia, si tenemos en cuenta todo lo que se dice de ellos en términos, más que otra cosa, de «grandiosos artesanos unidos a la tradición», etcétera, etcétera. De todos modos, lo logran como lo logran, la esencia no cambia: es gente que nada en dinero. Y estos ambientes me dan comezón. Tan pronto veo mármol, extraño de inmediato unas baldosas agrietadas y el yeso ennegrecido por la calefacción, y muchas gracias, pero en los escasísimos momentos en los que se me antoja un poco de elegancia, me basta con leer alguna página de Kazuo Ishiguro para estar bien durante semanas.

En realidad, mientras más me acerco a la casa, más pienso que este lugar no está tan terriblemente mal. De entrada, el parque que estoy atravesando está lleno de unos árboles altísimos. Deben de ser un espectáculo en primavera, cuando tienen hojas. Ahora parecen un equipo de esqueletos arrogantes, pero se recortan en el cielo de diciembre de un modo igual de sugerente. Parece un cementerio inglés. La casa que poco a poco aparece entre las ramas es grande, pero no enorme, y es bellísima, obvio, pero bellísima *en serio*, no según la lógica perversa de los arquitectos de hoy, para los que un cubo de cemento con una gran pared de vidrio es *minimal chic*, y no un gigantesco horno de microondas. Esta es una casa antigua, con unos muros de color rosa pálido totalmente cubiertos por una delicada hiedra. Me imagino que las contraventanas están blindadas, de nuevo por aquello de los robos, pese a que tienen un aire gastado: acá y allá están descarapeladas. Detrás de la maraña de enredaderas, la fachada sube hasta tres pisos, con algunos alféizares en donde percibo que hay macetas para flores, ahora vacías.

Sobre el portón central se abre un balcón al que dan tres grandes ventanales. No debe de estar nada mal merodear por esa habitación y tener una vista completa del jardín.

Está por verse si estos Giay Marin se merecen de verdad pasar por gente que tiene buen gusto. En efecto, ayer por la noche, como es habitual, me documenté sobre ellos. Vi fotos, caras, vestidos. Cosas sobrias. Ninguna transparencia de *peep show* ni pantalones de sólo una cuarta de largo. No es que me lo esperara, pero ya no se sabe, en estos tiempos bárbaros en los que las mujeres lucen los lentes de Arthur Miller y los hombres, el tinte de Marilyn Monroe. Parece que en la actualidad dirige la empresa el nieto de Armando Giay Marin, un italoamericano que por lo general trabaja desde Massachusetts, rodeado por jóvenes seleccionados con un sistema ferozmente meritocrático. No se sabe si el jovencito es bueno o si el equipo tiene que pasar el tiempo tapando las estupideces de su jefe, el hecho es que funciona. Parece que el desafortunado paréntesis de Aldo y Adriano Giay Marin no comprometió la salud de la marca.

Claro, el caso de Adriano y Aldo. Seguramente saldrá en algún momento durante la entrevista. Esperemos que no sea un desastre diplomático. Pero, bueno, ya pensaré en eso cuando llegue el momento. Por ahora estoy ocupada metabolizando mi primer encuentro con el planeta Giay Marin, y debo admitir que no da tanto asco.

Poco después una sirvienta me escolta hasta el salón que vislumbré desde el exterior. Por dentro

es aún mejor de lo que me pude imaginar. Hay muebles de madera oscura, pocos y antiguos. Mirándolo bien, por doquier hay detalles preciosos (el Segantini que cuelga sobre la pared de la chimenea debe de ser auténtico, y las flores blancas que están en todos los floreros son frescas); la atmósfera es acogedora. Y luego, la vista sobre el jardín y sobre la colina es asombrosa. Por esta razón, cuando entran dos mujeres a la sala, incluso antes de verlas, me dan ganas de comenzar con:

—Esta casa es asombrosa.

Por suerte, no parece que ningún dios de la elegancia vaya a decapitarme enseguida con su katana marca Tiffany.

—¡Gracias! —El rostro de la más joven se ilumina. Es alta, esbelta, tiene unos cincuenta años y una silueta infinitamente mejor que la mía. Sin duda, esta gente debe de tener unos genes privilegiados... y un entrenador personal de tiempo completo—. Tengo que reconocer que yo también la adoro. Y entiendo muy bien por qué mi suegro siempre prefirió vivir aquí que hacerlo en cualquier otra propiedad de la familia. Ya sabe, de los Giay Marin aquí ya sólo vivo yo, con mi primo Stephen cuando regresa de Estados Unidos, y por supuesto Irma, que es como un miembro más de la familia y tiene derecho a pasar una vejez serena en la casa en la que trabajó durante tantos años, ya que nunca tuvo otra. —Destaca los conceptos con unos gestos expresivos: es evidente que esos pómulos perfectos no se deben al bótox. Me molesta. Siempre me parece que el exceso de calidad en un solo ser humano se debe a una desigualdad en el reparto de los recursos por parte de Dios—. Este edificio es perfecto para nosotros, ahora que somos pocos y vivimos apartados. Pero mi suegro habría podido vivir en el ático de la plaza Solferino, por ejemplo, o bien en la villa en las islas Eolias, por lo menos en los meses del año en los que creaba y no quería distracciones. O en Nueva Inglaterra, en donde su mujer Judy tenía propiedades familiares. Y, sin embargo, Armando prefería vivir aquí. Los primeros laboratorios estaban aquí dentro, ¿sabe? Toda la planta baja era un enorme taller. Luego las máquinas de coser fueron demasiado numerosas y la casa regresó a ser sólo una casa. Pero tiene usted razón, es maravillosa.

No le hago notar que ese no es exactamente el adjetivo que usé. Sólo entonces me tiende la mano.

—¡Perdóneme, hablo mucho! Es un placer. Yo soy Delia Visconti Bligny.

Oh, por supuesto. Ahora sí que la reconozco. Habré visto su cara veinte veces. Todas, ayer por la noche en mi monitor. Era una cara unos cinco o diez años más joven, pero aún así es una bella cara, con una nariz un poco irregular. Semejante nariz, en semejante ambiente y semejante cuerpo, afirma: «Oigan, que quede claro: yo no soy una modelo. Formo parte de la otra categoría de mujeres que frecuentan estos lugares, es decir, la de las dueñas. Las que dan las órdenes. A mí nadie me pone a posar como un maniquí, ni me obliga a caminar con zapatos demasiado pequeños porque a última hora Producción no encontró mi número. Y si, por casualidad, mi aspecto físico se parece al de una modelo, ¿qué puedo decir? Envídienme».

Cabe mencionar que la cara de Delia Visconti Bligny que apareció ayer en la noche en mi monitor era más joven, pero también parecía más abrumada. A excepción de algunas fotos de su boda con Adriano, recuerdo su rostro sobre todo por las fotos que ilustraban el caso del homicidio de su marido. No era exactamente el mejor momento para las ojeras de una señora.

Ahora, en cambio, esta atlética cincuentona me parece serena y plácida. Se le marcan unas ligeras arrugas al lado de los ojos cuando sonrío, y viste un suéter de cachemira color palo de rosa que le ilumina la piel.

Durante una fracción de segundo y por primera vez desde hace veinte años, estar vestida de negro y plateado, con mi labial morado y los ojos delineados, me parece fuera de lugar. Como es obvio, luego vuelve a darme igual.

—Siéntese, doctora Sarca, por favor. —Delia sonrío—. Y déjeme que le presente al verdadero tesoro de esta familia: nuestra Irma.

Sólo ahora me acuerdo de la razón por la que estoy acá. Esa razón en particular tiene el cabello gris recogido en un chongo, unos aretes de perlas y un chal sobre sus delgados hombros. Ya está sentada en el sofá e inspecciona en silencio el contenido del bolsillo de su falda. No pareció hacer caso a la conversación que su acompañante sostuvo conmigo, no parece hacerme caso, no parece escandalizada por el hecho de tener en el salón a una especie de murciélago de tamaño humano. Examina uno a uno los pequeños objetos que saca del bolsillo, como si los viera por primera vez, aunque es evidente que fue ella quien los metió ahí.

Qué bien comenzamos.

—Antes de que inicie —me dice Delia despacio—, quiero que sepa que les estamos todos muy agradecidos, y yo en particular, a ustedes de Ediciones L'Erica por lo que están haciendo. La idea de un libro de memorias será un buen proyecto comercial, me imagino, pero para nosotros es, sobre todo, un homenaje a esta persona que desde siempre ha sido tan cercana y querida. Además, es de veras reconfortante pensar que, después de todo por lo que pasó nuestra familia, será la mirada benévola de nuestro ángel guardián la que la va a immortalizar. Discúlpeme si estoy exagerando, pero creo que en cuanto conozca a Irma, también usted lo comprenderá.

Me dedica una sonrisa aún más deslumbrante que la anterior. Los ricos deben de lavarse los dientes con polvo de estrellas. Luego se sienta en el sofá junto a Envrin.

—Irma —le dice con dulzura, rozándole el hombro—. Irma, ella es la doctora Silvana Sarca, ¿recuerdas? La periodista a la que estábamos esperando.

—A decir verdad no soy periodista.

—Ah, ¿no? —Delia está sorprendida—. El editor habló de una periodista, o algo así. ¿Y entonces usted qué es?

—Un plan B. —Si supiera que esta es la verdad. Y en un sentido existencial. Irma pone un dedal de metal frente a sus ojos, y yo les digo, realmente, a ambas—: Puede llamarme Vani.

—Parece nombre de perro —señala Irma.

Qué bien comenzamos.

—Pero, pensándolo bien, eso no está mal —prosigue. Tiene una voz inesperadamente clara, como el metal cuando cae sobre el mármol. Una voz con la que, imagino, tuvo que hacerse obedecer por una serie de ayudantes de cocineros y meseros durante toda la vida—. Los perros son casi todos buenos. Los hombres no siempre lo son. Algunos dueños de perros deberían aprender de sus bestias. En primer lugar, cómo estar en la mesa. Ese jardinero, ese Mecu, ¿lo recuerdas, Delia? Se daba un atracón enorme con la cabeza inclinada, tanto que por momentos parecía que quería entrar en el plato con la cara. En cambio, tenía ese lobo, se llamaba Bella, o

Estrella, creo, que era un amor. Si le gustabas, como mucho te lamía la mano, pero nunca se te subía encima con las patas sucias. —Junto al dedal, eleva a la altura de los ojos un carrete de hilo verde, usado a la mitad—. Me gustaría saber qué diablos hacen estas cosas en mi bolsillo. Yo dejé de coser en los años setenta. Imagínese, ¿coser en una casa de sastres? Déjenme ser cocinera, dije, y si se me agujerea un camisón me lo arreglan ustedes, qué problema. Y, sin embargo, lo que veo es que no sólo coso, sino que incluso tengo un vestido verde. Verde hierba. Yo. Debo de estar atontándome, porque si hay un color que nunca me gustó es el verde; me queda como si estuviera ya muerta y empaquetada para el funeral.

Delia sofoca una risita, luego me mira. La mirada significa: «Aquí está, esta es Irma en todo su esplendor. Dígame que le parece bien, porque para nosotros es perfecta». La verdad es que Irma, al parecer, no podría disgustarme ni siquiera a mí. Qué gusto, de golpe el trabajo parece mucho menos aburrido de lo previsto.

—Señora Envrin, como ya le explicaron qué hago aquí, ¿le parece bien si comenzamos de inmediato?

—El proyecto del recetario —le recuerda Delia con amabilidad.

—Claro que lo tengo en mente, no perdí la cabeza por completo —responde—. ¿A quién se le olvida algo así? ¿Cuándo tomamos las fotos? —Ahora me habla directamente. Tiene unos ojos bonitos, de un azul grisáceo por la edad, un poco enrojecidos en las orillas—. Detrás de los libros va la foto del autor, ¿cierto? Pensé: «Qué diablos, las últimas fotos que me tomaron, posando y todo, serán de hace treinta años». Esta vez aprovecharé el momento y que me maquillen, vistan y me tome fotos un buen fotógrafo, así tendré la satisfacción de verme muy elegante por lo menos una vez antes de caer muerta y la podrán utilizar como foto para mi lápida.

Delia se cubre la boca con la mano, entre asombrada y divertida. Yo miro a Irma como si san Pedro se hubiese tropezado con un grumo de nube y por accidente hubiese dejado caer desde el cielo hasta mi calle la única cosa capaz de hacer interesante este trabajo de mierda. Es como yo, pero con casi cincuenta años más y permiso para decir todo lo que piensa.

Dos horas después sigo sentada en el mismo lugar y en la misma posición, con el *smartphone* en las rodillas encendido en modo grabación y con la idea de que apenas transcurrieron diez minutos. La voz aguda de Irma me hizo viajar cinco décadas atrás, entre sastras embarazadas a quienes preparaba bebidas reconstituyentes de su propia invención, actrices famosas incapaces de resistirse a una *bagna cauda* llena de ajo que ponía en peligro sus relaciones sociales durante tres días, y un par de peleas resueltas delante de un *risotto al tartufo d'Alba*.

Delia pidió que nos trajeran un aperitivo e Irma aprovechó la ocasión para evocar el día en que Marcello Mastroianni se tropezó con una copa en la mano y se mojó los pantalones de manera equívoca. No todas las anécdotas de Irma son ingeniosas, obvio. La mayor parte es poética, colorida, pero de una forma limpia. Ahora entiendo lo que me dijo Delia al principio. Debe de resultarle agradable releer la historia de su propia familia en ese resumen de episodios alegres. Logran que olvidemos que los protagonistas de esas comedias lo fueron también de alguna página de la historia, gente que fue perseguida por *paparazzi* ansiosos de sacar a la luz trapos sucios y crear mitos.

Sin saberlo, Irma es una gran narradora. Salvo para las recetas: maldición. Tiende a darlas por sentadas. Se salta los pasos, pasa por alto las cantidades, a veces no encuentra las palabras para explicar los detalles. Qué horror. Justo lo que me temía. Pero la entiendo: son sus manos las que debieron memorizar los gestos de la cocina durante años y años, no su cabeza. Ya pensaré más adelante en cómo llenar las secciones de «Tiempo de cocción» o «Grado de dificultad» para el platillo en turno.

Y a continuación lo inevitable sucede. Apenas pasó el mediodía y ya parece que la entrevista vaya a terminar inevitablemente ahí, en el tremendo caso del crimen que conmocionó a la familia en 2009.

—Y, por supuesto, esto lo sabía bien Adriano. Que en paz descanse.

Irma se detiene un momento con la mirada perdida en el vacío y suspira. Veo que Delia se pone tensa, aprieta las manos alrededor del vaso. Claro, se lo esperaba: antes o después saldría a relucir. Pero dudo que oír hablar de su pobre marido asesinado le resulte fácil, por muy preparada que esté.

—Un libertino —prosigue Irma sacudiendo la cabeza—. Simpático, ¿sabe? Hablar con él era muy divertido. Sin duda, mucho mejor que su hermano. Pobre Aldo, era muy bueno, pero, santo Cielo, «Hijo —le decía yo siempre—, relájate, ríete de vez en cuando, que pareces un espantapájaros». Tal vez Adriano reía demasiado. Había quien decía que sólo sabía hacer eso. Porque, con todo respeto, no era bueno ni siquiera para contar hasta diez. —Delia clava la mirada en sus pies. Tiene la expresión de quien sabe que está escuchando cosas feas pero ciertas—. Por favor, las mujeres lo amaban con locura. Cuando se casó con Delia, se oyó el estruendo de los corazones que se rompían por toda la ciudad. Pero qué digo, la ciudad: por toda Italia; más bien Europa entera, hasta Copenhague y Oslo, teniendo en cuenta la fila de rubiecitas que siempre había en la puerta del casanova. —Sí, también leí algo sobre eso ayer en la noche. Qué golpe debió de ser para todas esas gélidas modelos, cuando al final la preferencia del heredero de oro recayó en una inesperada morena de una buena familia lombardo-piamontesa que ni siquiera era modelo—. Pero en cuestión de negocios, ¡por el amor del Cielo y del Señor Dios! —Irma sacude la cabeza de nuevo. Parece una abuela severa frente a su nietecito, que dibujó en la pared—. Me acuerdo de él, de Aldo. Estaba devastado al ver el negocio de su padre arruinado por su hermano. Una vergüenza, digo yo. Recuerdo la vez que Adriano no se presentó a una reunión importantísima porque... ¿estaba borracho? Qué mala imagen. O cuando les daba órdenes a los empleados sin saber siquiera de qué estaba hablando y luego desaparecía y se iba a jugar tenis. O cuando despidió a media oficina porque le hicieron algunos comentarios y ese día estaba pasando por una resaca del demonio y todo lo molestaba. Y después los gritos, las peleas continuas, las caras largas. Si Adriano hubiera seguido con la empresa, la habría arruinado en un santiamén. Madre mía, qué desastre, qué dramas. Si las paredes hablaran. Si hubiera seguido así un poco más de tiempo, créame, Aldo lo habría matado.

Delia titubea. Luego se decide.

—Irma... ¿No te acuerdas? En efecto, Aldo mató a mi marido.

—Oh, no, no. —Irma estalla en una risa casi traviesa—. No fue Aldo. ¡Fui yo!

La pausa de desconcierto dura tanto que por un momento pienso que la tierra dejó de girar y ahora la definición del tiempo es distinta.

—Oh..., Irma. Vamos, no bromees. —La voz de Delia es siempre amable, comprensiva, pero percibo en ella una pizca de resentimiento, como si se tratara de una mamá que trata de explicarle a su hijo que no está bien decirle en público que es gorda.

—¿Y quién está bromeando? —responde Irma con serenidad—. Yo maté a Adriano. Si quieres vuelvo a decirlo.

Delia la mira asustada primero a ella y luego a mí. Le devuelvo la mirada hasta que me doy cuenta de que espera que diga algo. No me sorprende. Estoy segura de que tengo escrito en la cara un *¿Qué diablos tengo que ver yo?*, pero al parecer las viudas ricas en estado de *shock* son bastante malas para comprender mensajes no verbales.

—Señora Envrin, parece que usted se está confundiendo. No es que quiera criticar su memoria ni remover eventos dolorosos, pero le recuerdo que Aldo Giay Marin confesó que fue el autor del homicidio de su hermano y desde entonces está encarcelado. Así que ¿qué es exactamente lo que usted quiere decir?

—Oh, maldita sea. Lo que dije. Que lo maté yo. —Resopla. Parece que la aburro. Vuelve a meter la mano en su bolsillo y revisa de nuevo el dedal y el carrete—. Aldo y yo estuvimos de acuerdo en no decírselo nunca a nadie, pero acabo de decidir confesarlo.

Delia suspira.

—Irma, te lo ruego. La doctora pensará que enloqueciste por completo, pero nosotros sabemos que tu cabeza aún funciona bien, ¿no es así?

Le acaricia el hombro y de nuevo capto una vibración exacerbada en su voz. Es muy comprensible. No te gusta que se bromea con el evento que te destrozó la vida, aunque quien lo haga sea tu despistada y anciana cocinera.

Me rasco la cabeza. Necesito cambiar de método. No hay que hablarle así a una persona que está perfectamente convencida de las barbaridades que está diciendo.

—Okey —intervengo—. Así que usted mató a Adriano. Le creemos. Sin embargo, debe comprender que la noticia nos tomó un poco por sorpresa. —Irma levanta la cabeza y asiente como para confirmarme que sí, lo entiende muy bien, ni que fuera tonta—. Así que... nos preguntamos por qué lo dice hasta ahora y...

—Pero ¡si ya lo respondí! —Me interrumpe agitando sus huesudas manitas—. Lo digo hasta ahora porque antes Aldo me pidió que no lo hiciera, pero yo acabo de decidir que sí quiero hacerlo. ¿Y sabe por qué lo decidí? Por usted, señorita... ¿Cómo dijo que se llama? Tenía algo que ver con los perros, ¿no?

—Vani —suspiro.

—Señorita Vani —concluye—. Lo digo hasta ahora porque usted está aquí ahora, y ahora es cuando está escribiendo un libro con lo que sé y lo que recuerdo, así que esta es una de esas cosas que yo sé y recuerdo, incluso muy bien. Así que lo pensé y resolví que era hora de decirlo.

Y luego su forma de ser distraída y frívola cambia de golpe. Me mira a los ojos fijamente y alza una ceja. Tal y como lo hago yo cuando quiero dar particular importancia a las cosas que estoy por afirmar.

Por un instante, toma mi lugar. Tengo delante a Vani Sarca con casi medio siglo de más y mucho menos tiempo que perder.

—Oiga, escúcheme. Hace ya muchos años que guardo este secreto. Hace ya años que un pobre inocente confesó un delito que cometí yo, y yo dejé que lo hiciera porque..., bueno, porque sí, porque era lo que decidimos, y él lo quiso así. Ahora soy vieja e inútil y no tengo nada que perder, así que ¿por qué no? Usted está escribiendo un libro, y en los libros deben aparecer las cosas más interesantes, ¿cierto? Esta es una cosa interesante. ¿Cómo le decían los *paparazzi* en mis tiempos? ... Una primicia. Esta es mi primicia para su libro, y quizás incluso pueda servir para que me vaya al otro mundo serena y con la conciencia en paz.

Diablos. Este no es el discurso de una vieja despistada. Esta es una confesión en toda regla. Miro a Delia, que con cada palabra también perdió un poco de color y ahora se confunde con la funda del sofá como un camaleón.

—Necesito tomar un poco de aire —afirma. Se levanta y se dirige de prisa, con pasos vacilantes, hacia la puerta de la terraza. Yo también me levanto y la sigo.

—¿Cree que está perdiendo la cabeza? —susurro mirando a Irma, que está al otro lado del vidrio. Tras quedarse sola, volvió a jugar con el carrito verde.

Delia tiene la mirada perdida en el vacío, en alguna parte entre las copas de los árboles. Maldición: desde que llegué babeaba por esta magnífica terraza y, ahora que podría disfrutarla, el panorama se volvió el último de mis pensamientos. Vine a transcribir la receta de un pastel de avellana, maldita sea, no para verme involucrada en una telenovela.

—Yo..., yo no creo que esté desvariando —responde Delia finalmente, con un hilo de voz—. Y tampoco que esté bromeando. ¿Por qué iba a hacerlo? No es su estilo, y además ella no jugaría así con mis sentimientos. Irma me quiere, siempre me ha querido. Desde que Adriano me trajo a esta casa, ella fue como una segunda madre para mí. —Deglute—. Pero si es verdad que me quiere..., ¿pudo matar a mi marido de veras?

Y tiene toda la razón. ¿Pudo hacerlo de veras?

—Haré una llamada —digo.

Berganza no está. Betti me dice que me pasará a Rovato porque es el más cercano a él, pero sé que si acepto hablar con Rovato, Betti no tratará de contactar a Berganza donde sea que esté, así que mejor cuelgo y lo busco directamente; después de todo tengo su celular. Berganza debe de estar ocupado en algo importante porque no responde; sin embargo, me llama después de medio minuto. Le explico brevemente la situación, y Berganza guarda silencio durante diez segundos. Diez largos segundos en los que incluso yo comprendo lo peligroso que podría ser el polvorín en el que estoy sentada...

—¿Lo está grabando, Sarca?

—Acabo de interrumpir la grabación para llamarlo a usted, pero sí, lo estaba haciendo.

—Muy bien. Continúe. Regrese allá y pídale a Envrin que le cuente con todos los detalles cómo mató a Adriano Giay Marin. Luego venga aquí y tráigame la grabación.

Esto es una locura. El tono de Berganza hace que de repente todo parezca real.

—Comisario, ¿me está diciendo que podría haber motivos para reabrir el caso?

Berganza guarda silencio.
Mierda.

6

Será un maldito lío, Sarca

—Barbitúricos —responde Irma.

Su voz sale de mi celular. Son las dos de la tarde y ya estoy de nuevo en la oficina de Berganza. Qué cambio de escenario, qué cambio de todo. En un momento estás en la sala más bella de la casa más bella de la zona más bella de Turín, escuchando historias de *bagna cauda* y *risotto*, y un momento después te encuentras sentada debajo de una luz neón violácea, en una triste oficina, con un Philip Marlowe 2.0 y una voz que sale de tu celular y cuenta con toda *tranquilidad* y *desenvoltura* cómo puso fin a la vida de un hombre.

Bueno, en realidad de dos, si contamos también al que está en la cárcel desde hace cinco años por un crimen que pudo no cometer.

Berganza mira el celular fijamente. Tiene cara de Van Helsing dándose cuenta de que un enjambre de vampiros anida en su desván. La puerta de la oficina está cerrada. En el corredor no hay ni el más mínimo ruido. Berganza echó a sus minipolicías para que no lo molestaran, y apuesto a que ellos, para estar seguros de no hacerlo, se transfirieron a Marte por un momento.

—Maldición, debí decirle que lo filmara, no que sólo lo grabara —se queja Berganza.

—Entonces, usted lo cree —concluyo—. Escuchó la reconstrucción de los hechos y le parece posible.

Berganza espera un momento antes de responderme, porque ambos sabemos que se trataría de una afirmación delicada y con importantes repercusiones, pero para mí, que ya aprendí a interpretar los silencios de Berganza, esto es un *sí*. Y, basándome en lo que ayer por la noche aprendí sobre la historia de los Giay Marin, yo también lo creo posible.

Según la versión oficial, todo empieza cuando, el lunes 5 de octubre de 2009, Adriano Giay Marin, de cuarenta y seis años de edad, se presenta borracho y drogado a una reunión de inversionistas. No es la primera vez, y ni siquiera es el más grave de los excesos de Adriano, pero, como se descubrirá en un plazo de menos de veinticuatro horas, será el último. Las fotos muestran a Adriano como un chico guapo, fuerte, deportista, demasiado juvenil, con un cabello encantadoramente largo. Todo lo contrario que su hermano menor, Aldo, que parece que sólo comparte con él la nariz y la forma de los incisivos. Adriano es el administrador delegado de la empresa de la familia, así que en la tarde del 5 de octubre de 2009 los visitantes abandonan la sala de reunión atónitos y desconfiados. Aldo, que está presente, se ve obligado a pedir que se

suspenda la junta cuando su hermano vomita a los pies del monitor en el que están corriendo las diapositivas; trata de posponer el encuentro para el día siguiente, pero varios empresarios deben tomar un avión. Eso no sería tan problemático —en ciertos ambientes, cambiar un vuelo no es más difícil que tomar el siguiente autobús— si no fuera evidente que ninguno de ellos tiene la menor intención de posponer la reunión, y que lo único que desean es irse, ofendidos por el imperdonable comportamiento de su anfitrión.

Aldo tiene una crisis histérica. Es la enésima, y la más grave. El destino se equivocó con él: hizo que naciera excesivamente riguroso, responsable, disciplinado (así lo describirán todos los periódicos poco después, con numerosas anécdotas que lo confirman, creando el mito de una suerte de asceta de la *jet set*), pero también hizo que naciera en segundo lugar. Si fuera el primogénito, la empresa sería suya y no permitiría que Adriano malograra su futuro. Pero Adriano tiene unos años más que él, y ahora el rostro de la marca Giay Marin es el suyo. Eso quiere decir que, también por culpa suya, la marca Giay Marin perdió su rostro de manera definitiva.

Aldo está fuera de sí. Adriano está tan mal que Aldo debe cargarlo hasta el coche y llevarlo a la gran casa histórica de los Giay Marin, en donde vive este último (Adriano reside en un departamento ultramoderno de plaza Solferino, a pesar de que siempre hay una habitación lista para él y Delia, su mujer, en la casa histórica). En la casa no hay nadie más que ellos y un par de criados, porque Delia está en Camarga y se llevó a algunos trabajadores. Ninguno de los hermanos cena: Aldo porque está demasiado alterado, Adriano porque está perdidísimo. A las nueve y media de la noche se encuentran cada uno en su propia recámara. Aldo decide que las cosas ya no pueden continuar de esa manera, así que baja las escaleras, va a la cocina, hace que le sirvan una cena caliente para Adriano y se la lleva a la recámara. En algún punto entre la cocina y la recámara de Adriano, Aldo pone en la sopa del hermano una dosis letal de Nembutal, fármaco del que dispone en abundancia, pues lo usa para aplacar las frecuentes crisis de ansiedad que sufre por culpa de su hermano. Sabe que no se necesita mucho —por suerte, porque el medicamento es dulce y Adriano podría darse cuenta de que la comida tiene un sabor extraño—, puesto que el alcohol y los opiáceos que Adriano tiene aún en el cuerpo son perfectos para interaccionar con el pentobarbital y hacer el resto del trabajo. Sube a la habitación de Adriano, cierra y habla con él mientras le da de comer con paciencia. Los milaneses matan en sábado, decía Scerbanenco; los turineses, como yo ya pensaba, encuentran tiempo para un homicidio incluso un lunes después de la cena. Durante la noche, Adriano muere a causa de una parálisis respiratoria, que es lo que le sucede a quien abusa de los barbitúricos. A la mañana siguiente el mundo se da cuenta y, después de una moderada cantidad de horas que le son necesarias para resolver sus últimos negocios e irse con la conciencia limpia en lo referente a la amada empresa familiar, Aldo confiesa el asesinato con serenidad.

Móvil, dinámica, arma del delito: todo parece encajar a la perfección en el rompecabezas, que apoya su admisión de culpabilidad. Y, como es obvio, a nadie se le ocurrió investigar sobre la otra persona que pudo intervenir en los acontecimientos de la noche del 5 de octubre: la vieja cocinera.

Me froto los ojos con dos dedos.

—¿En qué está pensando, Sarca?

—En nada.

O sea, cuando aceptas trabajar con la policía, sabes que te dispones a ver con tus propios ojos cosas que hasta ese momento, como todos los mortales, creías que sólo existían en los libros o en la tele. Sabes que podría suceder que entraras en contacto con delincuentes y crímenes, tal vez incluso con homicidios, por qué no. *Pero con esto*, ¡vamos! No con el más asombroso crimen de los últimos años, uno de esos escándalos que cuando suceden en la realidad piensas: «Parece que estoy en un libro» y cuando lo encuentras en un libro piensas: «Esta situación es demasiado inverosímil. Algún buen editor debió hacérselo notar al autor». Verme involucrada en una cosa de este tipo es algo que definitivamente no pensaba que me fuera a suceder.

Y, sin embargo, cuando lo piensas bien, te das cuenta de que el hecho de que seas colaboradora de la policía *no tiene nada que ver*. Porque, en efecto, terminaste en este lío gracias a un maldito y normalísimo libro.

Entras a trabajar con la policía y lo máximo que te pasa es que interrogas a un tonto que le dio un puñetazo a un tipo para robar una camioneta. Trabajas en el medio editorial, y primero te topas con una estafadora secuestrada y amenazada de muerte; luego, apenas un mes después, con un fratricidio que parece cualquier cosa menos eso.

Por lo que a mí respecta, es verdad eso de que escribir es un oficio que no tiene nada de seguro.

—¿Puedo continuar?

—Adelante.

—¿Qué tiene que ver? —prosigue la voz de Irma desde mi celular—. Como si sólo Aldo pudiera tener Nembutal. En esa familia, todos lo usaban con frecuencia..., incluso Delia. Siempre tenía un poco también en esta casa.

Adelanto un poco la grabación.

—Ahora hay un poco de silencio porque, cuando Delia escuchó que quizá tomaron de sus reservas el fármaco que usaron para matar a su esposo mientras ella estaba en Francia, rompió a llorar y se alejó durante unos minutos.

Berganza arruga la frente. Eso, en su idioma, debe de significar que se siente profundamente afectado.

Presiono PLAY.

—Pero..., Irma, ¿cómo pudiste? —Se escucha la voz de Delia de nuevo, ya recuperada, si se puede decir así—. ¡Conocías a Adriano desde que era niño, prácticamente lo criaste tú, lo querías! ¿Cómo...? —La voz se apaga.

Llegados a ese punto, Irma —lo sé porque yo estaba ahí— se encoge de hombros.

—Exacto. Yo quería a ese niño, a ese muchacho al que vi crecer, bien educado y criado como Dios manda. Pero ya no era el mismo, maldición. Era..., se perdió. Estaba drogado, inconsciente, enloquecido por completo. Esas porquerías le comieron el cerebro. Y estaba arrastrando consigo todo lo que el pobre Armando, descanse en paz, construyó con tanto esfuerzo. Fue..., fue como liberarlo, sí. Darle paz. A él y a su difunto padre.

Al volver a escucharla ahora, me doy cuenta de que tiene una entonación soñadora, casi

despreocupada.

—Pero si estaba tan convencida de que hizo lo correcto... —Esta soy yo. Dios, que asco me da mi voz grabada—, ¿por qué dejó que Aldo se autoacusara? ¿Por qué no reivindicó su gesto y fue a prisión?

—Quería hacerlo, por supuesto. Salvar la empresa, la herencia de Armando y también al pobre Aldo, sí. Pero luego Aldo vino personalmente a decirme que ¡necesitaba un cambio mucho mayor! —La voz de Irma suena cándida, entusiasta, como la de alguien que te está explicando la física de la aurora boreal o el mecanismo de algún fenómeno maravilloso—. Estaba agotado, tan gastado como un trapo. También él se llenaba de..., de esa basura, ¿sabe? De Nembutal, quiero decir. Ya no podía más. Tantos años de ir detrás de los errores de Adriano lo devastaron. Así que la mañana del 6 de octubre, lo recuerdo muy bien, me habló. Vino a mi habitación y me preguntó: «Fuiste tú, ¿verdad?»; yo respondí: «Sí, y ahora me pondré mi mejor vestido y me entregaré». Y él sugirió: «¿Puedo hacerlo yo?». Eso fue lo que me dijo. «¿Puedo hacerlo yo? Te lo ruego». Es cierto, lo juro: me rogó que le dejara hacerlo. «Ya no puedo más, Irma. —Le temblaba la voz, ¿sabe?—. Esta empresa me chupó la sangre, este mundo ya no es para mí, quiero irme, terminar con esto, comenzar de nuevo... ¡Quisiera haber tenido el valor de hacer lo que hiciste! Es como si hubiese sido yo. Así que déjame confesar en tu lugar. Necesito liberarme, expiar el odio por mi hermano, comenzar de cero, terminar con todo este mundo que me envenena la vida. Tal vez me dejarán enseñar corte y confección, o economía, a los otros presos. Podré hacer cosas buenas, volverme una persona diferente, humilde entre los humildes... No lo sé, de todos modos, por fin seré libre».

Irma sonrío —incluso se nota por la inflexión de su voz—, satisfecha consigo misma tras repetir con precisión un diálogo tan decisivo.

Berganza interrumpe la grabación.

Hay una pausa.

—Es un argumento de mierda —sentencia.

—Es verdad.

—Pero en cualquier caso no es verosímil que una cocinera que apenas estudió hasta quinto de primaria se lo invente.

—Eso también es verdad.

—O tal vez el argumento es del todo verosímil, y simplemente acabo de decir algo horriblemente clasista sin darme cuenta. ¿Lo hice, Sarca?

—No, no, más bien creo que dijo algo sensato. Porque es cierto que Irma pasó su vida con los Giay Marin y sus invitados, y por lo tanto es más sofisticada que una cocinera cualquiera que haya cursado apenas hasta quinto año de primaria. Sin embargo, se trata sin duda de un argumento de mierda de un rico extenuado y con anhelos de redención, que no tiene la más mínima idea de lo que significa estar en la cárcel. La cocinera con quinto año de primaria tiene demasiado sentido común y espíritu práctico como para inventarse una locura de ese tipo. Eso es lo que quería decir, ¿no es así?

—Exacto. Gracias.

—De nada.

Otra pausa. Larga.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

Parece que Berganza decidió que aún no es hora de terminar su pausa. Mira al vacío y entonces estoy segura de que dentro de su cabeza hay dos áreas específicas de la corteza cerebral que piden *bourbon* y cigarros. Antes de empezar a hablar emite un largo soplo que contiene toda la exasperación, la resignación, el *qué-mundo-de-mierda* y el *cuánto-hace-que-no-tomo-vacaciones* que se esperan de un policía de una peli de acción.

—Sarca, ¿se acuerda del otoño de 2009?

—Fue inolvidable. Lo pasé encerrada en la biblioteca por un libro sobre la Segunda Guerra Mundial en la zona de las Langhe.

Berganza suspira.

—Lo tomaré como un *no*. Bueno, le diré lo que sucedió afuera de su biblioteca. Un fratricidio. En una familia famosa, bajo la mirada del mundo entero. Una cosa increíble, un clamor mediático sin precedentes. Toda Italia, y en especial todo Turín, se arrancaba los periódicos de la mano y no hacía más que preguntarse cómo era posible que Aldo Giay Marin, un estirado al que sólo le importaban el dinero y la empresa, fuese un asesino. Nos costó un poco, pero al final nos hicimos a la idea. Vimos sus fotos en el tribunal, tan rígido y serio como un cura. En los programas de televisión, los psiquiatras disertaron sobre la capacidad de los tipos obsesivos para deformar los principios de la ética según les convenga sin dejar de estar íntimamente convencidos de que están haciendo lo correcto. Se trató a profundidad el estereotipo del sumiso oprimido que explota, y pasaron *Un día de furia* al menos dos veces al día en la televisión abierta. Se contaron todos los casos de crímenes de la historia que tenían como protagonistas a asesinos ricos y famosos, desde el heredero desde los DuPont hasta Jack Henry Abbott, pasando por O. J. Simpson y así hasta llegar a Nerón, para demostrar que no era tan extraño que un millonario cometiera un homicidio. En resumen, al final todos nos convencimos: era posible que el hombre que estaba en la sombra, sosegado y reprimido, fuese un monstruo silencioso, ofuscado por el odio y por la frustración. — Calla por un momento—. Bueno, ¿y si nos hubiésemos equivocado en masa? ¿Qué tal si la frustración, la exasperación, sí hubieran consumido los nervios de Aldo Giay Marin hasta hacerlo cometer un gesto absurdo, pero que el gesto en cuestión no fuera matar a su hermano, sino fingir que lo hizo con tal de cambiar su vida por completo? En la cabeza de un hombre con un agotamiento grave, de carácter monástico y una disciplina casi militar, palabras como *expiación* y *purificación* pudieron adquirir un sentido perverso.

Pondero la situación un largo rato. Seré una maga de la empatía y todo lo que quieras, pero ¿qué voy a saber yo sobre cómo razona un millonario medio asceta y con los nervios a flor de piel? Aquí hablamos de psicopatía. No es que me disguste dudar de mis capacidades para entrar en la cabeza de un psicópata. Pensaba que sucedería lo contrario y lo conseguiría al primer intento. Imagino que debería tomarlo como una buena noticia.

—Bueno, tal vez sí. Aldo Giay Marin podría ser lo suficientemente excéntrico como para hacer algo semejante. Claro, si dependiera de mí, entre asesinar a mi hermana e ir a prisión, o ir a prisión y punto, preferiría por lo menos darme la satisfacción.

Berganza me mira como siempre que mi cinismo habla y mi sentido del decoro se lo permite, ya que este último se suicidó a principios de los años noventa. No se trata exactamente de una

mirada de reproche. A veces tengo la impresión de que le gusta.

—Pero luego —prosigue el comisario, para ver si el razonamiento encaja— es probable que Aldo Giay Marin viera lo que de verdad significa estar en prisión. Claro, Aldo debió de ser un tipo acostumbrado a la disciplina y a trabajar duro durante toda su vida, pero también a un ambiente muy diferente, otras comodidades, otra autoridad, hasta otra comida... Se puede suponer que, después de poco tiempo, la poesía de la expiación se le pasaría. No creo que cambiara de idea oficialmente ni que declarara que quería volver a revisar su propia versión de los hechos, sobre todo porque eso significaría meter en problemas a Irma e imagino que Aldo Giay Marin no es ese tipo de persona, pero puede ser que ese pobre desgraciado haya soportado un estado de tácita resignación durante cinco años, sufriendo una situación que se buscó por una imprudencia cometida en un momento de locura.

—En ese caso, nosotros seríamos los únicos que podríamos sacarlo de allí.

Berganza asiente. Es decir, inclina la cabeza unos dos grados, como suele hacer. Trato de recordar la última vez en la que me sentí moralmente obligada a hacer algo. Creo que tenía diecisiete años y escribí una tarea de Historia para Lara, que era muy mala en esa y en todas las demás materias, pero tenía una profesora más pérfida de lo normal y no merecía reprobar. Luego me detuve, porque en mi caso, por lo general la obligación moral rebasa sus límites y llega al voluntariado, y al final es fastidiosa. Es verdad que hice una pequeña excepción a la regla hace un mes, sí, pero eso no significa que deba convertirlo en un hábito. Sobre todo no en un asunto de ricos con inestabilidad psicológica que se meten en líos que no deberían importarme.

Pero el comisario tiene razón: en esta situación hay algo que me impide archivar el asunto como si fuera el delirio de una arteriosclerótica, o sencillamente como algo que no tiene nada que ver conmigo y punto.

Quizá ni siquiera se trata de Aldo. Tal vez es sólo que no comprendo la necesidad de contar la verdad de Irma.

—Y ahora —continúa Berganza, uniendo las puntas de los dedos— el hecho es que reabrir un caso cerrado es difícilísimo. Casi imposible. A veces ni siquiera cuando aparecen restos de ADN el fiscal general suele considerarlo razón suficiente para volver a poner en discusión una sentencia y, bueno, mucho menos basándose en las palabras de una mujer de ochenta años que unas veces está lúcida y otras no. Además, si queremos llegar a tener suficientes pruebas para convencerlo, deberíamos hacerlo todo solos. Porque dudo mucho que alguien vaya a decirnos: «Por supuesto, acomódense, dejen de dedicarle tiempo a sus investigaciones en curso, por las que el Estado les paga, y dedíquenlo a exhumar un caso muerto y completamente enterrado. Es más, ¿saben qué propongo? Tomen a estos agentes y estos recursos de criminología, ya que están en eso, porque ninguno de ellos tiene nada mejor que hacer». —Ambos sonreímos—. Habrá que desmontar el escenario que inculpaba a Aldo Giay Marin y presentar uno que consiga que la reconstrucción de Envrin no sólo parezca verosímil, sino la única factible. Tendremos que volver a revisar las viejas cartas e investigar desde cero, hasta que obtengamos un *dossier* capaz de convencer al fiscal general de que reabra las investigaciones..., que, llegados a este punto, serán más fáciles por el trabajo que nosotros ya habremos realizado, pero ese es otro tema. Ah, y todo esto sin despertar la curiosidad de la prensa, porque tienen antenas como las cucarachas y si

huelen que se están destapando las alcantarillas corren a darse un banquete con toda la mierda que logren obtener.

Asiento. Luego callo.

—En pocas palabras, aunque no me gusta ser repetitivo, pero será un maldito lío, Sarca. Y en consecuencia necesito preguntárselo antes: ¿en serio cree que Irma Envrin dijo la verdad?

Callo más fuerte.

—Ambos sabemos que por ahora no tenemos más que la palabra de Irma, pero yo le estoy pidiendo esta información a la *ghostwriter*, Sarca. A la que todos los días entra en la cabeza de los demás como otros hacen tablas en la computadora, o venden fruta y verdura. Se lo pregunto a la persona a la que vi con mis propios ojos convencer a un hombre de que no matara a una mujer con sólo leer su interior. ¿Qué le dice su intuición, Sarca? ¿Irma es sincera?

Pienso de nuevo en Irma.

Recorro sus palabras, pero sobre todo evoco su rostro, el tono de su voz. El destello de impaciencia, de urgencia, mientras confesaba como quien no tiene tiempo para convencer a otro de que lo que sabe es verdad, y sólo quiere ir al grano y encontrar una solución antes de que sea demasiado tarde. Pienso de nuevo en la manera con la que me miró al decirme su versión de los hechos. Esa no era simplemente la manera en la que te mira una persona sincera, era la mirada que yo le hubiera dirigido a alguien a quien quisiera revelarle una gran y absoluta verdad.

—Jefe, en mi opinión Irma Envrin fue sincera.

Berganza asiente.

—Está bien. Con eso es suficiente.

Por lo visto la decisión ya está tomada.

—Y... entonces, ¿cómo procedemos ahora?

—Bueno, Sarca..., creo que la pregunta es sobre todo cómo procederá usted. Porque seguramente ya se habrá dado cuenta de que es usted quien tiene la llave en la mano.

Me mira. Lo miro. Mierda. Lo sabía. Al final, ya sea aquí o en la editorial, yo soy la que debe hacer todo. ¿Será muy pronto para pedirle un aumento a la policía?

—Se refiere al libro, ¿verdad?

—Exacto, estamos frente a una investigación imposible, pero al menos tenemos una pantalla grandiosa. Sarca, con la excusa del libro, usted podrá ir a esa casa con asiduidad. Si es posible, trate de aprender a dormir colgada de un árbol del jardín como murciélago. Ya lo parece físicamente, y esto a un murciélago no debería resultarle demasiado difícil. —De nuevo, ambos sonreímos—. Haga que la señora Envrin hable tanto como pueda. Intente descubrir cada detalle, cada movimiento que sucedió aquella noche, para así conseguir material con el cual comparar las reconstrucciones del archivo. Indague las características de los protagonistas, la plausibilidad de las acciones. Observe los lugares, las habitaciones, los corredores a lo largo de los cuales Aldo dijo que caminó. Y, si Dios quiere (o cualquier otra divinidad que proteja a los investigadores que duermen demasiado poco y reciben sueldos insuficientes), lo que obtenga, unido a las investigaciones que entre tanto haré en los materiales del antiguo juicio, deberían dar forma a un conjunto de datos capaz de convencer al fiscal. Tal vez no lo logremos, desde ahora se lo digo, pero al menos podremos seguir quedándonos despiertos en la noche por una buena historia de

detectives, y no por insomnio. Miro a Berganza con los ojos semicerrados, con una mueca de desaprobación.

—Si descubro que usted trabaja aunque sólo sea una milésima menos que yo, me vengaré, se lo prometo.

—Es usted la que tiene dos trabajos —replica Berganza encogiéndose de hombros.

7

Chalote y destino

Es justo. Me lo merezco. Así aprenderé a NO entusiasmarme como una mocosa en una excursión escolar ante la idea de ser asesora de la policía además de *ghostwriter*. Será divertido entrevistar a Irma tratando de arrancarle datos sobre un homicidio y también gustosas recetas e historias agradables para el libro. Me voy a volver esquizofrénica. Tanto, que me dividiré en dos por meiosis. Mejor no, me convertiré en Miss Marple: mitad Hércules Poirot y mitad Abuela Pato. Lisbeth Salander y un carajo.

Regreso a casa, manejando de nuevo a través de la ciudad iluminada para la fiesta... de otros. Después llamo a Delia, quien por si acaso me dio su número superprivado y responde apenas ve que mi nombre aparece en su pantalla, antes de que termine el primer timbre. Le cuento de mi amigo comisario y de la posibilidad de investigar de manera extraoficial, pero también que necesitamos su colaboración para vigilar a Irma de cerca. Delia no puede imaginar un mejor panorama, no puede creerlo. No sé por qué, pero no llega a parecerme del todo simpática. Tal vez es porque es demasiado rica, aunque a mí nadie suele parecerme simpático. Desde luego es colaborativa. Parece que pasó un siglo desde la primera vez que la vi, a pesar de que sólo fueron unas pocas horas. Al inicio me pareció una mujer serena y equilibrada, pero resulta que ahora le cedió su lugar a una patética criatura de voz temblorosa y con tendencia a exclamar: «¡Desde luego! ¡Todo lo que necesite!» de manera excesiva, como si diez minutos de confesión de Irma hubiesen borrado cinco años de aceptación, recuperación y equilibrio. Antes era una señora madura y racional, reconciliada con la idea de que la condena del asesino de su cónyuge hubiese restaurado la única justicia posible. Ahora es una frágil viuda que mira de frente la posibilidad de que trató como a una segunda madre durante años a la asesina de su marido.

Odio el poder que tienen los acontecimientos para transformar a la personas. Todos deberíamos lograr que se nos resbalaran las cosas. Deberíamos poder decidir nuestra política personal de felicidad y no dejar que nada la enturbiara. Después de todo, sólo son acontecimientos: un marido que muere, una persona que creías que era tu amiga y luego descubres que pudo hacer una cosa horrible, un novio que pensabas que te amaba pero descubres que te estaba usando y punto. Da igual. Son cosas que suceden a tu alrededor, no en tu interior. Al menos así debería ser en un mundo ideal.

Parece que mañana Delia tendrá que atender unos asuntos impostergables de la empresa —es verdad que los centros operativos ya están en Estados Unidos, pero ella sigue teniendo una serie de encargos de representación—, por consiguiente acordamos que regresaré a la mansión dentro de dos días para continuar con la entrevista-interrogatorio a Irma.

Mientras tanto, adelantaré algunos pendientes. Para empezar, descargo de mi teléfono el archivo de la confesión y se lo mando a Berganza, además de guardarlo en tres o cuatro lugares, entre la computadora y las memorias USB. Bien. Luego me doy cuenta de que, entre una cosa y otra, llegó la hora de cenar. No es que en mi casa exista algo como la hora de la cena. La hora de cenar es cuando mi estómago tiene hambre, pero esta noche dio la casualidad de que mi estómago tiene hambre precisamente en la ventana temporal que las personas normales llaman hora de cenar. Además, en efecto, hay algo que también podría hacer para aprovechar este momento. Si no fuera porque antes de terminar este pensamiento me doy cuenta de que preferiría pegarme un tiro (siempre y cuando logre darme en la sien, claro está).

Abro el refrigerador y saco un huevo.

—¡Qué pereza! —exclamo, sola en el vacío de mi cocina.

Meto el huevo de nuevo, tomo una cerveza oscura y cierro el refri. A mitad de la cerveza vuelvo atrás, abro otra vez el refri y miro el huevo. La receta de la *frittata* especial de Irma me llama telepáticamente desde el celular. Me siento Katniss Everdeen, que tiene cero ganas de meterse en los Juegos del Hambre, pero sabe que si no sigue adelante por su propia voluntad luego se sentirá fatal con su conciencia. Y, sin embargo, hay una razón por la cual Katniss Everdeen es la protagonista de una novela épica sobre el sentido del deber y de la justicia, y yo no. Guardo el huevo y mi conciencia, y saco un paquete de *ravioli* precocidos, listos para comerse.



Diciembre de 1995.

Casa Sarca. Una tarde de domingo. Afuera de las ventanas, el cielo de Turín en invierno, la agitación de la gente enloquecida por las compras de Navidad, el tráfico frenético, la angustia ante la fiesta inminente.

Adentro todo es peor.

La abuela.

Está sentada en la mesa de la cocina. Delante de ella, en orden: una superficie aparentemente interminable cubierta de pasta fresca, tan amarilla como un arbusto de retama y rodeada por un cortador de rueda, un par de tazones y otros instrumentos. A un lado está sentada la pequeña Lara, atenta, levantando en el aire sus manos recién lavadas con la pose de un cirujano que espera a que le pongan los guantes. Vani se encuentra sentada en el extremo más lejano de la mesa, lanzando unas miradas nostálgicas a un ejemplar de *El idiota* de Dostoievski que está abandonado encima de una silla vacía, y al separador que sobresale cerca de una quinta parte antes del final.

La abuela tiene cara de alguien que está por entregar los Nobel. A su lado, mamá lava algo en el fregadero. Mamá siempre está lavando algo en el fregadero.

—Ahora miren, niñas —proclama la abuela.

«Niña, y un cuerno», piensa Vani, que tiene quince años, pero no dice nada. Con sosiego, la abuela toma dos cuadritos ya partidos de la hectárea de pasta.

—En primer lugar, se extienden bien separados unos de otros para evitar que se peguen. — Luego toma una porción de una materia pastosa que está en el tazón más cercano—. Se pone el relleno. —Sus dedos revolotean en el aire como para felicitar a sí misma por la precisión del gesto—. Y ahora miren *muy bien*. —Pone el segundo cuadradito encima del primero de modo que los bordes coincidan y luego, con solemnidad, da una especie de pellizco en la parte central del mismo cuadrado, creando una suerte de cresta abombada. Por último, les dirige una mirada cargada de significado a las niñas—. Este es el *plin*, o sea el pellizco que da el nombre a los *ravioli del plin*.

Lara asiente como si le acabaran de revelar la exacta ubicación del Grial. Bueno, si supiera qué es el Grial.

—¿Vani? Tu turno, por favor. —La abuela es peor que una vieja maestra.

Vani suspira. Está de más decir que ayudar a la abuela a preparar la comida de Navidad le importa un bledo. En realidad, no la deja del todo indiferente. Para ser exactos, le irrita a muerte. Le irrita el tono aleccionador de la abuela, su evidente convicción de que está transmitiendo un saber indispensable. Le irrita que su madre y su abuela permitan que esa patética clase de cocina reemplace incluso a las tareas de la escuela del domingo por la tarde. Pero sobre todo le irrita perder un tiempo precioso que podría emplear para leer. Nastasia, Aglaya, el príncipe Michkin. Tiene que saber cómo van a terminar. Ya que después de la cena deberá hacer la tarea de Griego, tendrá que acabar el libro entrada la noche (obviamente, no es posible esperar al día siguiente), y ya está resignada a la idea de que mañana irá a la escuela sin dormir lo suficiente, cansada e intolerante.

Todo por la estúpida pasta.

—Se pone el relleno, se tapa con el otro cuadradito y se da el pellizco. —Suspira—. ¿Podemos apurarnos, por favor? —La abuela aprieta los labios—. Vani, por favor. Además, son cosas importantes que sirven en la vida...

—Si no..., ¿qué comeríamos en Navidad? —pregunta Lara toda santurróna, como la pequeña nerd que nunca ha sido.

—Exacto, querida —dice la abuela con una sonrisa—. A parte de esto, sería bonito que alguna vez, cuando hagamos algo en familia, mostraras un poco de interés. No se muere nadie si te acuerdas de que eres un miembro de esta casa, señorita.

Vani mira con muda desesperación el libro abandonado. Se iría, pero su madre, que conoce a su familia, la llamó aparte antes de la llegada de la abuela y la amenazó de muerte en caso de desertión.

—¡Y deja de mirar ese libro o hago que se lo lleven! —estalla la abuela, a quien no se le escapa nada—. ¡Siempre estás leyendo, leyendo, leyendo! Por Dios, nadie dice que leer no esté bien, pero ¡sin duda estás exagerando! ¡Parece que no te interesa nada más! ¡También existen las personas, caray! ¡También existimos nosotros! ¡Me estoy *destrozando la espalda* para darte una educación como es debido y tú me tratas como si te estuviera robando el tiempo!

Vani la mira. El problema es que en efecto la abuela le está robando el tiempo. Así que ahora, aparte de todo, le toca disculparse, carajo. No hizo nada, no se levantó ni se alejó con el libro como habría querido hacer, y aun así, una vez más está en la situación de tener que disculparse por

molestar a alguien a pesar de no haber hecho *nada*. En todo caso, por no gritar con nerviosismo, como si haber hecho los estúpidos raviolos constituyera el culmen de su día. Carajo. La gente no sólo quiere decirte qué hacer. La gente quiere tu alma.

Detrás de la abuela, también su madre interrumpió lo que estaba haciendo y se puso a observar la situación. Ahora Vani tiene sobre ella a tres generaciones de miradas de desaprobación: la de la abuela, la de la mamá y también la de esa pequeña rufiana de Lara.

Y está bien, pero si tienen que castigarla, que al menos sea por algo.

—Abuela, créeme. Yo te aprecio y reconozco el empeño y la dedicación que pones en transmitirnos tu saber —dice Vani. La abuela hace un movimiento de complaciente sorpresa—. Por esa razón me siento con el deber de decirte que aún estamos sentadas alrededor de esta mesa sólo por respeto a ti, haciendo algo que no nos interesa en absoluto. —Lara está por abrir la boca, pero Vani le dirige una mirada imperturbable—. Ni siquiera a ti, que te portas como una entusiasta sólo porque se trata de una excelente excusa para no hacer la tarea. Y, a decir verdad, no dice mucho a tu favor que mientas.

—¡Eso no es verdad! ¡Abuela, me gusta! ¡De verdad! ¡Continuemos! ¡Puedo seguir hasta la noche! —exclama desesperada Lara, que mañana tiene clase de Matemáticas.

La abuela mueve la boca, buscando las palabras. Detrás, como en una repetición desfasada, mamá hace lo mismo. «Si esperamos a que encuentren unas palabras suficientemente duras como para decirme lo que piensan de mí con exactitud —diagnostica Vani—, se tardarán dos días, y yo tengo cosas que hacer *de inmediato*».

—Lo siento, abuela —suspira tomando el libro y levantándose—. Sé que habrías querido una nietecita femenina.

Les tomará tiempo entender que es un chiste, Vani lo sabe. El mismo tiempo que le servirá para irse a encerrar a su cuarto y leer al menos una decena de páginas antes de que alguien vaya a castigarla. Si sale todo bien, a decirle que no se moleste en presentarse en la cena. Así, por fin podrá leer, si Dios quiere.



El teléfono me trae de regreso al presente. Todavía con el paquete de *ravioli* en mano, voy a responder. Es el comisario. Como si últimamente hubiéramos hablado poco.

—¿No habló lo suficiente conmigo? —comienzo. Luego siento que quizá piense que ya me harté de hablar con él, lo que para nada es verdad.

Por suerte la respuesta del comisario es positiva.

—No sabría decirlo. Cuando las situaciones son incómodas, usted hace muchas bromas divertidas. Ayudan, ¿sabe? —Qué bien—. Sarca, sólo quería confirmarle que contacté a unos de amigos de la cárcel de las Vallette. Dicen que me concertarán una reunión informal con Aldo Giay Marin. Además, hablé con el fiscal, y tuve una plática de tanteo con él sobre las modalidades de aplicación de las auditorías.

—Eso debe de ser como el principio de Locard —comento.

—¿Qué tiene que ver el principio de Locard?

—Nada, imagino, pero es la segunda vez en dos días que usted saca esas expresiones que para mí son incomprensibles, y mi cabeza las está archivando todas en el mismo lugar para resolverlas después.

Berganza se ríe. Es decir, emite un breve sonido que podría pasar por una risita.

—La institución jurídica de las auditorías es la que permite reabrir un caso como el nuestro — me explica—. El principio de Locard, búsquelo en internet; o más bien: busque información general sobre su inventor, Edmond Locard. Si la conozco un poco, el personaje podría gustarle.

—Oh. Okey. —Anoto mentalmente: «Googlear a ese tipo».

—Y con esto me despido, Sarca. Para usted será la hora de la cena.

—Justamente estoy acompañada de un paquete de *ravioli*.

—Siempre una elección segura. ¿Verdes?

—No, caducan dentro de diez días.

El comisario titubea como si no entendiera, luego hace una cosa extraña, entre una carcajada y un suspiro.

—No, Sarca, no quería decir *enmohecidos*. Me preguntaba si estaban hechos con la receta tradicional, que implica que el relleno es de verduras mixtas, o si eran sólo de carne. Los que contienen verduras, y a veces también arroz, son más difíciles de encontrar, pero reflejan más la tradición de los *ravioli* de mayor tamaño, que, no sé si lo sabe, nacen como recurso campesino para reciclar las sobras, desde las de estofado hasta los restos de verdura. Fin de la lección. Disculpe, me dejé llevar.

Cierro los ojos, volteo el paquete en la mano como si lo viese por primera vez.

—Comisario, ¿me está diciendo que entiende de cocina?

Berganza tarda en responder, y me imagino que acaba de alzar los hombros, sin saber qué debe responder sobre lo obvio.

—Bueno, no soy un chef, pero como vivo solo, tuve que aprender. Sobre todo si tiene que ver con la cocina rústica regional, no niego que tenga mis...

—¿Cómo le salen las *frittate*?

—Bien, pero a cualquiera le salen bien las *frittate*, Sarca, son fáci...

—Comisario, necesito unas clases con *urgencia*.

Puedo equivocarme, pero mientras le explico el asunto, tengo la sensación de que Berganza se carcajea y, por el amor del Cielo, aunque nada me da más alegría que arrancarle una sonrisa a Berganza, me molesta un poco.

—Muy bien, Sarca, mañana en la noche en mi casa. Tome papel y pluma, que le voy a dar la dirección y las cosas que debe comprar.

—¿Me hará ir de compras? ¿No puede mandar a Petrini?

—Si le pidiese un favor tan personal, podría llorar de gusto y eso me avergonzaría.

Anoto los ingredientes que Berganza me enumera.

—¿Qué es el chalote, jefe? ¿Un alimento que trae mala suerte?

—Será un largo camino. No sé si hice bien en aceptar —suspira Berganza.

Así que la noche siguiente, al salir del aikido, en donde *caí bien* durante casi una hora y cuarto, no sólo tengo que aguantar la típica yincana entre los peatones que cruzan la calle sin mirar, sumergidos en paquetes, sino que también debo buscar estacionamiento, el más cercano posible al supermercado que se encuentra debajo de la casa de Berganza. Y esto significa por lo menos a dos cuadras, porque estamos en el momento más consumista del año y parece que toda la población de Turín se siente obligada a lanzarse, tras salir del trabajo, y entrar en cualquier antro de perdición en el cual pueda tirar su dinero por algo que la hará engordar, pelear con el doctor, o bien que el pariente que recibirá el regalo la odie.

Dios, qué asco me da la Navidad.

Y eso que la literatura está llena de gente que enloquece por ella. Bob Cratchit, la pequeña cerillera, las mujercitas. Y se dice: «Quisiera que fuesen personas en carne y hueso»... así podría agarrarlas a patadas. Pero tal vez antes la Navidad era diferente.

El supermercado parece un parque de diversiones. Está claro que los parques de diversiones también me dan asco. Las luces me lastiman los ojos. Si un tornado destapara el techo de este lugar tan hiperiluminado, probablemente sería visible desde el espacio.

Sobre todo me golpea las retinas la cantidad de carteles de papel satinado y dorado que cuelgan de cada repisa, anunciando ofertas con plumón negro y una caligrafía pueril. Todo es banal, increíble, sensacionalista. Cuando siento la necesidad de alimentarme, voy a una tiendita que está detrás de mi casa. El propietario debe de ser asiático, o tal vez mesoamericano, o maorí, y nunca me pregunta nada. Adoro que nunca hayamos socializado en estos años. No conoce la Navidad, no conoce la Pascua, no conoce la fiesta del 15 de agosto. Yo siempre compro las mismas cosas, él las cobra en la caja y yo salgo. Fin. Aquí, en cambio, parece que estoy en el tercer canto del *Infierno*, donde los indolentes corren como locos picados por avispas y moscardones, aunque, bueno, ellos tienen una buena razón para correr como locos: las avispas y los moscardones.

Hay una brigada de dependientes en uniforme y una sección muy grande dedicada al papel para regalo y las cintas brillantes: aún más reflejos fastidiosos de los neones sobre esas superficies verdes, rojas y doradas (*de verdad* me estoy volviendo fotófoba). Hay unos niños gritones abrazados a juguetes gigantes; sus padres los arrastran por los tobillos como si fueran un arado. Hay niños corpulentos que arrastran como arado a sus madres agotadas hacia unos paquetes gigantescos de juguetes. Hay esferas personalizadas para árboles de navidad sobre las cuales se estampa la foto de los familiares. ¿Quién diablos quiere entrar a la sala en la mañana de Navidad y ver a sus familiares colgados en el árbol? ¿Un psicópata? Hay serpentinas plateadas, lucecitas intermitentes y puntas para árboles con forma de cometa, de pináculo, de ángel, de personajes de las caricaturas. ¿Quién diablos quiere tener a Bart Simpson plantado en la punta de su árbol?

A excepción de las montañas de los navideños *panettoni* y *pandori* en —adivina adivinador— una increíble oferta, encontrar el viejo pasillo de alimentos significa abrirse paso entre la multitud, que contempla las figuritas del nacimiento sacando los codos. Siento cómo baja el nivel de mi paciencia poco a poco. Me conozco: si se acaba toda mi tolerancia antes de que salga, podría desquitarme seriamente con una promotora que, cerca de las cajas y al acecho como un cóndor, trata de encajarle a cada cliente una preciosa vajilla decorada con estrellas de Navidad...

en una increíble oferta, claro. Me apuro y justo a tiempo llego a la acera, respiro aire fresco y medito sobre la fragilidad del límite entre privacidad y sociopatía, y de golpe recuerdo que olvidé el chalote.

No, por Dios, no puedo regresar allá adentro. No puedo imaginar nada que desee menos.

Y, sin embargo, de pronto puedo imaginarlo a la perfección porque oigo:

—Vani.

Vólteo y me encuentro de frente con Riccardo.

8

De qué me perdí mientras no estaba viendo

Ah. Mierda. Riccardo Randi, profesor asociado de Literatura Americana en la Universidad de Turín y autor, gracias a mí, del más rotundo *bestseller* de los últimos años, *Más recta que la cuerda de una guitarra*. Treinta y nueve años, guapísimo, barbita de tres días, cabello alborotado tipo *bohémien nonchalant* y, por casualidad, mi exnovio. Abandonado (por la que suscribe) después de un sórdido episodio relacionado, entre otras cosas, con la simulación de un amor apasionado (por su parte), el desenmascaramiento (por la mía) de una muy hábil maniobra (suya) para estafar(me), acompañado por una debida y clamorosa venganza (mía). En fin, es cosa del pasado. Ya no pienso en eso. Bueno, casi. Okey, seamos sinceros: si pudiera someterme a una lobotomía y extirparme del cerebro esa porción del hipocampo que guarda la memoria de los bellos momentos que pasamos juntos, las discusiones intelectualoides y el sentimiento de tener el más intrépido noviazgo de mi vida, sería mucho más fácil no volver a pensar en eso. Pero supongo que es fisiológico el que alguna vez aflore alguno de esos recuerdos, aunque sea por unos nanosegundos. Sin embargo, en lo que a mí respecta, una decisión tomada es una decisión tomada. La vida es demasiado breve como para leer de nuevo el mismo libro, sobre todo si ya sabes que termina mal. A todo lo que aspiro es a borrar cada residuo de «riccardonismo» de mi presente y de mi futuro, a una imperturbable vida Riccardo-free.

Sólo que ahora lo tengo delante, con su abrigo de poeta parisino, y sospecho que este será un obstáculo en mi estricto cronograma del olvido, donde apunté: *Borra a Riccardo Randi de tu memoria antes del 31 de diciembre*.

Mierda.

Quizá si logro que este encuentro dure lo menos posible, limitaré el daño.

—Vani —repite—. Hola.

—Riccardo —digo, y trato de evitarlo pasando por su lado, dando por terminado el reencuentro, e irme.

Era obvio que tarde o temprano sucedería. Turín es un pañuelo, y el centro lo es más. Eso sin contar con que los dos estamos relacionados con la misma editorial. Pero si era necesario que sucediera, hubiera preferido estar maquillada y vestida como una versión adorable de Ava Gardner, y que Riccardo pareciera un indigente de mirada desesperada, tal vez que incluso le temblaran las manos por una mezcla de desnutrición y abuso de alcohol.

Pero ¡qué le vamos a hacer! La venganza es así: te hace liberar endorfinas, crea dependencia.

Lo único que queda es ser severa contigo misma y dejar de deleitarte con fantasías en las que te encuentras con tu enemigo y lo humillas una y otra vez; acordarte de que si quieres vengarte de alguien es porque te hizo algo horrible, y que lo mejor que puedes hacer es voltearte y poner entre su cara y tu nuca el mayor espacio posible, tan rápido como puedas. Por eso, mi plan es muy simple: si la casualidad quiere que Riccardo y yo volvamos encontrarnos (como lo quiso hoy), sólo hay una cosa sensata que hacer: decir *hola* y *adiós*, y apretar el paso.

De hecho, lo haría con gusto si no me lo impidiera el flujo de gente.

—¿Viniste de compras? ¿Tú? —Riccardo notó mi canasta.

—No, es para entrenar los bíceps. —Carajo, ¡qué pregunta tan idiota! ¡Qué quieres que haga afuera de un supermercado con una canasta, tarado!

Riccardo ríe con amabilidad. O sea, ¿en serio? ¿Así como si nada?

La última vez que nos vimos lo arrojé a una fosa de las Marianas rebosante de mierda. En lo profesional, desde luego. Según Rosa, su asistenta, entre otras cosas le despedacé el corazón, porque Rosa es una persona poco experta en los abismos de perversión que puede alcanzar la naturaleza del ser humano, y cree que Riccardo, de alguna extraña manera, se enamoró de mí. Yo decidí que a mí simplemente me importa un carajo. Enamorado de mí o no, lo inobjetable es que es un pendejo. Pero lo que menos quieren los pendejos es conversar con las mujeres que los mandaron a la mierda.

Entonces no entiendo. Y yo sólo estoy cómoda cuando entiendo todo, por lo que me limito a intentar alejarme cuanto antes. Para agravar la situación, mientras Riccardo ríe, se rasca la cabeza con una mano, alborotándose el cabello. Ese es su gesto característico, el más clásico de los encantos riccardianos que yo, muy a mi pesar, conozco muy bien. Es necesario que me *vaya de inmediato*.

Así que intento alejarme de nuevo, pero una masa humana me bloquea. Esta vez es una masa pequeña, formada por una sola persona de sexo femenino, que, además de empujarme para pasar a toda velocidad como haría cualquier persona decente en esta época, se para justo al lado de Riccardo y le pone la mano en el codo.

—¡Disculpa, pero en esa vitrina hay un par de zapatos que me llama! —exclama la criatura, dirigiéndose a mi exnovio. De golpe, mis ojos la ven. Se trata de una treintona de piel ámbar y largos rizos negros, brillantes y perfectos como si fueran el anuncio ambulante de una cadena de salones de belleza. Tiene unos ojos oscuros delineados por una impecable raya, y la boca, llena de dientes blanquísimos, centellea con el mismo tono de rojo que el abrigo que viste. Parece salida de las páginas de una de esas revistas femeninas que Riccardo tanto odia.

—Sonia, te presento a Vani —dice Riccardo. Y luego, mirándome directamente a la cara, agrega—: Vani, te presento a Sonia Sciacca, mi novia.

Oh.

Oh.

Primer pensamiento: «He aquí una variable que olvidé contemplar».

Segundo pensamiento: «¿Por qué me resulta tan familiar el nombre de esta tipa?».

—¿De casualidad es...? —se me escapa de los labios mientras Sonia Sciacca me dirige una sonrisa radiante.

—Es editora de *XX Generation* —concluye Riccardo por mí—. Tal vez por eso te suena su nombre.

Flashback.

Hace más o menos un mes.

Como ya se dijo, la que suscribe la pasó muy mal por culpa de Riccardo Randi, así que decide hacérsela pasar mucho peor y equilibrar la balanza. Como, además de ser su novia, también es su *ghostwriter*, está en la mejor de las situaciones para entrar en acción. Resulta que la revista para mujeres más vendida de Italia, precisamente *XX Generation*, está esperando un artículo firmado por Riccardo Randi, así que nuestra narradora no tiene más que cometer un pequeño abuso de poder, enviar a la editora de la revista un falso artículo de contenido..., mmm, discutible, y luego quedarse sentada en la orilla del río y observar cómo diez millones de lectoras italianas se lanzan contra su exnovio, armadas de veneno y cuchillos, y finalmente hacen todo el trabajo sucio por ella.

Un detalle extra: el nombre de la editora de la revista a la que le envía el artículo es, justamente, Sonia Sciacca.

Hay que decir que nuestra heroína, Vani Sarca, es una muchacha sin grandes pretensiones, que se conforma con poco. Es capaz de alegrarse por las pequeñas cosas de la vida y, para sentirse satisfecha, le basta con presenciar la crisis histérica que sufre Riccardo cuando se da cuenta de que lo pusieron en una situación de mierda. Luego le da la espalda al pandemónium que ella misma desencadenó, y se va por su propio camino con la intención de desentenderse por completo de los asuntos de Riccardo Randi. Es muy parecida a los protagonistas de las películas que hacen explotar una bomba y se alejan sin voltear atrás, mientras a su espalda las flamas se levantan hasta el cielo. Sólo que, como es evidente, en esta ocasión algo debió de salir mal. En mi épico final, Sonia Sciacca tendría que odiar a Riccardo Randi. Por eso escribí el artículo, para que todas las lectoras de Italia odiaran a Riccardo Randi. Ya no digamos las redactoras. Y mucho menos la editora en jefe de una revista para mujeres. Así que Sonia Sciacca debería odiar a muerte a Riccardo Randi, no ser su novia. ¿De qué diablos me perdí mientras no estaba viendo?

Regreso al presente apenas a tiempo para darme cuenta de que Sonia Sciacca me tiende la mano de forma amistosa y de que ya es hora de que se la estreche. Tal vez a Riccardo se le escapó mi momento de vacilación. Sí, cómo no, y yo soy Marilyn Monroe. Me está observando con tal intensidad que creo que dentro de poco mi radiografía aparecerá en la pared que tengo a mi espalda. Apuesto a que él sí imaginó muchas veces este momento. Está saboreándolo.

—De hecho, Sonia —explica Riccardo—, Vani te conoce porque ella es la..., eh..., la *redactora* que te envió mi artículo. —Riccardo está imposibilitado, por una serie de razones contractuales y de imagen, para revelar que tiene una *ghostwriter*..., y esa es la clave en la cual se basó mi venganza. Para todo el mundo (como es obvio, excluyéndonos a Enrico, a él y a mí), el artículo que apareció en *XX Generation* era realmente fruto de su pluma. Es evidente que tampoco Sonia sabe que no lo es. Sin embargo, aunque piense que las cosas horribles que escribí en aquel texto son ideas de su novio, sigue con él. Así que con más razón: *¿cómo es posible?* ¿Qué es, una

masoquista? O tal vez está haciendo una investigación para un artículo llamado *Mi vida con un novio chovinista. Crónica de un mes saliendo con un pendejo y consejos para escapar*, y quiere ganarse el Pulitzer.

—Entonces, ¡le debo las gracias, porque indirectamente contribuyó a nuestra felicidad! —dice Sonia ampliando su sonrisa de nuevo. Si vuelve a exhibir esos dientes tan deslumbrantes, mi ftofobia se despertará y tendré que salir corriendo tapándome los ojos.

—Ese artículo fue el inicio de todo —me explica Riccardo.

—¡Y tanto! Yo esperaba que me llegase a la revista el rollo habitual de un intelectual que trata de congraciarse con el público femenino —comenta Sonia. Dios santo. Están juntos desde hace veinte minutos y ya hablan por turnos, qué fastidio—. En vez de eso..., pues me encontré delante de una bomba. Seis mil caracteres de puro rencor. Algo increíble.

Lo creo, yo lo escribí. Seis mil caracteres de puro rencor, así es. De un rencor sarcástico, despreciativo y paternalista, por parte de un macho intelectual perfectamente realizado contra el mundo de las revistas para mujeres y sus lectoras. Acusándolas de estupidez, frivolidad, pobreza de espíritu, de fingir una cultura que no poseen ni sabrían apreciar, pero que usan para enmascarar el hecho de que no tienen más intereses que los zapatos, los horóscopos y los chismes. Un artículo exacto, genuino y mordaz como la navaja de un rastrillo. Me sentiría orgullosa de mí misma, pero no puedo ignorar el hecho de que no funcionó para nada.

—¡Al principio estaba furiosa! —gorjea Sonia—. Pero luego pensé: «Un momento, Sonia, obsérvate por dentro un instante». —Sus ojazos negros se vuelven penetrantes, animados por un gusto por la vida tan exuberante que me dan ganas de reservar las vacaciones de Navidad en Transilvania—. «¿No será que estas palabras te hacen enojar porque tocan zonas vulnerables de tu interior?». —Lo que me faltaba. ¿Por qué no? Un toque de jerga de autoayuda. Hoy el Gran Guionista debió de decidir que iba a ser verdaderamente cruel conmigo. Tal vez quiere comprobar cuántas cosas que me asquean logra meterme en la cabeza antes de que me explote. Sonia continúa —: Y así, entendí que Riccardo tenía razón. Que su artículo me sacó de mis casillas porque despertaba mi conciencia. No porque lo encontrara estúpido o engreído. Bueno, tal vez un poco engreído sí... —Ella y Riccardo intercambian una sonrisita. Siento que en mi cabeza un primer aneurisma hace *plop*—, pero siempre dotado de lógica y coherencia. Entonces entendí que era mi oportunidad para dar un salto a la calidad, admitir ante mí misma que esas críticas también podían ser verdaderas, y que yo podía ser un alma frívola a la que probablemente siempre trataron con demasiada indulgencia.

—A partir de ese momento comenzamos a hablar de verdad —continúa Riccardo—. Ella no se cerró y, a su vez, su disponibilidad a la autocrítica derribó mis prejuicios sobre la estrechez mental de las lectoras de revistas para mujeres. Empezamos a profundizar en nuestros puntos de vista al conocernos personalmente...

—Y ahora aquí estamos —concluye Sonia apretándose a su hombre.

Ya. Aquí están. Una pareja perfecta. Geniales. Gracias. Diría que es suficiente. Es el momento de concluir esta grotesca escena, cuando todavía me queda algo de dignidad. Claro, siempre que logre liberarme de la melaza viscosa que ese par de tórtolos me acaba de echar encima. Y después tal vez me vaya a leer una novela negra, llena de muertos, para reequilibrar la atmósfera. Ah, no,

antes debo ir a clase de cocina. Bueno, una clase de cocina me parece un aceptable sinónimo de muerte.

—Es una bella historia —comento. Estoy muy atenta a no darle a mi tono ningún matiz de sarcasmo. Me saldría más natural caminar con las manos. Pero si hay una única cosa que puedo hacer para salir con la cabeza alta de este encuentro, es la que estoy a punto de hacer. Así que le dirijo a Riccardo una mirada directa y larga, y dejo que en mi rostro se dibuje una sonrisa. Una sonrisa serena, pacífica, indiferente.

Carajo. Me duelen los músculos que rodean a los ojos. Dudo que nunca antes mi cara haya tenido que someterse a un esfuerzo de este tipo.

—Lo digo en serio. Te parecerá extraño, pero estoy feliz de saber que estás bien.

Riccardo parpadea y, aunque todas mis energías se hayan empeñado en mantener exactamente la expresión y el tono que quiero, me doy cuenta de que lo sorprendí.

Luego me despido asintiendo y me voy.

A mi lado, escucho que Sonia susurra:

—¿Por qué dijo «Te parecerá extraño»?

9

Internet y topinambur

La casa del comisario Berganza constituye todo un monumento al compromiso. Y eso que él odia los compromisos. Está en el centro o casi, cerca de la estación de policía, y para llegar desde el supermercado tengo que cruzar dos pórticos y la mitad de la población turinesa, que está de compras. Sin embargo, aunque está en el centro y más de uno podría considerarla un lujoso departamento de *snob*, se trata de un lugar pequeñísimo. Es un estudio de máximo cincuenta metros cuadrados, con un gran librero que lo divide y detrás del cual imagino que se encuentra su habitación. Una especie de celda monacal.

—Entre y cierre la puerta —me dice apenas toco el timbre.

Ya está en la cocina, delante de una tabla para picar que colocó sobre un mueble de cocina de acero opaco. En efecto, el metal y el blanco son los dos únicos tonos que veo allá donde dirijo la mirada..., bueno, además de los lomos de colores de los libros. Hay una mesa blanca, unas sillas plegables de hierro, un sillón gris y un mueble de metal para la televisión. También un escritorio blanco con una computadora gris y dos ceniceros, ambos llenos. En las ventanas, unas persianas venecianas de color plomo. Me volteo y en la pared de la puerta de entrada veo un perchero, también de metal, del que cuelga el abrigo del comisario como una insólita mancha *beige* sobre el fondo del muro.

Encima del sofá cuelga el único elemento de decoración: un retrato en blanco y negro de un tipo calvo con lentes redondos y una pipa.

—Raymond Chandler —señalo.

No hay modo de equivocarse.

Me equivoco. No es el único elemento de decoración. Noto que sobre una de las repisas del librero también hay una pequeña foto enmarcada. Es de una mujer sonriente, con el cabello corto, y un niño. De repente me llega una sensación extraña, una especie de extenuación mezclada con exasperación. No sé describirla. No sé qué quiere decir. Nunca sé definir un carajo de lo que siento. El día que entienda las cosas que siento como entiendo las que sienten los demás será el más feliz de mi vida.

—Deje el mandado en la mesa y saque el chalote —me pide Berganza. Tiene el mismo tono que cuando imparte órdenes en la estación de policía.

—No lo tengo.

—Ya me lo imaginaba. Yo lo conseguí. —Por fin se despegó de la mesa y se dirige hacia el

refri. Viste un suéter café oscuro, uno de esos de cuello alto y con un cierre de quince centímetros. Es tan extraño verlo vestido de un modo que no sea para el trabajo que casi me olvido de hacerle una de mis habituales bromas.

—¿Habrán calificaciones? Si enveneno a mi jefe, ¿pierdo mi trabajo?

—Ya comí montones de comida chatarra durante las operaciones de vigilancia, no se sobreestime. —Se gira y me lanza algo. Aún estoy pensando en otra cosa, así que grito—: ¡Eh! — Y logro atrapar el objeto no identificado justo a tiempo, antes de que toque tierra.

—Así que este es el famoso chalote. Pudo decirme que era una cebolla.

—No es una cebolla —replica Berganza regresando a la tabla de picar—. Es más pequeño, aunque más grande que el ajo, y es un término medio entre ambos por el sabor y sus posibilidades de uso. Es ideal para las *frittate*, pero hay que estar atento, porque, por ejemplo, si se lava cambia su sabor, o si no se sofríe correctamente, puede volverse amargo. Tiene que disculparme, porque cuando se habla de comida tiendo a dar conferencias. —Se interrumpe y me observa levantando la ceja—. Por cierto, tiene reflejos rápidos, Sarca. Parece que tiene los nervios a flor de piel. Y ya está haciendo bromas estúpidas. ¿Hay algo que la perturba?

No es posible, el comisario me conoce desde hace unas pocas semanas y ya me entiende mejor que mi madre (no es que ella sea una referencia, teniendo en cuenta que es una de las personas que menos me entiende en el mundo, pero, bueno, esa es la idea).

—¿Usted está convencido de que cada vez que hago una broma estúpida es porque me encuentro a disgusto?

—Sarca, si las hiciera incluso cuando está normal, sería un problema.

Berganza me observa de reojo. Le parece tan evidente que estoy turbada por algo como si tuviera puesta una playera que dijera: ESTOY TURBADA POR ALGO, pero, al mismo tiempo, este hombre también tiene un claro concepto de lo que es la privacidad. Así que se limita a indicar con el pulgar la computadora que está sobre el escritorio, en la otra parte de la habitación.

—Sarca, vea si encuentra en algún lugar la receta de la *frittata* de Irma. Así verificamos las cantidades y cubrimos los agujeros.

Buscar en internet. Perfecto, eso sé hacerlo. Y también se trata de una idea excelente para mantenerme ocupada. Gracias, jefe. Debí de pensar que, con lo distraída que soy, pedirme que me coloque junto a él para cortar la verdura significaría llevarme a urgencias con un índice rebanado en diez minutos. Así que me pongo a buscar en Google, y durante algunos momentos los únicos ruidos que se oyen son el tac tac tac del cuchillo de Berganza sobre la tabla de picar y el tic tic tic de mis dedos sobre las teclas.

—Aquí hay demasiadas cosas —resoplo. Es verdad. Si todas las personas que se ocupan en la cocina se dedicaran a la búsqueda científica, probablemente ya habríamos encontrado la cura para todas las enfermedades y colonizado Plutón.

—¿Qué buscó?

—Frittata, y luego los ingredientes.

—Debe buscarla con el nombre que usó Irma: *frittata rognosa*.

—¿Está bromeando, «roñosa»? ¿De verdad se llama así? Yo pensaba que era parte del léxico familiar de los Giay Marin para referirse a una *frittata* que nunca sale bien.

Berganza sonrío. Es decir, está de espaldas pero puedo apostar a que sonrío.

—Es una receta rústica tradicional piemontesa. *Rognosa* en vez de *rugosa*, porque la superficie queda toda irregular. Y ya que está allí, busque las proporciones del pastel de avellana, porque las de Irma que usted me pasó me parecen un poco extrañas.

Asiento y tecleo. La buena noticia es que todo este entrometerme en blogs de cocina me hace pensar en el libro, en específico en el hecho de que, si todo va según los planes de Enrico, una de estas mujeres que detallan recetas y fotografían *tagliolini* como si no hubiera un mañana, entrará pronto en escena como coautora. Lo cual significa que tengo buenas razones para tomarme esta actividad como un momento de documentación profesional y para concentrarme con seriedad en lo que está pasando en la pantalla, desde los marquitos de donas rosas hasta los tutoriales y las fotos de platillos que parecen de plástico. Lo cual significa, en último término, que tengo óptimas distracciones para no pensar de nuevo en el encuentro con Riccardo. Excepto, claro, cuando vuelvo a pensar en eso, o sea, después de que la mirada se detiene, aburrida, en un video que comienza automáticamente.

—Dios mío, Sarca, ¿qué diablos estamos oyendo? —exclama Berganza. Me sacudo y me doy cuenta de que estoy viendo, desde hace varios minutos y con ojos ausentes, una grabación extraída de un fragmento de la transmisión de primera hora de la tarde. Hay una mujer que está atareada en la cocina frente a las cámaras. Tiene las puntas del cabello rosas, ojazos de *hipster* y una sonrisa de esas que retuercen toda la cara con una falsedad escalofriante. Además, en lugar del *gorro* común de chef, lleva un sombrero rosa de hada. Está chirriando:

—Y por fin ya podemos admirar nuestra obra de arte de sensualidad culinaria. ¿No es estupendo? —Empuja hacia la cámara un pastel un poco más grueso que una tapa de corcho, pero completamente decorado con hilo de caramelo y bayas de grosella. Creo que nunca había visto un alimento de calidad nutricional tan escasa, ni siquiera mis papitas con queso—. ¡Nuestro *Sueño de una noche de verano*! ¿Recuerdan nuestro *concepto*? Observen la delicada trama de los cristales de caramelo, una retícula de luz dorada. Las perlas de grosella son un toque de color que contrasta y que acentúa la textura lúcida y reflectante que hemos pensado para esta creación. —Sonrisita, encías, sonrisita—. Desde el punto de vista de la combinación de sabores, apostamos a un claroscuro, entre el amargor escurridizo y selvático de la grosella, y el carácter redondo y confortable del caramelo. Pero ¡atención! El verdadero secreto de este plato se revela en modo dinámico: es una obra *in progress* que, a medida que se consume, lleva a cabo un verdadero *performance* artístico. Una vez que empezamos a comer nuestro pastelito, en el fondo del plato las migajas de galleta se mezclan con las de caramelo, y vean lo que se crea. —Suspense. Sonrisa traviesa—. Una playa dorada de partículas heterogéneas, ¡justo como la arena de verdad, en la que no existe un granito igual al otro! —Gesto dulce—. La presentación...

—Santo Cielo, lo siento, estaba distraída, no me di cuenta.

Cierro la ventana del video como si estuviera participando en una competencia de velocidad de dedo con el *mouse*.

—Dios mío, y pensaba que yo era pedante —murmura Berganza.

Me causa risa.

—¿Sabe, Sarca? No siempre tiene que ser así por fuerza.

—Así ¿cómo?

—El hablar o escribir sobre cocina, digo. No tiene que parecerse por fuerza a esas cursilerías que están apareciendo a montones ante sus ojos. Sé que sus vísceras se retuercen con la sola idea de tener que escribir sobre gastronomía, pero le puedo asegurar que hay una gran tradición literaria relacionada con la comida y que no tiene nada que ver con todo eso.

—Ah, ¿sí?

Podría añadir algo más, pero entre el encuentro con Mickey y Minnie Mouse y este trabajo de mierda, me siento tan cansada como si fuera Atlas cargando el mundo a cuestas.

Berganza se asoma detrás de un gabinete abierto y esboza una sonrisita de las suyas, de esas de viejo zorro que se las sabe todas.

—¿No adivina?

Lo miro un instante, y luego de golpe siento como si me encendiera en la cabeza el faro de Alejandría.

—Dios mío, pues claro: Pepe Carvalho.

Berganza asiente satisfecho.

—El comisario Salvo Montalbano —prosigo.

—Nero Wolfe —reanuda él—. Sin embargo, no, no estaría particularmente ansioso por parecerme a Nero Wolfe. Aunque reconozca que mi disposición de ánimo hacia los intrusos que vienen a molestarme es más o menos la misma.

—Si espera que yo lo critique por eso..., Hércules Poirot —replico—. Aunque en algunos aspectos Poirot es aún peor que Nero Wolfe. ¿Maigret? No recuerdo bien, lo leí hace demasiado tiempo. También Maigret es un comelón, ¿verdad?

—Le apasionan los platillos de su mujer, y además está en París —confirma Berganza, tan seguro en su territorio como si estuviese hablando de calibres de pistolas o de antecedentes penales de delincuentes conocidos—. No es necesario añadir que es un experto en restaurantes.

—Debí esperármelo. Y también la señora Ramotswe, ¿la conoce? La detective de Botswana de McCall Smith.

—Qué no daría por probar uno de esos estofados de los que habla a veces —comenta Berganza—. Pero no tanto té, no. No podría beber esas desagradables infusiones que bebe sin parar. Ah, y luego está el comisario Charitos, cuya esposa siempre está cocinando.

—Y, sin embargo, paradójicamente, no me parece que Philip Marlowe, su *alter ego* más que todos los demás, entienda un carajo de comida.

—Pero seguramente es el primero con el que charlaría de bebidas alcohólicas.

Intercambiamos una sonrisa de satisfacción.

—De verdad, ¿cómo no me lo imaginé de inmediato? Era lógico que usted supiera de cocina, como todos los investigadores de las novelas policiacas de las que... —«de las que parece que salió», estoy casi por concluir, pero me detengo antes y por suerte me corrijo—: a las que recurre cada vez que tiene tiempo de leer.

Le echo un ojo al comisario preguntándome si de cualquier modo metí la pata. En el fondo no es que a todos nos guste que nos digan, aunque sea de manera implícita, que somos una copia de otro. Como si yo no lo supiera, que seré eternamente la copia de otra. Pero Berganza continúa

sonriendo, y parece que la comparación con Philip Marlowe no le causó ningún escándalo.

Suspiro.

—Bueno, sí, tal vez no es tan imposible. Me refiero a escribir un texto de cocina que sea también un buen libro. Por lo poco que la escuché hasta ahora, Irma es una narradora excepcional, ¿sabe? Es directa y colorida y llena de ánimo. Así que tal vez transcribir sus narraciones y sus recetas no sea tan terrible.

El comisario está de lado, o casi, trabajando en la barra de la cocina, y aun así, juraría que acaba de sonreír por segunda vez en menos de media hora.

Por lo que parece, así es como funciona con Berganza. Es como si su serenidad fuese contagiosa, y poco a poco, cuando nos encontramos en la misma habitación, erosionara las afiladas asperezas de mi estado de ánimo del momento. No está mal estar en la misma habitación que él.

—Ahora que ya está más tranquila, Sarca, ¿querría decirme qué la perturbaba hasta hace poco?

Ah, así debe de ser como el comisario hace los interrogatorios. Te hace bajar la guardia y luego dispara la pregunta de un millón de dólares. Tomaré nota la próxima vez. Pero, bueno, qué me importa; más vale vaciar el saco.

—Acabo de encontrarme con Riccardo Randi. —Listo, no era tan difícil.

—Mmm...

—Estaba con su nueva novia.

—Mmm...

—Antes de que piense que estoy celosa o que tengo otras estúpidas enfermedades de mujer, déjeme explicarle. El problema es que su novia es la editora de la revista a la que mandé su odioso artículo. Yo pensaba que había puesto a cada mujer en su contra desde aquí hasta Betelgeuse. No logro comprender cómo...

—Hay una manera muy fácil, Sarca.

El comisario señala su computadora.

Okey, no. Esto va completamente contra mis principios.

—Ah, no, oiga; gracias pero yo no tengo ninguna intención de excavar, remover, etcétera. El tema está cerrado y...

—Tómelo como una investigación, Sarca —insiste con paciencia—. Para nada estoy insinuado que todavía le importe ese idiota. Digo que, no sé usted, pero hasta que no entiendo bien algo, yo no puedo dejarlo en el pasado.

Tengo que ser más específica. El comisario no me entiende «mejor que mi madre». El comisario *superaría por mucho a cualquier madre del mundo*.

Antes de que yo pueda decidir si es digno continuar oponiendo resistencia, el comisario se aleja de la barra y teclea «XX Generation archivos noviembre diciembre» en el campo de búsqueda.

Aquí están, los artículos que nunca leí. He aquí la claridad, la luz de la situación. Fui una asquerosa *snob* que prefiere alejarse con desdén de la escena del crimen en vez de regresar, como lo hacen los asesinos, sólo para verificar que la víctima se murió de verdad.

No es que mi plan no funcionara, en efecto. Al menos al principio funcionó. En los días siguientes a la salida en los periódicos de mi artículo bomba, *XX Generation* desborda tantas cartas furiosas contra Riccardo que con sólo ver lo largo de la lista, me lleno de optimismo. La revista es semanal, pero su portal está activo siete días de siete, veinticuatro horas de veinticuatro, y poco después mi artículo comienza a explotar de contestaciones. Decenas y decenas de mujeres insultan a Riccardo de las maneras más eclécticas, le preguntan quién se cree que es para juzgarlas así, le recuerdan que si no fuese por ellas, por el pueblo de las lectoras, él no tendría un décimo ni de su éxito ni de su dinero, y pasaría el tiempo en la universidad, examinando a los alumnos y lamiendo los traseros arrugados de catedráticos decrepitos. Además, la tele, a la que por lo general no le importan los escritores, se entera del lío, y las escrupulosas lectoras linkean el video de un notable cómico que, en un programa de la tarde, imita a Riccardo siendo apedreado con labiales y otros cosméticos. También hay un gran número de comentarios de escritores rivales, que se lanzan en apologías de lo femenino para demostrar que ellos son los buenos.

Durante varios, larguísimos días, mi exnovio se ve sumergido en un tsunami de animadversión, hostilidad y desprecio. Días en los que Riccardo acumula en su tarjeta todos los puntos para irse al infierno.

Eso, ya me siento mejor. Berganza me ve para comprobar cómo estoy. Asiento con moderada satisfacción. Berganza asiente con moderada satisfacción ante el hecho de que yo parezca moderadamente satisfecha.

Pero luego algo cambia. La semana siguiente a mi artículo aparece tanto en la revista como en el sitio web la primera respuesta de Riccardo. Sonia Sciacca lo invitó a presentar sus disculpas, y a Riccardo en cambio, ¡sorpresa!, le salió un instinto de supervivencia digno de esos hombres que se comieron a sus compañeros en el accidente aéreo de los Andes. Al no poder revelar que fue ayudado por una *ghostwriter*, está obligado a no desmentir el contenido del artículo, así que lo mejor que puede hacer es tratar de voltear las cosas.

Y, redoble de tambores, al final incluso lo logra.

A veces hay que arriesgar un poco para que las cosas sean divertidas. ¡Bien! Felicito a todas las mujeres cuyas respuestas leí esta semana. Y ahora díganme: ¿dónde está su orgullo, su conciencia cuando, por ejemplo, se dejan deslumbrar por una sesión fotográfica de moda en la que una alienígena de cuarenta y cinco kilos viste trajes que no le quedarían a ninguna mujer normal? ¡Fuerza, señoras! Si esto es lo que se necesita, una buena provocación de vez en cuando, para hacer que emerja lo mejor que hay en ustedes...

Se lanza con el típico «las provoqué para ver cómo reaccionaban». Un truco tan pueril que por lo general deja de sorprender a las mujeres en la secundaria. Sólo que aquí no se trata de un adolescente con granos que piensa que para impresionar a las muchachas tiene que lanzarles el balón en la hora de Deportes. Aquí se trata de un hombre guapo de enorme atractivo y prestigio, que por encima de todo, digámoslo así, se metió en líos diciendo cosas que tienen poco fundamento. Lo sé yo, lo sabe Riccardo y en el fondo lo saben también las lectoras. Y, bueno, el

odio que ellas sienten hacia él no puede durar para siempre. Después de todo, en realidad no fue algo tan inesperado.

En fin, después de la primera respuesta de Riccardo, poco a poco y en unos quince días, el *casus belli* se desinfla. Bienvenida al mundo de internet, Vani Sarca, el universo en el que el peor de los escándalos, los desastres o las exclusivas, se evapora después de que el último usuario de Facebook comparte el último comentario al respecto. Ni siquiera sé si la capacidad de Riccardo para arreglárselas bien tiene algo que ver. Quizá sólo es que los escándalos mediáticos tienen una vida breve, como fuegos artificiales. *That's all, folks. C'est la vie. Sic transit gloria mundi*, incluyendo la gloria de mi genialísima venganza. Tal vez las cosas no regresan del todo a su lugar, pero al cabo de tres semanas mi exnovio puede dejar de sentirse un ciervo albino en temporada de caza.

Repito: no es que no fuese previsible.

Pero ¿sólo tres semanas? Pues bueno...

Y en este marco también se explica la cuestión del acercamiento entre él y Sonia. Un proceso simple, lineal. Justo como me contaron Tweedledum y Tweedledee hace poco en la calle: nada complicado. No hubo ninguna fuga ni persecución; tampoco carreras de obstáculos, muros que derribar en giros imprevistos ni encuentros de novela. En resumen: ningún vanisarquismo. De una manera coherente con el decaimiento de la polémica, los tonos con los cuales las moderadoras y el inculpado debaten en las páginas de la revista se hacen cada vez más conciliadores ante las miradas de todos. Cuatro días después de la réplica de Riccardo, Sonia ya comienza una de sus intervenciones de este modo:

Okey, podemos admitirlo. Somos mujeres adultas y maduras, y la autocrítica no nos da miedo. Puede ser que con frecuencia nos guste ilusionarnos con estar más ocupadas social y culturalmente de lo que estamos. Sin embargo...

¡Sin embargo, un carajo! Cuando comienzas así, no hay «sin embargo» que valga, es evidente que el enemigo te compró, idiota. Y, de hecho, Riccardo huele de inmediato la ocasión: todas sus respuestas son una mano tendida, una exhibición ante el enemigo, metiendo el pie en la puerta... la de Sonia, que queda obnubilada por la capacidad de persuasión de Riccardo, sus *admito que, estoy de acuerdo con, acepto que*. En las páginas de la revista se produce un acercamiento gradual de sus posiciones, justo como me contaron, hasta que resulta evidente que, a fuerza de acercarse, al final los dos se encontraron en directo, con la epidermis, las mucosas y todo. No parece que los periódicos se dieran cuenta de que Riccardo y Sonia, en un momento dado de la situación, se hicieron pareja, pero teniendo en cuenta que caminan del brazo por el centro de Turín y no hacen nada por esconderse, imagino que será cuestión de tiempo, y entonces la rehabilitación de Ricardo se completará ante los ojos de toda la nación.

Quién sabe si Riccardo aprovechó la ocasión para flirtear con Sonia sólo porque convertirse en el novio de su primera acusadora sería el camino más rápido para su redención. Quién sabe si Sonia le gusta de verdad. Quién sabe si no son ciertas ambas cosas.

Estaría en consonancia con la descarada suerte que parece que siempre bendice a Riccardo. Trata de abrirse paso en el corazón de la persona que mejor podría salvarle el trasero, y por casualidad se trata de una muchacha adorable a la que no le cuesta ningún esfuerzo mirar. Dos pájaros de un tiro. El paquete completo. Éxito *all inclusive*. Juraría que eso fue lo que sucedió, porque en el mundo siempre hay gente que tiene una enorme estrella que le brilla sobre la cabeza sólo para ella, y Riccardo es el primero de esa lista.

Estoy tratando de convencer a un residuo de neuronas reptilianas de que ya no es asunto mío y que sigue siendo válida esa vieja idea de irme sin voltear hacia atrás, cuando mi ojo cae sobre una de las cartas conciliatorias de Riccardo:

... además, también yo debo hacer una declaración. En el fondo soy capaz de ver lo bueno que tienen estas revistas. Es más: en ellas veo incluso arte. Lo juro. Por ejemplo, como experto en narrativa, entendí que detrás del modo de narrar de ustedes, reporteras, se entreven a contraluz algunos sólidos arquetipos literarios. Es como si cada artículo que escriben se convirtiera en una piedra angular de la historia de la novela: cada vez que hablan de la amante de algún político, tienen en mente Madame Bovary; cada vez que entrevistan a una estrella de éxito, en alguna parte de su cabeza piensan en La Feria de las Vanidades. Hasta cuando hablan de moda recuerdan a Cenicienta...

—¡Qué bastardo! —exclamo. Berganza se gira—. Es que... —resoplo— una vez Riccardo y yo hablamos de las revistas para mujeres y los arquetipos literarios. Él sostenía una cosa y yo otra que, déjeme decirle, era más brillante que la suya. Apenas hoy descubrí que recicló mi genial idea para hacerse el bueno ante los ojos de sus lectoras... o de su novia.

—Qué imbécil. Por otro lado, ya sabe lo que dicen, Sarca: en la guerra como en el amor todo se vale. O Randi estaba buscando salir airoso de su trampa, o trataba de enganchar a la reportera, así que puede ser cualquiera de esos dos casos. Tenga —agrega aventándome algo, como hace poco hizo con el chalote—. Dígame si le gusta.

Es un jirón de algo que parece un pedazo de barro. Lo pruebo.

—Rico. Sabe un poco a alcachofa, pero menos..., menos alcachofoso. Oh, Dios, está exquisito. Berganza asiente.

—Es tupinambur, o alcachofa de Jerusalén. Típico de la cocina piemontesa, se usaba mucho antes de que fuera reemplazado por la papa. Ahora me parezco de nuevo a la mujer del video de antes. ¿Le gusta el *risotto*?

Hasta ahora me doy cuenta de que el departamento se llenó de un aroma delicioso.

—¿No debíamos cocinar la *frittata* de Irma?

—Claro, pero no sé usted, Sarca, yo estoy muriendo de hambre. Y usted también debe reponerse tras su mal día, así que ahora comeremos un plato de *risotto*, y luego nos pondremos a estudiar y a reconstruir la receta de la *frittata* de Irma con calma. ¿Le parece bien el plan?

Observo al comisario. Como antes, está tranquilo, imperturbable y relajado. Lo cual es chistoso, porque aún tiene en la mano el cuchillo de veinte centímetros con el que rebanó la verdura.

—¿Estuvo tan terrible ese encuentro? —me pregunta por sorpresa, como acostumbra hacerlo. Levanto los hombros.

—Nada que no me esperara.

—Está segura de que no está celosa, ¿verdad, Sarca?

Esta pregunta también era previsible.

—No, celosa, qué va —suspiro después de buscar en mis adentros por un momento—. Usted siempre dice que yo no entiendo nada de lo que siento, y podría equivocarme como de costumbre, pero no, esta vez no lo creo. Más bien estoy segura de que no quiero volver a tener cerca a ese desgraciado. El problema es que me doy cuenta de que no me habría disgustado si en vez de tres semanas de infierno le hubiese tocado..., yo que sé, la eternidad. O si no se hubiese mostrado tan ostentosamente feliz hace poco en la calle. O si no hubiese hecho uso de mis teorías para librarse. Parece que ese idiota no sabe hacer nada sin una *ghostwriter*. Pero, ¿sabe?, el hecho de que me enoje es lo que más me molesta. En fin, yo soy de esas personas que aman darle la espalda a la explosión e irse sin preocuparse por ver si arde. Me di la satisfacción, me vengué, emparejé las cuentas: debió terminar todo ahí, ¿cierto? No debería importarme ni un bledo cómo le vaya a Riccardo ahora, en lo bueno y lo malo. Pero poco a poco están volviendo a salirle bien las cosas, y me doy cuenta de que eso me enfada. Y es una reacción inútil y pueril, que me hace..., me hace avergonzarme de mí. Es eso exactamente. Carajo. —Sacudo la cabeza—. El problema es que la venganza es una cosa potente, jefe. Sí, se lo digo a usted, que quién sabe cuántas veces en su profesión habrá visto los efectos de esta estúpida conducta. —Pongo una sonrisita triste. Berganza también sonríe—. ¿Sabe?, hay una novela para chicos, un clásico americano que se llama *La princesa prometida*. Hay un personaje que persigue su venganza durante toda la vida y cuando finalmente logra realizarla, no sabe bien cómo emplear el resto de sus días. Eso hoy lo entiendo por primera vez. La venganza no resuelve nada, al contrario: te dan ganas de revivir el momento de tu victoria una vez más y otra más, como si fuera una droga. Sólo que a mí me da asco no poder parar cuando quiero. Ya es bastante infantil que me quisiera vengar la primera vez, pero no quiero negar ese impulso porque creo que quien predica el perdón incondicional simplemente no estuvo nunca lo suficientemente enojado. Sin embargo, al menos querría estar contenta por el empate, pero no puedo, así que, ¿ya dije que me avergüenzo un poco? Bueno, me avergüenzo *muchísimo*. Para ser exacta, todo esto me enoja de una manera impresionante.

Suspiro. Ya está hecho. Y en verdad no era tan difícil. ¿Cuál es el problema de admitir en voz alta un pequeño Waterloo existencial? Pienso de nuevo en cómo logré despedirme fingiendo que les deseaba lo mejor a Barbie y a Ken con sinceridad.

—¿Y quiere saberlo todo, jefe? —Lo último, lo prometo—. Podría contentarme con cómo me contuve y no dejé transparentar nada, pero ninguna salida elegante de escena me daría más satisfacción que agarrar a patadas a ese cabrón.

Berganza se ríe. Sin más. Sólo por un momento, pero se carcajea de verdad. Luego me observa con esa típica y sutil mirada suya, con los ojos entrecerrados.

—No sea tan severa consigo misma, Sarca. No experimentar ninguna sensación no sería maduro o decoroso: sería inhumano. Sea feliz por tener pasiones y sentimientos, incluida la rabia, incluido el deseo de venganza a ultranza, incluida la vergüenza. Si todo esto le sirve para recordar

que también usted es un ser humano, tal vez no sea tan malo.

—La vergüenza también la sienten los perros, jefe.

—Sarca, le garantizo que no será un poco de vergüenza lo que la convierta en un gracioso y pequeño cocker.

Lo miro. Me mira.

—Por lo demás... Ay, pero ¿cómo no me di cuenta antes? Tiene reflejos rápidos, necesidad de mover las manos... Ya tuvo suficiente aikido, Sarca. La inscribiré en *krav maga*.

—¿Qué es el *krav maga*, jefe? ¿Es como el principio de Locard?

—Busque también eso en Google mientras yo termino de preparar la cena.

10

Medios de comunicación masiva

Bueno, hablemos claro.

Como si yo no supiera que los medios funcionan así. Como si me diera cuenta hasta ahora de que en la red las polémicas tienen una vida más breve que una mariposa monarca. Como si yo misma no me hubiese aprovechado de eso para ciertos trabajos del pasado.

Es increíble cómo lo que sabes muy bien a un nivel racional se te borra del cerebro cuando estás desbordado por las emociones. Neuronas contra hormonas: siempre se produce una masacre, y los buenos casi nunca ganan.

Okey, ahora lo sé.

Eso no me impide que siga avergonzándome, por supuesto.



Abril de 2013.

La puerta del estudio de Enrico Fuschi es una copia de 1997 de la restauración de 1951 de la copia de 1882 de la puerta original de 1810. De madera maciza, y por unas quinientas mil liras (habrían sido seiscientos cincuenta mil, pero el carpintero tenía un manuscrito inédito). El diseño de la talla desentona un poco con la sobriedad moderna del corredor, que en la actualidad está pintado de un blanco de tonalidad fría, pero Ediciones L'Erica ocupa un edificio del centro histórico de Turín y, por consiguiente, en las líneas redondeadas del rodapié y de la unión pared-techo aún hay algo obsoleto que queda bien con la puerta. No obstante, se trata de la puerta perfecta para el estudio de un importante director editorial de una importante casa editorial, quien se supone que debe encerrarse detrás de la puerta para desarrollar tareas importantes como la persona importante que es, sin ser molestado.

Y, por lo tanto y con toda la razón, la puerta rechina de dolor cuando un hombrecito la abre de golpe.

—¡Fuschi! —grita el hombrecito al unísono con la puerta.

Enrico Fuschi está sentado en el escritorio —uno enorme y antiguo, con un valor de tres mil ochocientos euros en 2010 (reducidos a tres mil porque el anticuario también tenía un manuscrito inédito)—. Está examinando algo en la computadora con una empleada. Ambos, editor y

empleada, levantan la cabeza de golpe hacia la puerta que rechina y el hombrecito que grita más que la puerta.

—Castaldi, buenos días. La secretaria no me advirtió que ya había llegado —saluda Fuschi de manera titubeante. Es un modo cortés para sugerir: «No le pido que se haga anunciar como un embajador, pero al menos podría tocar». Es un modo amable porque Ottavio Castaldi es el célebre conductor de un célebre *talk show* vespertino de una célebre estación de televisión, y Enrico siempre es amable cuando tiene delante a alguien que, para que lo identifiquen, necesita tantos *célebres*.

—Fuschi —repite Castaldi espumeando por la boca—. ¡Su *ghostwriter* me hizo quedar como un pendejo!

Enrico mira un momento a Castaldi y no dice lo que piensa, y lo que cualquiera pensaría si estuviera en su lugar. Castaldi medirá metro sesenta y cinco como mucho, y es redondo y pulido como una manija. Tiene la barba podada como un arbusto del bosque y le forma una alfombra perfecta alrededor de la cara, que es también redonda; se peina el fleco hacia atrás con gel para cubrirse la calvicie. En la tele parece normal. En vivo, Enrico encuentra que no sirve ni una *ghostwriter*, ni nadie más, para hacer que quede mejor que como acaba de decir él.

Sin embargo, con diligencia, se dispone a escuchar las quejas de Castaldi, quien, decidido, camina hasta el escritorio, arrebatando la *laptop* de las manos de la joven empleada, que no intenta oponer resistencia, y se pone a teclear algo en la página de inicio del navegador. Como está nervioso, se equivoca un par de veces, lo cual hace aumentar su furia.

—Usted y su *ghostwriter* —sisea haciendo tiempo—. Fuschi, me aseguró que el artículo para el periódico me lo escribiría un profesional, carajo. Y yo, de pendejo, me confié.

Tercer intento de teclear. Esta vez parece que dio en el blanco con la URL y una página comienza a aparecer en el monitor.

—El artículo de mi rescate, ¿entiende? —lo presiona. Está morado. Enrico no evita pensar en un escroto a punto de reventar—. El artículo que debía sacarme de todas esas polémicas de mierda. Y, en cambio, sucedió todo lo contrario... —emite un gruñido de enojo.

Enrico suspira. Esto será delicado. Tres días antes, entrevistando a un famoso director de cine sobre su última película, Castaldi habló de más. La película trata de cuarentones en crisis y objetivamente es el típico producto de masas que, al intentar disfrazarse de un refinado análisis social, termina adornando el deseo del hombre promedio de acostarse con las amigas de su mujer. Pero el director de cine es simpático y media Italia está escuchándolo con ánimo favorable cuando, al hacerle la tercera pregunta, a Castaldi se le escapa que para él todo eso son «cosas de depravados». Aun sabiendo que Castaldi perteneció a algún partido de centro católico, grande o pequeño, que surgió en Italia en los últimos veinte años, y por lo tanto no es sorprendente que se le escapen prejuicios de ese tipo, el público no lo ve bien y comienza a decirle «hipócrita moralista», resultado de una mentalidad superada e intolerante que no acepta que el ser humano esté hecho de debilidades, tentaciones y blablablá. En particular, la parte de «resultado de una mentalidad superada» resulta preocupante, porque los personajes televisivos a los que se percibe como el resultado de una mentalidad superada también son superados pronto. Castaldi siente que, bajo su trasero, quema el asiento de célebre conductor de *talk show*, etcétera.

Puesto que Castaldi es también el autor de *¡Señorita, buenas noches! Historia de la televisión italiana desde el ojo de la cerradura*, que fue publicado hace apenas un mes por Ediciones L'Erica, en ese momento también Enrico percibe un desagradable aumento de temperatura. No vaya a ser que el autor pierda popularidad, porque a un autor impopular, por definición, nadie lo compra. Así que busca que Castaldi tenga la posibilidad de escribir un artículo en su propia defensa para un reconocido periódico de tirada nacional. O mejor dicho: la posibilidad de que *se lo escriban*, exactamente como sucedió con su libro.

—Lo publicaron esta mañana, tanto impreso como en el sitio —explica Castaldi, mientras busca el *link* directamente en la página del periódico en internet—. Lea, lea la enorme mierda en la que me metió.

«Maldición», piensa Enrico. Cómo pudo olvidarse de revisarlo. Se confió demasiado, esa es la verdad. Mira a la empleada como si tuviera necesidad de desquitarse con ella. La chica se mastica el labial.

—Yo sabía que debía insistir para que lo hiciéramos como con el libro —prosigue Castaldi, con los ojos inyectados de sangre mientras observa el monitor—. Al menos sabía lo que se decía en el libro, carajo. Le conté mis cosas al micrófono y luego le mandé la grabación y el libro salió con las cosas que dije. —«Bueno, no fue tan así», piensa Enrico. En ese momento se acuerda con horror de las nueve horas de MP3 grabadas por Castaldi. Nueve horas de palabrería, de flujo del pensamiento, de demasiada libre asociación de ideas, con las cuales «el *ghostwriter*» (Castaldi nunca supo su nombre ni vio su cara) tuvo que crear un texto inteligible con pies y cabeza. Enrico no lo admitiría nunca, pero en su interior incluso él debería reconocer que la empresa fue milagrosa—. ¿Era tan difícil hacer lo mismo esta vez?, me pregunto. Estúpido de mí, que me confié y les dije que lo hicieran ustedes —continúa Castaldi, rociando la pantalla de saliva—. Malditos *freaks*. Escritores intelectuales de pacotilla. Me hicieron pasar por un imbécil.

Enrico se aclara la voz.

—Discúlpeme, Castaldi, pero... ¿se puede saber qué diablos escribió el *ghostwriter* en el artículo?

—¡Que soy un cornudo! —explota el hombrecito. La empleada salta hacia atrás. Una gotita de saliva particularmente consistente moja el monitor y genera un minúsculo arco iris—. ¿Tienen idea de lo que es regresar a casa a comer y que mi mujer me reciba con unos gritos como de águila mientras me agita el periódico en la cara? Y que me preguntara qué me pasó por la cabeza para hacerla pasar como una mujerzuela delante de toda Italia. Y que luego tratara de sacarme los ojos con el cuchillo del pescado. ¡Todos los vecinos salieron a los balcones para mirar!

Enrico suspira. Intercambia una rápida mirada con la empleada, y sus pupilas, detrás de sus delgados lentes de tiburón, se estrechan como el corazón de un verdugo. Con delicadeza saca la *laptop* de las manos temblorosas del hombrecillo, hace clic en el *link* y finalmente puede leer el artículo:

... la desagradable impresión de ser un robot, un infalible juez supremo que no conoce la debilidad ni la tentación. Lo sé, pudo parecer así, y honestamente me disculpo por ello. Pero la verdad —creo que merecen saberla— es justo lo contrario. La verdad, por desgracia, es que

conozco a fondo cada pequeña emoción de esas que toca y explora la bellísima película de mi amigo y gran artista (cuya obra, por otro lado, siempre he estimado). Conozco lo oscuro de la traición y el dolor que trae. Yo sería el primer interesado en que no fuera así, pero, ay, no podemos escoger las pruebas a las que nos somete el destino; tan sólo podemos tratar de afrontarlas haciendo todo lo posible para salir de ellas. Este es el porqué de ese inoportuno comentario mío, del cual, reitero, me disculpo con gusto, porque no pretendo en ningún modo dañar el éxito de una película tan encomiable: fue dictado simplemente porque aún no recupero la serenidad ni puedo ser imparcial cuando se habla de situaciones de este tipo. Lo admito: se trata de una fisura en un profesional por la que por un instante se asomó el ser humano. A la luz de todo esto, sin embargo, les hago una propuesta: los invito a leer de nuevo mi comentario como un halago —¡claro, expresado de una manera singular!— a nuestro amigo artista, que con su película demostró que sabe conmover...

Enrico suspira de nuevo. Con calma, se quita los lentes y se los limpia con el pañuelo que tiene en el cajón.

—Castaldi, perdóneme, pero este artículo está muy bien. Pudo meterlo en líos en casa, pero déjeme decirlo como editor: creo que la... el *ghostwriter* no pudo escoger una línea más eficaz.

—Ah, ¿sí? ¿Ser la burla de toda Italia?

—Le ruego que trate de entenderme —dice Enrico, meloso—. Para comenzar, este artículo habla de un hombre que *no se sabe bien* si fue traicionado o no. Porque, piense en esto, nada prohíbe interpretarlo como si el que hubiera traicionado o caído en tentación fuese usted, más que su mujer. —Por un momento la cara de Castaldi deja entender que la lectura alternativa no le molestaría. Enrico continúa—: Pero sobre todo restituye la imagen de una persona sensible que se encontró de frente con la angustia de una situación similar, y por eso no puede hablar de forma ligera. Un ser humano que reaccionó contra una película, que precisamente trata sobre la traición, sólo por una excesiva implicación personal. —Levanta los hombros—. Es todo muy..., muy *simpático*, ¿sabe? El *ghostwriter* tuvo una idea excelente al tocar la tecla de la empatía. El público adora estas confesiones desde el corazón.

Enrico trata de expresar profundidad e intensidad en su forma de mirar a Castaldi. Nunca lo logra: el resultado es una especie de máscara suplicante y servil ante los poderosos. Y, sin embargo, Castaldi está siempre instintivamente bien dispuesto hacia quien lo mira con expresión servil, por lo que acepta reflexionar un momento.

Entonces la empleada se aclara la voz.

—Lean los comentarios —sugiere.

Enrico mueve la pantalla. En efecto, mientras leían el artículo, aparecieron comentarios de los lectores.

Sonia64: *Me impresiona de verdad que el querido viejo Ottavio Castaldi se haya bajado x 1 vez del pedestal y haya querido compartir con nosotros algo de su fragilidad que no conocíamos. ¡Bien, Ottavio!*

UlisseViajero: *¿¿Y quién no perdió la cabeza 1 vez en la vida?!? Siempre necesitamos*

recordar que un personaje de la TV es también un hombre como los demás.

PassatorDescortes: *Bueno, me imagino que para la gente que vive en el mundo del espectáculo las tentaciones son demasiadas, pero nosotros somos todos igual de humanos y pecadores hijos de Dios. Si Castaldi no puede hablar a la ligera de una película que trata de cosas de ese tipo como si fueran normales, es claro que es xque aún está sensible por lo ocurrido. ¡Me quito el sombrero por tener el valor de confesarse así!*

Hay otros seis, todos más o menos en el mismo tono. Castaldi mira el monitor, luego mira a Enrico.

—Oh. —Sólo logra decir eso, perplejo.

—¿Lo vio? —se regodea Enrico. Cuando está aliviado por algo, le da por esa actitud de pavo festivo.

—Bien, supongo que bien está lo que termina bien —sentencia el hombrecillo al final, aún titubeante. Por fin se desclava del escritorio y se dirige hacia la puerta—. Voy a hablar con mi mujer. Tal vez a esta hora ya haya decidido dejarme entrar a la casa. Nos vemos. —Se reprime, porque mientras sale casi le dan ganas de decir: «Gracias».

Dentro del despacho aún hay un momento de silencio.

—Por lo menos pudiste advertirle —refunfuña Enrico.

—Qué raro, juraría que le mandé un mail en el que le anticipaba lo que escribí en el artículo y que preparara a su mujer —gorjea la empleada alzando los hombros cubiertos por una playera negra—. Creo que no le llegó. A veces sucede. Ah, ¡esta tecnología!

Enrico se deja caer contra el respaldo de la silla (del mismo anticuario que el escritorio, mil quinientos euros en 2011. Valdría sólo mil, pero el anticuario ya se dio cuenta de que en Ediciones L'Erica nadie iba a leer su manuscrito).

—Vani, pero ¿por qué tienes que hacer siempre eso? Por una vez en la vida podrías cumplir con tu tarea y sólo eso, sin darme dolores de cabeza.

Vani tuerce la nariz.

—Pero si no hago otra cosa. Tú eres el que siempre me pide que escriba para gente de mierda. Si una vez cada diez años me doy una minúscula satisfacción, no puedes quejarte. Es más: yo diría que me merezco un aumento, ¿sabes?

—Ahhh —gime Enrico sujetándose la cabeza.

—Qué chistoso —resopla Vani mientras se pone de pie—. Bien, ahora me voy. Nos vemos, Enrico.

—¿Te importaría...?

—Salir por detrás, lo sé, lo sé —suspira Vani, dirigiéndose hacia la puerta sin despedirse.

11

Niebla

La niebla le sienta bien a Turín. Todo asume un aire de finales del siglo XIX, como en el libro de D'Amicis, *Corazón*, y el punto más alto del edificio de la Mole Antonelliana perfora esa capa perlada como si se tratara del diente de un narval. El Po parece el río Estigia, y la luz de las lámparas se vuelve lechosa como en las películas de Jack el Destripador. Adoro Turín cuando hay niebla.

Pero hoy es un odioso día de sol, y cuando salgo por mi portón los rayos matutinos danzan entre las ramas y también sobre la hierba de los camellones y en el centro de las avenidas. Todo está brillante por la escarcha. Parece una ridícula postal de Navidad. Maldición.

El reflejo del sol sobre el hielo me hace cerrar los ojos y casi tropiezo con Morgana, que está parada en la acera esperando a Laura para ir a la escuela. Morgana voltea hacia el sonido familiar de mi voz cuando maldigo.

—¡Buenos días! —exclama.

—Buenos días, un carajo. Tengo tanto sueño como si fuera medianoche. —Anoche el comisario y yo nos quedamos hasta tarde cocinando. Comimos *risotto* con tupinambur, luego experimentamos con la *frittata rognosa* y también con la versión de Irma del pastel de avellana. Berganza me explicó que nueve de cada diez veces el pastel de avellana es esponjoso como un colchoncito de gimnasio (por lo tanto se trata de una válida alternativa a ese horrible tatami de aikido, le hice notar), pero con las extrañas cantidades de Irma resultó tan vaporoso como una nube. Nunca había comido un pastel tan bueno. Y mucho menos uno caliente. Berganza dice que no debería comerse así, ni que fuera la *tarte tatin*, pero yo lo encontré paradisiaco.

Tuve que buscar en Google *tarte tatin*. También aprendí a mi pesar que comer pastel caliente después de medianoche no es tan bueno. El comisario me empacó el resto del pastel para que me lo llevara a casa. No pude resistirme a un gigantesco segundo pedazo, aunque frío, y lo desayuné esta mañana, así que ahora tengo un exceso de pastel en el estómago y una cantidad proporcional de sueño que me aplasta. Me gustó pasar la velada con el comisario, sólo que esta mañana me siento como la boa de Saint-Exupéry después de un refrigerio de elefante. Dios, qué sueño.

No es un buen momento para no estar lúcida. ¿Qué tipo de preguntas se le hacen a una mujer de ochenta años para averiguar si es una asesina? Tendré que improvisar, evidentemente. Toda mi sangre fluyó a mi aparato digestivo y tengo el cerebro desnutrido.

—Yo también tengo mucho sueño —gime Morgana.

La escuto. No lo dijo por quedar bien. Tiene ojeras, y por primera vez no es porque tenga corrida la sombra de ojos. Aprieta junto al pecho un libro de texto de literatura, un tomo gastado

que debe de pesar lo mismo que su tórax.

—Examen —diagnostico.

Morgana sigue la dirección de mi mirada y baja la vista al libro.

—Sí, bueno, no. En realidad no es...

—De Matemáticas. Es un examen de matemáticas —especifico.

Morgana me mira con ese rayo de susto mezclado con admiración que se le escapa siempre que hago eso.

—Pero ¿cómo lo sabes? Aquí tengo el libro de *literatura*, ¿por qué dices que...?

—Como tienes examen de matemáticas, cargas el libro de literatura —suspiro, como si Morgana pudiese entender de inmediato lo que quiero decir. En vez de eso, continúa viéndome como si estuviese presentándole unos koan zen, así que me encuentro en la paradójica situación de explicarle qué tiene que ver todo esto con ella. Qué no daría yo porque alguien lo hiciera conmigo algún día.

—No eres de las que repasa antes de un examen. En todos estos años no te he visto hacerlo nunca; por lo tanto, no cargas un libro de literatura porque debas repasarlo. Es más, si el examen fuese de literatura, no estarías nerviosa. En realidad, la literatura te relaja, te hace sentir bien, entre amigos, en un mundo seguro, por lo que probablemente tienes el libro en la mano para poder hojearlo durante el viaje en autobús, saltando entre tus amados Milton, Yeats, Cecco Angiolieri y Torquato Tasso, y usarlo como ansiolítico personal. Lo cual significa que estás a punto de ser evaluada en algo que te pone ansiosa, como las matemáticas, materia en la que te sientes ligeramente menos experta que en las demás.

Morgana me observa todavía por un par de segundos, luego dice silabeando:

—¿Cómo-diablos-lo-sabes?

Me encojo de hombros.

—Porque así es como funciona para ti. Y, dicho sea de paso, porque más o menos así funcionaba para mí cuando tenía tu edad.

Morgana está por contestarme, pero acaba de llegar Laura, que la saluda tocándole en el hombro.

—Oye, pero ¿no tenías examen de mate? —le pregunta al ver el libro.

Morgana me lanza una mirada que quiere decir: «Exacto». Le devuelvo la mirada.

—Vamos, saldrá bien —dice Laura.

—No le digas eso —intervengo yo.

—No me digas eso —dice Morgana al mismo tiempo. Luego me mira.

—Es menospreciar —explico de nuevo con paciencia, esta vez a Laura—, cuando la gente te dice que sabe que algo saldrá bien o, después de que salió bien, que sabía que así tenía que ser. Aunque a ti te sale bien todo, como a Morgana. Pero es como si te dijeran que eres idiota porque nadie más tiene dudas. Además, al decir eso, desprecian tu esfuerzo y te dan la impresión de que, si fallas, se escandalizarán. Por lo que si te va bien sólo mantienes las aburridas expectativas de los demás, mientras que si te va mal dejarás a todos escandalizados, como si no tuvieras permitido equivocarte nunca.

Morgana asiente. Su mirada significa: «No podría expresarlo mejor». Ya te lo expliqué, mi

pequeño clon. Sé cómo funciona para ti. No es por otra cosa sino porque así es como funcionó siempre para mí.

Laura cierra los párpados, impresionada. Luego se voltea hacia Morgana.

—Discúlpame. No quería hiperresponsabilizarte. En realidad, no es seguro que tu examen saldrá bien.

—Gracias —se alegra Morgana.

Me despido de las chicas con un gesto, luego subo al coche. Después de veinte minutos llego a casa de los Giay Marin y atravieso el jardín por el sendero. Caminar despacio sobre la tierra congelada tiene la fabulosa ventaja de permitirte pensar, o no, y de contemplar tu entorno. La silueta encorvada de un jardinero es lo único de color negro, además de los troncos de los árboles, que destaca en un mundo fastidiosamente cubierto de azúcar glas.

Delia e Irma me están esperando en la gran sala. Delia parece especialmente feliz de verme y también especialmente ansiosa. Irma, en cambio, está tranquilamente sentada sobre el sofá como si se tratara de una banca de iglesia. Hoy su atención se centra en las hojas de un arreglo de flores secas: las restriega entre su pulgar e índice como si quisiera contarlas, o pulirlas, o como si le gustara su sensación.

Tengo una idea para comenzar.

—¿Por qué no vamos a la cocina hoy?

Qué se yo. Tal vez llevar a Irma a su ambiente, a la habitación que fue su reino durante tantos años, sea un buen punto de partida. Algo tendré que inventarme para demostrarle a Berganza que me esforcé.

Así, Delia toma a Irma del brazo y después de bajar unas escaleras llegamos a la cocina. Es acogedora y retro, como el resto de la casa. La nueva cocinera, que tiene unos cuarenta años y es de Provenza, está terminando de guardar algo en una esquina y sale saludándonos con un gesto.

—¿Es verdad que Aldo y Adriano venían a hacer la tarea a esta mesa cuando eran pequeños? —pregunto, y comienzo a grabar.

—Sí, es verdad —responde Irma—. Aldo se sentaba en la cabecera, Adriano en la banca, del lado más largo. ¡Era astuto! Convencía a Aldo para que se pusiera allí porque la cabecera era el lugar más importante, pero él se quedaba en el lado más cómodo y podía extender sus lápices y hojas por donde quisiera. —Hace una cara que significa: «Ese bribón sí que se las sabía todas», y me pongo a pensar dos cosas.

Uno: «Puede que esta mujer esté perdiendo la cabeza, pero tiene una conversación más brillante que la de mucha gente que conozco».

Dos: «Esta mujer quería a Adriano». *Lo quería de verdad*. ¿Puedes envenenar con frialdad a un niño que te llenaba de colores la mesa de la cocina? Afirmó que lo que quería era simplemente liberarlo del monstruo en el que se convirtió. Ya no era el mismo. Pero no sé, no logra convencerme. Y, sin embargo, como dije a Berganza, juraría que cuando dijo que ella mató a Adriano estaba siendo realmente sincera. Y, entonces, ¿cuál de las dos será la realidad? ¿Qué pasó con mi famosa intuición? ¿Por qué puedo intuir que Morgana está por presentar un examen de matemáticas aunque sostenga un libro de literatura, o acertar a la primera cuál es el punto débil de

un delincuente para arrancarle una confesión, pero en esta situación que me importa mucho más no logro hacerme ni una vaga idea? Ni maga de la intuición, ni nada. Quiero que me devuelvan mi dinero.

—¿Cómo eran Aldo y Adriano de niños?

—Horribles —suspira Irma—. Como todos los niños. Mocosos, con las manos sucias, los zapatos enlodados y los dedos en la nariz. Si entraban aquí así, yo los corría con la escoba. Entonces iban a limpiarse al baño y luego regresaban. No había manera de mantenerlos lejos ni de que se quedaran con su mamá o con la niñera, nada. Les gustaba estar aquí porque hacía calorcito por el horno, y siempre había buen olor o algo para picar. Y, además, yo les contaba historias, les explicaba lo que estaba haciendo. A veces me veían limpiar langostinos y les enseñaba cómo hacerlo, ya que se divertían jugando con esas cosas que parecían monstruos. También les daba un puñado de migajón de pan para jugar. ¡Qué contentos se ponían! Pero, de todos modos, desafío a cualquier persona a que vaya de un lado a otro con cuchillos de carne o con ollas hirviendo en la mano y dos niños entre los pies. Terrible. ¿Usted tiene hijos, señorita?

—Cómo cree. —Irma ríe, tiene una risa chistosa. Y, quién sabe por qué, digo—: Mi hermana tiene dos gemelos y no me gustan.

—Los niños son extraños. Mientras peor los tratas, más te aman. Yo no hacía más que gritarles a esos dos. Sólo soy una cocinera y no entiendo un comino de niños; tampoco soy uno de esos expertos que dicen, qué sé yo, que la leche materna hace daño y luego al día siguiente que hay que dársela hasta que les salga barba. Pero con los hijos se debe tener carácter, maldición, y eso al menos sí lo sé: lo necesitan. Ven que sabes lo que haces y se ponen contentos. ¿Dijo que no tiene hijos?

—Sí, exacto.

—Ya me parecía. Bueno, Judy quería muchísimo a sus niños. Los malcriaba. Yo, en cambio, les decía: «Esto sí, esto no, esto no debes hacerlo, esto no está bien». Y ellos siempre estaban aquí, zumbando a mi alrededor, para escuchar de mis labios, completamente ansiosos, que lo que hacían estaba bien hecho. ¿Alguna vez tuvo cerca al hijo de alguien que mientras peor lo tratara, más la sigue?

—Algo parecido. —Estoy pensando en Morgana, que me mira con adoración mientras guardo silencio en el elevador, absorta en mis múltiples pensamientos, y que sólo espera un gesto mío para comenzar a platicar.

—Si eres padre, tienes que tratarlos con un poco de dureza porque si no, no crecen bien, pero te odiarán. Si no son hijos tuyos, puedes tratarlos con tanta brusquedad como quieras, ya que de cualquier modo te amarán. Entonces, ¿alguien me explica qué ventaja hay en tener hijos?

Delia y yo reímos. Irma se encoge de hombros en señal de que expuso un razonamiento perfectamente lógico.

Qué raro. No puedo dejar de percibir cierta atmósfera familiar. No es el tipo de sensación que suelo sentir con facilidad, pero somos tres mujeres de distintas generaciones en esta habitación que de verdad se siente como un hogar. Me sorprende pensar que Irma podría ser mi abuela —una pícara que me habría transmitido el sarcasmo y el gusto por narrar— y Delia, mi madre. Aunque tal vez no desearía especialmente ser la hija de Delia (a no ser por la herencia millonaria y el

patrimonio genético, supongo), pero si hubiera que tener una abuela, Irma no estaría nada mal.

Luego agrega:

—A media tarde les preparaba a los niños una taza de arroz con leche, vainilla y flores de naranja.

Y veo aparecer delante de mis ojos un holograma de Enrico que me señala que esa receta sería perfecta para el libro, así que me veo obligada a desviar la conversación a cuánto tiempo debe cocerse el arroz, y si se necesita por fuerza leche entera fresca. Irma no lo recuerda, así que me tocará averiguarlo con Berganza.

Pasa tan sólo una hora cuando mi celular suena, lo cual interrumpe automáticamente la grabación. Hay que responder. Es Berganza, así que habría respondido de todas formas.

—Sarca —me llama—. ¿Podría darse una vuelta para un nuevo interrogatorio?

—No entiendo, yo no hice nada.

—Qué chistosa. ¿Está todo bien?

—Esté tranquilo, jefe, hago chistes tontos porque aún tengo el cerebro repleto de las grasas saturadas de ayer por la noche. Puedo estar con usted dentro de media hora.

Me despido de Delia y de Irma, llego a la estación de policía y acaban de traer a una señora de setenta y siete años que pudo envenenar a su marido. Berganza hizo bien en llamarme porque este caso se parece al de Irma —dos ancianas envenenadoras en la misma ciudad: parece un *remake* de *Arsénico por compasión*— y tal vez algún detalle pueda ayudarnos a tener nuevas ideas.

—Se despertó de noche al oír un jadeo en la habitación contigua; parece que los cónyuges dormían en recámaras separadas. Se levantó y lo vio retorcerse en el piso. Entonces llamó a la ambulancia, pero no pudo hacerse nada. —Ojea la información—. Gran clásico: envenenamiento por hongos. Parece que fueron a recogerlos juntos al valle de Susa. Según los médicos debieron de toparse con esas amanitas *albae* que se confunden con los hongos del prado y te destrazan el hígado aun después de que las congeles.

Junto a nosotros están Pezzoli y Rovato. Me pregunto en dónde está Petrini. Tal vez corrió a comprar una *Enciclopedia universal de hongos*, o está estudiando la información en Wikipedia.

—¿Por qué murió él y ella no? —pregunto.

—La señora dice que fue una casualidad. Congeló y cocinó los hongos y se los repartió con su marido. Sostiene que él tuvo mala suerte, y que el único hongo letal de toda la olla le tocó a él. Por supuesto, existe la posibilidad de que la señora tuviera la intención de matar a su consorte y de que recogiera y apartara el hongo, y luego lo uniera al resto en el momento exacto de repartir las porciones, estando bien atenta a ponerlo en el plato de él.

—¿Qué tipo de pareja eran? ¿Peleaban? ¿Los vecinos dijeron algo? —pregunta Pezzoli.

—Parece que no solían tener altercados bulliciosos, pero se trataban con una intolerancia recíproca desde hace cierto tiempo. También el hecho de que durmieran en recámaras separadas desde hace años no es decisivo en sí, pero podría corroborar el cuadro. Toda esta información la recogió Petrini, que parece que hubiera interrogado incluso al perro del portero. Por cierto, Petrini ya está adentro. Permitió que yo me quedara con el expediente para ilustrar la situación sólo porque él ya se lo aprendió de memoria.

El buen Petrini.

—¿Hay algo más que deba saber?

Berganza sacude la cabeza y me pasa las hojas. Abro la puerta. La señora está bien sentada en el escritorio, enfrente de Petrini. Se parece a una estatua de la isla de Pascua por su cabello. Curiosamente, este llama más la atención que la cara de Moái. Está peinada de una manera que no veía desde la última versión cinematográfica de *Jane Eyre* : con ese par como de orejas de perro salchicha alaciadas a los lados de la cara y luego sujetas en un chongo bajo en la nuca.

Me siento. Petrini me saluda con un movimiento de cabeza. Contesto el saludo. Le entrego el expediente a Petrini, que lo hojea. La señora hace una mueca. Me levanto. Salgo de la habitación. Cierro la puerta.

—¿Olvidó algo? —dice Berganza.

—No, ya terminé —respondo.

La puerta se abre y también sale Petrini, confundido.

—¿Por qué se fue? ¿Olvidó algo?

—No —repito—. Es que ya terminé.

—Ni siquiera hicimos una pregunta —jadea Petrini. También Berganza, por no mencionar a Pezzoli y Rovato, me está mirando con estupor. Lo siento por Petrini, que estaba tan motivado. Trataré de darle un poco de satisfacción.

—¿Te fijaste en su cabello? —le pregunto.

El rostro se le ilumina.

—¡Sí! Ese peinado es muy elaborado. Debió de necesitar mucho tiempo y concentración para peinarse así, y en general no suele ser lo que una mujer hace mientras su marido se está muriendo en el piso. —Asiento. Está saliendo muy bien. Petrini se sonroja de gusto. Parece un niño que acaba de recitar, sin equivocarse, un villancico—. Sin embargo, pensé que pudo tener tiempo de peinarse después de llamar a la ambulancia, y el hecho de que prefiriera ocupar su tiempo en eso en vez de estar cerca del marido, por el cual de todos modos no habría podido hacer nada, puede significar que tal vez no lo amara demasiado, pero no necesariamente que...

—No es allí a donde quería llegar —lo interrumpo. Volteo hacia Berganza, que como de costumbre tiene esa expresión de «Veamos si la escena que estoy por leer puede asombrarme». No puedo decir que no sea estimulante—. Mi padre trae un aparato auditivo desde hace años —explico—. Hay ruidos que no soporta. Hay algunas frecuencias que para nosotros son aceptables, pero que entran en conflicto con su aparatito, como ciertas alarmas, el gorjeo de algunos pájaros o el ruido del papel. Mi madre dice que, desde que dejó de trabajar, mi padre tuvo que aprender a usar el internet para leer el periódico *online*. —Quién habría dicho que todos esos aburridísimos relatos telefónicos sobre las orejas de mi padre resultarían útiles—. Apuesto que la señora trae el cabello de esa forma tan absurda para esconder, precisamente, un aparato auditivo. Tanto es así que, cuando Petrini hojeó el fascículo, a ella se le escapó una mueca de dolor. Ahora bien, nadie duerme con uno de esos aparatos, y en consecuencia la señora no pudo despertarse por el ruido que alguien está haciendo mientras muere en la habitación de al lado. La señora mintió. La única explicación plausible es que ayer por la noche la señora no se quitara el aparato para poder vigilar y fingir un intento de rescate. Paradójicamente, habría pasado más fácilmente por inocente

si se hubiese acostado sin el aparato como todas las noches, y hubiese fingido que se despertó a la mañana siguiente y encontró a su marido ya muerto.

Berganza me mira. Todos voltean a verme.

—Voy a preguntarle a la señora si usa un aparato auditivo —afirma Petrini dirigiéndose de nuevo a la sala.

—Ya saben qué hacer —le dice Berganza a Pezzoli y Rovato, luego saca un cigarro y me hace un gesto para que lo siga al balconcito de la oficina de al lado.

—No tiene sentido —comento. El comisario me mira de forma interrogativa mientras alcanza su encendedor—. Toda esta intuición de la que apenas hice gala. Es que desde esta mañana mis neuronas tratan de convencerme de que saben hacer su trabajo muy bien, pero no es así. No me están sirviendo para nada, porque sigo examinando a Irma, hablando con ella, y no logro entender si es improbable que matara a Adriano o si estaba mintiendo cuando lo afirmé.

—¿Hay algo que pueda nublar su juicio, Sarca?

Levanto los hombros.

—Sí, me temo que sí: el hecho de que me caiga bien. Tal vez en mi interior no quiero llamarla asesina.

Inesperadamente, hay algo en la cara de Berganza, alrededor del cigarro, que podría ser una sonrisita alegre.

—¿Por qué se ríe? —le pregunto, sólo para confirmar que se trata de eso y no de una apoplejía. Con todo lo que fuma.

—Nada, Sarca. —Se quita el cigarro de la boca y echa el humo, luego se apresura a ponérselo de nuevo en la boca. El comisario puede hablar con el cigarro entre los labios como Clint Eastwood—. Es que creo que es la primera vez que le escucho admitir que alguien le simpatiza.

Hundo mis manos en los bolsillos de mi abrigo negro.

—No dije que quiera que sea mi abuela.

—Por supuesto que no lo dije. —Berganza sonrío de nuevo.

12

Caer en la red

La ley de la venganza es infalible, incluso peor que el principio de Locard, ahora que descubrí lo que es. Por ejemplo: sucede que finalmente encuentras a alguien que te cae bien y, antes de que pasen quince minutos, te llama Enrico Fuschi. Entonces el karma quiere que odies al mundo.

—¡Vani! Hace días que no tengo noticias tuyas, ¿cómo estás?

Enrico en su versión amable. Eso implica —ya lo entendí— una altísima probabilidad de inconvenientes o molestias. En estos casos —también lo entendí ya— el ataque es la mejor defensa. *Krav maga* relacional. Creo que debería patentarlo (ahora que también descubrí lo que es el *krav maga*).

—Bien, gracias, Enrico. Como a mis horas, duermo, hago ejercicio.

Enrico titubea:

—Ah... M-me da gusto...

—Gracias, estoy feliz de que me llames para conocer mi estado de salud. Espero que también el tuyo sea bueno.

Un silencio de desconcierto.

—En caso de que también te interese esto, el libro está avanzando bien.

Enrico suspira de alivio.

—Muy bien. Excelente. De hecho, justo de eso quería hablarte. ¿Podrías venir a la editorial hoy por la tarde? Para que conozcas a una persona.

—¿Así que la tristemente célebre *food blogger* por fin firmó contrato? Quítame una curiosidad: siendo una persona muy, muy ocupada, ¿cómo es que encontró tiempo para presentarse en la editorial y además para verme?

—Le dije que le mostrarías lo que estás escribiendo y que lo revisarían juntas para acordar el trabajo.

Interesante. Por mucho que me fastidie: 1) ir a la editorial, y 2) que alguien meta las narices en mi trabajo, especialmente si aún está en marcha, en efecto, es útil trabajar a cuatro manos con un autor, por lo menos en las primeras fases del libro (o «de ajustes», en la lengua bárbara de Enrico). Y pensar que en el pasado le rogué a Enrico que me dejara hacerlo, al menos con alguno de sus autores más complicados. Y Enrico se negó rotundamente, porque para él tengo que aparecer ante los autores a través de un espejo inclinado, como Medusa. Sin embargo, esta vez es él quien me lo pide. Sólo hay una categoría de autores que logra sacarle a Enrico una autorización para verme: los personajes muy poderosos y los muy obsesivos con el control. Pero ¿qué tan poderosa podrá ser una *blogger*? Los *bloggers* son los gemelos especulares de nosotros los

ghostwriters: gente que con tal de escribir sobre lo que ama, lo hace gratis, mientras que yo, con tal de que me paguen, escribo sobre cosas que odio. Como sea: tal vez sólo se trata de una mujer escrupulosa que hace su trabajo con dedicación, y no me vendría mal, de vez en cuando, relacionarme con una autora que sabe escribir y que aprecia lo que firma.

—¿Podrías estar aquí dentro de hora y media y traer el material en una USB? Mientras tanto, nuestra invitada y yo podemos ir a comer y verte después.

—Bueno, hasta entonces. —¡Mira qué ceremonioso está! Ni siquiera me pidió que entrara por detrás. Apuesto a que nuestra invitada está en la sala con él.

Sentado tras el escritorio, Enrico me mira. Tiene las manos cruzadas sobre el estómago. Sentada de mi lado de su escritorio, lo miro. También tengo las manos cruzadas sobre el estómago. Las crucé yo primero. Enrico está haciendo de nuevo ese juego de la imitación de posturas. Yo lo estoy mirando con placidez, él me está mirando con placidez. Como antes, las posibilidades son dos: o está manifestando su sintonía de manera subliminal porque está de humor para colaborar y estar con buena disposición, o está tratando de joderme de nuevo. Sospecho que puede ser lo segundo.

—¿Dónde está nuestra *food blogger*? —pregunto—. ¿Es tan virtual que es invisible?

—Llegará enseguida. Me pidió la oficina vacía de Molinare para encerrarse un momento a escribir sobre el restaurante al que la llevé —explica Enrico—. Es muy celosa de su trabajo. Y, hablando de trabajo, ¿cómo te va a ti?

—Por lo pronto, todavía ninguna receta de *polenta concia* me da el tiro de gracia. En realidad, de alguna extraña manera, armar este libro me está pareciendo hasta divertido, aunque eso no significa que te lo esté agradeciendo.

Suelta una risita molesta.

—Como sea. No me lo habría esperado..., perdona mi estúpida preocupación. Estoy contento de que al final esté siendo una experiencia soportable para ti.

Alto a todo. Enrico me acaba de pedir disculpas. O está por morirse, o debería comenzar a preocuparme por poner mi espalda contra la pared.

—¿Qué tipo de recetas estás recabando?

—Sobre todo de la cocina tradicional piamontesa.

Mi jefe asiente.

—Magnífico. Muy oportuno. Los Giay Marin siempre destacaron por ser genuinos, gente sensata que no se llena la cabeza de humo y que nunca olvidó de dónde viene. Y, además, los recetarios tradicionales llaman muchísimo la atención. Ya sabes, las glorias del *Made in Italy* y demás. También tuvimos el *boom* de las cocinas étnicas *veg*, pero está bien que difundamos la voz de que en casa de Armando Giay Marin se comían los *ravioli* con salsa del asado, y estoy seguro de que restableceremos de inmediato las prioridades.

Estoy obligada a asentir. Una vez más el tiburón del *marketing* me dijo una verdad inobjetable. Qué molesto, algún día me tomaré el tiempo de pensar con calma si el hecho de que Enrico sea un genio en su campo me disgusta o, por el contrario, me ayuda a tenerle un mínimo de estima profesional. En el fondo, pienso que los malos de las novelas siempre tienen algo fascinante.

Enrico se quita los lentes y los limpia con un pañuelo que saca del cajón. Lo miro con atención. Pensándolo bien, la fascinación intrínseca de los malos debe de ser algo que sólo pasa en los libros.

—Hacen falta imágenes —agrega—. Fotos de los platillos, por supuesto, pero esas que las realice un estudio, tal vez el de Gigi, que es joven, pero tiene ojo para los detalles. Es más, mejor si empiezas a darme una lista de las recetas que ya tienes listas para que mientras tanto ellos puedan trabajar. Pero más que nada hay que preparar un anexo fotográfico con los retratos de Irma, cómo se ve ahora y cómo era de joven y, si es posible, con imágenes históricas de la familia Giay Marin sentada a la mesa, a punto de comer o comiendo.

Asiento. Sonríe. También Enrico sonríe. No tengo ningún motivo para sonreír. Lo hice sólo para ver si él lo hacía. En efecto, sonrío satisfecho.

—Y cuéntame de las anécdotas, de la parte narrativa. ¿Cómo es? Imagino que no es muy fácil hacer que una criada de ochenta años hable...

—En realidad a Irma no hay que «hacerla hablar». Esa mujer es una narradora nata. No hay nada especial en lo que cuenta, ningún adorno, ningún detalle exquisito ni tintes fuertes, y aun así los personajes de la casa Giay Marin, cuando ella los describe, adquieren tres dimensiones, se vuelven de carne y hueso. Incluso puedes verlos: Armando saltándose la cena porque estaba en el laboratorio, o sentándose a la mesa a las siete menos un minuto, como un verdadero piamontés, sin término medio. Su mujer, Judy, como buena americana, comiéndose a escondidas un tentempié lleno de *ketchup* y luego avergonzándose cuando la pescan. Son pequeños episodios, algunos graciosos, otros no tanto, pero todos llenos de autenticidad y, uno detrás de otro, crean un cuadro en el que esas figuras míticas vuelven a ser las personas que eran. —Me encojo de hombros—. Debo decir que no está para nada mal.

Más o menos cuando llego a la tercera parte de mi discurso, Enrico deja de tener las manos entrelazadas sobre el abdomen. Igual que yo. Sólo que yo las apoyé sobre la bolsa que tengo en el regazo; él, en cambio, como no tiene bolsa, no sabe dónde ponerlas y, ante la duda, deja que la derecha golpetee el escritorio, mientras que la izquierda cae suelta a un lado. Me están dando ganas de pararme y ponerme a bailar sólo para ver si él sería capaz de seguir imitándome.

—Muy bien, muy bien. —Sonríe satisfecho de sí mismo—. Estoy seguro de que con ese material se podrá trabajar muy bien con... ¡Ah! ¡Aquí está!

Se levanta en automático, mirando hacia la puerta, que acaba de abrirse a mis espaldas. Volteo y entra una tipa de treinta y tantos, tal vez menos, con el cabello recogido, un gigantesco par de lentes de *hipster* y una *laptop* rosa bajo el brazo.

¿Quién diablos compra una *laptop* rosa? ¿Acaso tiene doce años?

—¡Buen día! —exclama la tipa dirigiéndose hacia mí de inmediato con la mano extendida y moviéndose como quien sube a recibir un Oscar.

Enrico se levanta y va a recibirla.

—Aquí estamos, aquí estamos, querida. Vani, imagino que habrás reconocido a nuestra excepcional invitada —dice Enrico.

—No.

Por un nanosegundo Enrico hace una expresión que quiere decir «Lo sabía» y algo más sobre el

hecho de que nunca se puede contar conmigo para evitar hacer el ridículo.

—Claro, tú no ves la tele y por eso no asocias su nombre, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver la tele, Enrico? ¿No hablábamos de una *food bl...*?

—Cinzia Croco es la autora de «El hada del tenedor mágico», su famosísimo blog. Desde 2012 despertó el interés de un canal de televisión por satélite que, justamente el año pasado, la contrató para que sea su *star*. —La joven estrella hace una cara modesta, que quiere decir «No lo merezco» y al mismo tiempo todo lo contrario—. Es la autora, además, de *Besos de cereza*, *Corazones de crema* y *Jazmines en el desayuno*, tres novelas que muy seguramente conoces porque tuvieron un tremendo éxito, todas centradas en el tema de la comida y publicadas, lamentablemente, por la competencia... Ahora las cosas van a cambiar. —Le guiña a Cinzia Croco. Ver a Enrico guiñando es como ver a un dragón de Komodo coqueteando. Luego, gracias a Dios, continúa—: Es también autora de la serie de manuales *El hada del tenedor mágico*. Actualmente conduce un programa vespertino de gran éxito con el mismo título y apenas fue jurado en el simpático programa de talentos sexy-culinario *Cómo te cocino el pollo*.

La joven suelta una risita superaguda, como para ocultar la evidente frivolidad del susodicho programa de talentos, o tal vez para burlarse de ella. Luego me dirige una gran sonrisa, una de esas que descubren la encías y aprietan toda la cara. Se ajusta el cabello y entonces veo que tiene las puntas teñidas de rosa...

Oh, no.

No.

No puede ser.

Ya la recuerdo. Es la chef del pastelito conceptual y el sombrero de hada que vi en casa de Berganza.

Pues claro, Cinzia Croco. Ahora sí me viene a la mente su nombre. Uno de esos que, cuando los oyes, haces todo lo posible para olvidarlos, porque te importa un comino a quién pertenecen y estarías mucho mejor si tu memoria reservara ese espacio para retener las respuestas de aquel examen universitario para el que estudiaste durante horas y horas. Pero el nombre de Cinzia Croco se queda en alguna parte, aferrado a las sinapsis como un parásito a una hoja de hibisco, e identifica a la chef más pretenciosa y más aplaudida de Italia, la vestal de la «cocina como una forma de arte al alcance de todos», o sea, como esa moda perversa para que las mujeres que quieren darle un sentido a su vida no retomen los estudios ni hagan voluntariado, sino que se inscriban en cursos de *cake design*.

No puedo creer que tendré que trabajar con ella.

Bueno, claro que puedo creerlo. Yo siempre trabajo con gente terrible. Pero ¡qué flojera! Ya me había ilusionado con la idea de que, para variar, se trataría de una profesional decente... ¡Tenía que ser en el libro de Irma! Me dan ganas de irme enseguida, de levantarme y abrir una destilería en Escocia.

Y el infeliz de Enrico..., hablemos de él, por favor. El muy infame, para despistarme, para que yo no sospechara nada, al principio sólo mencionó a «una *food blogger*», así se aseguraba de que, llegado el momento, yo no tendría forma de escapar. *Food blogger* una mierda. Pero ¡claro que es una *food blogger*! Cinzia Croco es, estrictamente, una *food blogger*, pero es como si yo dijera que

Meryl Streep es una cantante. ¿Me explico? Pero también yo tengo la culpa: debí imaginar de inmediato que el tiburón este, con sus lentes de titanio, no iba a apostar por una Jane Doe cualquiera; era obvio que se lanzaría sobre el pez gordo.

Pero volviendo al aquí y al ahora, veo que el pez gordo acaba de abrir su *laptop* rosa sobre el escritorio de Enrico y me extiende su manita con unas uñas pintadísimas de rosa caramelo.

Jamás pensé que pudieran existir todos esos matices de rosa.

—Le decía, tiene la USB con usted, ¿cierto? —me repite con afabilidad.

Me muevo. Enrico me frunce el ceño. Saco la memoria de mi bolsillo. Quiero ver qué sucede ahora. O más bien no.

—Estoy segura de que está haciendo un excelente trabajo —afirma Cinzia mientras abre mi *file*—. No veo la hora de leer también las historias familiares que la señora Envrin le está compartiendo. —Aprieta una sonrisa—. Créame, lamento de veras no poder ocuparme de este proyecto personalmente, pero usted entenderá: con el contrato de *El hada* hasta finales de junio no puedo atender otros proyectos. Pero estoy dispuesta, al menos, a facilitarle la tarea y hacer lo posible para *ayudarla* desde ahora a avanzar por el mejor camino. —Pega sus lentes gigantes al monitor apenas aparecen mis transcripciones de los encuentros con Irma—. Acérquese, se lo ruego —me pide sin voltear la cabeza—. ¡Tome una silla y venga aquí conmigo, ¡así podremos trabajar juntas!

Otra sonrisa apretada.

Estoy casi segura de que el ventilador no tardará en comenzar a esparcir el olor a mierda.

Desde una esquina del estudio, arrastro hasta el escritorio una silla viejísima. Despacio, y haciendo el mayor ruido posible. Enrico me frunce el ceño de nuevo.

Cinzia no deja de leer. Parece muy concentrada. En efecto, puede que Enrico me dijera la verdad cuando la definió como celosa de su trabajo. Sólo que ahora ya no me parece algo tan bueno.

Me siento y espío el monitor. Cinzia está revisando una de las narraciones de Irma que más me hicieron sonreír:

... una cosa bonita de esta cocina es que es fresca incluso en verano, y ciertos veranos hace un bochorno que parece que estás sentada en un establo. Es importante tener una cocina fresca, así puedes dejar la fruta afuera y no se pudre rápido, y si prefieres servirla a la hora de comer no está fría por el refrigerador. En fin, un día estoy en la estufa preparando mi crema pastelera, y entra Judy con prisa. Está buscando a Adriano (que entonces debía de tener unos veinte años), lo necesita no sé bien para qué. Le digo que no sé dónde está, porque entre una removida y otra, voy y vengo a la despensa para reordenar las latas de conservas y no estoy atenta a quién entra o sale. «Por lo que veo —le digo—, aquí en la cocina estamos sólo nosotras». Judy se queda perpleja, luego sale gritando: «Adriano, Adriano, ¿se puede saber dónde estás?». Después de un momento escucho una voz que pregunta: «¿Se fue?». Volteo, y de abajo del mantel se asoman Adriano y una señorita rubia toda despeinada. «¿Qué hacías debajo de la mesa?», le pregunto. Y él me explica que buscó un lugar dónde besuquearse con esa Inge, Inga, Ingrid o como diablos se llame, pero que en todas partes hacía demasiado calor; hasta que

entraron a la cocina a escondidas mientras yo estaba en la despensa y se encontraron muy a gusto en el piso fresco. Y luego entramos Judy y yo, y los dos tórtolos hicieron bien en esconderse debajo del mantel. Hay que decir una cosa de Adriano: ¡a esa edad, tenía unos buenos reflejos!

Escudriño el perfil de Cinzia, que aún está mirando el monitor.

Esboza una sonrisita rebuscada, como cuando te pasmas ostentosamente frente al garabato de un niño para hacer feliz a su madre.

—Bueno, es un buen punto de partida. —Sonríe magnánima.

—¿Un punto de partida?

—Para transformarlo en un verdadero libro.

La miro.

Me mira con una sonrisa radiante.

—Verá, deje que le hable con franqueza como escritora, antes que como chef. Más bien, como artista que abarca un poco ambas cosas. —Señala el monitor—. Lo que tenemos aquí es buen material, aunque sin refinar. Aún falta mucho. Pero no hay nada que no se pueda aprender, no tema. —Su mirada se torna compasiva—. Hagamos un ejemplo juntas. Dígame: ¿usted sabe qué aspecto tenía esta Judy?

Alzo los hombros.

—Alta. Bonita. Morena. Ojos claros... —Cinzia me anima con un saltito de cejas. Así que remato—: Americana.

Cinzia asiente, como diciendo «con eso es suficiente». Levanta las manos, agita sus deditos rosas como para calentarlos, luego posiciona el cursor después donde dice: «Entra Judy con prisa» y agrega:

Bella, bellísima, con su cabello color de noche, los ojos claros como un día de sol, Judy puede entrar a una habitación e iluminarla con su elegancia exótica aun cuando tiene prisa, absorta en una de sus amorosas tareas de madre.

Gira y me ve.

De nuevo aprieta la sonrisa en el rostro (esta es la tercera vez que lo hace, ¿o ya perdí la cuenta?). Es como si alguien le hubiera pintado una gigantesca Hello Kitty en la pared de un castillo medieval.

—Otra cosa que falta, y que es *absolutamente fundamental* —agrega enfatizando estas últimas palabras—, es la descripción de la comida. La comida es un arte, querida. Entiendo que puede que usted no sea muy versada en la materia. —Me echa una mirada como si fuera una profesional del apoyo a personas que tiraron su autoestima en el retrete y luego jalaron la palanca—. Pero la comida es forma, color, consistencia, gesto. La comida ofrece un universo de estímulos sensoriales que un buen escritor debe saber hacer perceptibles a las lectoras en todo su carácter dimensional. Oh, pero cómo hablo, ¿verdad? Tenemos que poner manos a la obra, espero explicarme.

Mueve el cursor después de «mi crema pastelera», pone un punto y agrega:

No es por presumir, pero la crema pastelera es uno de mis caballos de batalla, la magia que siempre me resulta, el encantamiento más dulce del que soy capaz. Logro darle una densidad sedosa y aterciopelada, una elástica suavidad sin grumos que las cremas industriales de hoy no podrán nunca igualar. Es mérito de una cuidadosa dosificación de la harina, por supuesto, pero también de los huevos, a los que debe su amarillo brillante, casi luminoso. Si cierras los ojos, ese amarillo se te queda grabado en las pupilas y continúa, ¡como cuando se mira el sol por descuido! Y, además, llámenme romántica y anticuada, pero para mí proporcionar esa fascinación no puede ser más que el único y verdadero ingrediente secreto. Siempre él: el amor con el que se cocina para las personas queridas.

Levanto el cucharón de madera para echar un vistazo, y mi buena y diligente crema se comporta justo como debe: primero se agolpa, lenta y floja, voluptuosa, en la punta, luego una gota de color girasol se aparta poco a poco, y al final cae dando vida a una estructura redonda y amarilla que se desliza con tanta fluidez que parece firme.

—¿Lo oye? ¿Lo oye ahora en el paladar, el contacto con esta crema? —Revoloteo de dedos.

La esperanza es que, si usa muchos adjetivos en un solo párrafo, después de tres capítulos habrá terminado con todos los que existen en nuestra lengua y el resto del libro será indescifrable.

Pienso en Irma, en cómo respondería si le pidiera que describiera su crema pastelera: «Por el amor del cielo, una crema es una crema, ¿qué quiere que le diga? No debe tener grumos y no debe ser líquida, punto. Y debe ser del amarillo justo; si no, tus huevos no estaban buenos».

Así que este es el modo en el que tendré que pasar mi tiempo de hoy en adelante. Buscando los adjetivos más empalagosos para describir una yema.

—Pero, sobre todo..., y ahora le ruego que me escuche con atención —prosigue Cinzia—, lo principal, el problema central que hay que remediar, es que en estos relatos falta la emoción. — Me mira como un misionero que trata de explicar la grandiosidad del reino de los Cielos a un pigmeo: segura de que no puede llegar, pero con confianza en la Providencia—. Yo... sí, yo quiero que en este libro se ría y se lllore. Que vibren todas las cuerdas. Que al final no sea sólo un árido reportaje, sino un libro real, con la misma profundidad emotiva que una novela. Ya sabe, siempre lo digo en mi blog, en mis manuales y en mis transmisiones: aquí no se habla de cocina, se habla de alquimia. Se transmiten experiencias y sensaciones, se narran historias... Es la magia la que transforma la comida en vida. Y esta es la historia de una dulce abuelita que llega al final de su vida, que hace una balanza y pasa un testimonio hecho de recetas, claro, pero también y, sobre todo, de un antiguo modo de vivir la cocina, de entender el papel de la mujer que alimenta a los suyos, que cuida el nido. Yo, claramente, tendré que aparecer como una humilde y respetuosa custodia de este precioso legado. Además..., veamos si logro explicarme... —Tengo la certeza que está buscando palabras simples que organizar en frases breves y asegurarse que el pigmeo entienda—. No hay que olvidar nunca que los protagonistas de estas historias son casi siempre Aldo y Adriano, sus muchachos, a los que nuestra narradora cuidó como hijos y sobre los cuales, por desgracia, se extiende el ala negra de un oscuro destino, como toda Italia sabe muy bien. —

Vacila, arrepentida—. Perdóneme, no quiero que lo tome como una crítica a su trabajo, pero... no resulta verosímil que esa mujer no deje entrever ninguna pena al evocar los gestos y el carácter de sus dos pobres cachorros. Tratemos de recuperar la vibración, el sentimiento.

Se encoge de hombros, con la humilde modestia de los genios; luego me mira, sonriendo como un trapo recién exprimido, para comprobar que yo haya entendido bien lo que acaba de decir.

—Estoy segura de que me comprendió. Atenuemos un poco los bordes de esta escritura tan áspera, y concedámosle la melancólica dulzura que se espera de los relatos de esta dulce señora.

Me limito a voltear a ver a Enrico y tratar de comunicarle mi respuesta con la mirada. No es fácil hablar con los ojos. Una cosa es cuando se trata de mensajes simples, puntuales y específicos, como «te amo», «te odio», «no te atrevas a decirlo» o «apenas estemos afuera de aquí eres hombre muerto». Pero cuando quieres expresar matices más complejos, la cosa se hace resbalosa. El vocabulario es limitado. Y, en este momento, simplemente me limito a mirar a Enrico; hay una montaña de cosas que quisiera decirle.

Cosas como: «Sabes que le entendí muy bien, pedazo de mierda. Ahora sí que está claro por qué apuntaste directo como una flecha a esta cabeza hueca. No sólo porque es vergonzosamente famosa y tener su nombre en la portada te garantizará masas de compradores que no saben ni leer un libro, sino sobre todo porque esta rufiana le apuesta a los sentimentalismos. A las emociones fáciles, carajo. Hablando de una familia en la que se cometió un delito. Eso significa que este libro se convertirá en una especie de espectáculo para todos los entrometidos de Italia, los lectores de periódicos amarillistas que hurgan en la basura de los muertos. Oficialmente no se hablará del *fratricidio*, claro, pero ¿viste qué hizo esta hiena en tan sólo esas pocas líneas?: “pobre pequeño” acá, “quién lo habría dicho” allá. La gente leerá el libro al acecho de anécdotas conmovedoras sobre el drogadicto y el asesino, hambrienta de detalles sobre su infancia y adolescencia y el progresivo desvío moral de sus protagonistas. A nadie le importará un carajo la mirada pura y genuina de Irma, simplemente porque no existirá ninguna mirada pura e genuina de Irma. Se tocarán todas las cuerdas equivocadas: equivocadas para Irma, para mí, para la gente decente, quiero decir. Son las correctas para ti y para esta sinvergüenza, y las exprimirán como un limón en el mercado de lo patético hasta llenarse los bolsillos».

Realmente son demasiadas cosas para decirlas todas con los ojos. En resumen, un desastre. Así que debo hacer una elección lexical. Miro a Enrico y dejo que mi expresión facial transmita un solo concepto simple: «Te entendí muy bien, maldito».

Enrico me devuelve la mirada con una expresión que a la vez quiere decir: «Sé que me odias, pero también sé que yo lo provoqué». Hay incluso un tinte de «¿Se puede saber desde cuándo te interesa la calidad de lo que hago que escribas?». Pero desvío los ojos. Sería demasiado complicado explicarle con el alfabeto Morse de las expresiones faciales que sí, esta vez el libro de Irma me interesa.

—Bueno —reanuda Cinzia Corazón de Miel—, por supuesto, aún no es perfecto, hay un montón de otros detalles que deben retocarse, como ese de «hace un bochorno que parece que estás sentada en un establo», que es francamente un poco pesado, o bien ese otro de «Inga, Ingrid o como diablos se llamara», que podría suavizarse y que, por cierto, ofrecería una buena oportunidad para una digresión sobre el tormento que le provoca darse cuenta de que está

perdiendo la memoria y de que ya camina hacia el fin. —Vamos. Es la segunda vez que predice la demencia y la muerte de Irma. Sólo Dios sabe cuánto quisiera oír a Irma responderle en persona. Serena y confiada, Cinzia, el Ángel de la Muerte, concluye—: En todo caso, en términos generales estoy segura de que nos entendimos.

—Nos entendimos. ¡Y de qué forma! —exclamo—. No podías ser más clara.

Tomo la memoria USB y me levanto. Sé darme cuenta cuando pierdo una batalla. Y también sé cuándo es mejor retirarme de una habitación antes de comenzar a patear la cabeza de alguien, quizá sólo por la curiosidad de descubrir si ahí dentro existe de verdad un pequeña caja registradora.

Precisamente tengo que comenzar esas lecciones de *krav maga*.

—Excelente. Entonces, ¿no me queda más que desearles suerte en el trabajo! Si están todos de acuerdo, diría que nos viéramos el viernes para una actualización y una verificación, ¿okey? Sólo para no dejar un cabo suelto. —Enrico asiente sin siquiera darse cuenta. Es increíble la velocidad con la cual el deseo de un personaje que apenas es famoso se vuelve también el suyo. Luego la Bruja del Oeste me dispara una sonrisa gigantesca que deja ver una encía tan grande que me sorprende no haberla visto cuando entró al despacho—. Y, Vani, si me necesita, sabe dónde encontrarme.

Claro que lo sé. Prácticamente, en todos los medios de comunicación conocidos en el mundo occidental.

El suspenso del pan tostado y otras historias

Salgo por la puerta trasera. Enrico lo aprobaría. Siempre trata de hacerme entrar y salir por la puerta de atrás, de manera que no pase delante de todos los empleados de la editorial. Por lo general lo hago así para mantenerlo contento. Pero hoy no sé. Es como si Ediciones L'Erica me rechazara y yo sólo quisiera irme de prisa y con el menor contacto posible. Hoy me siento un cuerpo extraño que Ediciones L'Erica, la máquina que marcha al ritmo de las lógicas monetarias de Enrico, quisiera expulsar lo antes posible, como si se tratara de un moco o un cálculo renal. Esto ya me sucedió varias veces. Pero hoy más.

Así que tomo la escalera de emergencia, llego a la planta baja, abro el portón con un manotazo y por poco me convierto en homicida. Alguien a quien acabo de propinarle un golpe en el esternón grita. Comienzo a disculparme hasta que me doy cuenta de quién es ese alguien.

Mierda. De haberlo sabido, le habría puesto más ímpetu. Pero ¿se puede saber qué diablos hace Riccardo aquí, en la puerta de atrás de Ediciones L'Erica? ¿No fue ya un día lo suficientemente irritante? Es del todo cierto que las desgracias nunca vienen solas. Marchan siempre en grupo, o al menos en pareja, como las chiquillas populares de la prepa.

—¿Vani? —pregunta Riccardo, tan sorprendido como yo. *Golpeado* sería más apropiado. Sólo que en su tono no hay esa sombra de disgusto combinado con horror que seguro se oye en el mío —. Si estabas tratando de matarme, creo que casi logras el homicidio perfecto —dice recuperando la compostura—. De verdad parecería un accidente.

Sonríe. Parece que está feliz de verme. No le creo.

—Disculpa, no fue premeditado. Me despido.

Vólteo para irme y siento que me toma del brazo.

—Un café. Para compensarme.

—No.

—Estuviste con Enrico, no puede ser que no necesites beber algo. Te ofrecería un whisky, pero tal vez a esta hora es demasiado incluso para ti.

—No.

—Vamos. —Me sonrío de manera apacible, casi suplicante, y golpetea la computadora portátil que le cuelga de un hombro—. Tengo una entrevista en la sala de prensa dentro de veinte minutos. Llegué antes de tiempo y, te confieso, mi objetivo era subir por detrás, entrar a una de esas salitas que no se usan y matar el tiempo revisando mi material y escondiéndome de las empleadas.

¿Sabes?, aunque las cosas van mejorando, me sigue pareciendo una pésima idea entrar solo en lugares llenos de mujeres.

No puedo disimular una sonrisa sarcástica.

—Así que, te lo ruego, acompáñame a tomar un café. Veinte minutos. Un cuarto de hora. ¿Qué es un cuarto de hora para ti? Nada. Para mí son quince minutos más que me separan de la muerte por combustión bajo la mirada de Antonia.

Que Dios me perdone, pero se me escapa otra sonrisa sarcástica. No es una sonrisa evidente, pero casi. Antonia es la anciana secretaria de Enrico, feminista de un modo anticuado, y puedo imaginarme a la perfección a qué se refiere Riccardo.

Lo toma como un sí, se le ilumina la cara y me conduce hacia la puerta de una cafetería que está justo ahí al lado.

—Por cierto, no me lastimaste —me informa.

Qué lástima.

No pido un café. Pido un chocolate, ya que paga él.

—*Comfort food* —diagnostica Riccardo mientras mezcla su *macchiato* caliente—. Sea lo que sea que acaba de suceder con Enrico, debió de ser difícil.

Comfort food, imagínate. No existe eso por debajo de los cuarenta grados de alcohol. Bebo un largo trago de chocolate antes de responder.

Ni siquiera sé por qué debería responderle a Riccardo, pero me doy cuenta de que estoy tan molesta por la situación con Cinzia Croco que al fin y al cabo casi no me afecta el hecho de que Riccardo esté aquí, de que me trajera a una cafetería a rastras y de que, desde que está con novia y feliz, parezca tener una gran deseo de conversar. Por lo que sé, Riccardo podría muy bien estarme usando una vez más. Podría no tener ningún deseo especial de pasar tiempo conmigo, sino aprovechar la ocasión para invitarme porque le despierta una secreta satisfacción seguir siendo el caballero que no me produce rencor, y también porque mostrarse en público acompañado de mujeres —no sólo de su novia— contribuye a su rehabilitación ante sus lectoras. Es muy posible que se trate de eso. Aunque creo que sería mucho para Riccardo. Y, aun así, ni siquiera me saca de quicio como debería: gano un chocolate gratis y listo.

En efecto, lo único que me importa en este momento es que, al terminar este chocolate caliente, tendré que ir a casa, abrir de nuevo el archivo del libro de Irma y transformarlo en el libro de esa tarada de rosa. Tal vez esta es la indiferencia hacia Riccardo que deseaba la otra noche en casa de Berganza. Y tal vez tienen razón los que se despedazan un dedo para olvidarse de un dolor de dientes. Parece que el ser humano tiene espacio en su interior para un solo malestar a la vez.

En términos absolutos, no sé cuánto pueda definirse como un alivio.

—Tengo entre mis manos un libro que podría ser bellissimo. Divertido, genuino, auténtico. Y me toca destrozarlo por razones comerciales. Por lo general, no me importaría un carajo, pero esta vez, bueno, por una serie de motivos que no quiero explicar, me parece un verdadero desperdicio.

Riccardo se alborota el cabello. Qué extraño que no lo haya hecho antes.

—Sé que no puedes decir mucho, pero, por curiosidad, ¿de qué se trata? ¿Es una novela, unas memorias...?

—Un poco ambas cosas, y más... —Ah, al diablo. Tomo un sorbo de chocolate. No es como el whisky, pero mientras está caliente, el efecto es igualmente extremo—. *Cocina*. Vaya mierda. ¿Puedes creerlo? Habla de cocina. Estoy haciendo todo este lío por un libro de cocina.

Riccardo me mira con entusiasmo puro.

—Oh, Dios mío, no sabes cómo te entiendo. —Sonríe.

Bebo.

—No, en serio. —Tal vez existe una realidad paralela en la que un Riccardo sumiso y empático cierra el pico si no se le da cuerda, pero no es cosa de este mundo—. Puede que no lo creas, pero sé muy bien de qué estás hablando. Más bien, puedes creerlo porque estudié la materia mientras intentaba organizar mi defensa contra las acusaciones de machismo de las semanas pasadas. —Evita con elegancia el conflicto bélico en el que yo lo arrojé. Qué molesto. Sería mucho más simple si me odiara abiertamente y no hubiese iniciado esta pose de caballero generoso—. Para argumentar mi posición, tuve que documentarme en profundidad sobre todas las modas más recientes, no sólo literarias, sino también sociales y culturales, que parece que se siguieron entre el público femenino. Y, como es obvio, la obsesión general de estos últimos años por la comida y la cocina no se me podía escapar, ya que tuvo un efecto en las mujeres de verdad grotesco. Déjame adivinar. —Sonríe socarrón—. ¿Te pidieron que escribieras una de esas noveluchas tan ligeras como papel de seda, en la que una mujer frustrada y reprimida aprende a cocinar pasteles y de repente su vida se acomoda y se casa con el Príncipe Azul? ¿O quizás uno de esos recetarios que prometen hacer de una madre trabajadora el ama de casa perfecta, como si de lo contrario no pudiese sentirse lo suficientemente realizada? Tal vez algo sacado de un *show* de televisión, Dios mío. —Sacude la cabeza sin que su cabello se despeine—. Antes se hacían películas de libros, ahora se hacen manuales sobre los *shows* de televisión. Si un ejército de ángeles descendiera sobre la tierra para exterminar a la humanidad, no sería yo quien encabezaría la marcha de protesta.

Hundo la cara en la taza. Un enredo de restricciones contractuales me detienen pero por un instante siento el impulso de soltar la sopa, de revelar a Riccardo el estrago editorial al que estoy obligada, y que luego ambos echemos una liberadora invectiva contra similares abominaciones. No quiero hacerlo y por otro lado sí quiero.

Pero el *no quiero* gana.

—Te mostraré una cosa. —Riccardo extrae su computadora de su bolsa y la apoya en la mesita. Después de que se enciende, abre un archivo que ya se encontraba listo en el *desktop* y que tiene como sugerente título: *Ideas y pruebas*.

—Esta es una parte de los materiales que recogí durante mis búsquedas en los aspectos más discutibles de la cultura femenina de masa. Aquí está. —Pasa las páginas del documento hasta la mitad—. Esta es la introducción a uno de los libros de cocina italiana más vendidos de todos los tiempos, *El talismán de la felicidad*, de Ada Boni. Ada Boni era la directora de una revista para mujeres muy leída que tenía como nombre *Preziosa*, y en 1925 publicó este recetario por primera vez; por lo tanto, es obvio que está adaptado a la mentalidad y al contexto cultural de la época. Bueno, pues es bastante lógico que se dirija sólo a las mujeres, y en particular a las esposas, de quienes se esperaba la tarea de cocinar para la nueva familia. Mira cómo empieza:

Muchas de ustedes, señoras y señoritas, saben tocar bien el piano o cantar con una gracia exquisita; muchas tienen codiciados títulos de estudios superiores, conocen las lenguas modernas, son encantadoras literatas o delicadas pintoras, y otras más son expertas en tenis o en golf, o manejan con mano firme el volante de un lujoso automóvil. Pero, por desgracia, tras hacer un pequeño examen de conciencia, no todas podrán afirmar que saben cocinar dos huevos tibios a la perfección.

—No hay nada extraño —prosigue Riccardo— ni de malo, mientras quien diga estas cosas sea justamente la directora de una revista para mujeres de 1925. Ese tono de cierto menosprecio con el que, en concreto, está diciendo: «Sí, bueno, tal vez habrás estudiado y sabrás lenguas, serás una encantadora literata —fíjate en ese *encantadora*, como si se tratara de un gracioso accesorio— o *sabes manejar*, pero veamos si al rendir cuentas, o sea, cuando se trata de cocinar, sigues sabiendo cómo salir con la cabeza en alto». Es algo propio de la época, así es como funcionaba antes. —Me mira para ver si asiento. Sigo bebiendo—. El problema es que este libro aún existe, y aún vende. Se habla de *ochocientas mil copias*. Y las investigaciones confirman que sus ventas siguen una estacionalidad precisa, o sea, registran un pico todos los años. ¿Sabes cuándo? Al final la primavera y al principio del verano, cuando se celebra la mayor parte de las bodas. A casi cien años de distancia, *El talismán de la felicidad* aún se considera un regalo aceptable para las esposas. —Extiende los brazos—. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Cómo pueden decirse emancipadas y modernas las mujeres que no arman una revolución cuando reciben como regalo semejante libro?

Oh, Dios mío.

—Riccardo, sé que te gustaría, pero las mujeres no son tontas. Si aún aprecian un libro de recetas del siglo pasado, quizá sea por las recetas del siglo pasado. Y podría ser que a la narradora, con todas sus limitaciones culturales, la perciban como lo que es: una consecuencia de su tiempo. Buena parte de la humanidad apendió a leer hasta la Biblia sin creer que el universo se creó en siete días; con un recetario es mucho más sencillo.

Algo se enciende en las pupilas de Riccardo. Sé lo que es: el estremecimiento en los músculos del espadachín que ama su trabajo. Una cara apasionada, de «No comparto tu idea, pero daría la vida para que admitieras que la mía es mejor». Una chispa de gusto ante la posibilidad de un sabroso debate intelectual.

Carajo, lo sabía. Me dejé llevar y exageré lo ingenioso de la respuesta. Debí recordarlo, maldición: esto es lo que sucede cuando Riccardo y yo hablamos.

—Vamos, Vani. Existen mil recetarios que retoman los platos tradicionales, y también un montón de recetarios de época y de autor que no están contaminados con un marco sexista. ¿Por qué escoger justo este? ¿No te parece un síntoma de algo que aún trabaja bajo la piel, que induce a las mujeres a tolerar, a mantener vivos estos estereotipos?

Okey, me parece que puede ir un poco por ahí. Pero sólo un poco. Y, en todo caso, es obvio que no se lo diré.

Así que bebo. Sólo que, si sigo así, engullendo chocolate caliente cada vez que debo expresar un asentimiento o cada vez que tenga una respuesta brillante que oponerle, los veinte minutos de

tiempo libre de Riccardo concluirán con mi deceso por quemaduras en el tubo digestivo. No querer dar satisfacciones a Riccardo terminará por matarme.

Se apoya en el respaldo de la silla, alborotándose el cabello.

—Por supuesto, era sólo un ejemplo. Esta estúpida moda de la cocina como arte supremo atraviesa todos los medios, desde los blogs hasta las transmisiones de televisión, pasando, naturalmente, por la narrativa, o por la idolatría por ciertos chefs pomposos que hablan de la preparación de una *caponata* como si estuvieran describiendo la edificación de la Sagrada Familia. ¿Alguna vez leíste eso, alguna vez viste lo que se encuentra en la tele, en internet?

Si tú supieras, Riccardo. Ciertos pastelillos conceptuales.

Se encoge de hombros y me sonrío.

—Todo esto era sólo para demostrarte que estoy al pendiente, no alardeaba, y que si sientes un sano disgusto por todo esto mientras te parece que a tu alrededor todo el mundo lo adora, pues me temo que encontraste a la persona indicada con quien hablar.

También yo lo temo. Y cuando digo que lo temo, quiero decir exactamente que me da miedo. Debe de ser el karma. Debí hacer algo en mi vida anterior. En esta lo dudo, porque estadísticamente pasé demasiadas horas encerrada en mi casa frente a la computadora como para hacer algo digno de tal expiación, pero es evidente que las leyes de la venganza están buscando que empate un balance muy negativo, porque no es posible que me encuentre de nuevo mostrándome solidaria con Riccardo mientras que una parte de mí lo quiere sangrando bajo mis golpes de *krav maga*, apenas me los enseñen.

—Como último análisis, pienso que todo este farfulleo sobre cocina es un terrible índice de flojera, ¿sabes? —concluye mi exnovio, inclinándose hacia mí sobre la mesita.

Y así, me ofrece un *close up* de su bello rostro, animado por una maliciosa complicidad.

Sí, es evidente que en mi última vida era yo un asesino serial que en su tiempo libre diseccionaba cachorros.

—Piénsalo: cocinar es algo que hacen casi todos. Una o dos veces al día, para mantenerse a flote a sí mismos y a su familia. Miras un documental sobre la arquitectura de Palladio, sobre los cuadros de Caravaggio, sobre las misiones del *Shuttle*, sobre los descubrimientos de Marie Curie... Todo eso es bellissimo, pero complicado, como si se tratara de una especie de magia; ellos lo hicieron, pero tú no sabrías ni siquiera por dónde comenzar. En cambio, cuando un chef te muestra cómo hace su platillo, lo entiendes. Tienes los recursos básicos para reconocer los gestos, decodificar el lenguaje, soñar al menos con igualar al artista. Porque eso es lo que te dicen: que él es un artista y un genio, como Caravaggio o Marie Curie, sólo que a él puedes acercarte, puedes verte en sus zapatos. —Abre los brazos con teatralidad. Dios, qué bien se le ocurren estas cosas —. No importa el hecho de que tú seas o no una *encantadora literata*, o una *delicada pintora* o música; que el arte, el de verdad, no te diga nada porque nunca te interesó estudiarlo; no importa que tu vida intelectual y cultural sea tan profunda como una hoja de papel. Te dicen que para sentirte un artista basta con cocinar. O sea, afinar un poquito las mismas habilidades que ya pones en práctica dos veces al día para sobrevivir. ¿Qué puede haber más reconfortante y menos desafiante?

Lo miro. Me mira. Está visiblemente satisfecho con su discurso. Se encuentra segurísimo de

que, en mi interior, no puedo más que estar de acuerdo con él en los puntos y las comas. La cuestión es que no quiero. Porque instintivamente seguro que lo haría. Imagínate. Riccardo me acaba de ofrecer, en bandeja de plata, unos espléndidos argumentos para sostener el odio que siento hacia el mundo de Cinzia Croco. Todas las células de mi cuerpo gritan por un instante que me una a la inventiva como soprano o tenor en un dueto de ópera.

La única diferencia es que vi cómo sucede todo esto, Riccardo y yo hablando al unísono —o terminándonos las frases mutuamente— sobre libros e ideas, y sobre lo más elevado que puede unir a dos mentes elegidas, dos seres humanos que se sienten sobre el pedestal del mundo debido a una superioridad intelectual afin. Pero yo ya leí este libro, y no tengo intención de leerlo de nuevo. Porque, como ya dije, sé que termina de la mierda.

—Dos cosas —intervengo.

Hago una pausa. Termino de beber, porque después de todo, el chocolate caliente no está nada mal. Riccardo espera con curiosidad.

—Antes que nada, nunca vuelvas a usar el «tú». «Al cocinero puedes acercarte», «En él te reflejas»... Lo sé: era un «tú» impersonal, pero de todos modos no lo uses. Porque, sinceramente, yo no me veo reflejada en un cocinero. No pretendo que te acuerdes de eso, pero soy el tipo de persona para la cual incluso hacer un pan tostado es una fuente de incertidumbre y suspenso.

Riccardo ríe. Ríete, ríete. Y baja la guardia.

—Y segundo: Simenon. —Bebo de nuevo. Aún quedaba una gota en el fondo—. Maigret vive en París, es fan de la cocina de su mujer y un frecuentador de bistrós. —Agradezco mentalmente a Berganza que me lo recordara (ya es evidente que Berganza es mi *deus ex machina* cuando se trata de acabar con Riccardo)—. Rex Stout: Nero Wolfe es un *snob* misántropo y un estudioso de la cocina y no hace nada por esconderlo. Manuel Vázquez Montalbán: Pepe Carvalho quema los libros, ve a una puta y venera la comida. ¿Te parecen personajes con los que una mujercita frustrada pueda identificarse, según tu definición? —A Riccardo se le escapa un fruncimiento de cejas. Espera que yo no lo haya notado—. Y si estás por objetar que se trata de otros géneros, otras raíces, otro público: *El festín de Babette*. —Esta, en cambio, se me salió; fue por completo harina de mi costal y, señores, es el ejemplo más perfecto que pudo venir en mi ayuda. Gracias, neuronas. Agradezco que también sirvan ustedes de vez en cuando—. Es la historia de una mujer que se reencuentra consigo misma y con su papel en sociedad gracias a su arte en la cocina. Dime si no encaja a la perfección con lo que apenas describiste... Y, aun así, se trata de una obra maestra y nunca, nunca, por nada en el mundo, podrías definirlo a partir de un formato de bobas amas de casa. Lo que quiero decir es que no se interesan por la cocina sólo criaturas inferiores que recurren a ella porque no son capaces de apreciar nada más elevado. De nuevo estás generalizando en exceso, y la última vez que generalizaste en exceso me divertí mucho observando a diez millones de mujeres haciéndotelo pagar, así que te aconsejo por tu bienestar que no caigas en eso de nuevo.

No puedo creer que me metiera en una apasionada defensa de la cocina con tal de decirle a Riccardo que está equivocado y, sobre todo, con tal de hacerle creer de verdad lo que estoy diciendo. Hasta hace un par de días, si alguien me hubiera pronosticado esta defensa, primero me habría reído y luego lo habría agarrado a botellazos de cerveza oscura para vengar semejante

ofensa.

—Por supuesto —agrego—, si por el contrario se te salieran en público todas estas ideas tuyas sobre la cocina y te arriesgaras de nuevo a un linchamiento, ya sabes que siempre puedes voltear la *frittata* aprovechándote de mis argumentos. La primera vez te funcionó muy bien. —Me levanto—. Y con esto, adiós, porque tienes una entrevista y un chocolate que pagar.

Riccardo me mira, y sabiamente no responde, mientras me abrocho el abrigo y salgo de la cafetería.

No es lo mismo que pegarle, pero por hoy puedo contentarme.

14

En qué tipo de novela policíaca estamos

—Y aquí es donde Armando escondía sus pequeños ahorros, en la lata del café. Así es, puede que no lo crea pero es la verdad. Incluso después de comenzar a ganar millones, siempre tuvo un lado campesino y se sentía más seguro si sabía que tenía un rollo de billetes en una lata. Nunca se sabe, decía.

—Apuesto a que usted se mofaba de él.

—Muchísimo. Le decía que yo le iba a robar el dinero de la lata, así al menos su ansiedad tendría sentido. Como esas mujeres que le ponen el cuerno a su marido celoso sólo para que parezca menos tonto. Él se reía. ¿Cómo sabía que me burlaba de él?

—Es lo que yo habría hecho.

Estamos en la cocina de nuevo e Irma me está revelando los secretos —por desgracia, del todo inocentes— de la habitación en cuestión. Otra vez. Y Delia hace un contrapunto preguntándome si quiero té o café, otra vez. Pienso «Whisky» y me pregunto cómo diablos le hace esta mujer de pómulos antigravedad para mezclar incluso el azúcar con la gracia de quien pinta una acuarela. Otra vez. En fin, las mismas cosas. Y eso significa: no hay ningún cambio. No descubro nada asombroso que haga avanzar el caso de Irma.

Eso no está bien.

Tengo que admitirlo: existencialmente se trata de un periodo horrible para mí. Por lo que respecta a la investigación, no logro sacar ni una condenada araña de un maldito agujero. En lo personal, mi épica venganza contra Riccardo resultó ser un fracaso, lo cual me enfurece, y me enfurece que me enfurezca —como ya le confesé al comisario—, así que en todo este lío ni siquiera puedo gozar de una pequeña satisfacción como la de ayer en la cafetería sin sentirme ridícula. Avergonzarme de la estrechez de mis deseos parece que se convirtió en mi nuevo pasatiempo. Respecto del libro, tengo que darme por vencida. Por ejemplo, hoy recabé otra media docena de recetas para analizarlas con Berganza, con la misma cantidad de anécdotas respetables, pero ahora deberé ponerme metódicamente a hacerlas más aburridas, empalagosas y sin fuerza para adecuarlas al estilo de Cinzia el Hada Rosa, lo cual me hace sentir peor que si hubiera cometido un asesinato. Estoy de la mierda. Tengo que comenzar con el *krav maga*; así, al menos podré desfogarme golpeando a alguien dentro de los límites de la legalidad. Dicen que eso funciona.

Me voy de la casa de los Giay Marin manejando a paso de tortuga para no patinar en la tierra

helada, y sin dejar de intentar metabolizar esta desagradable sensación de impotencia, cuando mi vista cae sobre la figura del jardinero. Aún está allí. Cada vez que llego, veo su silueta contrastando con el cielo plateado, y cada vez que salgo vuelvo a verla. ¿Será posible que ese pobrecillo pase todo el día afuera, con este frío, como si fuera un árbol más? Tal vez se trata de una señal divina para que recuerde que debo dejar de quejarme. En el fondo, mis dos trabajos no están tan mal en comparación con la vida que debe de tener ese tipo. Y a juzgar por su caminar lento y cojo, y por su espalda encorvada, ese desgraciado debe de ser un viejo. Así que sin duda yo no puedo...

Ey. Espera un momento.

Me detengo en mitad del camino, me bajo del automóvil y lo dejé ahí, bloqueando el paso. Oh, ¿a quién le importa? Si llega alguien, oiré un claxon. Me dirijo hacia la figura del hombre, que se aleja.

—Oiga, ¡discúlpeme! ¡Sólo es un momento!

El jardinero gira y se detiene en donde está para observarme mientras corro.

—Buenos días —saludo cuando estoy lo suficientemente cerca—. Usted es viej... Quiero decir: usted me parece un trabajador lleno de experiencia. ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo hace que presta sus servicios en esta casa?

—¿Y quién se acuerda? Hará unos cincuenta años.

Es un abuelito menudo pero musculoso, un seco manojito de nervios, como también se intuye bajo la chamarra acolchada. Tiene unos bigotes que se asoman debajo de su nariz abultada, y los ojos semicerrados por un abanico de arrugas.

—Entonces usted ya estaba aquí en los tiempos de Armando Giay Marin, cuando sus dos hijos, Aldo y Adriano, aprendían a dirigir la empresa, y también cuando...

—Cuando ese necio colgó los tenis —concluye.

Lo miro.

—Cuando Adriano murió —traduce el abuelito al estilo saboyano.

Por lo que puedo observar, la vieja generación de criados de los Giay Marin está compuesta por gente que le llama al pan, pan, y al vino, vino.

—Ya se lo preguntaron muchas veces, ¿verdad? —comento. Y, tendiéndole la mano, agrego—: Por cierto, soy Vani Sarca y estoy escribiendo un libro.

—Parece nombre de perro. —Esta historia debe terminar—. Yo soy Domenico Pautasso, pero todos me llaman Mecu. Un libro, qué bonito. —Mecu. Si la memoria no me falla, creo que tengo delante al jardinero del que Irma me habló mal la primerísima vez que la escuché abrir la boca.

—Conoce a Irma Envrin, me imagino.

Pautasso se encoge de hombros.

—Cómo no. Prácticamente envejecimos juntos trabajando aquí.

Perfecto. Ahora no desperdiciés la ocasión, Vani. Trata de hacer las preguntas adecuadas.

—Irma era muy unida a los jóvenes Giay Marin, ¿verdad?

Quién sabe si por el modo en el que planteé la pregunta, me estoy arriesgando a influir en su respuesta.

Pautasso no parece tener nada que objetar, incluso le sale una breve risa de burla.

—¡Faltaría más! ¡Para ellos era una madre, más que su propia mamá! Y no sólo para ellos, ¿sabe?

Hace algo que, si todas esas arrugas no hicieran que pareciera un movimiento de armónica, podría ser un guiño malicioso.

Arrugo la frente.

—¿Qué quiere decir? ¿También era como una mamá para alguien más?

—¡Una mamá no! ¡Una esposa! Quiero decir que no sólo los muchachos Giay Marin tenían a Irma en más consideración que a su propia mamá, sino... ¡también el señor Giay Marin!

—¿El señor Armando? ¿Me está diciendo que Irma Envrin y el señor Armando tenían una relación?

Pautasso esboza una sonrisita. La piel de las mejillas se le arruga por completo.

En el fondo de mi cabeza, Miss Marple se estira por fin y comienza a despertarse.

Buenos días, ¿eh?

—Usted tiene que entender que eran los sesenta —me dice Mecu. Nos pusimos a caminar alrededor de la casa para mantenernos calientes y seguir platicando. Parece que aprecia el hecho de que yo le siga el paso; es mérito de mis botas. Si quieres que un jardinero se abra contigo, debes tener unas buenas suelas—. No existían las diabluras de ahora. Esas cosas electrónicas que se mandan ustedes los jóvenes. Antes existía el papel: se escribía, se cerraba el sobre, se mandaba. Todo era lento. También los viajes eran lentos. No sé, pero parece que hoy la gente también viaja con la computadora, todos viajan. El tren es superveloz, los aviones se usan para ir de aquí para allá, uno puede ir a Sicilia y regresar en un día. Podía suceder que el señor Giay Marin, quiero decir, Armando, estuviese afuera durante meses. Iba a preparar el desfile, o qué sé yo; se iba y estaba afuera semanas. O su esposa iba con él, por ejemplo, a Francia, donde tenían una casa, y se iba antes que él para hacer limpieza, acomodar y podar las plantas, etcétera, y entonces pasaban varias semanas separados. Ese tipo de cosas era lo normal. En fin, Envrin tenía..., qué sé yo, poco más de treinta años. Yo era un niño, ¿eh? Ella también llegó aquí siendo una niña, pero cuando llegué ya era una mujer, y hermosa, no hay nada más que decir. Y, en fin, con este tema de los viajes con frecuencia Armando estaba sin su mujer. Y cuando no estaba su mujer, estaba la cocinera.

—Pero... ¿era oficial? O sea, ¿todos los que estaban a su alrededor sabían que Armando e Irma...?

—No, no, no era nada oficial. —Mecu se encoge de hombros—. No es que se dejaran ver juntos, ¿eh? Porque además la mujer de Armando era bella, bellísima, incluso más que la cocinera, si me pregunta. Armando no era tan idiota como para que lo abandonara, ya que luego tendría que pagarle una pensión. —Corta un ramito mientras pasamos junto a un arbusto. Para él caminar en el jardín debe de ser como para mí hojear libros al azar en una biblioteca: el ojo reconoce cualquier errata—. Pero, bueno, siempre se estaban riendo y bromeando, él le tomaba fotos... La recámara de Envrin estaba al lado de la cocina. O eso decían, porque yo nunca fui hasta allá. Aunque, en fin, ya sabemos cómo está distribuida la casa, también la habrá visto usted: como la recámara estaba al lado de la cocina, también quedaba junto a las escaleras, y si en la

noche subía e iba a la recámara del señor, nadie la oía.

—Eran los años sesenta —repito. Hay algo en este comentario que me jala de la manga del abrigo para que yo le preste atención. Ah, ¡pues claro!—. Los dos hijos de Armando nacieron en los años sesenta, por lo que estamos hablando de los años en los que Aldo y Adriano eran muy pequeños. ¿Me está diciendo que toda esta relación entre Armando e Irma tenía lugar justo bajo la nariz de Judy, que acababa de ser mamá de los hijos de Armando?

—Cuando acababa de ser mamá de Adriano —puntualiza el jardinero. De golpe se agacha a recoger una piedra irregular que estropeaba el aspecto del camellón, la lanza hacia una mancha de arbustos y se levanta de nuevo con la misma velocidad con la que se agachó. Este hombre tiene mejores articulaciones que yo. Apuesto que además sabe caer bien—. Cuando Adriano era un recién nacido, como es natural, Armando era muy dulce, ya sabe lo que ocurre: pasaba mucho tiempo con su mujer y el niño, hacía que les tomaran fotos, se las tomaba él y todo eso. Luego el niño comenzó a crecer y la mujer quería tener otro bebé rápido, lo antes posible.

—Aldo tiene dos años y pico menos que Adriano —digo.

—Estaba muy feliz cuando quedó embarazada por segunda vez —dice Mecu—. Es decir, aunque nadie se acuerde demasiado. Fue a los Estados Unidos a pasar prácticamente todo su embarazo, creo que para que su madre la ayudara. Aquí, a Turín, regresó hasta después de que el niño nació.

Arrugo la frente.

—Entonces, durante el embarazo de Aldo, Armando tuvo mucho tiempo para estar a solas con Irma.

Mecu voltea y me lanza una sonrisita pícaro desde su metro cuadrado de piel y arrugas.

—Y, sin embargo, le salió todo mal, ¡pobre! Justo cuando su mujer se fue a los Estados Unidos, también Irma tuvo que tomar unas vacaciones durante algunos meses para regresar a la casa de su madre, ya que se enfermó o algo así. Estaba en un pueblito afuera de Asti, si no me equivoco... Regresó meses y meses después, incluso después de que regresó la señora Giay Marin. Me acuerdo muy bien porque en esa época pensé que a aquellos dos les iba muy bien.

Mecu sonrío durante mucho tiempo con satisfacción, pero no me doy cuenta porque estoy demasiado ocupada observando el rompecabezas que se armó debajo de mis narices.

—¿Está todo bien? ¿Se está congelando? Mueva los pies —me indica el jardinero.

—No, o sea sí. Está todo bien, no estoy paralizada de frío, sólo es que me vino algo a la mente. —Le tomo una mano y se la estrecho como despedida—. Fue un verdadero placer hablar con usted, señor Pautasso. Y ahora debe perdonarme, pero tengo que correr para hacer una llamada urgente.

Correr, un carajo. Con mis botas ni siquiera puedo caminar a la velocidad que quisiera. Llego al coche después de una era glacial, o sea, más o menos después de los diez minutos que pasé patinando, tambaleándome y derrapando en el hielo. Ah, pero si el General Invierno piensa sabotear así el ímpetu con el que estoy por llamar a Berganza, se equivoca. Puedes joder a Napoleón y a Hitler, pero se necesita mucho más contra Vani Sarca, que acaba de tener una revelación que esperaba con ansiedad desde hace días.

Entro al coche y tomo mi celular antes de encender la calefacción.

Suena ocupado. Maldigo y cuelgo. Un instante después mi teléfono suena. Miro la pantalla: es el comisario. Estaba ocupado porque intentaba llamarme.

—Primero usted —comienzo.

—Ah, no, si lo plantea así, quiere decir que tiene algo grande. Adelante, Sarca, primero usted.

—Diablos, usted llamó, así que también tiene novedades, ¿no? Primero usted. —No quiero adelantar la exclusiva del siglo.

—Sarca, se acuerda que en teoría es mi subalterna, ¿verdad?

Me dice un par de cosas más que van en esa línea.

—Logré tener un encuentro en la cárcel con Aldo Giay Marin. —Al final Berganza se da por vencido. Un momento. Esto es verdaderamente interesante. Okey. La exclusiva puede esperar. Tratemos de concentrarnos en las noticias del comisario por un momento. Después de todo, dicen que la espera prolonga el placer.

—¿Fue a la cárcel de las Vallette? ¿A hablar con él?

—No, sólo quería volver a admirar la calidad arquitectónica del complejo —bromea—. Acabo de regresar. Aldo Giay Marin adelgazó, trabaja en el laboratorio de artesanías de la cárcel dos veces a la semana y ni siquiera se imaginaba por qué estaba yo allí. Le expliqué que podría existir la posibilidad de que su situación fuera revisada sin siquiera nombrar a Irma Envrin, por supuesto, para no condicionarlo...

—Con usted, el abogado Martucci no tendría futuro.

—Pero la respuesta que me dio, Sarca, fue la más cándida y desarmante del mundo. —Articula bien las palabras, lo que en idioma berganziano significa que está profundamente asombrado—. Aldo Giay Marin no manifestó el más mínimo interés. Cerró los ojos, se rio y me contestó: «Pero, comisario, no hay nada que revisar. Sea lo que sea lo que hayan encontrado, les invito con fervor a que no le den importancia porque no existe nada en el mundo que pueda cambiar mi situación. ¿Sabe?, yo maté a mi hermano y eso es todo».

Trato de imaginarme la escena. Un recluso de más de cincuenta años rechaza sin la más mínima duda, sin la más mínima curiosidad, la posibilidad de cambiar su situación.

Ah, maldita vida en primera persona, el no poder atestiguar con tus propios ojos las cosas que suceden a menos que estés presente. Eso, en cambio, puede suceder en los libros. Cuánto habría querido estar allí, tener delante esa expresión cándida descrita por Berganza. Desde que inició esta aventura, creo que daría cualquier cosa por satisfacer mi curiosidad por conocer a Aldo Giay Marin, esa especie de asceta que no se entiende si es un monje irreprochable, abocado al martirio, o un frío robot. Escrutarlo desde el interior hasta el cráneo, pasando por su expresión facial, su gestualidad, su voz, para hacerme una idea y entender si es el tipo de persona que mataría a su hermano o, más bien, el que se dejaría meter en la cárcel por voluntad propia aunque sea inocente... Cómo me corroe que no pudiera acompañar a Berganza.

Pero no siempre se puede tener todo lo que se quiere, como dicen los Rolling Stones. Sólo en un libro, precisamente, se viven escenas en las que otros son los protagonistas. En nuestra existencia normal y limitada, en primera persona, a veces debes contentarte con los resúmenes de un comisario lacónico.

—Entiende, ¿Sarca? —prosigue Berganza, y yo retomo el tema de inmediato—. Cualquiera otro habría querido escucharme, aunque fuera por curiosidad o tal vez para tratar de entender qué ventaja podría sacar de la situación. Aldo, en cambio, se negó de inmediato, de manera categórica, a ser absuelto de ninguna manera. ¿Qué significa eso según usted?

—Que sabe bien lo que podría salir a la luz para exonerarlo, y está cubriendo a Envrin —sentencio yo.

El comisario hace una pausa. Larga.

—Exacto, justo eso. Sólo que yo necesité un poco de reflexión para llegar a esa conclusión y, en cambio, usted llegó muy rápido. Sarca, ¿qué sabe que yo no sé?

—¿No podría deberse a que soy superinteligente? —pregunto—. Okey, okey, antes de que insinúe que estoy molesta o algo por el estilo, oiga esto.

—Dispense —dice Berganza haciéndose el gracioso.

Le cuento mi diálogo con Pautasso Domenico, a quien le dicen Mecu.

—No puede ser —exclama el comisario. No necesita que le explique nada más, porque enseguida llega a las mismas conclusiones que yo.

—Ya entiendo. Aldo podría ser hijo de Irma.

Hacemos una pausa para sopesar la enormidad de nuestra deducción, que es de veras gigante. Quiero decir: un *intercambio de maternidad*. Cosas de ese tipo no suceden en la realidad que yo conozco. Claro, si estuviésemos en un folletín del siglo XIX, no tendría nada de extraño. E incluso si estuviésemos en una novela policiaca de mitad del siglo XX, el detective se limitaría a mascullar: «Líos de ricos que no saben guardar su equipo en los pantalones», e iría a ahogar su propia desilusión en un vaso de *bourbon* corriente en un bar de la periferia, pensando que hay gente que intercambia recién nacidos como si fueran estampitas mientras que él ni siquiera puede invitar a cenar a la procaz mesera que siempre está triste y se peina al estilo de Veronica Lake. Tal vez funcionaría si estuviéramos en una novela policiaca moderna, pero de esas surrealistas y caricaturescas, a la Adamsberg o Malaussène: una de esas en donde todo vale, incluida la exageración, la hipérbole, las explosiones demasiado grandes, sin ningún vínculo de verosimilitud. O, tal vez, si fuera un *thriller* estadounidense: aunque en ese caso un intercambio de maternidad sería lo menos preocupante, y deberíamos esperarnos un complot en las altas esferas militares, un experimento que termina muy mal en los laboratorios de una multinacional farmacéutica y la ayuda providencial de un periodista de moda, aparte de que yo sería muy alta, tendría el cabello largo y Berganza tendría treinta y seis años, los ojos verdes, y en cierto momento de la historia terminaríamos en la cama.

Pero ¿en qué tipo de novela policiaca estamos?

Este es el instante en el que me serviría una típica máxima *a la Berganza*, como esas sobre criminales que siempre son más ordinarios de lo que uno cree. Algo como: «Sarca, le revelaré un secreto. De vez en cuando la realidad supera a la fantasía. Es necesario estar preparado para aceptar incluso las hipótesis más clamorosas porque, por más raras que sean, un porcentaje de probabilidad del 0.1 siempre es mayor que cero». Una máxima de ese tipo, expresada con la debida convicción, haría que las circunstancias resultaran menos desconcertantes. Nos permitiría

continuar con nuestra investigación sin titubear. Lástima que Berganza parezca tan sorprendido como yo. Precisamente porque sabemos que él piensa lo opuesto a mí: fuera de los libros, la realidad es por lo general banal e innegable, y cosas como esta no suceden.

Excepto cuando suceden. Como ahora.

—Y así al menos entenderemos por qué esos dos chiflados compiten para ver quién tiene la culpa.

—Sabén que son madre e hijo, y se cubren las espaldas el uno al otro.

Por lo que parece no sólo les ocurre a Riccardo y Sonia, también el comisario y yo hablamos como Morty y Ferdie Fieldmouse cuando estamos en fase de investigación.

—Según usted, ¿cómo le habrá hecho Armando Giay Marin para convencer a Judy de hacer pasar al niño como hijo suyo?

Me encojo de hombros.

—Pues por lo que me dijo Pautasso: Judy deseaba muchísimo un segundo hijo, pero tenía dificultades para concebirlo. En un momento dado, supo que su marido embarazó a la sirvienta, y decidió no desatar un escándalo, sino aprovechar la oportunidad de presentar al recién nacido como si fuera suyo. Irma, por otro lado, pudo aceptar la oferta para no arruinar la vida de Armando y porque de ese modo, en resumidas cuentas, el niño se convertiría en el heredero de una de las fortunas de la época, en vez de ser un desgraciado «hijo de la culpa». Además, Irma podría estar cerca de él y verlo crecer.

—Una elección atormentada, impresionante, pero en cierto sentido posible. Y también puede resistir un examen lógico.

—Sí, así es. Si Judy se fue a los Estados Unidos para fingir que llevaba a término el embarazo e Irma dio a luz en la casa de sus propios padres, en un pueblito perdido en la provincia de Asti, no es inverosímil que el registro civil fuera engañado con facilidad.

Pausa.

—No —suspira Berganza—. No es imposible. Pero, en fin..., ¿una madre que espera más de cinco años para autoinculparse del delito de su hijo? ¿Le parece natural?

Ah, claro. El célebre tema del amor de madre.

—Con toda honestidad, comisario, no creo que deba preguntarme a mí qué considero natural cuando se trata de relaciones con los padres. En el fondo..., ¿cómo vamos a saberlo? Tal vez Aldo de verdad quería ir a la cárcel *con todas sus fuerzas*, y aunque su madre se habría culpado con gusto, él se lo impidió. O tal vez sí fue Aldo quien mató a Adriano, e Irma no se autoinculpó de inmediato porque sabía que el engaño no funcionaría, pero ahora está intentándolo porque es el último intento de una vieja señora despistada que no tiene nada que perder. Repito: ¿cómo vamos a saberlo? Y sobre todo yo...

Otra pausa. El comisario suspira de nuevo.

—Qué situación tan surreal. Y yo que siempre pensé que sólo en los libros el crimen no era aburrido.

—¿Y esto no lo pone contento?

—¿Sinceramente? Un poquito.

Ambos esbozamos una breve risita amarga.

—Bueno, Sarca. Hasta ahora sólo fue a cazar palabras. ¿Ahora qué le parecería agregar algo más? Cabellos, cucharitas usadas, pañuelos sucios y cualquier otra cosa que pueda proporcionarnos un poco del ADN de Irma Envrin. Si acaso, pídale ayuda a Delia, será más fácil.

—¿Podemos confiar en involucrarla hasta ese punto?

—Como si no lo hubiésemos hecho ya. —Tiene razón—. En cualquier caso, en el momento del homicidio Delia estaba en Camarga, por lo que no es sospechosa de nada.

—¿Y si ella le hubiese encargado el asesinato a Aldo? Es decir, hay que pensar en todo, ya que se están planteando hipótesis asombrosas...

—¿El móvil?

—¿Librarse de Adriano y de Aldo, y quedarse con la empresa?

—Y, entonces, ¿por qué dejó a cargo a su primo americano sin vacilar al menos un poco?

—Entonces sólo lo hizo para librarse de su infiel marido.

—Le habría bastado con divorciarse y arrancarle las pelotas sacándole una altísima pensión.

—O tal vez...

Berganza se ríe.

—Sarca, ¿no será que trata de culpabilizar a Delia desesperadamente sólo porque no puede creer que quizás encontró una amiga entre esos ricachones a los que odia tanto? —Ups, *touché*—. Acepte el hecho de que alguna vez puede confiar en alguien. Y que todo puede salir bien. — Parece de excelente humor—. Mire qué maravillosa y succulenta pista se nos abrió hoy. Goce la vida, Sarca. No siempre es peligrosa. A veces existen imprevistos, y estos pueden ser agradables. Se lo dice un viejo policía que no puede creer que tenga algo real ante lo cual asombrarse.

Lo escucho sonreír del otro lado del teléfono. Eso me hace sonreír un poco a mí.

—Pero, comisario, ¿se puede hacer un análisis de ADN para una investigación no oficial?

—Si lo paga, cualquiera puede hacer un análisis de ADN.

—Entendido. Cargaré el gasto a nombre de Enrico.

—¿Ve cómo es bueno que tenga dos trabajos? —concluye Berganza.

15

El oro del pasado

Tan pronto llego a casa, destapo una cerveza oscura y enciendo la computadora. Quisiera un sorbo de Bruichladdich, pero es demasiado temprano. O sea, no es que importe. Ni siquiera hay nadie vigilándome. Pero debo trabajar, tengo una montaña de grabaciones que transcribir y poner en orden, la exclusiva de hoy sigue dándome vueltas en *heavy rotation* por la cabeza y ya me distrae demasiado. En fin, tal vez es mejor que el whisky ahumado espere para entrar en escena hasta después de que ponga en mi estómago algo similar a una cena.

Pero ¿quién diablos quiere una cena?

Y, sobre todo, ¿quién tiene una cena? Mierda. Recuerdo que últimamente compro despensa sólo para cocinar con Berganza, así que mi refri se vació como la cuenta de banco de un bígamo.

Será mejor que trabaje. Me siento frente a mi PC y abro el documento *Bocados y sobras*. Luego busco el audio en el celular y comienzo a correr con los dedos sobre el teclado.

PAVO RELLENO DE AVELLANAS DE PIAMONTE

Ingredientes para 10 personas:

1 pavo pequeño [¿Qué quiere decir pequeño? ¿Cuántos kg? Preguntarle a Berganza]

200 gr tocino [¿De qué tipo? ¿Cortado cómo? ¿A cuadros, tiras? ¿Tiene importancia? Preguntar a Berganza]

350 gr salchicha dulce [¿¿Existen diferentes tipos de salchicha?!?! Preguntarle a Berganza]

Brandy [¿CUÁNTO?]

300 gr avellanas piamontesas picadas [avellanas típicas piamontesas = internet dice que la variedad se llama «redonda gentil». Preguntarle a Berganza x seguridad. ¿Qué maldita diferencia habrá con las otras avellanas?]

Un poco menos de castañas hervidas [¿¿¿un poco menos??? ¿Y cómo se hierven las castañas? ¿Es eso de hacerles un corte para que no exploten? Preguntar a B.]

1 huevo

50 gr migas de pan

leche

mantequilla

50 gr queso rallado [¿qué queso? ¿Todos los quesos se pueden rallar? Preg. B.]

1 cebolla [¿¿chalote?? P.B.]

[INSERTAR AQUÍ LA PREPARACIÓN —PRIMERA PARTE ALREDEDOR DEL MIN. 57,

SEGUNDA PARA COMPLETAR CON B.]

Cuando Judy, que era estadounidense, llegó a la familia, Armando decidió que en su honor comenzaríamos a festejar el día de Acción de Gracias. Ese día se come pavo relleno; yo nunca lo había cocinado, pero parecía fácil. Vengo de una familia campesina de la campiña de Asti, y allí tenemos unas avellanas que son famosas en toda Italia, por lo que de inmediato decido que, aunque en el pavo suelen ponerse castañas, también las avellanas podrían funcionar bien. El problema es conseguir un buen pavo, así que a Armando se le ocurre: «¿Por qué no tenemos un gallinero?». Como yo soy campesina y él de orígenes campesinos, la idea nos parece estupenda además de divertida. Así que en una esquina del jardín, detrás de la casa porque obviamente no se les puede arruinar la vista de la fachada a los visitantes que vengan, hacemos que el jardinero construya una casita de madera para los pollos. ¡Y los maravillosos pollos comienzan a crecer! Armando les da de comer personalmente, y cuando está demasiado ocupado, lo hacemos Judy y yo. Las otras criadas no, porque después de algún tiempo los pollos sólo nos reconocen a nosotros tres y comen con más gusto si nosotros los alimentamos. Tenemos gallinitas, un gallito, una gallina de Guinea y, por supuesto, un pavo. Un día llega un grupo de personas de la empresa Annabella para hacer un reportaje sobre Armando, y tan pronto ven a los pollos enloquecen como si se encontraran delante de los diablos del infierno. «¿Cómo es posible que un diseñador de fama internacional tenga gallinas en el patio! ¡No puede ser!», le dice la reportera, que, aún lo recuerdo, se parecía a Franca Valeri...

No quiero ni pensar que deberé tomar esta carne de primera calidad y embadurnarla de caramelo y lagrimitas. Casi me da gusto que suene el teléfono.

—Vani. —Es Enrico. Ya no me hace ninguna gracia.

—Enrico.

—¿Te molesto?

—¿Desde cuándo te importa eso? ¿Aún está ahí Cinzia, ya que estás tan amable?

Ese fue un lamento sumiso de esos que acompañan a una mueca sarcástica.

—Okey, voy al grano. ¿Te acuerdas de que Cinzia quería que nos volviéramos a ver el viernes para una segunda revisión?

—Esperaba que lo hubieras olvidado.

—¿En mi oficina con la USB a las diez?

—Once.

—No puedo, tengo otra cita a las once.

—Pero yo sólo puedo a las once. —No hay absolutamente nada que me impida estar en la editorial a las diez, pero no es necesario que Enrico lo sepa.

Resopla. Oigo una pluma que raya un Post-it. Debe de estar anotándole a Antonia que le cambie la junta de las once. Ja, ja, ja.

—¿Podrías entrar por la parte de atrás?

—No pienso hacerlo.

—Vani, te acuerdas que soy yo quien te paga, ¿verdad?

—Claro. Y tú recuerdas cuánto, ¿verdad?

Enrico calla. Apuesto a que está visualizando el párrafo del contrato en el que se menciona mi aumento. Si me quedo muy callada y aguzo el oído, puedo escuchar el ruido de su hígado, que se hincha y choca con sus otros órganos internos.

—Entonces el viernes a las once. Adiós, Enrico. —Le cuelgo. Para mí, hacer enfurecer a Enrico es siempre una inyección de oxitocina.

Vuelvo a mi transcripción. Releo el último pedazo y vuelvo a pensar en Irma Envrin, en cómo debía de ser a los treinta años la viejecita arrugada con la que hablé todo el día. Hoy es tan parecida a mí, sarcástica, seca y aislada de todo y de todos, excepto de sus recuerdos..., que, por cierto, ¿quién sabe cuántos conserva aún? ¿Y antes? ¿Es posible que fuera una atractiva, desenvuelta y atrevida robacorazones?

Me hace pensar en muchas cosas. Se puede iniciar bien la vida, y luego convertirse en Vani Sarca tras una degeneración progresiva.

Fotos. Debo ver algunas fotos de Irma y de Armando en la misma época. Tengo la excusa perfecta: Enrico las necesita para ilustrar el libro. En realidad, ya sé como era Armando Giay Marin, porque vi muchas imágenes tuyas: no muy alto pero bien plantado, con tendencia a engordar pero capaz de disimularlo (¿y quién mejor que un sastre de fama internacional para eso?); con la sombra de un bigote cuidado y una nariz más redonda que la de sus hijos y que, de hecho, le da un aire mucho más simpático. Qué chistoso, nos encontramos en una de esas rarísimas ocasiones históricas en las que el padre es innegable y la madre no, pero es a él a quien no se parecen los hijos en absoluto.

También será necesario que reúna más información sobre Judy. Cedo a la tentación, abandono por un momento la transcripción y me pongo a buscar en Google. ¿Qué es lo que sé? Que era una modelo, hermosa como el sol en una clara mañana de verano, como diría Cinzia la Odiosa en Rosa (será mejor que mis manos se mantengan ocupadas con otra cosa). Morena y con los ojos claros, lo que no nos ayuda para nada, a nivel de deducciones genéticas, ya que Irma también responde a esas mismas características. Aldo tiene los ojos claros, pero los pudo sacar tanto de la una como de la otra. Tanto Judy como Armando están muertos: Armando por un tumor, aproximadamente diez años antes del homicidio de Adriano, y Judy tras un ictus que sufrió más recientemente en América, donde vivía, desde que murió su marido, junto a su hermana Anne y su sobrino Stephen, el actual cerebro de la empresa familiar. Por lo tanto, es imposible interrogarlos. Qué lástima.

Lo que Google, como es obvio, no me dice es si Judy y Armando se amaban. Si no estaban enamorados pero se casaron por interés, o si se querían, y en este caso si habría algún modo en el que pudiese encontrar algún acuerdo de que no eran tan estrictos en cuanto a la fidelidad conyugal. O bien, si se querían de un modo deformado y deteriorado por los rencores y la rutina. Tal vez este marco contextual nos ayudaría a comprender y reconstruir mejor, a entender qué sería verosímil y qué no. Pero los muertos no hablan, y los muertos por causas naturales lo hacen aún menos que los muertos por homicidio. Y eso, más o menos, es lo que decía Locard, ahora que lo conozco.

Me pongo a reflexionar con la mirada perdida fuera de la ventana, entre las luces encendidas de la calle de enfrente. En esta época del año, pensar es bueno. Vivo en un edificio anónimo en un vecindario feo, pero al menos estoy en un piso alto y eso significa que, en este estúpido periodo del año en que oscurece rápido y la costra terrestre está salpicada de luces de todo tipo, el panorama que veo desde mi ventana da menos asco de lo normal. No se ven los contenedores de basura, los autos abollados —el mío entre ellos—, los árboles enfermos y el pésimo estado de la pintura y de los ventanales del edificio de enfrente; tampoco las antenas parabólicas, los tejados y los atisbos de patios adornados por pijamas tendidas. En compensación, la calle de abajo parece un brazalete de diamantes que olvidó una giganta distraída, y las luces de las ventanas trepan por los muros hasta el cielo color antracita.

Pensar es bueno, sí, cuando miras este paisaje. Siempre y cuando no necesites pensar en cosas alegres.

Pensar en un homicidio es muy bueno.

Por supuesto, apenas decido retomar la transcripción, el teléfono suena de nuevo.

—¡Vani! ¡Hace una semana que te busco! ¿Es posible que estés tan ocupada que no puedas llamarme nunca?

Mi hermana —mi rubia, bellísima y perfecta hermana— forma parte de esa categoría de personas lo suficientemente inteligentes como para sospechar que si alguien no te llama debe de haber un motivo, pero no tan inteligente como para tomarlo como una sugerencia.

—Hola, Lara. Disculpa, estoy escribiendo un libro y resolviendo un homicidio. ¿Qué quieres?

Lara no da señales de captar la mención del homicidio (seguramente lo archivó en su mente como «una de las cosas sin sentido que siempre dice Vani»), y mucho menos la urgencia del «qué quieres». Esto resulta muy curioso si tenemos en cuenta que ella, en cambio, es una maestra de las insinuaciones, alusiones y mensajes pasivo-agresivos (cuando alguien tiene unas capacidades tan bien desarrolladas, es justo reconocérselas).

—Entonces, oye, para Navidad ya está decidido: este año tú, papá y mamá vendrán a nuestra casa. Michele y yo pensamos que habría demasiado tráfico para mover a los gemelos, ya sabes, carriolas, papillas y todo, así que les queremos pedir que mejor vengán ustedes y así lo arreglamos. Y recuerda: ¡nada de regalos! Como mucho, si de verdad quieres, alguna cosita para los pequeños, que ya sabes lo deprisa que crecen y no tiene sentido que disimulemos que siempre necesitamos algo. Pero, bueno, está claro que Michele y yo no esperamos recibir nada.

Léase: «No tenemos la intención de regalarte nada, pero te obligamos moralmente a comprar al menos una ropita a los mocosos, y todos sabemos qué tan cara es la ropa de los humanos en miniatura».

En realidad, la mente de Lara funciona muy bien.

Siento que el hada me castigará gravemente por lo que estoy por hacer, pero siento que al menos debo intentarlo o nunca estaré en paz conmigo misma.

—Lara, no tengo intención de ir a ninguna parte el día de Navidad.

Ni siquiera puedo terminar la frase.

—¡Lo sabía! ¡Eres la misma aguafiestas de siempre! ¡Todos los años la misma historia! ¡Ah,

no, no le arruinarás la Navidad a toda la familia, en primer lugar a mamá y a papá, quedándote en tu antro de bruja mientras todos nosotros comemos juntos y pensamos en nuestra oveja negra, que está toda sola en su agujero olvidado por Dios! ¡No te importa ver muertos a esos dos pobres viejos! ¡El 25 a mediodía te presentarás en mi casa sin hacer escenas!

Como es obvio, porque de lo contrario te privarías de la posibilidad de recibir dos nuevos y costosísimos trajecitos para tu estúpida prole.

Así es siempre la lucha para librarme de mi familia. Comienza como *El conde de Montecristo*, con algún movimiento desesperado, y termina como *El conde de Carmagnola*, o sea, de la mierda.

Pero Lara tiene razón en algo, y es inútil negarlo. Mamá y papá armarían una escena si me niego a pasar la Navidad con ellos. Un gesto de ese tipo podría significar semanas de llamadas por teléfono de mi madre para comprobar que yo no soy depresiva o bipolar, del tipo «Discúlpame, sé que te molesto, y ¡cómo no saberlo!, pero soy tu madre y es mi deber asegurarme de que mi hija no se está cerrando las puertas de la vida». Diría algo así. Mis padres usan un lenguaje de manual de autoayuda que me recuerda muchísimo al de Sonia Sciacca. Oh, mis padres estarían *totalmente de acuerdo* con Sonia Sciacca. Bella, burbujeante, positiva y popular en el punto exacto. Pensándolo bien, me parece que no se trata sólo de Riccardo, sino de que todos aquellos que tienen alguna relación conmigo la preferirían a ella fácilmente.

—Entonces nos entendimos —sentencia Lara interpretando mi silencio como una afirmación, algo que desgraciadamente siempre funciona así—. Nos vemos en Navidad, y recuerda...

—Nada de regalos, lo comprendí, seguiré escrupulosamente las órdenes —concluyo con convicción. Si tengo que abandonar la llamada como una perdedora, que al menos me quede la satisfacción de hacerle saber a Lara que no verá ni siquiera un pedazo de ropita.

Dios. ¿Cuánto está permitido odiar a la familia? Tal vez los policías son unos héroes que enfrentan la guerra del día a día y blablablá. Pero el verdadero heroísmo es enfrentar todos los días a aquellos a los que te está socialmente prohibido considerar como los malos y no transformar cada instante en una guerra.



Mayo de 2006.

Sábado por la tarde. Sala de la casa de los Sarca: llena. Mamá, papá y los vecinos, los esposos Benassi, están sentados a la mesa del comedor. Como ya es por la tarde, toman café. Los vecinos parecen los dos sujetos de *American Gothic* en versión Turín del norte. Ella, en particular, tiene un peinado que Vani volverá a ver dentro muchos años, sólo un poquito acentuado, en una señora de sesenta y siete años, homicida y con aparato auditivo.

—Llevábamos tres años diciendo que teníamos que cambiar de sofá —cacarea la Benassi—. Esta oferta parecía caída del Cielo. Ya no podía más con ese cacharro todo mordido por el perro de mi sobrino.

La señora Sarca asiente con comprensión. El señor Sarca también, pero sólo por imitación, porque cuando la señora Benassi habla tan excitada no la entiende bien. Tiene la impresión de que

se está quedando un poco sordo, pero no quiere pensar en eso.

—Dénmelo a mí —pide Vani. Pasaba por el corredor y se asomó a la sala, apoyándose en el marco de la puerta como si fuera Marlon Brando en mujer—. Me refiero al sofá viejo.

—Amor, ¿por qué no te pones las pantuflas cuando caminas en el mosaico? —le recuerda su madre.

—Encontré una casa y me iré a vivir sola dentro de veinte días —continúa Vani en respuesta a la mirada sorprendida de los Benassi. La miraron con sorpresa porque se dieron cuenta de que no habían oído nunca, ni una sola vez en su vida desde que eran vecinos de esa casa, a la primogénita de los Sarca dirigiéndose a ellos.

—Un sofá cuesta y daré mis primeros sueldos como depósito para la renta. En vez de tirarlo, mejor véndanmelo a mí.

Los Benassi se miran y miran a los Sarca. Los Sarca, a los Benassi. Las miradas quieren decir cosas distintas.

Señora Sarca: «No osarás llevar a tu casa ese cacharro masticado por el perro de otros. —Y también—: ¿Qué van a pensar los Benassi ahora? ¿Que no estamos ni siquiera en condiciones de regalarle un sofá a nuestra hija?».

Señora Benassi: «¿La hija de los Sarca se va a vivir sola? La Sarca no me lo dijo. Quizá la hija lo decidió sin consultarle a su madre, que acaba de enterarse justo ahora, como nosotros. Ay, nunca me aburro cuando vengo a esta casa».

Señor Benassi: «Carajo. Ahora que mi esposa admitió que el sofá está completamente arruinado por el perro, no se lo podemos vender».

Señor Sarca: «¿Qué es lo que quiere Vani, que no entendí nada?».

Vani acaba de ganar un sofá gratis.

Los señores Sarca y Benassi se ponen de acuerdo para llevar el sofá a la nueva casa de Vani. Como eso significa entrometerse en la casa con una buena excusa, deciden acompañarlos también las señoras Sarca y Benassi. Los dos hombres trepan por las escaleras (el señor Benassi le grita «¡Haz palanca!» al señor Sarca, no porque sea cuestión de vida o muerte que haga palanca, sino porque parece que diciéndoselo en voz más baja, no verá ningún resultado). La madre Benassi y las Sarca, madre e hija, llaman al elevador, junto a otra pareja madre-hija que entra por el portón y las alcanzan antes de que llegue el elevador.

Por suerte, el elevador es grande. La casa es normal (más o menos), la zona es normal (más o menos), los servicios son normales (más o menos). Vani sabe que sus padres no se lo hicieron notar sólo porque: 1) no lo harían delante de los Benassi, 2) ya lo hicieron cuando vinieron a armar el librero. Qué bien que el elevador es grande y adentro están lo suficientemente cómodas las dos señoras corpulentas, dos mujeres pequeñas y una niña.

Las dos desconocidas oprimen el botón del piso de arriba del de Vani. La señora Sarca le da un codazo a Vani, que sabe que un codazo de su madre significa muchas cosas. En este caso quiere decir: «Estas son tus vecinas. Las que viven sobre tu cabeza. ¿Lo sabías? No, por supuesto, porque a ti no te importa la gente que está a tu alrededor. Pero conocer el vecindario puede ser muy útil, ¿sabes? Estas personas parecen decentes. Trata de memorizar sus rostros, ¡por favor! ¡Así las podrás saludar cuando te las cruces de nuevo! En la primera reunión de vecinos...». Vani

se hace a un lado para evitar un segundo codazo.

Al hacerlo toca con el brazo la cabeza de una de las dos desconocidas, la de un metro de altura. Las dos desconocidas son, de hecho, una mujer que aún no debe de cumplir los cuarenta, tiene muchas canas en su cabello rubio deslavado, y su hija de seis o siete años, más o menos.

—Morgana —dice la señora tomando a la niña por los hombros y acercándola a sus piernas—. No estés entre los pies de las señoras.

Como es evidente, ese es un modo gentil para decir: «No toques ese impermeabilucho todo gastado, que quién sabe dónde estuvo. Pero no quiero ser descortés, porque las señoras que acompañan a esta joven *dark* semivagabunda parecen personas decentes». Por lo que parece, al menos las madres debieron de darse permiso para existir la una a la otra.

Morgana no puede dejar de observar a Vani de arriba abajo. Desde donde está ella, a un metro sobre la tierra, la chica del abrigo negro y del labial morado parece una especie de vampiro altivo.

El vampiro la espía desde lo alto sin siquiera mover la cabeza, sólo bajando los ojos.

—Morgana. Bonito nombre —dice, muy seria.

Morgana murmura.

—Es el nombre de una *brrruja* —afirma de inmediato con orgullo.

Es una de esos niños que aprenden tarde a pronunciar la ere y luego, como para recuperar el tiempo, se empeñan en marcarla mucho y la dicen más de lo normal.

—¿Y, según tú, no lo sé? —dice la vampira, todavía seria—. Es la bruja más famosa del mundo.

Morgana lo piensa un momento, luego sonrío toda contenta.

Vani, la madre Sarca y la madre Benassi esperan a los padres en el descanso.

Mientras se acercan por el último tramos de escaleras, anunciándolo con un coro de gemidos de esfuerzo que en el caso del padre Sarca son más fuertes por su sordera, Vani suspira de un modo imperceptible —sabe que ahora llega la parte difícil— y abre la puerta.

La casa está vacía.

Es decir, está tan vacía como cualquier casa de cincuenta metros cuadrados que tiene el mobiliario estrictamente indispensable: una mesa, dos sillas, una cocina sin lavavajillas, una cama, un armario y un librero; o sea, en cualquier caso está lo suficientemente llena.

Sin embargo, no hay absolutamente nada personal. Nada que manifieste de algún modo el carácter, los gustos y el imaginario de la inquilina. Ninguna colección de cabezas de caníbales decapitadas sobre las repisas, como secretamente esperaba la madre Benassi. Sólo unos libros inocuos, en su mayoría clásicos alineados en orden, y nada sobre misas negras o vudú. Ninguna extraña pipa con protuberancias para fumar droga (la madre Benassi no tiene las ideas claras al respecto, pero se imagina que los jóvenes de izquierda y tan traidores como esa Vani consumen drogas, y que estas se introducen en el cuerpo a través de unas extrañas pipas de agua de aspecto *steampunk*... a pesar de que la madre Benassi no conoce la palabra *steampunk*). Tampoco hay ningún retrato en escala natural del conde Vlad ni lámparas cubiertas de rojo. ¿Cómo es que esta chica no tiene objetos que expresen su identidad? No es sano. Lo leyó en una revista hace tres

días: «Los objetos que diseminamos en nuestro ambiente son el modo que tiene el ser humano para marcar su territorio». La joven Sarca no es la única que sabe leer.

Vani observa cómo la madre Benassi se fija en todo, y piensa que mientras más pronto se vayan esas metiches, más pronto podrá abrir por fin la maleta de efectos personales que espera debajo de la cama desde el día en que acordaron la entrega del sofá. La calma será la virtud de los fuertes, pero la paciencia es la virtud de los hijos con padres invasivos.

Sólo que no calculó una cosa. O, mejor dicho, lo hizo, pero aunque lo hubiese comprobado, no habría podido hacer nada.

—¡Vani, pero este refri...! —exclama su madre, que, cómo evitarlo, de inmediato se lanzó, a falta de otra oportunidad, sobre el único elemento de la casa que aún podía esconder secretos, y por lo tanto razones para criticarla.

En fin, ella y la señora Benassi están contemplando el interior del refrigerador de Vani con la expresión de los aliados delante de las pruebas del Holocausto.

—¡No está bien, para nada está bien! ¿Así es como te eduqué, para que vivas como una salvaje?

Vani suspira. Sabe que objetar «¿Quién te dio permiso para abrir mi refrigerador?» no tendría sentido, porque su madre no concibe que deba pedir permiso para examinar cualquier bien privado de alguna de sus hijas. Ellas salieron de su útero y, en consecuencia, sus posesiones en este mundo son también cosa suya. Por su bien, o tal vez por propiedad transitiva, o por la probabilidad, siendo carne de su carne, la señora Sarca también considera a sus hijas suyas, precisamente. El hilo lógico no es del todo claro, pero lo que sí es claro es que la objeción no tendría ningún efecto útil.

Y da igual: en el refri tengo seis cervezas oscuras y dos bolsitas de papitas con queso. Fin.

Ah, no. También hay una manzana, una de esas muy verdes y crujientes, porque a Vani le gusta su sabor ácido. Es ideal para refrescarse la boca después de las papitas con queso.

—¡Ni siquiera un huevo, una caja de leche, no digo un bistec, pero un poco de lechuga! —La madre agita delante de Vani una de esas bolsitas de papitas tomándola de una esquina, como si fuera radioactiva.

—También hay una manzana —señala Vani, ya cansada.

La señora Benassi mira primero a Vani y luego a su madre como si fuera una espectadora de la final del torneo de tenis Roland Garros. Debido al frenesí con el que gira la cabeza ciento ochenta grados, es evidente que no se quiere perder ni un solo fotograma.

—¡Si hubiese sabido que te alimentarías así, de ninguna manera te habría dejado irte a vivir sola!

—No recuerdo pedírtelo —replica Vani, y la señora Benassi debe de sofocar un «¡lo sabía!».

—Oh, vamos, vamos. Tal vez la chica sólo necesita concentrarse un momento —agrega, con un impulso de pacificación—. Quizá no tiene práctica con la cocina porque nadie le enseñó bien... —Ah, eso es. La madre Sarca siente el flechazo que la madre Benassi finge que no arrojó. La Benassi concluye—: Pero no es nada difícil aprender a cocinar un par de cosas con las que se puede vivir bien, y tal vez con las que incluso se puede quedar bien con los invitados. Por ejemplo: Vani, ¿sabes hacer una salsa de jitomate con atún, alcaparras y aceitunas?

—No —responde Vani asomándose a ver si los padres ya terminaron con el maldito sofá. ¿Cuánto tiempo necesitan? ¿Están erigiendo la pirámide de Keops? Si hubiese tenido dinero, habría pagado el traslado.

—Pones a freír un poquito de cebolla, poca, sólo para que dé un poco de sabor al jugo, ¿no? Esperas a que se ablande, luego los jitomates, cortados de modo que...

—Dije que no —repite la nuca de Vani. Nada. Esos dos torpes todavía están tratando de hacer que el sofá pase por la puerta.

—Oye, pero si me escuchas aprendes —la sermonea la señora Benassi, en cuya cabeza este es el momento en el que Vani debería colgarse de sus enseñanzas y luego abrazarla con lágrimas y, señalando a la madre, gemir: «¡Ella nunca me enseñó!».

—Pero yo no quiero —dice Vani. Luego se voltea por fin. Lo desconcertante es que sonrío—. Señora Benassi, no me expliqué bien. Si hubiese querido aprender a cocinar, habría escuchado a mi madre. Si no lo hice con ella, que es mi madre, con mayor razón no tiene sentido esperar que lo haga con cualquier otra persona. Lo digo por usted, señora. El tiempo es un bien precioso y no quiero que desperdicie el suyo. —«Ni el mío».

La madre de Vani hace un rápido movimiento de triunfo.

Dura una fracción de segundo, porque luego se da cuenta de que Vani se puso de nuevo el abrigo, tomó la bolsa y se dirige hacia la puerta.

—Y ahora ¿adónde tienes intención de ir, si se puede saber?

—A dar una vuelta antes de que esos dos bloqueen definitivamente la puerta con el sofá. Así, mientras tanto podrán chismear en toda mi casa sin que yo esté en medio —explica—. Ah, y otra cosa. Cuando terminen, pongan de nuevo las papitas en el refri. Si no, el queso se amarga. Buen día.



Me siento de nuevo de frente a mi PC. Después de esa deliciosa conversación con el ángel que es mi hermana, quiero un whisky más que nunca. Podría optar por una cerveza, ya que con el estómago vacío no me hacen efecto desde hace tiempo. Debí desarrollar una especie de inmunidad, o si no, mi hígado es un verdadero amigo con el que se puede contar. El corazón está sobrevalorado, el hígado es la clave, es lo que yo siempre digo.

Otra cosa sobrevalorada es mi timbre, que nunca suena. Excepto ahora. ¿Quién diablos será a esta hora? Más bien: ¿quién podría ser en cualquier circunstancia? Abro y delante de mí me encuentro con Morgana y, más adelante, con un gran pastel muy oscuro que la muchacha extiende hacia mí.

Con la mano agarro un pedazo del pastel y me lo meto en la boca.

—Avellanas —digo—. Bueno. Un poco esponjoso.

—El pastel de avellanas siempre queda así —suspira Morgana.

—Recuérdame que luego te pase una receta. Gracias de todas formas. Aunque no tengo la mínima idea de por qué me lo trajiste.

Morgana no deja de extender el plato.

—Para agradecerte el trabajo que estás haciendo por mí. —Sonríe como un elfo bueno de Santa Claus.

La miro. Me mira sonriendo.

—Recuérdame la fecha —pido.

Durante una fracción de segundo Morgana palidece, pero trata de que no se le note.

—¿No te...? Ema comienza a hacer las audiciones dentro de tres días, por lo que...

—Sí, sí, no estaba segura de si era mañana o más tarde. Entonces tengo más tiempo del esperado para los últimos golpes de cincel, bien. Paso a tu casa pasado mañana en la noche.

Morgana asiente feliz, aliviada, yo tomo el pastel y cierro la puerta. Carajo. Me olvidé por completo de la canción para Morgana. Maldita sea. ¿Y ahora cuándo la voy a escribir? De inmediato, recuerdo: mañana debo ir a casa de los Giay Marin, luego con Berganza a cocinar, y pasado mañana iré de nuevo con Irma y luego a la primera clase de *krav maga* y luego con Enrico. Vaya mierda, el problema es que no puedo hacerle esto a Morgana. No es justo que lo que le prometí caiga en el olvido sólo porque tengo por delante un caso de homicidio y a un tipo que me paga.

Será mejor que me llegue la inspiración de inmediato, es más, incluso antes que de inmediato: que retroceda en el tiempo con la sola fuerza de mi voluntad y logre que surja una idea, una gran idea, a golpes del *krav maga* —que aún no conozco— de la cabeza de la Vani Sarca de..., digamos, la Vani Sarca de hace al menos dos días. Dios, qué imbécil. ¿Cómo pude olvidar así la fecha? Yo nunca olvido una fecha. Ah, ya, ahora recuerdo. Eché a Laura y a Morgana de mi casa antes de que pudiesen decirme la maldita fecha.

Me siento enfrente de la computadora.

—Oh, vamos —estallo en el desierto de mi departamento. Del resto del edificio llega el zumbido de las televisiones encendidas.

Si por lo menos Morgana se pusiera a cantar en el piso de arriba. Tal vez eso ayudaría a la inspiración.

Estúpidas neuronas. Con toda la confianza que siempre les di. Vamos, maldición. No puede ser tan difícil escribir la letra de una canción.

Okey. Procede con orden, Vani. Una canción es un género de escritura como tantos otros, ni más ni menos, como dijiste desde el inicio. Es un mecanismo de artificios literarios. ¿Qué tan diferente puede ser de las cosas que siempre haces? Por lo tanto, nada de quejas. Encuentra un tema y comienza.

Intentemos con los viajes, la libertad, esas cosas. A los muchachitos les gustan.

La calle que se espera a polvo deba saber.

Sabe a fango y anhídrido carbónico.

Sabe a historias que no sirve resolver.

Sabe a fármacos para la amnesia crónica.

Y me lleva a donde ni siquiera imaginaba

haber querido ir alguna vez.

*Lugares tal vez tomados de libros que leí
con los que tengo todo o nada que ver.*

*Pero al final de la desconocida calle
que corta los campos como cimitarra
al final de la extraña calle
tan insólita, tan bizarra,
hay una silueta que me espera,
que me llama al estrado.
Está mi juez al final de la calle recta
como una cuerda de guitarra...*

Ah, ah, qué gracioso. Pero ¡bueno! Les dije a mis neuronas que hicieran algo poético y artístico, y mi inconsciente se fue al archivo de la última vez que hice algo verdaderamente poético y artístico: o sea, a la celda que contiene los recuerdos de *Más recta que una cuerda de guitarra*, la novela que escribí para Riccardo. Puedo entenderlo. Mi inconsciente es como yo: busca el máximo resultado con el mínimo esfuerzo. Ahora agradezcámosle y probemos de nuevo, porque no sólo no puedo darle a Morgana esta mierda simbólica e intelectualoide, sino que de ninguna manera quiero remover cosas que tienen que ver con Riccardo.

*Qué preciosa es la confianza.
Con que tan sólo algo salga mal,
con una pequeña duda, se despedaza;
una caricia de menos, una mueca de más.*

*Basta perder el ritmo un momento
y te encuentras bailando solo.
Un idiota en medio de la pista, y la orquesta
ya se retiró y tomó vuelo.*

*Así que en el fondo no es que guste
que hayas tropezado tan deprisa,
mucho peor habría sido esperar
hasta tu última risa.*

*Al final sólo fue para bien,
ciertas cosas es mejor saberlas.
La confianza es preciosa, y a los puercos
no les hace bien comer perlas.*

La buena noticia es: mira qué bien me quedan las rimas.

Debió de ser la prisa, sin duda. Me empaña y me impide pensar. Así que sigo volviendo a aquel imbécil con la mente y escribiendo cosas que tienen que ver con él, aunque tal vez sólo yo

las entienda. Es increíble: es justo como decía Morgana. El problema no son las sílabas, la métrica o la estructura, o al menos no para personas como ella y yo: es de lo que escoges hablar. Lo que te domina y te derriba, en vez de hacerse escoger y plasmar por ti.

Está bien, tranquila, Vani, tienes mucho tiempo. Una canción tal vez no sea tan fácil como un discurso electoral o un manual de neurociencias, pero por lo menos es corta.

*Alas cerradas en los omóplatos tenemos
y una cola hasta abajo de la espalda.
De los cuervos y las águilas somos herederos,
del camaleón y de la hiena.*

*Somos aún los que antes éramos,
animales hambrientos y selváticos
que ruedan en las pozas del fango
de los hidromasajes y los autos caros.*

*Y a mí también de vez en cuando
de despedazarte como un predador me dan ganas.
Ya debes saberte la historia:
la gacela o corre o muere cada mañana.*

*Y aquí yo siempre fui herbívora
pero debe haber evolución.
Ahora quiero morder.
Ahora quiero ser el león.*

O sea, ¿de qué se trata? La gente tira cientos de euros en sesiones de psicoanálisis y, por lo que parece, a mí me basta con ponerme a escribir una canción para que mi estúpido inconsciente emerja y me mire a los ojos.

¿Y mi inconsciente no hace más que repetirme que tengo ganas de golpear a Riccardo hasta sacarle sangre?

Porque es claro que de esto trata la canción. Mierda. Creía que ya se me había pasado. Pensaba que el último intercambio ácido de opiniones sobre libros de cocina había sido suficiente para quitarme la comezón y, por lo que parece, no es así exactamente.

Y no me gusta, no me gusta para nada, el modo en que esta situación sigue infestándome.

*Si alguien me explicara por qué diablos no puedo
pensar en nadie más ni en otra cosa,
si alguien me dijera cuál es mi problema
tal vez no estaría tan nerviosa.*

*Si alguien me metiera una espuma en la cabeza
y lavara esta brea que me llena los ojos,*

*si dejara de deslumbrarme el oro del pasado,
el oro falso, el oro de los tontos...*

Está bien, por ahora es suficiente. Debo pararle. Debo beber. Debo hacer cualquier otra cosa que no sea estar aquí como una mocosa idiota que ve aparecer debajo de sus dedos la representación verbal de la peor parte de ella misma. Podría ponerme a escribir de pie, como Virginia Woolf, o conseguir una pata de conejo a modo de talismán para la inspiración, como Hemingway. Brrr. Eso es todo, responder el teléfono podría ser una óptima distracción, por ejemplo, ya que, gracias a Dios, sonó justo en este instante.

Miro la pantalla. No es Dios. Es Berganza, que como sea últimamente se le parece mucho.

—Sarca, soy —comienzo, sabiendo que el comisario apreciará la cita. Me esperaría una frase, un «Muy bien, Sarca, veo que cada vez se está metiendo más en el personaje», si no fuera porque Berganza tiene una muy leve (pero yo la noto) vibración grave en la voz mientras dice «Sarca» y nada más.

—Déjeme adivinar: ¿otro interrogatorio?

—Lo hace muy bien, Sarca, ¿cómo puedo negarle este placer? —Luego baja el volumen de golpe, y agrega—: Pero esta vez ningún subterfugio maligno. De hecho, le rogaría que se preparara para una tarea delicada. Esta vez se trata de..., mmm. De una cuestión personal.

16

El juego de Infierno y Paraíso

Llego a la comisaría e incluso antes de que pueda pensar que esas luces pálidas de neón dan asco incluso de noche, cuando en teoría deberían ser útiles, Betti se para delante de mí.

—El comisario la está esperando en la última sala al fondo del corredor a la derecha —me informa con el semblante muy serio.

El hecho de que alguien como Betti tenga el semblante muy serio no es significativo. Podría ser porque, en efecto, algo grave está sucediendo, o bien porque está molesto por estar de turno a esta hora. No obstante, algo me inquieta. Y me pregunto por qué Berganza no está esperándome en su oficina. Entro a la sala del fondo.

—¿Qué sucede? ¿A quién debemos interrogar esta noche? —comienzo.

Berganza me espera de pie delante de la ventana. Está fumando. La ventana está abierta y la sala parece un frío Ártico; de hecho, el comisario sigue con su abrigo. Voltea por un momento y me ve sin responder. Por un instante me imagino que a ojos ajenos podemos parecer dos locos graves y silenciosos, envueltos en nuestras pintorescas prendas de vestir de historieta.

Menos mal que estamos solos.

—Esta vez, nosotros no, Sarca —me corrige—. Sólo usted. No hay nadie más en la comisaría, por el momento.

—¿Y no sería oportuno que venga alguien más, si se trata de algo serio?

Berganza sacude la cabeza.

—Al contrario. Yo soy quien no quiere que haya nadie más. —Finalmente suspira y decide explicarse—: En este momento, esperándonos en mi oficina, está mi sobrino; el hijo de Ofelia, mi hermana. Se llama Ivano, tiene trece años y, que Dios lo fulmine, hizo otra de las suyas.

Aunque la noticia es interesante, no puedo contenerme:

—¿«Ofelia»?

Berganza levanta los ojos al cielo.

—Nuestros padres siempre tuvieron una fijación por Shakespeare —admite, y de golpe recuerdo que su nombre es Romeo. Pero sobre todo me acuerdo de la mujer de cabello corto que aparece junto a un niño en la única foto personal que vi en la casa de Berganza. Era su hermana con su sobrino.

Era su *hermana* con su *sobrino*.

Bueno, esto era de esperarse, alguien debería explicarme por qué esta deducción me parece tan

interesante. En el fondo no significa nada. ¿Por qué debería impresionarme descubrir que la única mujer de la que Berganza tiene una foto es de su hermana?

El comisario prosigue:

—Macchio recibió la llamada de un viejito; decía que alguien metió un manojo de marihuana en su portaparaguas. Ya se imagina la escena: el tipo sacó la sombrilla, la abrió y le llovió en la cabeza una pulpa vegetal con un olor inconfundible incluso para él. En realidad, el viejito intuyó de qué se trataba, nos llamó enfurecido como un caimán, Macchio fue a revisar y descubrió que la vecina del denunciante es precisamente mi hermana, y el autor de la fechoría, su hijo, quien, al volver a casa con un amigo y pensando que no había nadie, se dio cuenta de que su madre ya estaba ahí y, tomado por sorpresa, se deshizo de este modo del paquetito con el que él y su amigo pensaban alegrarse la noche.

—Ay. —Hago una mueca—. Muy mal hecho.

Berganza asiente. Mueve los párpados con rapidez.

—Macchio tuvo la sensatez de sacar a Ivano de las garras tanto del vecino histérico como de las de mi hermana, quien apuesto que en ese momento habría sido capaz de comerse a su hijo como Saturno en la pintura de Goya. Luego me llamó de inmediato. La cosa es que el desgraciado de mi sobrino se merece una lección, porque no es la primera vez que hace una estupidez de ese tipo y, si no se reforma, se arriesga a terminar en problemas graves de los que podría arrepentirse seriamente. Hasta ahora logré aprovechar mi posición para que no se presentara ninguna denuncia, pero no puedo protegerlo para siempre, también porque si siguiera mi impulso protector, lo admito, no lo ayudaría, sino que le aflojaría la cabeza a cachetadas. Me imagino que lo único que puedo hacer es meterle en su estúpida cabezota de preadolescente que no debe hacer ciertas cosas. La cuestión es que para lograrlo es necesario saber hacerse escuchar, y ni yo ni Ofelia, por lo que parece, somos capaces. Lo perdonamos demasiadas veces, y ahora estamos pagando las consecuencias.

—Disculpe la indiscreción, comisario, pero ¿no existe un padre que pueda meterle un instructivo bofetón a su hijo?

Berganza sopla afuera de la ventana un hilo de humo.

—Existe, y no es que sea una mala persona, pero nunca está. Mi hermana es divorciada, es enfermera y se rompe la espalda para mantenerse a ella y a Ivano. Con frecuencia está afuera en la noche por los turnos del hospital, por lo que siente una culpa constante porque cree que no lo supervisa bien, así que cuando Ivano sale con una de sus bellas ideas, ella se transforma y lo agrade. Luego se mortifica y lo consiente. En fin, ya no tiene la más mínima credibilidad ante los ojos de su hijo. Y yo mismo, como dije, ya lo protegí demasiadas veces como para que mis reprimendas aún signifiquen algo. Debería demostrarle que hablo en serio dejando de interceder y dejándolo, por una vez, caer en la mierda, pero las consecuencias serían demasiado grandes y, me duele admitirlo, no puedo hacerlo. Lo único que se me ocurre hacer es encontrar a alguien a quien él por fin decida escuchar, y la única persona en la que pensé, Sarca, es usted.

—Es porque me visto como una patética *dark* de veinte años menos, ¿verdad?

—La verdad, es porque su mejor amiga tiene quince años. Pero, en efecto, también su ropa podría ayudar.

Más allá de la irónica sonrisita que me está dirigiendo, veo una auténtica preocupación en los ojos de Berganza. Pero mira nada más. Debo admitir que me da ternura percibir una sincera carga emotiva en el hombre más íntegro que conozco. Así, parece que también el comisario tiene a su Morgana.

—Sarca..., Ivano no es un rufián de poca monta. Es inteligente y sensible, y también profundo. Sólo que tiene que dejar de hacerle caso a la peor parte de él mismo, y tratar de hacerlo razonar es malditamente frustrante. ¿Me entiende?

Asiento.

—Lo que puedo garantizarle es que lo haré lo mejor que pueda.

—¿Y quién puede garantizar algo más cuando se habla de muchachos? —suspira Berganza abriéndome la puerta.

Ivano está sentado donde normalmente me siento yo: en el escritorio de Berganza, frente a la silla, ahora vacía, del comisario. Es muy delgado y, por lo que puedo ver aunque está sentado, también muy alto. El comisario tiene los hombros y el tórax amplios pero, a pesar de ser bastante alto, no tiene una estructura tan larguirucha, por lo que o su sobrino lo heredó de la otra rama de la familia, o la pubertad tiene aún mucho trabajo por hacer.

En efecto, el muchachito parece más que nada un niño. Mientras me voy a sentar en el lugar de Berganza, me observa en silencio con unos ojos castaños y gigantescos como de cachorro. Tiene unas facciones muy agradadas, y ni siquiera la sombra de un pelo en la barbilla. Creo que lo resiente. Su sudadera es negra, deforme y agresiva, y su corte de cabello rapado a los lados me sugiere que trata de parecer más amenazante de lo que lo hizo la Madre Naturaleza. Muchachitos. Siempre es así: si son robustos y viriles, sueñan con parecerse al arcángel Gabriel; si son altos, esbeltos y se parecen al héroe Parsifal, quisieran que el Hada Madrina los transformara en unos hombretones con una Harley y un gran bigote con forma de manubrio.

Me siento, cruzo las manos sobre el escritorio y miro a Ivano en silencio. Él también me mira. Callamos. La verdad es que no tengo ni la más mínima idea de cómo se le habla a un adolescente.

Quiero decir, con Morgana la tengo, la tuve de inmediato, y por lo tanto también con Laura, pero fue pura suerte. Sin duda, no es mérito de mis cualidades humanas y empáticas si la casualidad quiso que en el piso de arriba de mi casa viviera una de las criaturas más parecidas a mí en la faz de la Tierra. No tengo ninguna certeza de saber hablar con los adolescentes. Nunca lo he hecho. Tal vez con el joven Holden de *El Guardián entre el centeno*, alguna vez entre yo y mi otro yo. Con Amy March, que, por su espíritu práctico, oportunista y cínico, siempre me cayó mejor que las moscas muertas de sus hermanas, incluso que Jo, que habría matado con tal de volverse una escritora famosa (ese «famosa» que es claro que nunca compartí). Con Ishmael, que, en cambio, sabe pasar desapercibido detrás de su relato y por eso parece mi gemelo. Pero es evidente que tengo tendencia a relacionarme con jóvenes interlocutores de papel, más que de carne y hueso. No sé si este Ivano habla la misma lengua que Morgana, la misma que hablo yo. O si habla una que puedo aprender, como mi enésima tarea de *ghostwriter*. Por lo que a mí respecta, podría descubrir de un momento a otro que no le provoco ninguna impresión, tal y como el chofer del autobús que lo lleva a la escuela.

O tal vez me estoy planteando una serie de problemas inútiles porque tengo miedo de desilusionar a Berganza, y en absoluto quiero desilusionar a Berganza.

—Tú no eres policía —dice Ivano de repente.

Tiene una voz profunda y sin embargo poco sonora, desprovista de armonía. Significa que debió de terminar de ser soprano antes de ayer. Es de veras un niño, caramba.

—¿Qué te hace pensar eso?

Parpadea. Tiene unos ojazos tan grandes que me parece que las pestañas tardan un segundo completo en bajar y luego otro en volver a subir.

—Los policías no se visten así.

—En las películas tal vez —suspiro—. En la realidad nos vestimos como sea, por si, por ejemplo, tenemos que infiltrarnos entre *dealers*, o en los locales en los que se mueve la droga.

Ivano enmudece y en sus pupilas hay una imperceptible señal que cambia su expresión de insolente a «Dios, quedé como tonto». Hay incluso un matiz de «Uy, si hace esas cosas, esta mujer debe de ser ruda». Qué bueno que lo crea así.

—Aunque yo, en efecto, no soy policía —admito.

La cara de Ivano se tranquiliza e incluso aparece el esbozo de una sonrisita que significa «Lo sabía».

—Y, entonces, ¿por qué estas aquí? —me pregunta recuperando la seguridad en sí mismo. No obstante, no lo hace con descaro ni para retar mi autoridad. Es chistoso, parece que lo hace de forma auténtica, despreocupadamente curiosa. Parece que más allá de la incomodidad por encontrarse donde se encuentra, y de la conciencia de tener problemas, no deja de entrometerse. Igual que los niños.

Me aclaro la voz.

—Qué buena pregunta. Mira, Ivano, la razón por la que me encuentro aquí contigo, sola en esta sala, es que aunque no soy policía, tu tío, que, en cierto sentido, es mi jefe por una serie de razones que no voy a explicarte, me hace asistir a unos cursos de artes marciales. ¿Tú sabes qué es el *krav maga*, Ivano?

El chico sacude la cabeza.

Le doy mi smartphone.

—Búscalo.

Ivano duda, luego lo hace y encuentra la página de Wikipedia que explica qué es el *krav maga* (debo deletreárselo), lee el primer párrafo y levanta hacia mí una mirada exaltada.

—¡Qué fuerte! —exclama.

Yo asiento.

—¿Leíste bien la parte sobre atacar los ojos, la garganta y los testículos?

—¡Sí! ¡Bestial! —Por seguridad, la lee de nuevo.

—Bien. Tu tío me hace aprender eso. Es muy valioso, tu tío, ¿sabes? Lo hace porque quiere que sea capaz de defenderme y de pelear en caso de que sea necesario, y que no me lastime si hacemos cosas peligrosas en las investigaciones.

—¿No debería mejor darte una pistola?

Maldición.

—No, no se puede. En fin: tienes un tío estupendo. Se preocupa. Le importan las personas. Ivano asiente de nuevo, con afán.

—Lo sé —dice, y por la luz de su mirada me doy cuenta de que lo piensa en serio. Qué interesante. Habla muy rápido, con una sombra de fastidio, como cuando uno se avergüenza demasiado como para poder admitirlo y entonces finge que está molesto porque cree que así se pierde menos la dignidad—. Lo sé, lo sé, siempre me lo dicen todos. «A tu tío le importas, se preocupa por ti, te protege...». Ya lo sé, él trata de protegerme, y yo debería hacer las cosas bien para evitar que...

—Sí, pero no es ahí a donde quería llegar —lo interrumpo. El chiquillo se calla y me mira.

—Lo que quiero decirte es que yo practico eso, Ivano. Y, como te dije hace poco, no soy policía. Eso significa que no estoy sujeta a ninguna de las sanciones o limitaciones especiales que tienen los policías cuando realizan los interrogatorios. Significa, niño, que aquí adentro tú y yo estamos solos, que no hay ningún público oficial por el que esté obligada a respetar los derechos del interrogatorio y que yo sé cómo pegarle a alguien haciéndole de verdad mucho daño. En otras palabras: significa que o me juras por tu vida que no te volverás a arriesgar haciendo algo como lo que hiciste hoy, o te destruyo a golpes aquí y ahora, de inmediato. Y si me lo juras pensando en librarte de mí y luego haces otra de las tuyas, te mataré a golpes la próxima vez. ¿Está claro?

Los ojos de Ivano se fueron abriendo poco a poco. Ahora mismo tienen más o menos la dimensión de dos platitos para café. Creo que si le diera un golpe en la nuca le rodarían por tierra. Menos mal, porque ni siquiera he comenzado a ir a las lecciones de *krav maga*.

—Claro que si no lo juras y me obligas a golpearte, alguien llegará antes o después, atraído por tus gritos —continúo con tranquilidad—. Entonces yo diré que me limité a defenderme porque fuiste tú quien me atacó primero. Eres más joven y más alto, y todos me creerán; tal vez me haga un par de moretones a propósito para ser todavía más convincente. Tú terminarás en la cárcel por agresiones, además de posesión ilegal de sustancias estupefacientes, y adentro probablemente recibirás más golpes de otras personas, para no perder la costumbre. Luego saldrás, como es obvio, pero después de poco tiempo harás otra de tus estupideces, porque conociéndote las harás, y te volverán a detener y te entregarán a tu tío creyendo que hará lo justo. Como te dije, estaré aquí de nuevo, aún más experta en el *krav maga* y feliz de volver a golpearte hasta transformarte en una calcomanía contra el muro. ¿Fui clara?

Si no lo hubiera visto respirar hace un momento, diría que lo que tengo frente a mí es la estatua de un muchachito aturdido.

Hay algunos segundos de silencio.

—¿Entonces? Estoy esperando. ¡Júralo!

—J-juro que no haré ninguna estupidez más como la de esta noche —promete de un solo golpe.

—¿Puedo confiar en ti?

Sube y baja la cabeza, frenéticamente. Yo golpeo el escritorio con las manos e Ivano salta sobre la silla.

—¿Ves cómo eres un tarado? Se te amenaza con pegarte de inmediato y das tu palabra. ¿Se necesita llegar a tanto para hacerte razonar, grandísimo idiota?

Por fin los ojos de Ivano se estrechan, perplejos. Bien. Temí causarle una parálisis facial por el

terror.

—O sea..., ¿me estabas engañando?

—No, en absoluto —murmuro, e Ivano se pone tenso de nuevo—. Si es necesario, estás informado que te golpearé y ya sabes cómo: como un saco de boxeo. Pero estoy diciendo que eres un idiota. Deberías jurar que no te meterás en líos no porque tengas miedo de perder alguno de tus testículos, sino porque entiendes que tal y como te has comportado hasta ahora, te estás llenado la vida de problemas y les haces vivir unas penas del infierno a tu madre y a tu tío. ¿No te basta como motivación, carajo? ¿Necesitas oír un «te voy a pegar», como los niños?

El muchachito baja los ojos. Ahora sí está avergonzado de verdad. Me dan ganas de consolarlo. Pero, por favor, aléjate, instinto maternal. Ya no me reconozco. Debieron de raptarme los extraterrestres y me debieron de hacer algo en las glándulas.

Como sea, no voy a consolar a nadie, porque no es lo que debe hacerse con un muchacho de trece años que quiere convencerse de que es un hombre.

—Y, entonces, ¿cómo diablos terminaste con la marihuana en las manos?

Ivano sacude la cabeza.

—¡No era mía! Mi amigo... Mamá siempre me dice que no quiere que me lleve con Giò. Dice que es una mala compañía. Él...

—Ah, ¡no puedo creer lo que oigo! —Golpeo de nuevo el escritorio con las manos e Ivano salta una segunda vez—. Afirmar que te dejaste arrastrar por un amigo es realmente de cobardes. ¿Lo sabías? Significa que no tienes las agallas para decir que no. La gente piensa que es un atenuante, pero en realidad es un agravante, porque quiere decir que tratas de descargar sobre otro tu propia responsabilidad. ¿Te das cuenta? ¿Lo entiendes?

El chico mueve la cabeza de arriba abajo con tristeza.

Bien. Creo que ha llegado el momento de reconstruir sobre los escombros.

—Okey, ahora levanta la cabeza y mírame.

Ivano obedece. Se ve que desea con desesperación encontrar algo que decirme, o una postura que adoptar, que le permita recuperar una pizca de dignidad, pero en su interior sabe que todo lo que le dije es aplastante y piensa que no le queda más que la vergüenza. Por eso se limita a mirarme muy abatido, como un cachorro a quien pescaron mordiendo la funda del sillón.

Entrecierro los ojos y lo examino.

—Mmm, ninguna lágrima. No está mal. He visto a tipos del doble de ti, de volumen y de años, romper en llantos histéricos después de momentos como este, pero parece que tú sabes comportarte como hombre. Debo decir que eso te honra.

Es obvio que no vi a nadie en absoluto hacer algo parecido, pero la oleada de gratitud que irradia el pecho del chico hace que cambie casi de fisonomía. Qué tierno.

—Debes de tener el mismo ADN que tu tío. Incluso te pareces a él un poco, aunque por supuesto tus rasgos son más regulares. Esa carita de James Dean te habrá sacado de líos muchas veces, supongo. —Esta vez le sonrío. Un poquito, sin exagerar. No estoy segura de que Ivano sepa quién es James Dean, pero también sonrío y es como si toneladas de tensión se le resbalaran de los hombros por fin.

—Ni siquiera a ti te gusta encontrarte en esta situación, ¿verdad? Corrígeme si me equivoco,

pero tengo la clara impresión de que haces ciertas bravuconadas sin reflexionar, y que luego te arrepientes como nunca.

—¡Eso es exactamente lo que me pasa! —exclama Ivano casi sollozando—. Yo..., ¡no sé qué me pasa! En el momento, escucho a Giò proponerme algo, como ir a mi casa a fumar o «Apuesto a que puedo llevarme el cuadro de plata de ese local sin que el hombre me atrape», y pienso: «¡Sí, ándale, genial, qué divertido!». —Se pone rojo hasta las orejas, pero continúa—: Luego nos atrapan, se arma un lío, mamá se encab... se enoja, el tío debe intervenir y se empu... me grita, y yo pienso: «Pero no puede ser, ¿qué hice? Qué idiota soy, ¿en qué me metí?». Y me digo que si hubiera sabido que terminaría así, no habría valido la pena arriesgarme. Y el hecho es que sé muy bien que termina así. Porque siempre termina así. Pero lo hago de nuevo.

Parece realmente angustiado. Tiene trece años y parece un alcohólico que se destruye porque no puede salir del túnel.

—Luego me gano la puti... los gritos, prometo hacer las cosas bien, mamá me abraza, el tío dice «Mmm», que es su modo de hacerme entender que me perdonó, y de repente me siento la mejor persona del mundo. Siento que todos me quieren y que creen en mí. Estoy superconvencido y durante algunas semanas voy a la escuela, estoy atento, hago las tareas y regreso a casa; mamá está superfeliz y todo va muy bien. Y luego un día me aburro y llega Giò como si no hubiera pasado nada y me dice: «Oye, mañana estaré solo en casa y tengo un poco de marihuana», y me dice que tal vez podríamos invitar a dos de sus primas, que tienen dieciséis años y yo sé, ¡lo sé!, que mamá me prohibiría ir. Así que ¿qué hago? ¡No se lo digo! Finjo que tengo que ir a la biblioteca o al parque con otras personas, y luego sucede algo —porque siempre sucede algo— ¡y nos pescan, y yo me siento un estúpido! Y me avergüenzo mucho y estamos de nuevo en el punto de partida.

—Qué problema —señalo.

Lo bueno es que lo pienso de verdad. ¿Quién diablos se cree la gente para gritarle, para decirle a un niño que debe comportarse bien siempre y no tener fallas, y que si no puede, es su culpa? La única diferencia entre nosotros los adultos y ellos es que, cuando tenemos fallas, nosotros nos las permitimos sin remordimientos y luego nos autojustificamos diciendo que los riesgos y los errores forman parte de la vida, que más bien son la pimienta de la existencia, nos instruyen y nos forman y blablablá. Nos contamos que debemos *agradecerles* a nuestros errores porque *fueron ellos los que nos hicieron las personas que somos*. Como si hubiese algo que presumir sobre las personas que somos. A los chicos, en cambio, les decimos que no deben cometer errores, que no deben tener debilidades, o los llenamos de gritos y de bofetones. El resultado es que caen de igual modo, pero gracias a nosotros sienten una gran culpa. También podría predicarle a Ivano que la elección de no meterse en problemas está en sus manos, que si no puede conducir siempre una vida recta e impecable debe de ser porque es un irresponsable y que se merece cada reprimenda, pero mientras tanto tendría que hacer callar a patadas a esa parte de mi cerebro que me recuerda que yo me descubrí más vengativa y rencorosa que lo que habría pensado; me siento infantil, ridícula e instalada en el fondo del barril cómodamente. No hay una gran diferencia entre este mocoso y yo, aceptémoslo. Ambos nos descubrimos más frágiles de lo que quisiéramos ser, y después ambos la pagamos con la piel, avergonzándonos como perros.

Es probable que Ivano capte la sinceridad de mi empatía, porque asiente con un rostro entusiasmado.

—Es como ese juego que hacíamos de pequeños... bueno, que mis compañeras de clase hacían de pequeñas —especifica. No tengo claro si la puntualización significa «sólo ellas, porque es cosa de mujeres», o «sólo ellas, porque tú eres demasiado vieja y los juegos que hacías en la primaria debían involucrar puntas de cuarzo y un pedernal»—. Lo llamaban el juego de «Infierno y Paraíso».

—Te parecerá extraño, pero lo conozco.

—¡Sí! Ese es el que doblabas un papel para hacer una especie de cajita, pero con espacios en donde puedes meter los dedos. Luego escoges un número y, por cada número, abres y cierras las manos de forma que aparecen las diferentes ventanillas, y cuando llegas al número que escogiste ves qué hay debajo de la ventanita y puede estar escrito «Infierno» o bien «Paraíso».

Es evidente que Ivano no creyó que yo supiera de verdad de qué está hablando y consideró oportuno explicármelo desde el principio. Tendré que hacerle notar que es probable que incluso una cariatíde como yo conozca juegos que no implican la invención de la electricidad.

—Una especie de «Me quiere o no me quiere» de papel —sintetizo.

—¡Exacto! Así es. Me parece que yo vivo así. —Los hombros se le desinflan en un suspiro—. En un momento estoy en el Infierno, en otro en el Paraíso, y no logro controlarlos. Nunca sé cuál será el próximo en salir. Creo que estoy en la zona del Paraíso, pero luego hago una gran estupidez y antes de que pueda decirme «No, tonto, pero ¿qué estás haciendo?», ya estoy en el Infierno. Y siempre sucede así, al infinito.

Berganza tiene razón. Ivano es de veras inteligente y sensible. Y sobre todo no se anda con cuentos. Ahora, por ejemplo, no está prometiendo que no hará ninguna estupidez en su vida nunca más; más bien está preocupado porque es consciente de que casi con seguridad no sabrá evitarlo. Lo que no sabe es que ni siquiera a los treinta y cuatro años será capaz de evitar hacer alguna gigantesca estupidez de vez en cuando, pero dejaré que lo descubra a él solo.

—Lo único bueno de esta mier..., de esta porquería —concluye con un suspiro— es que las dos se alternan siempre. La parte del Paraíso tal vez no dura mucho, pero por lo menos tampoco la del Infierno. Ya estoy comenzando a entenderlo. Hago mi pende..., mi tontería de turno, sucede un lío, pero antes o después vuelvo a ser yo, entiendo que fue una estupidez, mamá entiende que entendí y se calma, el tío bufa y poco a poco regresa el Paraíso. Hasta que lo arruino de nuevo. En fin, no puede ir todo mal siempre. Ni tampoco siempre bien, claro, pero al menos ahora lo sé, y puedo tener el corazón en paz en vez de hacerme tragedias griegas o, al contrario, sentirme demasiado seguro de mí mismo. En fin, necesitaría volverme demasiado bueno para..., para estar preparado, creo. Para no esperar que las cosas irán bien sólo porque están en orden, sino también para no desanimarme demasiado cuando no lo están, porque dentro de ti sabes que antes o después esto también pasará, ¿no?

Me mira esperanzado con sus ojotes de cachorro. También yo lo miro.

—¿Sabes? —le digo—. Este sería un gran tema para una canción.

Diez minutos después, abro la puerta y Berganza y Betti están ahí delante.

—¿Sí? —dice Berganza. Echa una mirada a la sala y sé que desde ahí sólo ve la inexpresiva nuca de su sobrino.

—Necesitamos papel.

Berganza mira a Betti. Betti dice:

—¿Para...?

Yo:

—Encender un fuego.

Betti lo procesa.

—Para escribir, Betti. Para tomar apuntes. Eso que se hace con el papel. —Betti se gira y va por unas hojas. Desde atrás, le grito—: ¡Y una pluma! —Volteo hacia Berganza y le digo—: Estuve a punto de decírselo cuando regresara con el papel sólo por el gusto de obligarlo a hacer dos viajes, pero quizá mañana estaría enfermo por el esfuerzo.

—¿Para qué diablos quieren el papel? ¿Le está haciendo firmar una confesión?

—Casi, pero mejor —respondo con un guiño.

Un montón de imágenes

Al día siguiente, mi celular vibra mientras estoy sentada en la cama de Irma. Le echo un vistazo desde el resquicio del bolsillo, pero ya sé de qué se trata.

Mi mamá se calmó el tío no me reprendió xque le dije ke ya lo hiciste tú y dijo ke lo sabía. Aún estoy vivo y ahora stoy en la escuela. ¡¡¡¡¡Gracias!!!!!! ¿Luego dices cómo quedó la canción?

Sonrío. Claro, digito para responderle a Ivano, que contesta en una fracción de segundo con el emoticón de un pulgar levantado. Oficialmente somos socios de negocios. Yo le hice más soportable la vida a él, él me resolvió un problema a mí. Le expliqué mi problema con la canción y le dije que ese asunto de «Infierno y Paraíso» podía ser una oportunidad. Que puso el dedo en una cosa increíblemente importante e interesante, y que, si aceptaba profundizar el argumento, me haría un favor. Que, si no le molestaba, quería que me hablara más de ese pantano existencial en el cual todos nos debatimos intentando ser buenos e integrísimos como se nos enseñó, y el asco en el que nos encontramos cuando inevitablemente damos un paso en falso y nos avergonzamos de nosotros mismos. Y que, una vez que dejamos de sentir lástima por nosotros mismos porque no podemos controlarlo siempre todo, al menos podemos decirnos que, ya sea el Infierno o el Paraíso, antes o después todo pasará.

Él me miró con sus ojos de liebre, y exclamó:

—¿Yo dije todo eso? ¡Genial!

Luego continuamos hablando de eso, y me dijo y me repitió todos los aspectos que se le venían a la cabeza, feliz por encontrar al fin, si no una solución, al menos imágenes y nombres para describir las arenas movedizas en las se sentía bloqueado. Y mientras Ivano hablaba, yo buscaba la rima, la métrica, un modo para abrir la primera estrofa con cierto efecto, y le preguntaba si entendí bien y si aquello que escribí le gustaba. Mientras tanto, pensaba que escucharlo a él era ya como escuchar una canción, que era como seguir esa mezcla de poesía ingenua y de precisión emocional que te induce a no cambiar la estación de radio y a estar muy atento a las palabras hasta el final de la canción.

Y bueno: después del alivio, no hubo nada más. Nuestra charla no tuvo absolutamente ningún valor formativo. Faltaría más. Para ser una buena pedagoga, debí decirle lo contrario. Debí borrar

tajantemente su teoría de la llanta que gira y decirle que si queremos podemos quedarnos en la cima, que si uno tiene el coraje suficiente nunca abandonará la línea recta y blablablá. Qué lástima que no pienso eso. Además, ¿a quién le importa? Su teoría es la mejor que he oído hasta este momento para entender algo de este carrusel abominable en el que todos corremos como hámsters, y ya es cosa de los padres si quieren inculcarles algo distinto a sus hijos.

Sólo sé que Ivano, cuando salió conmigo de la oficina de Berganza ayer en la noche, pareció regresar del Infierno al Paraíso.

Y yo tenía lista mi canción para Morgana y dentro de los términos del plazo.

—Y esta es la tercera caja —anuncia Delia amabilísima, trayéndome de nuevo al presente (aunque una parte de mi cabeza sigue contando las sílabas de un par de versos y preguntándose si no sonarían mejor con algún pequeño retoque).

Delia, Irma y yo estamos en la recámara de Irma, una preciosa y grande, cómoda y asoleada. Y yo que quería fotos; bien, pues aquí las tengo. Sentadas en el borde de la cama de Irma como tres mocosas durante una pijamada, observamos el contenido de las primeras dos cajas, que se encuentra esparcido delante de nosotras sobre el cubrecama de ganchillo. Le dije a Irma que el editor quería insertar en el libro viejas imágenes de la familia Giay Marin. Irma reaccionó como si lo estuviese esperando. Descubrimos que tiene estas tres cajas de fotos, y que no hay que buscarlas en quién sabe qué viejo revoltijo: al contrario, las tiene ordenadamente dispuestas sobre el tocador, como una señora del siglo XIX, para volver a verlas cada vez que lo desee. Y ahora las puso a mi disposición, y el resultado es que allá donde yo gire la mirada hay caras, muchas de ellas en blanco y negro, que me ven desde rectángulos brillantes.

—¿Se imagina? Los muchachos de hoy ni siquiera saben cómo se hace una fotografía como esta —comenta Delia levantando a la altura de sus ojos una vista de la casa Giay Marin en el otoño de 1974—. Las toman con el *smartphone* y no vuelven a verlas, pues ¿qué necesidad tienen? Siempre estarán allí. —Vuelve a bajarla—. Y si no les satisfacen, para eso está el Photoshop.

Pienso que las fotos de la familia Sarca siempre han estado en un álbum de cuero en la vitrina de mis padres. Junto a la marca, AUTÉNTICA PIEL, muy pequeñito y escondido en un rincón interno, a los dieciséis años escribí HUMANA con letras de imprenta muy parecidas, para que se mimetizaran con el resto. Creo que hasta ahora nadie en la familia se ha dado cuenta.

La verdad es que no sé decir si las fotos responden a alguna de mis preguntas. Por el momento, me limito a escrutarlas, almacenando la información en mi cabeza. A algunas les tomo foto con mi celular para luego poder mostrárselas a Berganza. Más de la mitad retratan a Aldo y a Adriano de niños: a veces a uno, a veces al otro, pero sobre todo juntos. ¿Será que en realidad Irma quería conservar tantos recuerdos de Aldo, su hijo secreto, como fuera posible, y por lo tanto terminó por tomarle muchas fotos también a Adriano para no causar sospechas, o será que los niños siempre estaban juntos? Es posible, aunque también lo es que quisiera a Adriano, y que por eso lo retratara con gusto, con empeño. No sé qué decir. De nuevo. Una sutil corriente empática continúa repitiéndome que Irma era de verdad cariñosa con Adriano.

Me digo que debo volver a examinarlas. ¿Qué más puedo hacer?

Continúo observando las imágenes.

—¿Quién tomó estas? —pregunto, levantando una fotografía instantánea en la que Irma tiene más de cuarenta años y muestra con orgullo un dulce evidentemente hecho por ella. Es bellísima. Tiene las caderas más anchas y los senos más llenos que las modelos de la época. En las fotos en las que aparece alguna modelo amiga de Adriano en el fondo, parece una manzana en medio de troncos. Su cabello negro tiene un corte más elaborado del que se esperaría de una cocinera, y sospecho que los zapatos con un gracioso tacón de aguja no eran los que solía usar en la cocina.

Irma voltea hacia la foto y mueve la cabeza hacia delante y hacia atrás hasta enfocarla. La edad hace que todos parezcan ingenuos.

—¡Ah, esa me la tomó Armando! —exclama.

No necesita verla mucho: como les sucede a muchos ancianos, puede que no se acuerde qué desayunó, pero tiene una memoria infalible para todo lo referente a su pasado. En efecto, delante de mí, que estoy aquí para hablar casi sólo de eso, la cabeza de Irma no muestra fallas. No es casualidad, pero en esas poquísimas veces que se le escapa alguna pequeña deficiencia en mi presencia, tengo la misma impresión que cuando se descubre un gusano en una cereza.

—Todas las fotografías que ve las tomó Armando —explica—. Tenía esta máquina y decía que se divertía mucho tomando fotos de «lo que quería y como quería, para variar». Me acuerdo de esa foto. Era su cumpleaños y afirmaba que no era justo que ese fabuloso postre terminara... ¿cómo era? Que terminara «bajando por nuestros tubos» y no quedara nada, así que lo immortalizó. Delia asiente.

—Así era él. Mi suegro era justo así. —Voltea hacia mí y me quita la foto de los dedos con delicadeza, observándola con una sonrisa—. ¿Sabe?, yo lo conocí poco, después de todo. Era una estupenda persona, y cuando me comprometí con Adriano estaba muy feliz de que hubiera sido yo la que entró en la familia, y no cualquier tonta modelo, cosa que me enternece. Por otro lado no era un *snob*. ¿Se sabe la historia del nombre?

No la sé.

—Todos piensan que Giay Marin es un elegante apellido de origen francés —explica Delia—. En vez de eso, viene de la Val Sangone, a treinta kilómetros de aquí, que está cerca de la Val di Susa. Allí hay un bonito pueblecito a media montaña que se llama Giaveno, en el que un montón de gente se llama Giay algo: Giay Levra, Giay Checa, Giay Gischia... Giay Marin era una combinación particularmente agraciada, así que mi suegro le puso este nombre a su negocio sin pensar demasiado en inventar otro. Pero a quien lo trataba como una sofisticada estrella internacional no dejaba de sonreírle de forma astuta, porque en su interior sabía muy bien de dónde venía.

Ríe. Qué pena. Esta situación del homicidio, quiero decir. Iría todo muy bien si yo estuviera aquí exclusivamente para escribir el estúpido recetario, y pudiera..., o, más bien, las tres pudiéramos gozar momentos de tranquilidad como este sin la enorme sombra de la investigación que los mancha.

En vez de eso, la investigación está presente, y mi cerebro, que no se olvida ni por un minuto de ella, registró información. Las fotografías esparcidas sobre la cama son muchas. Y muchísimas —muchas más de las que retratan a Judy— retratan a una Irma deslumbrante, immortalizada en poses estudiadas o de forma espontánea por el ojo afectuoso de alguien que, en efecto, pudo ser su

amante.

—¿Era Armando quien le hacía ponerse esos vestidos? —pregunto.

Irma asiente.

—A Armando le gustaba mucho vestirme para las fotos. «¡Ponte ese chal allá, que te hace resaltar los ojos!», me decía. O bien: «¡Aprieta un poco más el delantal, que te adelgaza la cintura!». Decía que estaba harto de todos esos palos de escoba a los que estaba obligado a coserles encima pañuelos para la nariz porque estaban tan secas que tampoco necesitaban mucha más tela; le gustaban las mujeres hechas con forma de mujer, como yo.

Y le doy la razón. Irma de joven era un escándalo.

Ya sabes, envejecer; un día eres la fabulosa Rita Hayworth y al siguiente un patético papelito arrugado. Un día eres Margaret Thatcher y al día siguiente pierdes la compostura. Un día eres la burbujearte Irma Envrin y al día siguiente eres Vani Sarca. El mundo es una mierda.

Delia asiente en señal de acuerdo, luego su mirada se prolonga un instante más de lo normal. Ah, claro. Es la señal de entendimiento. No tiene que ver con la conversación que estamos teniendo, sino con lo que le comuniqué antes de iniciar la visita.

Observamos a nuestro alrededor, ambas en busca de lo mismo.

Antes de llegar, llamé a Delia y le expliqué mi nueva misión. Sobre todo, le dije que necesito ayuda porque es importante que Irma no se dé cuenta de nada. Todo el mundo sabe que, si está en curso una investigación y alguien te pregunta si puede tomar prestada tu toalla, debe de ser por la cuestión del ADN que se ve en cada serie de televisión. Irma no puede darse cuenta de la treta, o comprendería que vamos tras la hipótesis de la maternidad secreta.

Delia, como siempre, aceptó sin siquiera dejarme terminar la frase. Justo ahora repaso con la mirada toda la superficie de la recámara de Irma, y Delia, siguiendo la dirección de mis ojos, hace lo mismo.

El cubrecama immaculado.

El parquet, tan limpio como para poderse reflejar en él (condenadas criadas hipercuidadas).

La puerta entrecerrada del baño, desde la que se entrevé el espejo sobre un lavabo de un blanco reluciente.

Un cepillito de dientes sería lo ideal, como es obvio. Bueno, si Irma tuviera dientes. Pero ochenta y un años son ochenta y un años aunque los viviera en una de las casas más elegantes de la nación, y más de sesenta años de fiel servicio no te garantizan morir con tus dientes en la boca: como mucho te permiten unos postizos hechos por un dentista muy bueno.

Aparto la mirada de la apertura de la puerta del baño privado —los ojos de Delia hacen lo mismo siguiendo los míos— y vuelvo a concentrarme en la recámara. El tocador. El tocador es seguramente la luz al fondo del túnel. Porque sobre él se muestra la solución a todos mis problemas. Un gran clásico en la historia de la búsqueda del ADN. Un cepillo.

Seguro que será un cepillo muy limpio, pero debe de haber un maldito cabello miserable incluso en un cepillo muy limpio, carajo.

Miro el cepillo, luego a Delia. Delia entiende.

—¿Y esta, Irma? —pregunta extrayendo una foto cualquiera del montón. Mientras tanto, me levanto como quien quiere estirar las piernas.

—¿Esta? Mmm..., de una fiesta de modelos, creo —vacila Irma, entrecerrando los ojos—. Adriano, que en paz descansa, las hacía con frecuencia. Míralo aquí, ¡qué bien se veía con su traje azul oscuro! —Fantástico: pues, para distraer a Irma, Delia tomó precisamente una de las fotos más adecuadas para reavivar en ella el recuerdo de su marido muerto. Esta mujer es un verdadero ejemplo de desgracia últimamente (si pasamos por alto su patrimonio millonario, su vida de ensueño y el increíble aspecto físico que posee, claro).

Trato de hacerlo rápido y agarro el cepillo. En efecto hay un maldito cabello gris —sólo uno—. Lo saco y lo guardo en la palma de mi mano mientras finjo que busco un pañuelo en el bolsillo y me limpio la nariz. Mira qué actuación estoy haciendo. Mientras Delia comenta algo sobre el fabuloso aspecto de su difunto marido con una desenvoltura más falsa que los dientes de Irma, meto el cabello en el pañuelo y lo guardo de nuevo en mi bolsillo.

—¡Se me ocurrió una idea! —exclama Delia tan de repente que hasta yo me sobresalto. Menos mal que no lo hizo hace un momento, o adiós cabello—. Vani..., ¿por qué no viene a nuestra fiesta de Navidad?

Pocas expresiones me hacen activar tanto mis alarmas interiores como *fiesta de Navidad*, así que mi primera reacción, al encontrarme tan desprevenida como estoy, es bloquear los ojos y sentir que los músculos de mi cara se convierten en cemento armado. En pocas ocasiones Vani Sarca permanece en una habitación dos segundos después de que las palabras *fiesta de Navidad* se hayan pronunciado. Miro a Delia, preguntándome si notó mi expresión no del todo cargada de entusiasmo, y me doy cuenta de que quien está cargada de entusiasmo es ella. Oh, diablos. Esta vez no está fingiendo para distraer a Irma, porque me vio esconder el cabello y por lo tanto sabe que no hay necesidad de cubrirme. Esta vez Delia habla en serio.

—Todos los años damos una pequeña *party* antes de las fiestas —me explica—. Algo discreto, íntimo... Con algunos amigos periodistas, algunas de nuestras clientas cercanas de hace años, algún personaje que tal vez conocimos por razones de relaciones públicas y con quien tuvimos el gusto de crear un vínculo... Le prometo que no será nada pomposo. Es que usted, Vani, ya es de la casa, y sería un verdadero placer para mí mirar a mi alrededor esa noche y ver su rostro entre el de todos los invitados.

Me suelta una sonrisa encantadora. Necesitaría a Truman Capote para explicarlo. Tengo delante a esta Holly Golightly un poco más veterana que me mira y me sonríe, y sospecho que me está engañando con sus grandes ojos, sus incisivos y esa especie de serena melancolía que puede ser poco creíble, pero que no puede esconder y blablablá. El hecho es que, antes de racionalizar si me está tomando el pelo o no, ya accedí a cada solicitud. Por un instante, entiendo bien cómo Adriano Giay Marin decidió, de entre todas las mujeres que tenía a su disposición, casarse justo con ella.

Me aclaro la voz.

—Es una invitación muy amable, pero este..., no sé como decirlo. No, no soy el tipo de persona indicada para asistir a una fiesta.

Delia se echa a reír. Me parece que también a Irma se le escapa una sonrisita sardónica. Perfecto. También me tomó el pelo la cocinera que se parece a mí misma de vieja.

—No es que no se note, ¿sabe? —dice Delia en tono amistoso—. Pero la verdad es que usted está mucho más... en sintonía con nosotras que muchos de los huéspedes a los que tendremos que

invitar. No estaría fuera de lugar en absoluto, se lo garantizo. Y para mí, como dije, sería algo muy grato.

La miro y dudo. Pensándolo bien, esa serena melancolía de filigrana que vi hace poco podría no ser falsa. O sea, ¡vamos, Vani! Recuerda lo que te dijo Berganza. No seas prejuiciosa sólo porque esa mujer viste cuatro pagos de tu renta en vestidos de casa. ¿La oíste? Más que una invitación a una fiesta, está asumiendo el cariz de una súplica. Se trata del ruego de una mujer que tiene ante sí la necesidad formal de arreglar una fiesta mundana en la que le tocará ser una anfitriona desenvuelta y dueña de la situación, mientras su vida está destrozada y la última cosa en la que querría pensar es en si hay suficientes canapés de salmón. En efecto, si siente la necesidad de tener a alguien en la sala con quien intercambiar una mirada que le dé confianza sobre el hecho de que alguien sabe lo que está pasando es completamente comprensible.

Pero ¡carajo! Otra fiesta de Navidad. Y en casa de los Giay Marin. Y Delia puede tratar de vendérmelo como una ocasión informal. Como si no supiésemos ambas que su concepto de *informal* es «se sirve el *buffet* en vez de estar sentados en la mesa con tres tenedores enfrente», mientras el mío es «en calzones con los pies sobre el escritorio y bebiendo Bruichladdich directamente de la botella».

—No tengo nada para ponerme —aventuro como último intento.

—A decir verdad, es justo eso lo que me dio la idea de invitarla —admite Delia. Ahora tiene en la mirada un brillo divertido y astuto. Mierda—. Estaba mirando el atuendo de las modelos en esas fotos de fiestas mundanas que Adriano amaba organizar y pensé: ¿cómo se vería Vani con un vestido Giay Marin? —Gira hacia mí la foto que tenía presionada contra el pecho cuando comenzó a hablar—. Algo así —anuncia golpeando la punta del índice sobre uno de los sujetos.

Miro debajo de su dedo.

—No.

—¿Por qué? Yo lo encuentro perfecto —exclama Delia.

—No, no, no. De ninguna manera. ¿Cuánto debe de costar? Ni de broma. Yo no me pongo ninguna prenda que cueste más de cuarenta euros. Es demasiada responsabilidad.

—Pero es negro, es sexy. Y admítalo, Vani: es precisamente su estilo, sólo que trasladado a un vestido de noche.

—No. Gracias, de ninguna manera. ¿Sabe?, los tragos tienen la tendencia a derramarse, los tacones a quedar atrapados en los encajes y descoserlos, los...

—¡Vamos! ¡Este vestido expresa precisamente su tipo de *glamour dark*!

—Este vestido expresa un seguro de miles de euros, eso es justo lo que expresa.

Irma se acerca a echar un vistazo. Mete su cabeza entre las nuestras y mira la foto. Luego se ríe nuevamente.

—¡Tendrán que recortarlo a la mitad!

Delia le lanza una mirada de reprobación.

—Pero es porque aquí lo está vistiendo una sueca de un metro ochenta —objeta.

—Y esto cierra la cuestión: yo no puedo ponerme nada que fuera pensado para una sueca de un metro ochenta.

—¿Apostamos a que sí puede? —Delia gira para sonreírme—. No se necesitaría nada. Una

llamada por teléfono a Ernesto, mi sastre personal, y dentro de una hora el vestido tendría sus medidas. Fíese de unos diseñadores de fama mundial, Vani. Hay mucha gente que lo hace. —Y me cierra el ojo con complicidad.

Holly Golightly 2.0 versus Vani Sarca: uno a cero.

Por otro lado, Holly jugaba en casa.

—Sábado 20 de diciembre a las ocho. Traiga a quien quiera —concluye con la seguridad ancestral de quien está acostumbrada a ganar.

Cocina para novelas policiacas

En la noche, ya en casa de Berganza, lo primero de lo que me doy cuenta es que avanzamos un paso más en la elaboración de una analogía más completa entre nuestras lecciones de cocina y la cotidianidad profesional del comisario.

No se trata solamente de la expresión metódica con la que Berganza afronta la preparación del platillo de turno, como cuando selecciona la cantidad de relleno para ponerle a un *raviolo* y parece que está recopilando una muestra en la escena del crimen. Hoy vamos más allá, y también tenemos el aparato iconográfico: sobre la tabla de picar, las verduras se despliegan como en uno de los retratos de Arcimboldo, lo que las hace parecer un cadáver sobre la mesa de la morgue.

En el borde de la izquierda: una papa, algo que parece un tallo de apio pero más ancho (y que en el curso de la noche descubriré que se llama cardo), cuatro medias calabacitas dispuestas en horizontal y cuatro medias zanahorias también dispuestas en horizontal.

—Hola, Sarca —saluda Berganza.

—¿Puedo? —pregunto. Quito las dos medias zanahorias de la parte alta y de la baja, de modo que queden sólo las dos centrales, que de inmediato parecen las piernas del hombrecito vegetal—. Veo que esta noche también tenemos a un muerto. ¿Qué hacemos con estas verduras? ¿Las cocinamos o dibujo una silueta a su alrededor con gis?

—Oh —exclama Berganza observando la tabla. Apuesto a que no se dio cuenta ni en lo más mínimo. Mientras voy a dejar mi bolsa a los pies de la que ya se convirtió en mi silla, le doy una mordida a una de las zanahorias robadas.

—Antes de que lo olvide y a propósito de gente tumbada, recuerda que mañana en la tarde tiene su primera clase de *krav maga*, ¿verdad?

—¿Cómo olvidarlo? —asiento, aún masticando.

—Y hablando de eso, ¿de pura casualidad podría explicarme por qué mi sobrino me preguntó esta mañana si conocía algún buen curso? Dijo que es «demasiado genial» y que de veras quiere practicarlo. ¿Tiene alguna relación con el hecho de que apenas busqué un curso de esa disciplina para usted?

—¿Quién puede entrar en la cabeza de un treceaño? —esquivo a propósito. Pero sonrío.

Berganza lo deja pasar y renuncia a indagar más. Luego, ¡sorpresa!, se enorgullece y lanza grandes anuncios.

—Bien, ¿está lista, Sarca? Esta noche tenemos una lección de altísima importancia para el

recetario de una cocinera piamontesa. —Se le escapa hasta una expresión teatral—. Esta noche: *bagna cauda*.

—Esto significa que mañana en la mañana seremos inmunes a los vampiros, y probablemente también al resto del género humano. ¿O tiene intención de hacer la versión sin ajo?

—Primera enseñanza de esta noche: la *bagna cauda* sin ajo no existe. Seguiremos la receta de Irma en lo posible, anotando cada detalle, los pasajes que falten y las eventuales correcciones, pero usaremos la cantidad exacta de ajo que Irma dijo que hay que usar.

Suspiro.

—Mañana nadie se aventurará a entrar en su oficina, ¿lo sabe?

—Ojalá.

Me río y me acerco a la barra. El hombrecito de verdura nos mira desde la tabla, tranquilo, consciente de que aún cuenta con una hora de existencia antes de ser comido.

Probablemente en señal de rechazo a las luces de neón brillantes de la estación de policía, Berganza usa el menor número posible de luces en su casa. Esto no impide que se vea bien; un buen cocinero, y un buen maestro, no aceptaría nunca cocinar sin poder darse cuenta de cada posible abolladura de un jitomate, de cada vena de la carne. Pero los focos que están sobre la superficie de trabajo emanan una luz cálida, y el resto de la casa está iluminada por una discreta lámpara de piso. La sala blanca y de acero se arriesgaría a parecer una sala operatoria, pero así, con esta iluminación suave, debo admitir que no está tan mal como lugar donde pasar las noches.

Aunque, bueno, vuelvo a mirar al hombrecito de verduras recostado en la tabla y todo vuelve a ser una sala operatoria.

—Encontré un cabello —anuncio mientras Berganza busca un recipiente en una de las alacenas.

—Quítelo y no sea maniática.

—No, aquí no. En la recámara de Irma. Para lo del ADN.

El comisario voltea para verme.

—¿Y me lo dice así como si nada? ¡Es una excelente noticia! ¿Algo más?

—Fotos —respondo—. Habré visto miles. Las más interesantes las fotografié: después se las muestro, así también le explicaré qué representan y de qué años son.

Berganza asiente.

—Tendremos tiempo. Según la receta de Irma, la *bagna cauda* debe hervir durante casi cuarenta minutos a fuego muy bajo. Mientras tanto me ens... Pero ¿dónde puse ese cuenco? Era perfecto para poner a desalar las anchoas... —Lo observo mientras abre y cierra un par de puertas con más ollas que las que yo he poseído en toda mi vida. Propone—: Mejor: ya que estamos hablando de literatura, dígame en qué capítulo se incluirá la receta de esta noche.

La realidad me embiste como un camionero con un ataque de sueño. Porque la verdad es que la anécdota de Irma de la *bagna cauda* es tan sabrosa como la propia *bagna cauda*, y a mí me tocará transformarla en un empalagoso caramelo.

Está bien. Hagámoslo. Démonos una pequeña satisfacción, ya que hoy en día avanzar de una pequeña satisfacción a otra parece ser lo máximo que puedo negociar con el destino, y contémosle la historia a Berganza tal y como Irma me la contó a mí.

Mientras las manos de Berganza limpian las anchoas a un ritmo de casi diez a una con respecto

a las mías, comienzo a contarle esa vez en que un embajador japonés, que era huésped en casa de Armando Giay Marin y que estaba en busca de un vestido para su hermosa mujer, quiso probar una típica receta local.

—Armando le describió la *bagna cauda* y el japonés pareció entender —continúo—. Armando pensó en explicárselo una segunda vez, y el otro exclamaba, muy educado: «Sí, sí, bagna, sí, caoda, sí-í».

Berganza se ríe.

—¿Así lo ha imitado Irma? Esa mujer debe de ser muy agradable.

—El hecho es que Irma es informada de los deseos del huésped y no puede sino complacerle. «Es su problema si no entiende —dice—. Si quiere *bagna cauda*, la tendrá». Trabaja toda una tarde, y durante la cena el japonés y su esposa son recibidos por un andamio de verduras tan glorioso como nunca antes se había visto.

—Imagino el espectáculo —asiente Berganza.

—Armando y Judy responden con grandes sonrisas a las expresiones entusiastas de los huéspedes, pero dice Irma que secretamente están muy preocupados porque la *bagna cauda* es muy traicionera para quien nunca la ha probado, y parece que uno de cada dos novatos termina por pasar una noche en el Infierno.

—Oh, Dios —exclama Berganza. Luego se detiene a mitad de una anchoa—: Usted ya la comió alguna vez en su vida, ¿verdad, Sarca?

—Obvio. Nosotros los sociópatas solitarios somos el *target* ideal para la *bagna cauda* con ajo. Y, por cierto, si era su manera de decir que se preocupa por mi salud, gracias.

Intercambiamos una rápida sonrisa. Rápida, pero amplia.

—Bien, moraleja de la fábula —retomo enseguida—: los japoneses se atiborran de *bagna cauda* como locos. Entre un «¡oooh!» y un «¡aaah!» de delicia, comen tres cuartos de todo lo que hay en la mesa. Armando se siente cada vez más aprensivo y trata de convencer a sus huéspedes de manera cortés de que deben moderarse, pero es obvio que no puede imponerles que dejen de comer, así que no le queda más remedio que presenciar el atracón retorciéndose las manos mentalmente con ansia. Llega el momento de darse las buenas noches; la pareja se despide, se retiran a sus respectivas habitaciones... y los japoneses duermen como dos ángeles en el Paraíso, mientras que Armando, probablemente por la tensión acumulada, termina pasando la noche sobre los azulejos del baño.

Berganza suelta una carcajada. También yo estoy sonriendo. Cuando Irma me contó esta historia por primera vez, yo reaccioné del mismo modo que el comisario.

—En fin, resulta que los japoneses son fantásticos consumidores de ajo, y en cuanto a las anchoas..., pues son el pueblo que hizo del pez crudo una exquisitez. Dice Irma que Armando, por el contrario, se sintió humilladísimo, se lamentó de que sólo era hombre a medias y aspiraba a afrontar una nueva *bagna cauda* una semana después, es decir, en cuanto se lograra recuperar de la anterior.

—Un verdadero guerrero —comenta Berganza, aún divertido.

Hay un momento de un silencio tranquilo durante el cual aún sonreímos, cada uno por su cuenta, pero sabiendo que el otro está haciendo lo mismo. Los filetes de anchoas se amontonan en el

recipiente y nuestras manos olerán a pescado hasta fin de año, pero no me molesta tanto.

Y así, por lo que parece, este tema de cocinar empieza a parecerme posible. Sí, a veces incluso me da la impresión de que quizá no esté tan mal.

Quién sabe si Berganza cocinó antes con alguien. Con alguna. Aunque, si hubo alguna, es claro que ya no forma parte de su vida, tomando en cuenta que la única foto que tiene en su casa es la de su hermana y su sobrino.

Por otro lado, supongo que tiene padres —o debió tenerlos—, pero no hay ni una foto de ellos. Tal vez se trata del tipo de persona que no expone las fotos de las personas que son verdaderamente importantes para él. Entonces, ¿Ivano no será tan importante para él? Ni pensarlo. Mierda. Este razonamiento no va a llevarme a ninguna parte.

Podría preguntarle. ¿Cómo no? Sólo podría hacerlo si el espíritu desencarnado y vagabundo de una mujer normal se adueñara de mi cuerpo, derrocará mi alma y hablara por mi boca.

Berganza se da cuenta de que lo estoy mirando. De golpe, también yo me doy cuenta de que lo estoy viendo. En un nanosegundo bajo los ojos y dirijo mi atención de nuevo a las anchoas, o a cualquier otra cosa.

—¿Sabe, comisario? Irma es un personaje de locura —comento, porque hablar es un excelente modo para hacer que la gente se concentre en algo que no sea el hecho de que la estabas mirando—. Tiene una gran facilidad para narrar las cosas. Se acuerda de un montón de detalles, de matices, del orden exacto de las acciones de todos... Pensé que tendría que tapar una gran cantidad de huecos, reconstruir dinámicas, ir a la caza de nombres y, en cambio, parece que lo único en lo que Irma tiende a divagar es justamente en las recetas, porque cuando cocinaba sus manos lo hacían solas y no le hacía falta concentrarse. Ah, y el día del homicidio. También de eso habla poco, siempre repite las mismas cosas: que fue ella, que puso el barbitúrico en la sopa de Adriano tomándolo de las provisiones de Delia y, en fin, si trato de profundizar, corta la plática y resopla como si ya hubiese agotado el tema. Me pregunto si, estando consciente de la gravedad de su acción, no tiene remordimientos, sobre todo por la noche. Pero, en lo referente a todas las demás anécdotas, es simplemente impecable. Yo no sabría referir episodios de mi vida con semejante limpieza. Luego lo extraño es que no se acuerda de si hoy comió ni por qué se metió un objeto en el bolsillo. Como si sólo viviera en el pasado, ¿no es triste?

El comisario no dice nada, pero de reojo lo veo asentir.

—Sea como sea, si llego a vieja, me gustaría muchísimo tener esa capacidad de narrar. No sé a quién le narraría, francamente. Dudo que tenga hijos o nietos. Tal vez ni siquiera tendré familia. Aunque tal vez terminaré en un asilo, y entonces quizá sea una buena idea tener siempre alguna historia brillante con la cual caerles bien a las enfermeras. Así lograré que me muevan con regularidad para ahorrarme las llagas que se hacen por estar en la cama.

Berganza me lanza una mirada entre escandalizada y alarmada, pero yo continuo, provocadora, antes de que él pueda abrir la boca, porque provocar también es excelente para distraer a la gente del hecho de que la estabas mirando.

—El problema es que no tendré nada que contar. Aparte de los libros que leo, suelo imaginar historias que le suceden a alguien más que ni siquiera existe. Vivo entre los libros y la pantalla de mi PC. Debería llevarme a alguna misión arriesgada y emocionante, ¿sabe? Tal vez ahora gracias

al *krav maga* podría participar en una buena pelea. Piénselo: a las enfermeras que me bañen podría enseñarles las cicatrices, ¡como sobreviviente de guerra!

—Sarca, le juro que si intenta hacerse daño, primero haré que la curen y luego la mataré yo mismo.

—No, en serio. Si no, ¿qué diablos me queda de fascinante? Como máximo podré contarles de la vez que lucí gratis un vestido Giay Marin en su fiesta de Navidad y...

—¿Va a ir a la fiesta de Navidad de los Giay Marin? —exclama el comisario y se pasma quedándose a la mitad de limpiar una anchoa, y por un momento pienso que fue un modo sagaz para cambiar de argumento. Una desviación muy inteligente para interrumpir esos pensamientos lúgubres con los que me divierto poniendo a prueba el humor negro de la gente. Y para que la gente olvide que la estaba mirando. Pero levanto la vista por un instante, y Berganza me mira con una cara que no quiere decir para nada «bonita desviación». Quiere decir: «Voy a ponerme a gritar, sólo debo escoger qué voy a decir, y usted hará bien en sujetarse la cabeza sobre el cuello con las manos».

—¡Sarca, por el amor de Dios! ¿Por qué no me lo dijo de inmediato?

—Ah..., porque lo estoy haciendo... ¿ahora?

—Es absolutamente necesario que me lleve con usted, ¿entendido?

Lo observo, vagamente divertida.

—No lo hacía un fan de las mundanales fiestas de la *jet set*.

El comisario se pasma.

—¡Sarca, me da igual la maldita *jet set*, pero estoy harto de conocer a esa misteriosa señora Envrin sólo a través de sus relatos y resúmenes! Esa mujer me está demorando con los casos que tengo en suspenso, está haciendo que me enemiste con el fiscal general, que ya no me soporta y tampoco soporta todas las preguntas informales que le estoy haciendo sobre cosas que no le puedo explicar. Me está obligando a reabrir un expediente espinosísimo, como si yo tuviera necesidad de hacerlo. ¡Y además me está haciendo perder el tiempo en impartir clases de cocina a una de las alumnas menos motivadas que existen! —Y no puedo dejar de darle la razón—. ¡Por fin tendría la posibilidad de entrar en persona a esa casa, de ver los lugares en los que se desarrollaron los eventos de esa infame noche, ver a la señora Envrin! Tal vez hablar con ella y, con un poco de suerte, incluso entrar a hurtadillas a su recámara a buscar algo...

—Comisario.

—¿Qué sucede?

—Si tanto insiste, yo estaría feliz de que quisiera ser mi acompañante en la fiesta de Navidad de la casa Giay Marin.

Berganza se da cuenta de que lo logró y emite otro de sus ruidos de hosca aprobación. No le digo que en lo primero que pensé desde que me invitaron fue en pedirle que me acompañara y que, con todo esto, me ahorró la molestia.

19

Estrellas

Agosto de 1990.

Crepúsculo sobre Bardonecchia. Crepúsculo tardío, para ser honesta. Aunque para ser *realmente* honesta, ya sería hora de mover el trasero y regresarnos a casa. Al menos esta es la modesta opinión de Vani Sarca, de casi diez años, que está envuelta en un anorak morado que la empaqueta hasta las puntas de su flequillo rubio. Ah, ya. No es posible que regresemos a casa. Lo máximo que podemos hacer es volver a ese estrecho, ridículo e incomodísimo *bungalow* que mamá y papá eligieron como sustituto de nuestra casa durante dos semanas. Catorce días de reclusión. Un resumen de los catorce años de cárcel de Edmond Dantès.

Vani odia el campamento. A su alrededor, hay un montón de gente descerebrada que está muy contenta. Su papá, por ejemplo. La idea de la parrillada en el prado fue suya, lo cual es un poco como descubrir que al primero a quien se le ocurrió la mala idea de la noche de San Bartolomé fue un antepasado tuyo. Comienzas a preocuparte por tener mala sangre en las venas. Papá reunió a una veintena de familias de sadomasoquistas: empleados de banco, geómetras, un ingeniero en motorización y gente así. Todos se pusieron sus chamarras técnicas completamente llenas de bolsillos, que hacen que se parezcan a unas gigantescas raíces de ginseng, y bajaron a la ciudad cuando abrieron las tiendas para comprar una catástrofe medioambiental en términos de carne de cerdo. Luego, con las mesas plegables bajo el brazo, invadieron el delicado microcosmos de un prado desierto en los límites del área de campamento para preparar la carne asada.

Fue terrible.

Para empezar, es el tipo de situaciones en las que los adultos gritan, lo cual es algo que Vani encuentra poco elegante en el mejor de los casos, y en el peor, un sabotaje a su necesidad de creer en los adultos. Además, hay demasiada gente. Esta es, en efecto, una medida no muy objetiva, porque ocurre a menudo que los parámetros de Vani clasifiquen como «demasiada gente» a cualquier presencia humana que excede a su persona. Pero Vani siente que, en casos como el de hoy, su juicio se acerca mucho a ser objetivo. Porque no sólo es una cuestión de calidad: cuando se habla de familias cargadas de niños que gritan, eso de «demasiada gente» se hace real cada vez más rápido.

Los niños son un problema aparte. Técnicamente, Vani también es una niña, lo cual significa que los adultos aplican con ella los mismos razonamientos y reglamentos que creen válidos para los niños en general. Así que le dan constantes incentivos para que juegue al aire libre, para que socialice con los chicos de su edad. Para que deje —«¡Santo Cielo, por una vez en tu vida!»— los libros de siempre y dé «una buena correteada, que aquí el aire es muy saludable».

Vani cree que todo esto es antievolutivo. Una vez incluso intentó decirlo: es antievolutivo. Nuestros ancestros corrían para escapar, para atrapar algo o para alcanzarlo. No concebirían nunca la idea de correr por correr. El progreso es un escritorio: un cómodo y gran escritorio con muchos libros encima. Vani lo afirma, su mamá se ríe y le dice que ella es su estrellita inteligente, y luego la manda afuera del *bungalow* mientras hace limpieza.

Su mamá siempre está haciendo limpieza.

Los hijos de los compañeros de la parrillada de sus papás tienen desde tres meses hasta catorce años. Los de catorce son dos gemelos que no hacen más que jugar fútbol, y Vani, gracias al Cielo, logra evitarlos con relativa comodidad. También logra mantenerse alejada desde el otro extremo del bebé de tres meses de los jóvenes Ortis. Una vez la señora Ortis intentó pedirle que lo cargara en brazos; incluso fue amable a su modo porque intentaba hacerle entender a Vani que confiaba en ella. El seco *no* de Vani la ofendió un poco, y Vani, que se dio cuenta, casi se disgustó. Pero oye, la guerra es la guerra, y hay que tener en cuenta a los caídos. Ya sabes cómo son los grandes. Primero tienen hijos y luego se pasan todo el tiempo buscando cualquier excusa para dejárselos a alguien más. Si Vani hubiese tomado al niño en sus brazos correctamente, quizá luego le habría tocado hacer de niñera a cada rato. De trece, once y diez años son las tres hermanas Marotta, a cuyo grupo su padre arroja a Vani con frecuencia, porque ya está harto de verla sentada a la mesa del *bungalow* (que, seamos francos, no es para nada comparable a un escritorio decente). Pero el peor fastidio de todos es la nube de pequeños monstruos de cuatro a ocho años que infesta el campamento. En comparación con ellos, las Marotta, que siempre quieren jugar a las Barbies, son una insignificancia. Porque: 1) Vani es la más madura, calmada y responsable de todas las muchachitas del campamento, así que si le confían los pequeños a ella, al menos todos pueden estar seguros de que no los llevará a hacer cosas peligrosas o a caminar por los despeñaderos, 2) a Vani le gustan tanto los libros que tal vez logrará convencer a alguien del grupo de que haga alguna de sus malditas tareas para las vacaciones, 3) Vani también es una pequeña antisocial problemática, ni siquiera sus padres pueden esconderlo, por lo que dejándole a los niños la obligan a convivir en comunidad, y los Sarca sólo deberían agradecerlo porque lo hacen «por su bien».

Ah, y 4) entre los niños de cuatro a ocho años está también su hermana Lara.

Todo esto significa que, para Vani, *campamento* quiere decir una larga y extenuante negociación para mantenerse lo más lejos posible de los mocosos y para poder esconderse durante algunas horas detrás de algún arbusto para leer, lo que obviamente es impensable en los días de parrillada.

Algo más que Vani odia de las parrilladas es que, al estar obligada a comer con las manos y no teniendo cerca un lavamanos, toda esa grasa le impide hojear un libro hasta la noche. Siempre y cuando logre llevar un libro a escondidas, claro está. Y, por si fuera poco, en el prado, en donde golpea el sol todo el día, sin un techo sobre la cabeza, se le broncean los brazos y la punta de la nariz. Esta es la cuarta cosa que Vani odia.

También se le ponen los cabellos más rubios. Así, los días siguientes todo es un «oye, mira: se te está poniendo el cabello como el de tu hermana».

Y esta es la quinta.

Por cierto, si Dios quiere, la parrillada ya está por terminar, y Vani sólo quiere regresarse al *bungalow* lo antes posible.

A su alrededor, los adultos están acabando de recoger. Son tan lentos como una muerte por desangramiento. Sobre todo porque, más que trabajando, están de fiesta: platican, se distraen o hacen una pausa para servirse la última gota de ajeno. «Anda, que así nos terminamos la botella». Papá está lleno de carne y vino, tiene el color de las costillas que compró y evidentemente está delirando.

—¡Una de las próximas noches tenemos que organizar una fogata! —proclama. Pues claro. Qué gran idea. Vani piensa que quiere ver a ese puñado de grises contadores y empleados de ventanilla dominando una de las fuerzas más impetuosas de la naturaleza: el fuego. O quizá no. No vaya a ser que la Madre Naturaleza tenga un momento de irritación —lo cual es posible, por cierto— y decida devolver a todos a su hogar con un pequeño incendio forestal.

Así, mientras cae la noche, inexorable, y hay todavía tres mesas por doblar y dos bolsas de basura para ir a tirar a la otra parte del descampado, Vani suspira y no encuentra nada mejor que hacer que acostarse sobre la hierba bocarriba, en obligada espera.

Apenas lo hace, se queda sin aliento. Sobre ella hay algo inimaginable, del todo inesperado. Algo que sus ojos de niña de ciudad no habían visto nunca. Hay estrellas. Pero una gran cantidad de estrellas. Y relucientes, blanco sobre negro, no como esas apagadas cabezas de alfiler que de vez en cuando logran perforar el cielo malva de la metrópoli. Parecen un polvo luminoso en granos irregulares. Pues Van Gogh no inventó nada con ese cuadro, piensa Vani, y levanta la cabeza para buscar los confines de esa inmensa tela. Entonces se da cuenta de la paradoja: la tierra sin luces —el bosque y el prado ahora débilmente iluminados por las antorchas de los campistas— es oscura, más de lo que jamás haya visto en la porción de capa terrestre que conoce, porque la ciudad está hecha de focos, ventanas, faroles, portones y carteles, y las luces la habitan incluso después de que caiga la oscuridad. En cambio, aquí la tierra es de veras oscura y compacta, y se extiende como una mancha negra uniforme hasta donde se ven las puntas de los árboles, mientras que encima —donde normalmente se encuentra ese cielo descolorido y uniforme, opaco por la contaminación luminosa— hay todo un bullir de luces, y puedes saber dónde termina la tierra por los límites que las estrellas trazan cuando desaparecen detrás de las frondas.

Es el mundo al revés.

Vani lo observa y se le escapa una sonrisita, probablemente la primera del día. «¿Ves cómo todo es relativo? —piensa—. El cielo nocturno lleno de luces, la tierra oscura y desolada. Mañana vendrá el sol y la tierra estará llena de vida, de personas y de colores, y en el cielo, empañado por la luz solar, no se verá nada». Podría equivocarse —después de todo, sólo es una enana de diez años que pasó la tarde entre unos niñitos hiperactivos— pero tiene la sensación de que se trata de una reflexión importante, una de esas después de las cuales te sientes un poco más alta, un poco más madura, un poco más rica de vidas que puedes gastar en el videojuego de la existencia.

En realidad, aparte de para no tener miedo de la oscuridad y para tener un poco menos de miedo del campamento, lo que está asimilando no le servirá para nada en absoluto.

Hasta cierta mañana, veinticuatro años después.



Hecho.

Escribo el título y la canción para Morgana está terminada. Apenas leí de nuevo el principio, la única parte para la que tomé la inspiración de mi experiencia y no de la de Ivano, y el episodio relacionado me saltó a la mente con toda su intensidad. Me acuerdo de cuando le expliqué a Ivano, la noche del interrogatorio, que necesitaba una imagen fuerte para comenzar la canción y que tal vez yo tenía una, si le parecía apropiada. En cuanto le propuse la que se me vino a la cabeza, sus conceptos se acomodaron como un traje de *spandex* sobre un superhéroe.

Guardo el documento e imprimo una copia. Luego escribo un SMS.

Voy a entregarla.

Ivano responde menos de tres segundos después.

¡Geniiiiial! ¿¿¿Luego me dices si funcionó???

Yo: *Aún no. Tengo en mente algo mejor.*

Ivano: *¿¿¿¿????*

Yo: ;-)

A veces, si hablas con un treceaño, es lícito usar estúpidos emoticones.

También le sonrío a una imaginaria Vani Sarca de diez años, rubia y bronceada muy a su pesar, que se sienta en el piso durante una parrillada de campistas y piensa: «Espero que al menos un día todo este dolor me sea útil». Lo será, pequeña y cínica yo. Casi un cuarto de siglo después, pero tú eres de las que saben esperar.

Estoy de un humor discreto, como siempre cuando termino un trabajo. Cabe decir que hoy, insospechadamente, hasta el *krav maga* ayudó a mejorarlo. Esta tarde fui a mi primera clase. Volví con ánimo de fiesta y la convicción de que descubrí mi vocación en la vida: golpear a la gente. ¡Los libros qué!

Meto en mi bolsillo la impresión de la canción. Cinco minutos después estoy en el piso de arriba y toco el timbre de la casa de Morgana.

—¡Buenas noches! —exclama la señora Cossato, la madre de Morgana, que parece a una versión descuidada de Kathleen Turner en plena decadencia física. Nada. Cada vez que me la encuentro, no puedo evitar preguntarme cómo diablos le hizo mi bien amada murcielaguita para salir de su vientre revestido de faldas de paño *beige*.

—¿Cómo está, señorita Sarca? Estamos a punto de cenar, esperamos también a Laura, que debería llegar en cualquier momento. De hecho: ¿quiere unirse? ¡Entre, se lo ruego!

La madre de Morgana me ama como sólo una madre soltera, frustrada e insegura puede amar a alguien que la trata como si la considerara la mejor madre del mundo. Es obvio que no la considero la mejor madre del mundo; se lo hice creer una vez sólo para salvar a Morgana de un

lío. Pero está bien, tampoco es la peor de las madres. Desde entonces, la señora Cossato me venera. Me gusta cuando mis estrategias de conducta me sorprenden con ventajas colaterales, como una invitación a cenar que siempre se agradece, aun cuando no me interese aceptarla.

—Gracias, pero no quiero molestarlas. Sólo tengo que entregarle algo a Morgana.

La señora Cossato va a llamar a la hija. Apuesto a que está orgullosa de estos intercambios de tú a tú entre su niña y la independiente y exitosa profesional que vive en el piso de abajo. Me la gané tanto que parece que se olvidó, en primer lugar, de mi *look* de inadaptada *dark*, y, en segundo, de lo más importante: el hecho de que vivo sola en el mismo edificio de la semiperiferia que ella, por lo que no debo de ser tan exitosa en la vida.

La mente humana es una maravillosa chatarra llena de agujeros manipulables.

Morgana llega corriendo desde el fondo del pasillo. Extraigo del bolsillo la hoja doblada en cuatro.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclama la muchachita aferrándola como si fuera el manuscrito original de un soneto de Ugo Foscolo.

—Haz buen uso de esto —le pido con solemnidad—. De ahora en adelante, todo está en tus manos.

Morgana me mira y parecemos Dios y Adán en la capilla Sixtina.

La señora Cossato nos observa desde el umbral de la cocina, y apuesto que se pregunta con una mezcla de curiosidad y orgullo qué secretos tan importantes están intercambiando las dos muchachas a las que más estima en el mundo.

Morgana asiente —sus ojos reflejan la emoción de un caballero que acaba de ser investido—, y se mete la hoja en los *jeans*.

—¿Está segura de que no quiere quedarse a cenar? —gorgojea la señora Cossato de nuevo.

—No, de verdad, gracias. No es necesario.

Mientras lo digo, el ruido del elevador, que se detiene a mi espalda, cubre mis palabras. La puerta se abre y aparece Laura. Morgana, su madre y yo estamos a punto de saludarla, pero Laura nos sorprende con una reacción insólita: apenas me ve, sale corriendo del elevador, se asoma a las escaleras y echa un grito que retumba en todo el edificio.

—¡Espere! ¡No se vaya! ¡Está acá, en el piso de arriba!

Después de lo cual la muchachita se serena y gira para vernos, mientras nosotras a la vez la miramos con un aire desconcertado.

—Subí al elevador con un mensajero que traía un enorme paquete —explica—. Bajó a tu piso, Vani, y fue hacia tu puerta. Imaginé que te buscaba.

La luz del elevador disminuye y luego desaparece, y un ruido de palancas da a entender que está bajando al piso inferior. Después de un minuto vuelve a aparecer. La puerta se abre y enmarca a un extraterrestre: un paralelepípedo con piernas.

El extraterrestre avanza. El paralelepípedo que constituye la mitad superior, o sea, una gran caja de cartón color verde pálido, es tan grande que entiendo por qué el mensajero prefirió volver a tomar el elevador antes que subir las escaleras con esa plataforma espacial que le impedía la vista de los escalones. Alarga los brazos, ofreciéndole la gran caja a quien la tome.

—¿La doctora Silvana Sarca? —pregunta.

—Soy yo.

El mensajero orienta la cajota hacia mí.

—Debe firmar.

—¡Acá! —exclama Morgana, que corrió a tomar una pluma con la eficiencia de quien es siempre la primera de la clase.

Laura me detiene el paquete mientras yo lleno un recibo.

—Dios mío, aquí arriba está escrito «Giay Marin» —lee la etiqueta adhesiva que sujeta el listón.

—También hay una tarjeta —nota Morgana. Se la arrebato de las manos, pero la cabeza de las dos chicas está tan cerca que ya son tres las que están leyendo lo que contiene, escrito con pluma. Cuatro, más bien, porque juraría que la señora Cossato comenzó a dislocarse el cuello con discreción al oír las palabras *Giay Marin*.

Querida Vani:

Pruebe a ver cómo le queda su Giay Marin a la medida. Así, a ojo, me parece que Ernesto hizo un excelente trabajo. ¡Estoy segura de que le quedará divinamente! Estoy ansiosa por vérselo puesto en nuestra fiesta. Y gracias otra vez por aceptar la invitación: usted entendió lo importante que es para mí.

Un calurosísimo saludo.

Delia.

PD: por experiencia le aconsejo que se lo ponga en casa un poco, para ver si puede moverse libremente con él o si, por ejemplo, es necesario ampliar un poco las mangas.

Laura es la primera en entender, como lo demuestra el aullido extasiado que empieza a emitir. Morgana también exclama un «¡Oh! ¡No me digas que aquí adentro...!», pero es demasiado educada como para hacer aquello por lo que todas —es evidente— mueren de ganas de hacer, o sea, destripar el paquete a toda velocidad. La señora Cossato quita la gran caja de las zarpas de Laura gritando:

—¡Espacio, es delicado!

Controla su profunda ansiedad para no abrirlo ella misma.

El mensajero se va en silencio, puesto que nadie le está haciendo caso. Alargo las manos. La señora Cossato vacila, aunque trata de que no se note, y luego me entrega la gran caja. Yo podría agradecerles e irme como si no pasara nada, pero tres pares de ojos ardientes de curiosidad me están perforando, y si decidiera no satisfacer su ansia, me sentiría como un adulto que primero agita las paletas de caramelo debajo de la nariz de un niño y luego se las quita por sadismo.

Qué lío.

—¿Me ayudan? —suspiro.

Laura se abalanza sobre la caja, Morgana deshace el listón tomándolo con la punta de los dedos. Primero se lo enrolla respetuosamente alrededor de la muñeca para conservarlo, como si fuera una cinta nobiliaria, y luego procede a levantar la cubierta con una cautela que hace pensar que está abriendo el Arca de la Alianza. Nunca lo olvidaré: este es el efecto que un paquete Giay

Marin produce en los simples mortales. Por un instante todas esperamos que salga un haz de luz y un coro de ángeles de la caja, que se va abriendo.

La señora Cossato, que es la más alta, toma por los hombros con delicadeza el vestido que contiene la caja y, con una reverencia religiosa, lo despliega delante de nuestros ojos.

— Por el amor de Dios... —exclama Laura.

— Jesús, María, José y todo el nacimiento hasta el último borrego —murmura Morgana en un ataque de logorrea.

— No, ni por equivocación. Yo no puedo ponerme esta cosa —gimo.

— ¿Está segura de que no quiere quedarse a cenar? —susurra la señora Cossato, completamente estremecida.

20

Lecciones de estilo

Y así llegamos al viernes. Enrico está sentado en su escritorio. Me mira. Yo estoy sentada delante de él. Lo miro. Me dejo caer en el respaldo de la silla. Enrico se deja caer en el respaldo de la silla. Me extiendo hacia delante, alargo los brazos y entrelazo las manos sobre el escritorio. Enrico se extiende hacia delante, alarga los brazos y entrelaza las manos sobre el escritorio.

Yo sonrío.

Enrico sonrío.

—Lo haces a propósito, ¿verdad?

—Hacer a propósito, ¿qué? —pregunta mi jefe parpadeando.

—Nada.

Con indiferencia me ajusto un tirante del sujetador debajo del suéter. Enrico intenta imitarme, pero, cuando su mano está en el aire, parece darse cuenta y, ante la duda, opta por rascarse el hombro.

—Déjame adivinar: ¿hiciste uno de esos cursos de *coaching* empresarial para *managers*?

Enrico bufá y sacude la cabeza, dejando su actuación a un lado.

—No, ojalá tuviera tiempo. Leí en un manualito sobre técnicas de comunicación subliminal, la programación neurolingüística, Erickson y cosas de ese tipo. Estuve un poco rígido, ¿verdad? Creo que lo apliqué al pie de la letra de una manera exagerada. ¿Sabes?, no hay como tener a un instructor que te enseñe...

—¿Qué diablos te sucede?! ¿Por qué querrías aprender a manipularme mentalmente? ¿Te acuerdas de que escribí un manual de neurociencia?

—Pero ¡qué sé yo! ¡Es que es tan..., tan cansado hablar contigo, Vani! ¡Sólo quería ver si lograba hacer que te volvieras un poco inofensiva!

—Tal vez podrías empezar por una conversación más educada, como todas las personas civilizadas. Cosas del tipo «¿cómo estás?», «¿cómo te va?», «¿te gusta tu trabajo?», en vez de «puedes salir por atrás» o «acuérdate de que soy yo quien te paga».

—¿Desde cuándo tú me preguntas «¿cómo estás?»?

—No es mi problema. No soy yo quien está preocupada por nuestra forma de comunicarnos. Dije que deberías probarlo tú.

Enrico suspira.

—Está bien. Probemos. ¿Cómo va el trabajo?

—Habría estado mejor empezar con «¿cómo estás?», pero te lo concedo por ser principiante. Bien, gracias. Es más: creo que en cuanto Cinzia se digne a llegar, tendré algo muy interesante que mostrarle...

—Y con los Giay Marin, ¿cómo va todo? ¿Entraste en confianza con la señora Envrin y la señora Visconti Bligny?

—Sí, lo suficiente. ¿Por qué?

—¿Eres su amiga?

—Esa es una palabra algo exagerada, pero... sí, diría que se están mostrando decididamente amigables.

—¿Estás en su casa muy a menudo?

—Enrico, pero ¿qué clase de preguntas son esas? ¿No estábamos comenzando a practicar el «¿cómo estás?»? Claro que estoy en su casa a menudo, tú sabes qué clase de trabajo me obligaste a hacer. ¿Quieres que también te reporte cada una de mis visitas?

—¡No, no! Me preguntaba si... Pues, por ejemplo, si te invitaron a alguna reunión informal, con muchos invitados...

—...

—...

—Okey, ¿cómo lo sabes?

—¿Cómo sé qué?

—Enrico, por favor: lo hago por ti, por tu dignidad. Como actor ya te habrían echado del escenario a punta de huevos podridos. ¿Cómo sabes que me invitaron a la fiesta de Navidad de los Giay Marin?

—Yo no... ¡Uff! Okey, ¿y tienes intención de asistir?

—Ya acepté.

—¿Estás segura?

—Enrico...

—¿Sí?

—¿Por qué estás aterrizado ante la idea de que vaya a esa fiesta?

—No..., para nada. ¡Por favor! Era sólo por saber... Ya sabes, es un acto muy importante, con mucha exposición mediática, y me parece curioso que justamente tú...

—Enrico, si eso es lo que te preocupa, nadie sabrá que yo soy la *ghostwriter* de Ediciones L'Erica, a menos de que continúes con este interrogatorio pasivo-agresivo de esposa celosa, en cuyo caso podría decidir sustituir el magnífico vestido que me regalaron los Giay Marin con una playera que diga ENRICO FUSCHI ME PAGA PARA JODERLOS A TODOS.

—¿Llevarás un vestido Giay Marin? ¿Tú?

Cinzia Croco entra en el estudio justo mientras estoy iniciando a visualizar a mi jefe como blanco de los movimientos de *krav maga* que aprendí hace poco. Se acomoda en una segunda silla frente al escritorio.

—Bueno, queridísimos, antes que nada: ¿cómo están?

Le hago una seña con la cabeza a Enrico como para decirle «¿Ves? Así».

Aunque no porque Cinzia Croco pregunte cómo estamos se vuelve más digerible. Así es,

digerible es la palabra adecuada. Hoy trae las uñas de un color rosa intenso. La computadora es del mismo color rosa que la vez pasada, igual que los rayitos de su cabello. Mirar a Cinzia de cerca es como ser embestido por una parvada de flamings. Enciende la *laptop* y alarga la mano para robarme la USB, por supuesto.

—¡Veamos! ¿Cómo va la obra de restauración que planeamos juntas? —gorjea en un registro que creía que sólo era posible para ciertos jilgueros. Luego dibuja en la cara su acostumbrada sonrisa esponjosa.

Sonrío. Le tiendo la mano con la USB. Luego la retiro, y exclamo con simpatía:

—¡Ah! —Como cuando le das un caramelo a un niño y al último finges que cambias de idea.

Hace dos días que me preparo para esta escena.

Enrico me mira asombrado, y también Cinzia, quien mantiene su sonrisa en versión interrogativa, pero por un momento deja escapar una expresión que significa: «Suelta mi jodido caramelo». Debo reconocer que por un nanosegundo la entiendo. Es exactamente la misma expresión con la que reaccioné a estos jueguitos.

Continúo sonriendo.

—Antes de continuar, quisiera presentarles una propuesta —anuncio.

Me miran como si un azulejo de mármol hubiese comenzado a hablar de repente.

—Lo sé, no es normal que un *ghostwriter* tenga capacidad de decisión, pero reflexioné sobre algunas cosas, las trabajé y ahora quisiera que conocieran la idea que tuve para demostrarles mi interés en este proyecto. —Cinzia se siente a disgusto y asiente. Enrico, aprende: en los cursos de *management* moderno te enseñan que es mejor fingir que estás interesado antes que decir que no —. Cinzia, yo creo que la vez pasada establecimos el trabajo a partir de un malentendido de fondo. El proyecto de *Bocados y sobras* se me presentó como una entrevista que usted, Cinzia, le realizaría a Irma Envrin, pero durante nuestro último encuentro trabajamos como si debiera ser usted, Cinzia, con su pluma y estilo, quien redactara la información que debería ofrecer Irma. En la práctica, adecuamos los relatos de Irma al estilo de Cinzia, partiendo del supuesto de que, cuando alguien refiere lo que alguien le dijo, inevitablemente lo filtra a través del propio estilo de narrar. —Cinzia asiente. Enrico asiente—. Muy bien. Entonces, he aquí mi propuesta. —Mientras hablo, extraigo de la bolsa unos apuntes—. Querría pedirles de manera oficial que mantengan los relatos de Irma con el estilo narrativo de Irma, y que se escriba con el estilo de Cinzia sólo las partes correspondientes a los comentarios, las consideraciones y, si es necesario, las explicaciones de las recetas. —Tanto Enrico como Cinzia abren la boca e intentan decir algo. Cinzia tiene una de esas sonrisas que está entre «y yo que creía que escucharía una propuesta seria» y «¿cómo voy a encontrar palabras amables para explicárselo?». La duda juega en su contra, porque yo ataco de nuevo antes de que pueda escoger la sílaba con la cual comenzar—: Lo sé, Cinzia, lo sé. Usted considera el estilo de Irma demasiado parco y áspero, cortante y directo para el tipo de libro que a usted le gusta. Pero deje que le muestre algo que encontré ayer.

Ante las miradas perplejas de ambos, preparo la primer hoja de mis apuntes y comienzo a leer:

Las frambuesas comienzan a escasear, el verano declina. Durante casi veinticinco años seguidos, pasé los veranos trabajando en Roma. El símbolo del verano romano era, para mí, la

falta de frambuesas. Sólo por causar polémica, y por el gusto tremendo de que me respondieran: «No, no tenemos», iba alguna vez a comer a los hoteles y restaurantes de lujo y pedía en voz alta: «¡Frambuesas!», sabiendo que las frambuesas no llegaban nunca a Roma, o casi nunca. Ahora, por supuesto, todo cambió con el boom. Hay frambuesas, no sólo en Roma en verano: creo que hay en todas las ciudades de Italia, y en todas las regiones. Frambuesas cultivadas, frambuesas falsas, espléndidas frambuesas claras y transparentes, que parecen de plástico, y a las cuales tal vez les inyectan la fragancia de frascos de esencia mediante procedimientos especiales. Pero a mí me gustan las frambuesas de verdad, y sólo cuando es temporada.

Levanto la vista hacia las caras desconcertadas de los dos.

—Esto lo escribió Mario Soldati en 1963. Fíjense en cómo esas benditas frambuesas terminan por parecer cuestión de vida o muerte, lo más importante del mundo. La comida es central, y esto se evoca a la perfección, ¿no? Ahora bien: el estilo. ¿Se dan cuenta de que es esencial y directo? Por decirlo así. —Tomo la segunda hoja—. Este es Ugo Tognazzi, el autor del recetario narrativo que tal vez es el más famoso de Italia. Una mezcla de recuerdos, recetas e inspiraciones muy parecidas a las que queremos obtener de Irma. Y he aquí un ejemplo del uso directo y mordaz con el que nos transporta a su casa.

En mi casa de Velletri hay un enorme refrigerador que escapa a las reglas de la sociedad de los consumidores. No es un espectacular refrigerador redondeado de color blanco polar. Es de madera y ocupa una pared entera de la gran cocina. Por las cuatro ventanillas se puede espiar el interior, y regocijarse ante la vista de los embutidos, los quesos, la carne de ternera, el solomillo, que cuelgan, majestuosos, de brillantes ganchos. Este refrigerador es la capilla familiar. De vez en cuando, en la mañana, mi mujer me sorprende arrodillado delante de ese fetiche, de este tótem de la civilización humana. Me quedo allí contemplándolo, a la espera de una inspiración para la comida.

—Y aún hay más.

Tengo la cocina en la sangre, la cual, pienso, incluirá sin duda glóbulos rojos y glóbulos blancos, pero en mi caso también un discreto porcentaje de salsa de tomate. Tengo el vicio de la estufa. Estoy enfermo de spaghetitis. ¿Ser actor? A veces me parece que lo hago como hobby. Comer, no: yo como para vivir. Y me siento vivo delante de un sartén. El aceite al freír es música para mis oídos. El perfume de un buen ragú lo emplearía incluso como loción de afeitar. Un plato de fettuccine entrelazadas o una oblonga forma de asado, para mí son esculturas vitales, dignas de un Moore.

Cinzia ríe, tensa. Suena como chirrido de petirrojos.

—Sin duda tiene mucha gracia, pero...

—Ah, pero eso no es todo... Entiendo que en sus intenciones hubiese algo..., algo más romántico, menos coloquial. Pues, Cinzia, es posible que usted conozca a los más ilustres autores de manuales de cocina de la historia de la literatura: Pellegrino Artusi, cuyo libro, *La ciencia en la cocina y el arte de comer bien*, se considera de culto y una obra pionera; Anthelme Brillat-Savarin, el político del siglo XIX que pasó a la historia más por sus escritos de gastronomía que por su gesta durante la Revolución francesa, y Alejandro Dumas padre, a quien escribir sobre cocina le gustaba tal vez más que entregar novelas de aventuras. Bien, ¿quiere saber cuál era su secreto? Eran graciosos. Oigan a Artusi, en su prefacio:

No quisiera que por haberme ocupado del arte culinario pensara que soy un glotón o un gran insaciable. ¡Protesto! Porque no soy ni lo uno ni lo otro. Amo lo bello y lo bueno allá donde se encuentre y me repugna ver mutilada, como suele decirse, la gracia de Dios. Amén.

—¿No resulta cómico, con ese «gran insaciable», ese «amén»? —Antes de que alguien pueda responderme, cambio de hoja—. Y así es como se expresaba Brillat-Savarin:

Oh, padres de la especie humana, cuya glotonería era histórica y que se arruinaron por una manzana: ¿que habrían hecho por un pavo trufado? Pero en el Paraíso Terrenal no había ni cocineros ni pasteleros. ¡Cómo los compadezco!

—Y Alejandro Dumas:

La vida es un rosario de pequeñas miserias que el filósofo desgrana riendo. Sean filósofos como yo, señores: siéntense a la mesa y bebamos. El porvenir nunca parece tan de color de rosa como cuando se lo mira a través de un vaso de chambertin.

—Y podría ponerles otros numerosísimos ejemplos, desde Virginia Woolf, de quien no se puede decir que no supiera escribir y que demostraba que sabía ser ligera cuando decía..., ah, aquí está: «Una buena comida favorece la conversación: no se puede pensar bien ni amar bien si no se comió bien». O Lord Byron, incluso él, el poeta romántico por excelencia, que no tenía miedo de mostrar su espíritu al afirmar. —Busco la página—: «Toda la historia de la humanidad confirma que la felicidad del hombre, pecador hambriento desde que Eva comió la manzana, depende mucho de la comida».

Levanto los ojos de las páginas, y busco los de Enrico y Cinzia.

—Entonces tú sugerirías que mantuviéramos el estilo..., digamos, directo y naturalmente gracioso de Envrin porque la historia de la literatura sobre comida ya lo legitimó. —Enrico tiene la cara que sé que pone cuando una propuesta artística podría no disgustarle, o sea, cuando alguien demuestra que se puede ganar dinero con ella.

Estaba segura de eso. A Enrico y a Cinzia no les habría podido poner de ejemplo a Pepe Carvalho, a Nero Wolfe o a Maitre. Y tampoco a *Babette*, porque hay demasiados franceses que

escriben con florituras, y con seguridad le hubieran encantado a la cotorrita rosa. Pero sabía que estas perlas que saqué en tiempo récord de internet, de mis libros y también de la biblioteca no dejarían indiferente a Enrico.

—No sólo lo legitimaron, sino que también fue parte fundamental del éxito de muchas de estas obras.

Hay un momento de silencio. Luego Cinzia Croco suelta una carcajada bien articulada.

—Mire, querida, yo aprecio muchísimo sus esfuerzos y sus búsquedas, pero, si me permite, le daré mi opinión como escritora y artista. —Sacude su cabeza de crin rosa y se ajusta los lentes de un metro cuadrado en la punta de la naricita. Sus fosas nasales están dilatadas, como cuando te das cuenta de que comienza a apestar—. Pongamos las cosas en claro —sentencia, siempre con esa sonrisa apretada que, si se acentúa un poquito más, probablemente causará que le explote la cara—. Este libro será mío. Lo firmaré yo. También Irma, cierto, pero la pluma será la mía, la cara será la mía, las presentaciones públicas serán las mías. —Hace una pausa como para asegurarse de que el pastor alemán entendió bien la orden, porque, por muy inteligente que sea, será siempre un perro—. Y yo, simplemente, no escribo así. Quiero que este libro se parezca a mí. Si debo adoptarlo, llevarlo por todos lados como mi...

—Está bien, está bien. —Hasta Enrico está sorprendido ante la velocidad con la que cedo y también porque continuó sonriendo. Cuando sonrío, en efecto, Enrico se retrae siempre un poco; apuesto a que sabe que cuando se me ven los dientes es mala suerte. Prosigo—: No hay problema, al menos lo intenté. No quería escandalizarlos ni disgustarlos, simplemente me parecía una idea para tomar en consideración, eso es todo. Pero, por supuesto, si su decisión es continuar en la dirección que se señaló la vez pasada, lo entiendo. Incluso ya comencé a trabajar en ello y puedo mostrarles los resultados.

La cara de Cinzia se relaja de golpe. Pienso que esa pequeña distensión debe de ser un alivio para sus pobres músculos faciales, sometidos a un estado de carga y estrés gigantesco todo el día. Si el ejercicio muscular funciona para la cara como para la tonicidad del cuerpo, del cuello para arriba Cinzia aparentará veinte años toda la vida.

Con tranquilidad, le ofrezco por fin la USB a Cinzia, que la coloca en su *laptop* y abre el documento. Lee aquí y allá. Su rostro se calma, asombrado y complacido.

—Eliminé la descripción de Judy que escribimos la vez pasada —se limita a objetar en un momento dado.

—Sí, pero sólo porque la anticipé. La coloqué en el primer punto del libro en el que se menciona a Judy, y la transformé en un párrafo completo sobre su «etérea belleza impregnada de una dulzura maternal».

Cinzia asiente, casi incrédula.

—Y aquí... veo una media página de detallada descripción sobre el pastel de avellanas.

Lee en voz alta:

La manera en que se desmenuza con tanta facilidad, que es sin duda especial, recuerda al suave desmoronarse de la nieve fresca entre los dedos, esa sensación mágica que todos llevamos dentro desde el primer día en que hundimos nuestras pequeñas manos en ese manto blanco. No

se deshace al tacto de una manera áspera como los pasteles normales de avellana, ah, no: mi fórmula mágica, la misma por la que a menudo me comparan con un hada de la cocina, confiere al pastel una firmeza suave, vaporosa, que se disgrega como polvo de estrellas en un firmamento de finas migajas...

—¡Caray! ¡Es excelente! Incluso constituye una oportunidad perfecta para comentar que también a mí, como heredera de su legado, me llaman hada, el hada del tenedor mágico...

—Cosa que, de hecho, no dejé de señalar algunas líneas más abajo.

Cinzia aparta los ojos del monitor y gira para mirarme. Sonrisa. Encías, muchas encías.

—¡Querida, es magnífico! ¡Yo no habría sabido hacerlo mejor! Este es exactamente el tipo de producto que necesitamos. ¿Ve cómo sí era capaz? Le agradezco mucho, ahora estoy tranquila. Continúe así y le digo desde hoy que estaré más que contenta de poner mi firma en esa delicia.

Parece de verdad feliz, tanto que casi me disgusta lo que estoy a punto de hacer. Bueno, la verdad es que no: yo también sonrío, primero a ella y luego a Enrico, quien nos observa perplejo pero con expresión neutra, como diciendo «La idea del estilo sobrio no era tan mala, después de todo, pero así tampoco está nada mal, sobre todo si a nuestra *star* le gusta. Después de todo, ¿a mí qué me importa? Yo sólo soy el editor, no un jodido crítico literario».

—Sabía que le gustaría, Cinzia —digo, mientras desconecto la USB con calma y comienzo a guardar mis cosas—, que esta era la única forma en que estaría satisfecha. Intenté que aceptara mi idea porque nunca se sabe, pero estaba segura de que con usted no había ninguna alternativa. ¿Y sabe por qué lo sabía? —Cinzia sacude la cabeza, más curiosa que perpleja. El buen humor de antes aún la envuelve y le impide anticipar el golpe—. Porque usted tiene miedo, Cinzia. Un jodido miedo tremendo. Lo pensé varias veces y al final me quedó claro. Tal vez más claro de lo que lo tiene usted. —Cinzia abre la boca para contestar algo. En los labios tiene una huella de labial rosa, la noto ahora que la miro bien. Será porque hace un momento yo estaba de su parte y le entregaba un libro perfecto, y ahora la estoy llamando miedosa liebre vulnerable. Esas son cosas que la confunden, tanto que mantiene la boca abierta aunque no sabe bien qué decir—. Usted es joven, Cinzia, y ya tuvo mucho éxito. Más de lo que cualquier persona de su edad podría imaginar. Una parte de usted todavía se sorprende por eso, porque se da cuenta de lo excepcional de su situación. Otra parte, en cambio, ya se acostumbró a esa vida hecha de popularidad y reverencia, a que la traten como una reina, y la reciban con los brazos abiertos donde quiera que vaya, que la persigan y la elogien. Imagino que son cosas a las que una se acostumbra enseñuida. Pero estas dos partes de usted tienen una característica en común: ambas tienen miedo de perderlo todo. Porque usted no es para nada estúpida, Cinzia; aunque juegue a ser cándida, el hada color de rosa, nadie que llegue a donde llegó usted puede hacerlo si no tiene una buena dosis de lucidez. Usted se da cuenta perfectamente de lo efímero que es este mundo: ve a personajes y personajes a su alrededor que caen en el olvido; oye lo que se dice en las más altas esferas. Cada vez que un presentador, un columnista o comentarista la prefiere a usted en vez de a alguien más, oye los clásicos «Pasó de moda», «Cumplió su tiempo», «Pero ¿quién? Ah, él. Ya no me acordaba de él»... —Cinzia cierra la boca y deglute. Es casi imperceptible, pero no para mí—. Así que tiene miedo porque sabe que la próxima podría ser usted. No hay edad que cuente, no importa que usted

sienta que aún tiene mucho que dar: montarse en el éxito es peor que surfear en un tsunami. Es como correr sobre una cuerda floja sobre el vacío, y una vez que se cae, volverse a subir es casi imposible.

Hago una pausa para meter la USB en la bolsa, ponerme el abrigo y colocarme la bolsa en el hombro. Dicen que mientras más largas son las pausas que puedes permitirte hacer en tu discurso, mayor poder tienes sobre la atención de tu público. Creo que si me mantuviera callada, como ahora, a partir de este momento, Cinzia haría lo mismo.

También Enrico calla, pero yo ya sabía que así sería. Apuesto mi colección de labiales morados a que muere de ganas de decir algo alentador para despedazar mi vaticinio de muerte, pero sabe muy bien que tengo razón, y esto le mata la creatividad. Es difícil asegurarle a alguien que estarás siempre ahí para él cuando sabes muy bien que sólo estarás ahí hasta que se mantengan cargadas las baterías de su buena estrella.

—Por eso usted se aferra a cada oportunidad —concluyo—, a cada posibilidad que tiene para dejar su huella y plantar una banderita que diga «Cinzia Croco estuvo aquí». Desde luego, no puede soportar la idea de que otra voz tenga espacio en un libro que podría ser sólo suyo. La simple posibilidad de ceder, de dar un paso atrás, le produce escalofríos. Cada vez que se pone su sombrero de hada ante las cámaras de televisión, cada vez que escribe en la web, en un libro o en un periodo llenando su texto de adjetivos, cada vez que hace eso que usted llama inocentemente «reafirmar su estilo», está tomando del cuello a sus espectadores y gritándoles en la cara su nombre para ver si logra grabarlo en sus cabezas y convencerlos de que es impensable un mundo donde usted falte. —Me abrocho el último botón del abrigo, luego tomo la manija de la puerta del estudio, pero no la abro—. La mala noticia es que de todas maneras sucederá tarde o temprano. Y usted lo sabe. Puede luchar con uñas y dientes para postergar el momento, pero sabe bien que así es como funciona. La máquina tiene una necesidad constante de carne fresca. Llegará el día en el que usted ya no será una resplandeciente supernova, en el que *the next best thing será* otra *food blogger*, otra *showgirl*, otra escritora. Usted será «Ah, esa...». Y entonces se arrepentirá de que no fue más audaz, más abierta, de que no estuvo dispuesta a cambiar y a dar cabida a algo diferente. Deberá aprender a reciclarse, a renovarse y a aceptar que no siempre será el centro de atención. En ese momento incluso dudará si será capaz de hacerlo, pero sobre todo odiará tener que hacerlo, porque nunca se dio la oportunidad. Como ahora mismo. Lástima que saber cambiar y, a veces, incluso hacerse a un lado, sea todo en la vida. Deje que se lo diga una *ghostwriter*, que no sabe mucho de la vida, pero de eso al menos sí.

Abro la puerta, mientras Cinzia continúa mirándome sin saber bien qué responder. No creía que alguien pudiese ser al mismo tiempo tan rosa y estar tan deprimida. Como dije antes, casi me disgustó hacer lo que hice. Casi.

—Pero, por supuesto, la elección es suya y yo la respeto. Nos hablamos pronto, su libro estará listo dentro de unas semanas. Buen día —concluyo.

Cuando cierro la puerta del estudio detrás de mí, me detengo un momento para intentar oír a través de la puerta. Es algo de lo que una debería avergonzarse, lo agregaré a la lista. Oigo que Enrico enseguida comienza un parloteo para explicarle a una congelada Cinzia Croco —apuesto lo que sea— que yo siempre hago eso y que no debería dejarse impresionar y blablablá. También

oigo la voz de Cinzia, que, quién lo hubiera dicho, alcanza notas menos dulzanas y agudas de lo normal.

Pero me encanta irme mientras la bomba explota a mis espaldas. Así que me desentiendo de todos los matices rosas y tomo las escaleras secundarias envuelta en mi abrigo.

Cenicienta alfa

Dicen que si observas el agua, no hierve nunca. El sábado 20 de diciembre llega después de un milenio tras el viernes 19. La clase de *krav maga* (tuve tres en menos de una semana, y ya no puedo esperar al lunes para la próxima: desde que descubrí el Bruichladdich no me sentía tan dependiente de algo) es el único paréntesis en cámara rápida en un segmento temporal que parece avanzar como una lentísima moviola. Cada instante que me separa de la fiesta de los Giay Marin es un caleidoscopio de pesadillas, dudas y rechazo ante el hecho de asistir a una fiesta en la casa de los Giay Marin. El sábado por la tarde la rotación de la Tierra se hace aún más lenta, y entre las 18:00, hora en la que comienzo a prepararme, y las 19:40, hora a la que está previsto que el comisario Berganza pase por mí, encuentran su lugar un par de eras geológicas fácilmente. Decido que tengo tiempo para hacer algo por mi cabello, y los peces reptan afuera del agua para desarrollar una morfología anfibia. Miro mis bolsas preguntándome cuál se verá menos mal junto al vestido que me pondré, y los mamíferos asumen el dominio de la tierra. Me siento una idiota y me pongo a maldecir en voz alta desde el centro de mi recámara vacía, porque me enoja profundamente que las circunstancias obliguen a Vani Sarca a hacerse preguntas tan estúpidas como «¿Debería llevar unas medias de repuesto? ¿O será que la moda dicta que renunciemos a las mallas también en diciembre?», y el hombre descubre el fuego, la rueda, el alfabeto, y así sucesivamente, con inventos cada vez más numerosos hasta llegar a la energía eléctrica, la radio y el interfón, que suena mientras decido que si las demás quieren morir de frío, que lo hagan: yo me pondré las mallas y que se vayan todos al diablo.

—Sarca —dice Berganza.

—Bajo.

Berganza me examina mientras entro en su coche lo más rápido posible.

—No se vale, Sarca.

—¿Por qué yo sí me puse mi abrigo y usted no? —Así es: Berganza renunció a su prenda de vestir característica y esta noche viste un elegante abrigo color *camel*. Está impecable; sin embargo, todavía tiene el aire de un hombre que ha vivido tanto y ha visto tantas cosas, que lo primero que hará en la sala será buscar el carrito de las bebidas alcohólicas. Me recuerda a De Niro en *Fuego contra fuego*: puedes quitarle el abrigo *beige* al comisario Berganza, pero no puedes quitar al comisario Berganza de su abrigo *beige*.

Yo, en cambio, después de un debate interno durante el cual el hombre de Naendertal tuvo tiempo de mezclar su propio ADN con el del cromañón, para luego perder el desafío y extinguirse, decidí que me importaba un carajo y que necesitaba mi abrigo para no sentirme

completamente expuesta. Así que me lo puse encima del vestido Giay Marin y ahora, ante los ojos del comisario, que no tiene la más remota idea de qué esconde debajo, soy la misma Vani Sarca de siempre. Bueno, con un copete un poco más marcado en la parte superior y unos tacones un poco más finos en la inferior. Imagino que me envidia a muerte, porque, conociéndolo, por más que él me pidiera que lo invitara a esta fiesta, soportar la imposición de la etiqueta debió de irritarlo profundamente.

Intercambiamos dos palabras sobre cómo pretendemos aprovechar la noche. En lo fundamental, el plan es este: yo me haré notar lo suficiente como para tranquilizar a Delia, el comisario se escabullirá para ir a fisgonear, y trataremos de salir de allí en cuanto la decencia lo estime aceptable.

Salvo que se produzcan hallazgos extraordinarios, claro.

—Pero ¿qué diablos vamos a encontrar en esa casa después de más de cinco años? —pregunto.

Berganza se encoge de hombros, soplando un hilo de humo por el resquicio de la ventanilla (el comisario fuma en todos lados; por lo tanto, es obvio que también fuma en su automóvil, que apesta como un cenicero sobre ruedas).

—Qué sé yo, Sarca. En primer lugar quiero tratar de realizar ese maldito recorrido desde la cocina al cuarto de Adriano que Aldo debió de hacer aquella noche. Quiero entender qué vio, dónde se paró, si es verosímil que un asesino sin premeditación albergara una rabia homicida que abarcara todos esos minutos, mientras subía las escaleras equilibrando una bandeja de sopa en las manos como en una película de Hitchcock... Ese tipo de cosas. Intuiciones, destellos de genialidad. ¿Usted conoce *El espejo se rajó de lado a lado*, de Agatha Christie?

Asiento.

—Es en el que una mujer ve un cuadro que representa la figura de la Virgen con el Niño, y el recuerdo de su propia maternidad fracasada la induce a vengarse de quien se la arruinó, o algo así.

También Berganza asiente.

—Exacto, a veces una dinámica crucial se revela así: interceptando con la mirada el detalle acertado, siguiendo la dirección de los ojos, o de los pasos del culpable.

Callamos.

—Usted no tiene ni la más mínima idea de qué diablos vamos a encontrar, ¿verdad, jefe?

—Sólo tengo una maldita curiosidad increíble por ver en persona a la tal señora Envrin, ¿okey?
—resopla Berganza.

Me dan ganas de reír, y Berganza lo sabe.

Cruzamos el cancel abierto de la mansión detrás de un auto, un Mercedes tan largo como un cortejo fúnebre (no el de mi funeral, que cuando llegue el momento contará cuando mucho con diez personas, o incluso menos en caso de lluvia). Un tipo vestido de negro nos indica dónde estacionarnos. Me imagino que para la ocasión Delia aumentó el personal de servicio. El jardín está atravesado por un único lazo de lucecitas blancas, simples pero impactantes, que llega hasta un alto árbol cerca de la casa. El Gran Gatsby no podría hacerlo mejor. Las ventanas están totalmente iluminadas, y desde mi terraza preferida sale un alegre concierto de sonidos. Entramos

tratando de no mirar demasiado a nuestro alrededor como lo harían dos niños. Quisiera tener la visión periférica de Berganza, pero con estos tacones me encuentro demasiado ocupada mirando dónde pongo los pies.

Subiendo las escaleras, en el umbral del salón, que ya está repleto de invitados, una mujer nos pide los abrigos. Berganza se libera con cierto alivio del suyo, como si fuera un cuerpo extraño a él. Viste un traje azul oscuro, una camisa immaculada y corbata. Estoy impresionada. Le queda todo muy bien. La tipa del guardarropa le dedica una mirada neutra, pero no se me escapa un rayo de interés cuando sus ojos se detienen en el semblante duro y cinematográfico del comisario. Luego gira hacia mí, y al ver mi abrigo desgastado, la sonrisa se le transforma en cemento armado.

—¿Qué tiene? Es *vintage* —refunfuño mientras forcejeo con el cinturón para quitármelo. Berganza alza los ojos al cielo, luego los baja de nuevo y de golpe su rostro se ve sorprendido por una parálisis.

—No diga nada —siseo.

Me ajusto sobre las caderas varios miles de euros de satín negro.

—¡Dios santo, Sarca! —exclama Berganza.

—Lo sé. Lo sé. Parezco Jessica Rabbit después de la reconversión sadomasoquista del Club de la Tinta y Pintura. —Creo que me puse roja de los nervios. Si alguno de los invitados se girara hacia la puerta, lo que vería sería un vestido negro y adentro un cadáver en combustión espontánea —. O bien, un híbrido entre la reina malvada de Blancanieves y la hermana erotómana del conde Drácula. O tal vez la hija rebelde de Morticia Adams, que toca en una banda punk en Londres. Hoy, mientras me veía en el espejo durante dos siglos, se me vinieron a la mente muchas cosas.

Berganza reflexiona un instante, luego me ofrece el brazo.

—Déme su brazo, Sarca. Déjeme tener por una vez en la vida la satisfacción de entrar tomado del brazo de la más bella de la fiesta. —Y, antes de que la temperatura de mi cara pueda elevarse e incendiarme la cabeza, agrega—: Además, le puedo servir como apoyo, para no tropezar con el dobladillo.

—Cuánta razón tiene —suspiro metiendo la mano en su brazo.

Durante los primeros cinco segundos, tal vez seis, no sucede nada. Mi cerebro trata de hacerme creer que podemos lograrlo, que la noche será indolora, que conseguiremos pasar inadvertidos y que al final de la fiesta ni siquiera las fotografías conservarán mi imagen, como sucede con los vampiros.

Luego Delia Giay Marin, envuelta en un largo vestido púrpura y con el cabello recogido, voltea casualmente. Se encuentra en el lado opuesto de la sala, junto a uno de los ventanales y un par de señoras muy arregladas. Desde allí me detecta con la precisión de un radar.

—¡Vani, qué gusto! —exclama, saludándonos con un gesto, y luego camina en nuestra dirección. La veo acercarse y pienso dos cosas: 1) ¿cómo diablos le hará para avanzar tan rápido con esos tacones que parecen cabellos de elfo?, 2) oh, por Dios, ahora todos seguirán a la dueña de la casa con la mirada y me verán.

Con toda seguridad, apreté un poco el brazo de Berganza.

—¡Vani, qué contenta estoy! ¡Dios, qué preciosidad! ¡Se ve fantástica! ¡Ve cómo tenía razón en

insistir? Dígame: ¿le gusta la decoración de la casa? ¿Ya se dio una vuelta por el *buffet*? —Delia está radiante. Me pregunto si esa es la actitud que las mujeres de mundo desenfundan en automático cada vez que un nuevo invitado llega a su fiesta, o si en serio está tan entusiasmada por verme.

—Él es el comisario Romeo Berganza, mi jefe y amigo, que aceptó ser mi acompañante esta noche. Comisario, Delia Visconti Bligny, o Giay Marin como quiera llamarla.

Delia le dirige una sonrisa deslumbrante a Berganza. Lo que sucede en los dos segundos siguientes me parece que ocurre en cámara lenta. Delia alarga la mano, el comisario también. Delia, por una costumbre de decenios, alarga la suya con el dorso en alto y la eleva progresivamente hacia el rostro del comisario; el comisario alarga la suya de lado y a la altura del tórax. A la mitad, el comisario entiende. Reajustando las órdenes a su propio aparato músculo-esquelético a la velocidad del rayo, toma la mano de Delia y la besa con tanta suavidad como si se tratara del aterrizaje de una mariposa en una prímula.

Delia emite una risita complacida y durante una fracción de segundo gira para saludar con la otra mano a un hombre que está pasando a nuestro lado. Berganza lo aprovecha para echarme una rápida mirada de entendimiento, señal de que ya pasó el peligro. Me dan ganas de reír. Diablos, estoy realmente feliz de que esté aquí.

—Para serle sincero, señora, mi presencia tiene un segundo fin —confiesa Berganza con su voz tranquila y grave, que parece más un susurro confidencial y, en este caso, lo es de verdad—. Si puedo pedirle que intercambiamos algunas palabras en privado... —Se desplaza unos pasos, seguido por Delia, para poner la mayor distancia posible entre ellos dos y el grupito de invitados más cercano. Sé que está pidiéndole a Delia autorización para explorar la casa sin llamar la atención cuando llegue cierto momento de la noche. Lo que, en realidad, conociendo al comisario, significa que no está pidiéndole autorización en absoluto: está informándole a Delia la decisión que ya tomó, pero de un modo tan cortés que le hace creer que su permiso cuenta.

Y, mientras escucha a Berganza, lo que tiene lugar en el rostro de Delia es una especie de colapso. Sufre un sobresalto de consternación combinado con disgusto, como una niña a la que le recuerdan que su fiesta de cumpleaños será muy divertida pero mañana hay escuela y a las nueve todos deben irse a casa. No creo que nadie más lo note, pero yo sí. Se recupera rápido, sólo fue un rasguño de dura realidad en el velo bordado de la fiesta. Imagino que por un momento recordó que dentro de su vestido púrpura hay una viuda que aún vive en alguna fase del luto.

Luego vuelve a sonreír, asiente, y le agradece a Berganza por lo que él no le pidió permiso para hacer.

Cuando los dos regresan junto a mí, Delia parece recuperar su papel de dueña de la casa a la perfección. Claro, la experiencia.

—Debo dejarlos: acaba de llegar la administradora y delegada de la empresa que nos realiza las joyas, y le agradan las atenciones —nos susurra con complicidad—. Les aconsejo que se sirvan comida del *buffet* porque nuestros invitados se toman muy en serio la relativa informalidad de esta fiesta, y tienden a barrer con la comida sin moderación. —Nos guiña y se va al trote hacia una mujer bajita vestida de verde petróleo.

Berganza encoge los hombros.

—Parece a propósito —comenta—. No creía que fuera de las que dicen «barrer».

—Pasa mucho tiempo con Irma —replico—. Cualquiera que esté con Irma debe acostumbrarse a un lenguaje colorido.

—No admitirá nunca que alguien tan rica también pueda ser simpática, ¿verdad, Sarca?

—Ya le dije que me cae bien Irma, jefe. Por esta década, es suficiente.

Berganza asiente con gravedad, como si hubiésemos hablado de algo muy importante.

En el salón se encuentran no menos de treinta personas, casi todas concentradas en el *buffet*. Aunque es diciembre, las ventanas están abiertas y otra media docena de invitados está en la terraza, platicando y contemplando el panorama. Vislumbro muchas piernas descubiertas (algunas de las cuales no traen medias), mangas cortas o inexistentes, incluso un par de espaldas descubiertas. Tal vez las señoras de *jet set* se implantan placas termorreguladoras en las articulaciones para poder usar unos vestidos tan ligeros incluso en invierno. Casi todos tienen una copa en la mano; alguno, un platito. Noto la tendencia a reunirse en grupos de tres, cuatro y hasta cinco personas. Mientras más numeroso es el grupo, más ruidoso. Casi siempre es un hombre el que habla y, a intervalos regulares, los que lo rodean estallan en carcajadas. Estoy segura que me sería fácil redactar un informe sobre dinámicas de grupo si tuviese más tiempo para observarlos. Por ejemplo, entendería quién ríe primero y quién al final, o quién puede permitirse comer a gusto sin estar atento y reaccionando a cada estímulo externo. Hay un cierto grupo de señoras jóvenes en el extremo izquierdo del *buffet*: en pequeños intervalos de tiempo ríen, platican y parecen llenas de vida y de entusiasmo; luego caen en largos silencios vacilantes, hasta que alguien encuentra algo que decir y las otras se apresuran a comentarlo en una nueva explosión de afabilidad. Típica manada de hembras beta: todas fuertes en el apoyo y la subordinación, ninguna capaz de conducir la conversación. Pero deben de ser hembras importantes, cada una en su sector, porque ninguna de ellas abandona al grupo pese a la complicada comunicación. Quizás una de ellas sea periodista, otra actriz, otra más estrella de televisión o cosas por el estilo, y cada una de ellas necesita dejar la fiesta con una razonable certeza de consolidar algún vínculo con las demás.

—Vamos al *buffet*. —La voz de Berganza me llega como desde otro planeta.

—Oh, claro —contesto—. Si tiene intención de esconderse en los pasillos fingiendo que admira la casa, será más convincente si lo hace con una copa en la mano.

—En realidad, lo decía por usted, Sarca. Nunca me había dado cuenta de que tiene la cintura como el puño de una persona normal. Estaría más tranquilo si comiera algo.

Dejo que el comisario me abra camino hasta la mesa, que está junto a la pared.

Mientras buscamos ganarnos nuestro turno ante la charola de los canapés, un par de hembras beta se aparta para dejarnos lugar. Voltean a vernos, probablemente para comprobar si somos alguien a quien valga la pena saludar. Quisiera decirles que se ahorren la molestia. Me limito a sonreír con educación, aunque no puedo asegurar que mi tensa cara siga mis órdenes. A modo de respuesta, las mujeres abren los ojos y me radiografían de pies a cabeza.

—¡Oh, Dios mío! —exclama la primera. Es una morena como de cuarenta años, buen físico, rasgos no grandiosos pero un maquillaje impecable. Agita la mano y se ve que tiene que controlarse para no tocar mi vestido—. Pero ¡si es increíble!

—¡Un modelo de miedo! —le hace eco la segunda, una güerita regordeta que, en cambio, no

tiene problemas en aferrar la extremidad de mi manga entre sus dos dedos para sentir la tela—. ¡Y mira cómo le queda! —Parece en éxtasis. Tal vez es algún trago el que habla por su boca, en cuyo caso quisiera saber lo más pronto posible de dónde lo sacó—. ¡Dios mío, cómo quisiera tener tus costillas!

—¿Mis qué?

—¡Sí, mira qué bonita línea! —insiste la rubia. De golpe presiona mi tórax con ambas manos, una sobre el estómago y la otra sobre la espalda. Salto. Podría matar por mucho menos, pero estoy demasiado sorprendida como para hacerlo—. ¡Uno de esos bustos fa-bu-lo-sos que de perfil parecen casi planos! —explica la güerita—. Mira, en cambio el mío ¡es cilíndrico! ¡Lo que pagaría por haber nacido así! Porque naciste así, ¿verdad? ¿Sigues alguna dieta especial? Si es así, ¡debo conocerla!

Esto debe de ser una especie de pesadilla. Probablemente ahora bajaré la mirada a la charola de canapés y los veré rellenos de unos extraños monstruitos morados con fauces de piraña. Miro a la güerita, que me devuelve la mirada. Sí, de veras está esperando una respuesta. Parece que para ella se trata de una pregunta seria. A su lado, la morena parece igual de interesada, y hace rebotar sus ojos de mi rostro a mi vestido. Pero lo peor es que me doy cuenta de que todo este alboroto llamó la atención del resto de la manada de las hembras beta, quienes se acercaron en masa, y ahora todas están observándome.

No puedo imaginar una situación menos deseable.

Y, sin embargo, de golpe sí puedo imaginarla porque escucho:

—Cerveza oscura y papitas con queso. —La multitud se abre un poco, y aparece Riccardo.

Satisfacción

Con Sonia.

—¡Oh, Dios mío, tu vestido es *es-pec-ta-cu-lar!* —dice la de cabello rizado, que, por su parte, está enfundada en un vestido de sirena color celeste. Atravesando con desenvoltura la línea de mis espectadoras, se acerca a mí y me lanza dos besos en las mejillas como si nos conociéramos de toda la vida. Me arrolla una nube de un perfume nada natural.

—Y whisky —concluye Riccardo, que se detuvo dos pasos por detrás de ella—. Olvidaba el whisky.

—¡Qué gusto verte! ¡No sabía que estarías aquí esta noche! —apartándose de mí, Sonia intenta alcanzar un canapé, pero sigue escrutándome—. No, en serio, deja que te lo diga: eres una bommba. ¡Este modelo parece hecho especialmente para ti! —Duda—. No lo diseñaron especialmente para ti, ¿verdad?

—Lo modeló una sueca de metro ochenta —respondo. Me parece que son las primeras palabras que pronuncio desde hace siglos. Me asombra que mi voz no suene ronca. Las muchachas se ríen—. No estoy bromeando. Este modelo fue presentado por una sueca que medía un metro ochenta.

Las muchachas ríen de nuevo. Hembras beta.

—Pero ¡vaya! Vani Sarca en vestido de noche. Es verdad que en Navidad suceden milagros. —Este es Riccardo de nuevo. Lo miro y él a mí, como también continúan viéndome el resto de las presentes. Sonríe con un leve matiz de ironía. En la mano tiene una copa casi vacía y está vestido como si la elegancia no le importara nada. Eso significa que estudió durante días un *look* que lo hiciera pasar por alguien a quien no le importa la elegancia.

Me molesta que le salgan bien estos jueguitos.

—Tampoco yo imaginaba que los encontraría aquí esta noche —replico. Pero de pronto me parece que es lo más obvio del mundo. Riccardo es un escritor de fama internacional; Sonia, la editora de una prestigiosa revista de moda. En realidad no es nada extraño que se encuentren en una fiesta VIP en la casa de unos diseñadores. Y de pronto tengo una revelación: ¡justo lo que había detrás de esas incomprensibles preguntas de Enrico! Ese idiota. No tenía miedo de que yo viniera a esta fiesta porque significara una peligrosa exposición de mi papel: ¡tenía miedo de que yo viniera a esta fiesta porque sabía que me encontraría a Riccardo!

Ya sabía yo que debí pegarle. Y también a Riccardo. Si yo tuviera un poco de respeto por mí misma y viviera siguiendo la célebre máxima de Katharine Hepburn, «Satisfácete a ti misma y al menos alguien será feliz», en este preciso instante debería acercarme a él, asestarle una violenta patada en la espinilla sólo para quitarme el antojo y recuperar el sentido de lo incompleto de nuestros últimos encuentros, luego irme a casa y beber whisky hasta caer dormida en el sofá.

Esa sí que sería una celebración.

Riccardo continúa sonriéndome. Bebe de su copa y tiene cara de saber muy bien que me siento incómoda en esta situación. Estoy segura de que está por decir algo —algo indirecto, divertido, una alusión que sólo yo podría entender— cuando el cielo se abre, la luz divina comienza a inundar con sus rayos salvadores la tierra desolada del hombre, y legiones de ángeles armados con espadas de fuego aparecen cantando himnos de guerra.

En eso, escucho la voz de Berganza.

—Ah, ¿a quién nos encontramos de nuevo? El profesor Randi —saluda el comisario con tranquilidad, reapareciendo a mi lado. Tiene dos copas en la mano. Me ofrece una—. Ya nos conocemos, no sé si se acuerda.

Riccardo asiente. Juraría que por un momento su sonrisa se petrificó. La última vez que Riccardo y Berganza se encontraron en el mismo lugar, Riccardo era una máscara de dolor y sufrió la peor humillación de su vida. Claro que se acuerda del comisario Berganza. Probablemente aún tiene pesadillas con él.

Tomo la copa de la mano de Berganza y miro su rostro calmado. Parece que, con una simple frase, emparejó la marcación.

Lo besaría.

—Pero, claro, el comisario... Berganza, ¿cierto? —dice Riccardo fingiendo una memoria débil—. ¿Está aquí como acompañante o Vani se encuentra en libertad condicional?

Alguna hembra beta ríe sin entender el chiste, y sólo puedo pensar en estrangular a mi exnovio. En ese instante, Berganza nos sorprende a todos soltando una risita divertida.

¿Una risita *divertida*? ¿Berganza?

—Oh, puede apostar que como acompañante. —Sonríe moviendo la cabeza—. Aunque la verdad es que yo sólo soy un reemplazo muy afortunado.

¿Qué diablos está diciendo? Me giro de golpe hacia el comisario y trato de objetar algo, pero Berganza me hace una seña para que no lo haga.

—Sí, Sarca, no finja. Como si no supiéramos todos que tenía a alguien mejor con quien venir a esta fiesta. Como si no fuera siempre tan quisquillosa.

Okey, es oficial. No estoy entendiendo nada en absoluto. Riccardo también tiene una expresión de perplejidad.

Berganza se encoge de hombros y mueve la cabeza.

—Esta chica es imposible. *Tres*, créame: tres se ofrecieron para acompañarla aquí esta noche. Puedo entender que el primero, esa especie de fisicoconstructivista, todo músculo y sin nada de cerebro, no le interesara para nada: la habría hecho quedar mal. Pero ese guapo violinista pudo tener una posibilidad, si no fuese porque mañana se va de viaje para uno de sus conciertos internacionales.

Berganza me mira. Yo lo miro.

—Pero el rechazo más escandaloso, déjeme decirle, fue el tercero. Sólo a usted, Sarca, no le son suficientes los actores de televisión con ojos azules y espalda de nadador. Agradezca que no estoy de humor para sondeos, porque según yo, si le preguntáramos a cualquiera de las señoras aquí presentes que dijera un buen motivo para declinar una invitación de..., de ese hombre, pues

la respuesta sería una sonora carcajada.

Oh. *Oh.*

Berganza asiente como para invitarme a rebatirle.

—Habríamos tenido que hablar de su última película toda la noche. —Sigo el juego con una cierta reserva.

Berganza lo aprueba.

—Muy probablemente. Pero me imagino que son los riesgos que una mujer podría correr para tal inversión.

Lanza una sonrisa sosegada, vagamente maliciosa, a nuestra platea de hembras beta, y estas ríen y asienten sin que se aclare quién es ese apuesto fantasma de la televisión que se encuentra flechado por la susodicha. Además, ¿cómo diablos le habría hecho para conocer a una estrella de la tele? ¿Por medio del *ghostwriting*? Casi puedo recibir el comentario telepático de Berganza: «Deje eso, Sarca. Un hombre celoso no se detiene a polemizar sobre los detalles».

Riccardo se une a las carcajadas generales con cierta molestia, y se concentra en la elección de un canapé, así que yo aprovecho para voltear hacia Berganza y lanzarle una mirada que significa «¿Qué estamos haciendo?».

Como respuesta, Berganza se me acerca al oído.

—¿Quería satisfacción, Sarca? Pues mire. Lo mejor está por venir.

Riccardo terminó de elegir el canapé, algo de color extraño que probablemente incluya pepino. Tengo la sensación de que en realidad no lo quería, sino que sólo buscaba una excusa para sustraerse como Leporello en la ópera *Don Giovanni*. El comisario, implacable, le dirige otra de sus sonrisas tranquilas y socarronas y retoma el tema donde lo interrumpió. Las muchachas, incluida Sonia, se acercan para escucharlo. Es el carisma del comisario, pero, además, esta noche usa sus fortalezas: es bastante predecible que cualquier cosa que salga de la boca de este insólito personaje de aire gastado será más interesante que comentar joyas entre ellos o que contar las calorías de los volovanes.

—En realidad, la doctora Sarca decidió traer consigo a este viejo porque, tan inteligente como es, quería halagar a su jefe —bromea.

—¿Su jefe? Disculpe, pero ¿usted no es un comisario de policía? —se interesa Sonia, sorbiendo su vino. Incluso me parece que el vino es del color del pepino.

—Así es y, de hecho, la doctora Sarca es una de mis asesoras —explica Berganza.

—Pero ¡eso es *fabuloso*! —exclama Sonia—. *Adoro* cuando las mujeres hacen trabajos de hombre!... Quiero decir, no es que la policía sea un asunto para hombres. Hace ya muchas décadas que las mujeres forman parte de las fuerzas del orden y participan en todo tipo de acciones. —Las cabecitas de las beta asienten en sintonía, con una exaltación compartida de feminismo políticamente correcto—. No obstante, es innegable que en el imaginario colectivo ciertas profesiones todavía reclaman un arquetipo musculoso y agresivo que estamos atávicamente programadas para relacionarlo con el género masculino.

Otro subir y bajar de cabezas. Dios, esta mujer habla como en una revista de moda. Claro que debe tener un talento natural, si es su profesión.

Riccardo sonrío. No se me escapa un comentario condescendiente:

—Bueno, Dios mío. Pensar en la policía como los pistoleros y golpeadores de las películas de acción es una ingenuidad, vamos. Sabemos que hay mucho personal en el escritorio, en los archivos, en la computadora...

—No, no, en este caso no es para nada una exageración. Es del todo posible que la doctora Sarca tenga que acompañarme a una misión de investigación —objeta Berganza, lo cual arranca un pequeño movimiento de admiración entre la legión beta.

Levanto los hombros, sintiéndome observada. Lo irónico es que cualquier movimiento que haga con este vestido sólo logra que me observen más. Así que dejo de levantar los hombros y me quedo quieta.

—No es que me muera de las ganas —digo.

—¡Rayos! —exclama Sonia, jovial—. Entonces estarás preparadísima, debes de saber disparar, pelear...

—Sobre todo pelear. —Suspiro.

—Y mucho —le da cuerda Berganza—. Me aseguré personalmente de inscribir a la doctora Sarca en un curso de *krav maga* para estar seguro de que, en caso de peligro, sepa arreglárselas sola. ¿Y sabe qué, señorita...?

—Sciacca —dice Sonia con una bonita sonrisa.

—Señorita Sciacca —prosigue el comisario—. Le digo que una vez que se descubren estas técnicas, se tiene una especie de iluminación y se comprende que todas las mujeres deberían beneficiarse de eso. —Lanza una mirada teatral a nuestra platea—. Todas: no solamente quienes, como la doctora Sarca, imaginan que podrían encontrarse en situaciones de riesgo. Porque la verdad, se lo dice un viejo policía: nunca se sabe dónde y cuándo se puede encontrar uno cara a cara con el peligro.

Alboroto general de aprobación. Pero, por favor: el comisario me habrá inscrito por propia iniciativa a *krav maga* para hacerme autónoma en caso de misiones, pero yo, con mis actuales e incrédulas orejas, lo oí sostener varias veces que nada es más peligroso que un paranoico capaz de pegar, y que enseñar a cualquiera la manera de despedazar un cuello no es diferente que permitirle a cualquiera que compre una pistola. ¿Qué diablos le ocurre? ¿A dónde quiere llegar?

—Tiene razón —ya está declamando Sonia—. También yo lo pensé. «Muchachas, ¡vuélvanse autosuficientes! —siempre lo escribo y digo—. ¡Detrás de cada esquina puede esconderse una amenaza, y no debemos encontrarnos indefensas!».

«Es más fácil que detrás de cada esquina haya un inmigrante tranquilo que espera el autobús, un indigente o un muchachito medio drogado, que a lo máximo te pedirá fuego», pienso. Qué fastidio esta tendencia romántica de las mujeres ricas a fingir que están rodeadas de un aventurero mundo hostil. En mi experiencia, la categoría humana más peligrosa con la que yo me he encontrado son justo ellos.

Y aun así Berganza le da la razón.

—Dios, si más mujeres pensarán así, nosotros los policías nos encontraríamos frente a muchas menos situaciones dramáticas. Por ejemplo..., ¿cuántas de ustedes, señoritas, saben cómo se neutraliza a un agresor?

Nuevo alboroto nervioso entre las presentes. Oh, esto sí que parece un tema de conversación

divertido, dicen sus ojos. Riccardo —lo veo con el rabillo del ojo— sacude un poco la cabeza y decide tomar otro canapé.

—¡Esto sí que sería algo útil de aprender! —exclama Sonia.

—Lo es —afirma el comisario. Y luego agrega—: Sarca, ¿qué diría de mostrarles a estas amables señoritas cómo se hace?

Me sacudo. Miro al comisario. El comisario me mira. Y entonces entiendo. Sonríe. El comisario sonrío. Entendí que yo entendí.

—Como les decía —continúa Berganza—, la doctora Sarca está practicando a fondo esta particular disciplina denominada *krav maga*. Probablemente alguna de ustedes ya sabrá qué es. — Hay una coreografía de cabezas que se mueven de derecha a izquierda—. Tal vez alguna, no. ¿Sarca? ¿Sería tan amable?

Ahora todas las miradas están sobre mí. Me aclaro la voz.

—El *krav maga*, en hebreo «combate de contacto», es un arte marcial que se desarrolló a mitad del siglo XX —explico. Con naturalidad, para tomar posesión de la escena, doy un paso hacia el centro de esta especie de anfiteatro que se formó al lado de la mesa de los aperitivos—. Es un arte marcial artificial, en el sentido de que fue ideado por un hombre, un oficial del ejército israelita, que unió varias técnicas, fusionando los aspectos más letales de todas las disciplinas de combate en las que era experto. El objetivo: inventar un sistema de ataque y defensa cuerpo a cuerpo en el cual basar su adiestramiento militar.

Se escucha un parloteo de curiosidad. Muchas cejas se levantan en señal de interés. Claro, esta historia siempre causa impresión cuando la oyes por primera vez. Incluso Ivano, la otra noche, reaccionó del mismo modo.

—Pero el *krav maga* se distingue de las artes marciales como normalmente las entendemos en que, mientras que ellas se basan en sistemas filosóficos que apuntan, por ejemplo, al equilibrio, a la respiración o al uso de la fuerza del enemigo, esta disciplina no se preocupa en lo más mínimo por todo esto, ya que ese montón de formalidades sólo hacen perder el tiempo. Para el *krav maga*, es muy simple: si te atacan, no tienes tiempo de ponerte en posición, inclinarte para saludar y asumir la postura de partida. Si te atacan, pegas. Y es aún mejor si pegas primero.

Las mujeres emiten unas risitas. Frente a mí, intentando engullir el último átomo de canapé, ni siquiera Riccardo puede evitar una sonrisita de apreciación. Yo sé lo que ve. Ve a su ex, Vani Sarca, más decorosa, digamos más bella que de costumbre, hablando con indiferencia de cosas sensacionalistas con un toque de humor. Si nunca me encontró atractiva —ya no digo si me amó, porque su asistente Rosa diría que sí, yo diría que no y no llegaríamos a ninguna parte—, o si al menos me encontró interesante en mi ropa de siempre, esta versión debe de representar una especie de *Best of Vani*.

—El *krav maga* es simple, porque simple significa que se aprende rápido, y si se aprende rápido, significa que tus tropas estarán listas antes para combatir. Y, en su simplicidad, prevé tres principales objetivos, siempre los mismos: ojos. —Extiendo un dedo hacia el sujeto que está justo delante de mí, o sea, Riccardo—. Garganta. —Muevo el dedo un poco más abajo—. Y genitales.

Esta vez mi dedo baja con decisión. Riccardo sonrío; a alguna hembra beta se le escapa una exclamación divertida. Una voz, no sabría cuál de ellas, trina:

—¡Eso sí que debe de doler!

—Y si a alguien se le ocurre la desafortunada idea de intentar agredirnos, haremos precisamente esto: volteamos la *frittata* y lo atacamos nosotras en estos tres puntos sensibles. Riccardo, ¿te molestaría?

Riccardo arruga las cejas.

—¿Yo?

—Eres el único que no tiene una copa en la mano —explico, como si no fuera mi culpa. Sonia da un pequeño aplauso entusiasta y empuja a su novio hacia mí. De reojo, veo que Berganza está junto a la mesa observando y tiene una sonrisa debajo de sus bigotes.

Yo también me acerco a Riccardo, giro sobre mí misma y le doy la espalda.

—Como es obvio, lo que nos hace sentirnos más indefensas, lo que da más miedo, es cuando nos atacan por la espalda. A traición, ¿saben? Cuando menos lo esperamos. —Alguna asiente con gravedad, Riccardo vacila. Me alegro de mi elegante sarcasmo y por un instante tengo una visión de Ivano, que sacude la cabeza como diciendo «Y luego me dicen que yo no tengo remedio». Lo sé, lo sé—. Por ejemplo, mientras estamos en el cajero automático, o mientras estamos buscando las llaves de la casa delante del portón. Por favor, Riccardo, deberías estrangularme con el brazo.

Advierto su indecisión.

—¡Ándale, Ricky! —trina Sonia con el tono de una niña que clama por asistir al espectáculo.

—Si es necesario...

Escucho un sonido agudo: probablemente Riccardo está quitándose el saco. Yo no me muevo. Entonces aparece un brazo envuelto en una manga de camisa celeste sobre mi hombro derecho y me aprieta alrededor del cuello. Es un buen brazo, debo admitirlo. Delgado pero fuerte. Buena muñeca, bonita mano. Me acuerdo de ese brazo. Me acomodé ahí muchas veces. Pero esto no será un problema.

—Más fuerte, por favor. Quisiera que fuera una demostración real, no una de esas pantomimas en las que más que pelearse, se baila *El lago de los cisnes*.

Las muchachas ríen. Berganza sonríe. Riccardo aprieta. De pronto me aprieta contra su pecho, y siento su rostro y su respiración contra mi nuca. Pero esto no será un problema.

—Ahora —digo (Riccardo no está apretando tan fuerte como para impedirme hablar)—, en esta situación, el instinto puede sugerirles que reclinen la cabeza para atrás, sobre todo porque jalarse hacia adelante significaría oprimir aún más la garganta contra el brazo y resultaría antinatural. Y, sin embargo, eso es justo lo que deben hacer, porque lo más importante que hay que recordar es no arquear la espalda nunca.

Unas caras llenas de rubor se mueven de arriba hacia abajo, indicando que entendieron. Dios, me siento como maestra delante de una clase de niños de seis años.

—Ahora, así.

Doblo el torso un poco hacia delante. Riccardo vacila. Puedo sentir que quisiera soltarse y alejarse, pero la situación le impone seguir el juego.

—Después deben usar los brazos y las manos. Comiencen golpeando los testículos hacia atrás. —Y asesto un falso puñetazo en el aire hacia las partes de Riccardo, mientras a nuestro alrededor florecen comentarios salaces—. Alternen con golpes en los ojos. —Y levanto la mano para llegar

a otro punto que está detrás, cerca de la cabeza de mi ex—. Cuando se desbalancee para detener ambos golpes, tendrán tiempo suficiente para soltarse del apretón. En este momento, gírense, presionando el codo hacia fuera. —Riccardo parece muy feliz de dejar de apretarme cuando le empujo el brazo, pero lo mantengo agarrado—. Le giran el hombro hacia fuera y le rompen el codo, ¿entendieron?

Una sincronía de cabezas se mueve arriba y abajo.

—Parece fácil, ¿verdad? Y ahora se los muestro rápido.

Me acomodo de nuevo, derecha, en pie, contra el pecho de Riccardo, le tomo sin cuidado el brazo, me lo pongo alrededor del cuello, luego él me aprieta y todo sucede como un relámpago.

Sólo que esta vez lo hago en serio.

Me impulso hacia delante, doy un puñetazo en la ingle y un manotazo en los ojos; Riccardo grita, yo me suelto y un instante después se encuentra en el piso con la muñeca en mi mano y el codo tenso y torcido a punto de rompersele.

Las muchachas —incluyendo a Sonia— y el comisario Berganza dan un aplauso genuino.

Debo acordarme de decirle a Delia que felicite a su sastre. Más que «Úselo un poco en casa para comprobar que le quede cómodo», a esta tela de hilos de cabello de hada no se le deshizo ni siquiera una puntada.

—Esto es todo —concluyo desenfundando mi mejor sonrisa—. Fácil, ¿no? No quiero hacer la apología del *krav maga*, pero sin duda dominar estos movimientos te hace sentir mucho mejor. ¿Alguna de ustedes quiere probar?

El «¡No!» de Riccardo, desde el piso, suscita una explosión de carcajadas. Pero ¡si yo no quería hacer reír a nadie! Dios mío, ahora resulta que esta fiesta me está gustando en serio.

La demostración hace de mí una especie de heroína entre las hembras beta, que me llenan de preguntas sobre el *krav maga*, sobre la policía y demás, y de nada sirve que yo les demuestre lo poco que sé de ambas cosas. No hay peor sordo que el que no quiere oír, excepto mi padre y una manada de mujeres que no aguantan la Gewürztraminer. Sonia se ríe por cada palabra que digo e insiste en que le escriba un artículo para su revista, idea que supongo que desaparecerá junto con las secuelas de la borrachera.

Riccardo, achacoso como un reumático, se aleja medio cojeando para ir al baño. Cuando regresa, deambula alrededor del grupo, pero sin acercarse de nuevo. Debí de entrar a un universo paralelo en el cual Riccardo se encuentra en los márgenes de la escena y yo en el centro. Aunque en un par de ocasiones, al levantar la vista, lo sorprende mirándome; la mayor parte del tiempo simplemente no me preocupo por él.

También Berganza me observa desde el borde del palco. De vez en cuando lo incluyo en la conversación y él me da cuerda, como siempre elegante y moderado. Luego, en cierto momento, me hace una señal con la cabeza y yo entiendo: es el momento en que irá a curiosear por otras zonas de la casa. Observo cómo se aleja y luego no vuelvo a verlo sino hasta al final de la noche, cuando se reúne con el grupo, se introduce en la conversación y, apenas puede, me hace una señal que significa que todo salió muy bien. Así, diez minutos después nos acercamos a Delia, que nos agradece nuestra presencia, nos despedimos y regresamos a casa.

En el coche, el comisario y yo estamos contentos. Berganza me dice que pudo hacerlo: pudo ver la casa, la recámara de Adriano y Delia, y hasta pudo tomar fotos. Las examinamos juntos, con las cabezas juntas como muchachitos que miran las fotos de sus vacaciones en el celular. Berganza se puso una rica loción. Y lo hizo con delicadeza, como las personas de clase, porque sólo la percibo ahora que estoy cerca de él. También yo, por otro lado, me puse dos gotas del único perfume decente que tengo, y también debí de atinarle a la cantidad justa, porque tampoco Berganza tiene intención alguna de separarse. Estamos así por un tiempo extrañamente irreal, hombro con hombro, casi pómulo contra pómulo, mirando las imágenes. Y en nuestra feliz euforia hacemos comentarios serios («Este es el corredor que Aldo recorrió con un tazón de sopa entre las manos. La dinámica y los tiempos son posibles, Sarca»), y también de los más tontos («¿Le parece que esto es una biblioteca? ¡Todos los autores en ese artificial y alienante orden alfabético! Ende, Erickson, Esquilo, Esenin... ¿Quién diablos pone a Michael Ende junto a Milton Erickson?», «¿No es ya bastante sorprendente que en casa de los Giay Marin haya libros de Ende?», «Serían de Aldo y Adriano cuando eran niños. Más bien, de Adriano. Apuesto que Aldo leía a san Ignacio de Loyola a los once años»).

Pero, sobre todo, Berganza encontró a Irma. No estaba en su recámara, a la que yo también le expliqué cómo llegar, sino en una especie de saloncito apartado en el primer piso. Mejor, porque el comisario habría tenido que fingir, por ejemplo, que no encontró el baño, y así no tuvo que escenificar una ridícula escena.

—Le pregunté por qué no estaba en la fiesta —me cuenta Berganza—, y ella me explicó, sin que yo se lo pidiera, que las fiestas no le importan en absoluto, porque ya es demasiado vieja y está muy cansada, y la gente de las fiestas de hoy es muy poco interesante como para que valga la pena soportarla. —Nos reímos—. Afirmó que si tuviera que llenarse la cabeza de pasadores, querría tener mejores motivos que cuatro actricitas en ropa ordinaria. Elogió las recepciones de antes, las de la época de Armando, aunque ella las viera sólo desde la cocina porque debía ocuparse del refrigerio. Luego supo que soy comisario y quiso que le contara algún episodio de mi carrera. Tenía razón, Sarca: esa mujer estará un poquito despistada por la edad, pero no es para nada estúpida; es brillante, perspicaz y sabe lo que dice. Me gusta. Me divertí mucho hablando con ella. Me hizo pensar un poco en... —Duda—. Pues en cómo podría ser usted de vieja. Si llega a serlo, claro. Si deja de comer congelados y decide quererse, como se merece.

Ahora está mirando hacia adelante porque volvió a manejar por una calle completamente negra en medio del blanco de la escarcha, que se va haciendo menos sinuosa y poco a poco se inserta en el tejido de la ciudad. Menos mal. Así no ve que su frase me hizo sonrojarme un poco.

—¿Puedo preguntarle algo, comisario? —Tal vez no sea buena idea, pero ¡al diablo! A Berganza no puedo esconderle nada. Además, ahora está mirando la calle. Si no voltea en los próximos veinte segundos, que es el tiempo que necesito para pronunciar la frase, puedo hacerlo—. Cuando hizo ese..., ese número con Riccardo... Sí, en fin, cuando fingió que yo rechacé a tres hombres para darle celos..., ¿por qué no se limitó a echarle en cara que esta noche usted era mi acompañante? Quiero decir...

Jesús, qué lío encontrar las palabras. Si todo fuera como escribir un manual de neurociencia.

Berganza voltea y me mira. Levanta la mano de la palanca de velocidades. Yo no tengo el valor

de mover una sola fibra muscular. Por un instante me pregunto si va a tocarme, si no fuera porque es una pregunta estúpida, porque obviamente no es posible. Ni mucho menos. Se trata del comisario. Y, sin embargo, es justo eso lo que sucede: después de un momento de indecisión, como si también ellos tuvieran que decidir qué hacer, los dedos del comisario me apartan un mechón del ojo izquierdo con dulzura. No hace nada más íntimo, nada más audaz que eso.

Pero es suficiente para mí.

—Porque yo soy demasiado viejo para usted, Sarca. Tengo cincuenta años y a veces me siento de ciento veinte. Alguien como Riccardo Randi no estaría nunca celoso de mí. De un atleta, de un violinista y de un actor, en cambio, es muy probable que sí lo esté.

«Pero esta noche estaba usted conmigo, jefe —me dan ganas de decirle—. Y no porque usted insistiera, sino porque pensé de inmediato que sólo había una persona con la que me gustaría estar esta noche, y esa persona es usted».

Sólo que obviamente no digo ni una palabra, y también yo me limito a mirar la calle.

Feliz Navidad, Sarca

Y luego, de golpe, es Navidad. Es la maldita mañana de Navidad, y yo estoy en el coche manejando en una calle desconocida del primer cinturón de Turín Norte. Hoy es el día del descenso del Niño Jesús sobre la tierra. Tal vez viene para pedirme personalmente que deje de maldecir como lo estoy haciendo desde hace media hora, o sea, desde que me perdí siguiendo la primera de las indicaciones que me dio mi hermana.

—Hacia la derecha de la calle verás una gran casa de campo amarilla con columpios en el patio: apenas la pases, debes tomar la callecita que la rodea, y luego en el desvío seguir el riachuelo.

Malditos la casa de campo, los columpios, el desvío, el riachuelo y tú. Sobre todo tú, Lara, que por el estúpido «nuevo rico» de tu marido decidiste irte a vivir a una pretenciosa villita con jardín, y para poder tenerla fuiste a buscarla en el centro exacto de la nada. Dios santo. ¿No existen indicaciones normales por estos lados? Aunque sea escritas a mano, no pretendo que tecnologías tan avanzadas como la imprenta lleguen hasta estas tierras perdidas. ¿Tienen algún nombre las calles de esta especie de Viejo Oeste pero sin encanto? ¿Cómo diablos puedes pretender que yo vea los columpios de un patio?

Regreso atrás de nuevo, tomo la carretera regional. De nuevo la casa de campo. Ah, ahora debí de encontrar el condenado desvío. Le dedico un rosario de improperios tan crueles que probablemente el recién nacido Jesús acaba de empezar a llorar. Ahora el riachuelo. Pero, ¡qué diablos!, es diciembre: en diciembre los riachuelos son unos fosos helados, poco más que unas estúpidas ranuras llenas de hierbas a un lado de la calle; desafiaría hasta a un águila a reconocerlos de un vistazo. Justo allá. Debe de ser esa especie de excavación que corre paralela a la carretera. Imagino que lo descubriré cuando ya sea demasiado tarde para girar y tomar la otra rama de la bifurcación. Lara, te odio.

Por supuesto, como me encuentro en una callecita con un foso a un lado y acabo de hacer llorar al Niño Jesús, el Divino se me manifiesta en forma de un auto deportivo convertible que aparece adelante de mí al pasar la curva y me bloquea, justo para aumentar mi retraso y mi enojo. Lo entiendo. No puedo echarle la culpa. Yo también, si fuera Dios, de vez en cuando experimentaría una fuerte tentación de abusar de mi poder para castigar a los blasfemos. Aunque creo que sobre todo me quedaría en mis espacios siderales, lo más lejos posible de esta humanidad asquerosa, en especial de aquella con autos deportivos convertibles.

El ejemplar en cuestión me bloquea el paso porque, aunque a diferencia de mí parece conocer su camino, está yendo muy despacio. Es evidente que el conductor se acobarda ante la idea de golpear el cárter del motor en un desnivel, o de rayar la carrocería con la grava. Luego veo el Everest de paquetes y paquetitos que invade el habitáculo. Están todos envueltos en un papel decorado con el logo de una famosa marca de juguetes (tanto tener una hermana que se reprodujo hace poco, como ser *ghostwriter*, te hace aprender más cosas de las que quisieras). Sobre el toldo exhibe una de esas irritantes calcomanías de NIÑO A BORDO.

Después de diez minutos en los que me aprendo su placa de memoria, el señor Convertible Quema Dinero, cede. Pone las intermitentes y se hace a un lado todo lo posible, luego baja para checar que su caro automóvil (o querido, en un sentido más amplio) esté bien. Viste un abrigo sobre su traje. Saco y corbata el día de Navidad, como si tuviera que quedar bien con el administrador de una multinacional. Tiene también la cabeza recién afeitada para disimular su calvicie, una barbita que parece diseñada con plumón de precisión y un par de lentes de sol, tan útiles como una mascarita de papel en Chernobyl, que se quita para examinar mejor el auto.

Me paro al lado del convertible y bajo la ventanilla.

—¿Necesita una mano?

El tipo me mira. Emanan disgusto y ofensa.

—No —responde sin un *gracias*, con el aire de quien, el día que le pida ayuda a una mujer para cosas de autos, querrá que le tomen fotografías con labial y ligueros. Muy bien, yo lo intenté: el Niño Jesús es testigo.

—Espero que al menos haya escrito una nota. Los regalos, aunque sean numerosos, grandes y costosos, no bastarán para garantizarle el amor de la madre de su hijo.

Barbita abre los ojos y dilata las fosas nasales. He aquí, debajo de la loción y el bonito atuendo, tan puntual como la muerte, la expresión de un primate atacado en su territorio. Es probable que forme parte de la misma camada que mi exmaestro de aikido.

—Y tú, ¿quién diablos eres y qué sabes? —exclama con esa cadencia agresiva con la que los hombres sin clase aprenden de pequeños a gruñirles en la cara a sus compañeros más débiles: «Al terminar las clases te espero afuera».

—Resulta evidente que lo que usted quería preguntarme en realidad, aunque no lograra organizar sus ideas, es por qué no dije «el amor de su hijo». Gracias por la pregunta. Vayamos por orden. —Me aclaro la voz—. Tiene su coche cargado de regalos para niños; la calcomanía sobre la capota me sugiere que tiene un hijo pequeño. Los regalos son muchos, están envueltos todos iguales y sin ninguna tarjeta, señal de que usted no los lleva a un asilo ni a una legión de sobrinitos, sino que tienen un solo destinatario. Básicamente, se trata de la típica tonelada de regalos inútiles que caracteriza a los padres que deben pedir perdón por algo.

Barbita jadea. Siempre hacen eso. Apuesto que, de entre todas las cosas que puede decir, escogerá la equivocada.

—Pero perdonar, ¿qué? ¿Qué diablos estás diciendo? —gruñe al final.

—Me doy cuenta de que esto aún no responde a nuestra pregunta. Su auto es nuevo y está flamante, cuidado como una reliquia sagrada, e incluso es el modelo más incómodo del mundo para colocar el asiento y los artefactos de un niño. Es el auto de alguien que no toma en

consideración la idea de desplazar a un pequeño habitualmente. —Podría decir que esto también lo sé gracias a Lara, pero la verdad es que lo sabría de todos modos—. El hecho de que alguien que acaba de ser padre compre un auto de este tipo, o se niegue a venderlo, y que además lo cuide como maniaco, y usted dejó que eso fuera evidente para mí en menos de diez minutos, es la típica cosa capaz de enojar a una nueva madre promedio, llena de hormonas, que llegó a ver el auto como un peligroso competidor de su niño en el corazón de papá.

Barbita aprieta la mandíbula tan fuerte que su candado cambia de forma.

—En verdad, de entre todo, lo que más me dirige hacia estas deducciones es el estado, déjeme decirle, lastimoso de la patética calcomanía NIÑO A BORDO. De hecho, llegamos a la parte fuerte. Tiene los márgenes todos comidos, señal de que la puso allí alguien más. Supondría que su esposa, por despecho. Usted intentó rascarla. Renunció solamente porque aún no encuentra la forma de no dejar residuos en el auto. Entre paréntesis: no se puede. Mi hermana creía que uno de sus dos gemelos iba a ser niña y aún maneja con un WALTER Y CHANTAL A BORDO.

Barbita lanza una mirada consternada a la calcomanía. Es claro que la idea de no poder despegarlo lo desestabiliza más que toda la conversación.

—Me imagino que el tentativo de eliminar la calcomanía agravó aún más su situación ante su mujer, que debió de pensar que usted no quería estropear su preciosísimo auto ni hacer saber de la existencia del niño en los ambientes en los que se mueve con ese coche. Y acéptelo: tal vez es verdad.

Barbita se congela ante el tabú tal vez más grande de la sociedad moderna: admitir que eres padre y que no sientes ningún entusiasmo especial por ello. Me conmueve la evidencia que veo en su cara: por un lado, el escándalo porque osé insinuar una bajeza de ese estilo, y por la otra, el sorprendente descubrimiento de que no está obligado a fingir, por una vez, ante alguien que pudo entenderlo en diez minutos.

Como si fuera tan extraño que un cuarentón, con la cara brillante por su crema facial, coloque «cambiar pañales» al final de su *wishlist*.

—El hecho es que su esposa está enfadada con usted porque lo considera un padre ausente e inadecuado. Agreguemos que su hijo aún debe de ser demasiado pequeño para que le importe recibir todas estas cosas. Por este motivo sostengo que atiborrando a su hijo de regalos, usted está buscando sobre todo reafirmarse con su señora, cuya estima todavía le importa mucho, porque, aunque usted esté tratando de mandar el mensaje «Mira cuánto derrocho por nuestro niño», o «Mira cuánto dinero puedo gastar», el mensaje de fondo siempre es el mismo: «Mira qué buen partido soy».

Barbita toma aire. Mucho aire. Debajo del abrigo, el tórax se le dilata como un zepelín. Por un momento me pregunto si escogerá hablar o darse a la fuga volando.

—Mire que no me importa un carajo lo que piensa esa histérica pesada.

—«No me importa un carajo» implicaría muchos menos regalos.

—Sólo quiero que me envidie.

—No me parece una posición indiferente.

Barbita bufá. O sea, se desinfla como un balón de plástico sobre una zarza, desplomándose sobre su propio tórax.

—Ahora, escúcheme. —Esta es la parte que más me gusta—. La táctica del hombre de mundo y padre ausente que busca ganar puntos comprando un montón de regalos una vez al año no sólo no funciona nunca, sino que es una de esas cosas que inducen a las mujeres al divorcio. Y a buscarse a otro que tenga un poco de pancita, suéteres viejos y desgastados, y una camioneta, pero que cada noche antes de cenar baje con gusto al parque con el niño para enseñarle a usar el triciclo. Hágame caso: si le importa que su mujer no le pida que se largue definitivamente, escriba al menos una tarjeta. Una bonita tarjeta patética y sentimental que ella pueda conservar para su hijo, y que de vez en cuando pueda volver a leerla cuando le entren dudas sobre usted. Y deje donde está ese horrible NIÑO A BORDO. También porque eso es verdad, aunque quien esté a bordo del auto sea usted.

Me voy. Barbita se queda allí, extraviado como una marioneta sin hilos en mi espejo retrovisor, y por un lado me odia y por el otro siente que debería darme las gracias. Adoro cuando manipulo a las personas y ellos sienten que se quedan en deuda conmigo.

Bien. Nos divertimos, fin. El jueguito terminó, ahora no me queda más que dirigirme hacia un día de mierda.

Mi hermana tiene una estatua en el jardín. Me estaciono mientras el portón automático se cierra a mis espaldas, me bajo y no puedo creer lo que ven mis ojos, así que tengo que acercarme; esto también, para mi sumo pesar, interpondrá más minutos entre yo y el encuentro con mi familia, que me espera en la calidez de la sala. No es una alucinación. A un lado de la puerta de entrada, mi hermana colocó una reproducción en mármol de la Venus de Milo. Es la cosa de peor gusto que haya visto en mi vida, exceptuando una serie de prendas de vestir con estampado de leopardo o fosforescentes que, por cierto, provenía del armario juvenil de Lara. En fin, los gustos estéticos cursis de mi hermana no me sorprenden, especialmente ahora que encontró un promotor en ese chango de Michele, pero, por Dios santo: una estatua en el jardín. El marmolista no debió de dar crédito cuando una pareja de «nuevos ricos» se la compró.

Tal vez hasta la mandaron hacer.

Toco el timbre. La puerta se abre y aparece mi madre.

—Ya que estaban, pudieron agitar los brazos —comento.

—¡Bienvenida, tesoro! —exclama mi madre, sin entender el comentario. De vez en cuando no puedo resistirlo y digo estas cosas sólo para mí—. ¡Te esperábamos a mediodía! Por un lado tienes razón: es difícil encontrar esta casa si es la primera vez que vienes...

Lo que, en el idioma de mi madre, significa: «Teniendo en cuenta que Lara vive aquí desde hace dos años, es escandaloso que no vinieras antes».

Será un largo día.

A la una y cuarto seguimos en los entremeses y ya no puedo más. Lara y mi madre van y vienen de la cocina a la gran sala que funciona como comedor y sala, en la cual prepararon una mesa de revista de decoración para la ocasión. Adornos rojos y dorados de diversos tipos adornan cada superficie cercana, incluido el ridículo abeto de plástico que se eleva en una esquina cerca de la falsa chimenea. Hay velas por doquier: en una casa sin libros, en efecto, no necesitan tener

precauciones. Sin embargo, hay una pila de revistas, el 99 por ciento de... *XX Generation*. En su sala, Lara tiene un pedazo de mi historia reciente, pero no lo sabrá nunca.

Sobre la mesa hay una menorá.

—No sabía que fueras judío, Michele —comento.

Michele me mira un poco resentido.

—Judío un bledo, si hay un defecto que no tengo es el de ser tacaño, si me disculpas. Yo le dije a tu hermana que comprara un centro de mesa más elaborado, de esos con velas gruesas, pero ella se empeñó con ese candelabro y no hubo manera de hacerla cambiar de idea.

Por más que yo sepa que, racionalmente, Michele es muy bestia, siempre me asombra. Lara en cambio no es nada tonta. Sólo posee una ignorancia increíble que nadie le reprochó nunca. Claro, en la casa ya había una intelectual: no era necesario que hubiera dos. En Michele debió de encontrar a un sosegado compañero que le da seguridad y que en absoluto espera nada de ella desde el punto de vista intelectual.

Mi hermana trae una bandeja de carnes frías que arrancan exclamaciones felices a los dos hombres presentes —Michele y mi padre— y un coro de gritos complementarios a los gemelos.

Los gemelos están atornillados a la mesa, cada uno en su sillita. Como se apresuró a detallar Lara, William y Walter cohabitaron en su útero, pero son tan diferentes que ya no podrían ser más distintos: ahora, por ejemplo, el gordito y placentero Walter está gritando para que le pasen comida, mientras el más pequeño, el difícil William, está gritando porque no tiene ninguna intención de comer. Probablemente espera que si les reconozco una personalidad a los gemelos, me parecerán más tiernos. Pero desde mi perspectiva, el resultado no cambia: ambos gritan. Nunca escondí mi desinterés hacia los dos pequeños productores de baba y moco, por no decir algo peor. En lo que a mí respecta, los niños se vuelven interesantes cuando pasan esa tendencia fastidiosa de ocuparse sólo de sus propias necesidades corporales y comienzan a razonar, a hacerse preguntas, quizás a desarrollar un ingenio. Digamos que a partir de los cinco años. Seis. Nueve. Doce. Sí, bueno. En todo caso, los dos saquitos de grasa llorona tienen poco más de uno y no entrarán en esa categoría hasta dentro de un largo tiempo.

Lara deja la bandeja en la mesa y corre a limpiar naricitas verdosas suspirando ostentosamente, mientras Michele, que está sentado justo al lado de William, no mueve un dedo y sigue con los ojos a mi madre, que le sirve antes que a los demás. Es así como funciona todo en casa de mi hermana: ella no trabaja pero exagera el cansancio extenuante que le produce ocuparse a tiempo completo de la casa y de los dos monstruos chillones (con una asistenta que va tres días a la semana y los mocosos en la guardería). Él, que aporta para la casa una discreta ganancia cada mes gracias a su empleo de nivel medio en una empresa de productos de cerámica, se siente autorizado a caer en un estado catatónico apenas pasa por la puerta de entrada.

—¿Qué tienes, mi tesorito? —dice mi madre poniendo una rebanada de jamón en el plato de mi padre y corriendo a abrazar a William. Y agrega sin ni siquiera girar—: Vani, tú te las arreglas sola, ¿verdad?

—Ojalá pudiera —susurro sólo para mis oídos.

—El sábado fuimos a la fiesta de la guardería —cuenta Lara sentándose y suspirando con aire teatral—. ¡Fue tan bonito! Las escuelas privadas cuestan mucho, pero creo que realmente cumplen

lo que prometen. ¡Debieron ver las decoraciones!

Dicho por Lara, probablemente significa que las maestras rellenaron una bandada de pavorreales y luego los hicieron explotar sobre las paredes de las aulas.

Me sorprende pensando de nuevo en la fiesta de Delia casi con añoranza.

¿Qué estará haciendo Berganza en este momento?

En realidad lo sé. Nos hablamos el día después de la fiesta, cuando el comisario me envió las fotos tomadas en la casa Giay Marin, y también ayer... sin ningún motivo real, sólo para hacer el balance de la nueva información de las últimas cuarenta y ocho horas, y para darnos las felicitaciones de Navidad. Me dijo que lo pasaría con su hermana, Ivano e, imagino, algún otro pariente cercano. Le pedí que saludara a Ivano de mi parte, cosa de veras irrelevante puesto que el chico y yo nos escribimos habitualmente y no tengo necesidad de intermediarios para mandarle saludos.

Daría cualquier cosa por estar con ellos y no aquí. Pero incluso daría cualquier cosa por simplemente no estar aquí. Esta es un poco la historia de mi vida.

El hecho es que cuando suena el teléfono y leo «Romeo Berganza» en la pantalla, por un momento pienso que es un milagro.

—¿Quién llama a la hora de la comida del día de Navidad? —protesta Lara.

—Disculpen, es del trabajo. ¿Bueno? —respondo saltando de la silla. Por desgracia, mi madre regresó a la cocina, la única habitación que comunica con la sala, así que no puedo alejarme más de las orejas de mi familia.

—¡Sarca! —La voz del comisario suena agitada—. Debe perdonarme si la molesto justo hoy a esta hora, pero...

—¿Perdonarlo, comisario? Pero si yo lo adoro.

—Tengo noticias, Sarca, noticias importantes, y tenía que decírselas antes que cualquier otra cosa.

Por suerte, no notó mi «lo adoro». Por desgracia, levantando un poquito los ojos, me doy cuenta de que sí lo captaron Lara y mis padres desde el otro lado de la sala (bueno, no, mi padre no. Ese aparato auditivo es totalmente inservible). Creo que luego me tocará responder varias preguntas. Tal vez tomaré apuntes para el próximo interrogatorio.

—Sarca, ¿se acuerda del cabello de Irma? —prosigue Berganza. Su voz suena de veras menos moderada de lo normal—. Un día después de que usted me lo dio, lo mandé a analizar para obtener el ADN. Hice la comparación con el de Aldo Giay Marin, y resultado: *incompatibilidad total*. Nuestros dos potenciales asesinos no están relacionados por ningún vínculo de sangre.

—¡Oh! —exclamo—. Diablos, esto arruina nuestra reconstrucción. Y es realmente una lástima, porque, lo admito, la idea de sacar a la luz esa maternidad secreta, más allá del desconcierto inicial, me apasionaba muchísimo.

—Pero espere, porque ahora le diré rápidamente algo que la entusiasmará de nuevo —anuncia el comisario—. Al llegar el resultado del ADN, lo iba a archivar en la misma carpeta en la que reuní todos los demás documentos médicos que conseguí hasta ahora sobre el caso...

—Entonces no estuvo cruzado de brazos esperando que yo hiciera todo el trabajo sucio —bromeo. Por decir algo, ya que conociendo a Berganza, habrá hecho que le mandaran la primera

licencia de Armando Giay Marin y el certificado de inscripción en el kínder de Aldo y Adriano.

—Qué graciosa. Estaba por archivar la documentación, cuando vi el grupo sanguíneo de Aldo, que es O. Primera reacción: pensé que soy idiota, porque entre otras cosas en los días pasados hice que me mandaran el expediente médico de Irma... Ya sabe, al menos para examinar con precisión el estado de su salud mental. El caso es que la mujer es AB, lo que significa que Aldo claramente no puede ser su hijo, y que pude evitar el gasto y el lío del examen del ADN.

—¿Quiere decir que pude ahorrarme la cacería de ese cabello? ¿Tiene idea de lo difícil que fue esa misión? Quiero un aumento.

Berganza hace un ruido que significa «La escuché, pero la ignoraré porque tengo cosas más importantes que comentar que su estúpido chiste».

—Pero luego recuerdo que no soy tan estúpido y que en alguna parte vi un grupo AB, además del de Irma. Estaba convencido de que era el de Aldo, pero no fue así. Además, el grupo sanguíneo no es un dato que se indique en los análisis normales de sangre; aparece, por ejemplo, en los expedientes médicos de los enfermos con determinados tipos de tumores que pueden producir anemia, quienes, por lo tanto, pueden necesitar transfusiones. Así que reviso los documentos del expediente y busco los que me mandaron del hospital en el que fue hospitalizado y donde luego murió Armando Giay Marin.

—No me lo diga.

—Exacto. Fue justo allí en donde lo vi. En ese momento, para completar el cuadro, quise rastrear también la clínica a la que asistió Judy cuando se enfermó. En esa época ya había regresado y estaba viviendo de forma estable en América. Me llevó un tiempo, pero socialicé con una recepcionista que agilizó el procedimiento sin necesidad de una orden internacional. Después de todo, se trataba sólo de leerme el grupo sanguíneo del expediente en cuestión, sin necesidad de enviarme nada. Así que esta mañana abrí los mails antes de tomar el coche para ir a la casa de Ofelia, y hay un correo de Melanie que me comunicaba que Judy Adele Harrington era una gran O.

—Déjeme recapitular. —Arrugo la frente, tratando de buscar en los abismos de mi memoria las escasas nociones de biología que aprendí en un momento impreciso de mi historial educativo, probablemente en el curso de una clase en la que me pasé leyendo a Wodehouse debajo de la mesa —. Aldo es O, Irma AB, Armando era AB y Judy O. Si no recuerdo mal, pueden nacer hijos con grupos sanguíneos O de prácticamente cualquier pareja de padres en la que uno de los dos sea O...

—Excepto cuando uno de los padres es AB; en ese caso, el hijo tendrá grupo sanguíneo A, B o AB, pero no O. —Ahora la aceleración de la voz del comisario se hace más perceptible. Creo que está sobrepasando su presupuesto de entusiasmo para todo el próximo semestre—. Esto quiere decir que es muy posible que Judy sea la verdadera madre de Aldo, pero es absolutamente imposible no sólo que lo sea Irma, sino que Armando Giay Marin fuera su padre.

Silencio.

Dejo que esta revelación sedimente en mis sinapsis, con toda la importancia que tiene.

—Comisario, ¿y Adriano?

—Excelente pregunta. Claramente, en cuanto descubrí que Armando era AB, me surgió la misma curiosidad. Así que fui a meter la nariz en los reportes de la autopsia de Adriano hasta que

encontré la información que buscaba. También Adriano era O.

—Entonces Armando tampoco era el padre de Adriano. —De nuevo hay silencio.

—Pero... si estamos llegando a estas deducciones simplemente a través del grupo sanguíneo, quiere decir que probablemente también Armando...

Oigo que Berganza asiente (es absurdo, pero es así. Oigo que asiente, punto).

—Pensé lo mismo, Sarca. El grupo sanguíneo es una información importante, algo que, si eres un padre un poco responsable, quieres saber de inmediato sobre tu hijo, por si necesita una transfusión de emergencia o cosas por el estilo. Antes, había una especie de culto sobre esa información. Mi hermana y yo somos más o menos de la misma edad que Adriano y Aldo Giay Marin, y todavía recuerdo que nuestros padres hacían que nos colgáramos unas plaquitas de metal con la inscripción de nuestro grupo sanguíneo, por si la Guerra Fría se transformaba de repente en la tercera guerra mundial mientras estábamos jugando en el patio. Es prácticamente imposible que Armando Giay Marin no supiera el grupo sanguíneo de sus hijos. Y si era así, hay que considerar que algún médico debió de hacerle notar la situación. E incluso sin médico: hasta usted y yo tuvimos que excavar tan sólo un poco en nuestra memoria para recordar las clases sobre los chícharos de Mendel, así que Armando era claramente consciente de la imposibilidad de ser su padre.

Entonces, con toda probabilidad, Armando Giay Marin sabía que estaba criando unos hijos que no eran suyos.

—Alucinante —es todo lo que puedo decir después de un rato. Mi mente ya está corriendo detrás de una maraña de reinterpretaciones, acontecimientos y síntesis del cuadro que Berganza y yo nos creamos hasta este momento.

—Ahora tendremos que desechar todo y seguir otra pista —concluye Berganza—, pero es mejor descubrirlo ahora que después.

—Tiene razón. Gran intuición, jefe.

—Gracias. Como puede ver, de vez en cuando yo también la tengo.

—Sucede seguido, ¿verdad?

—¿Que yo tenga intuiciones? Eso espero.

—Pensaba en que una pista prometedora puede revelarse un callejón sin salida.

—¿La verdad, Sarca? Sucede muy poco. En la mayoría de los casos, la navaja de Ockham funciona: la pista que parece más intuitiva es la que suele ser verdadera. Como ya me oyó repetir otras veces, estoy convencido de que el crimen suele ser un asunto banal en la vida real.

—Siempre lo dice, y aun así aquí parece que no hacemos más que dar una vuelta de tuerca después de otra. La confesión de Irma, el presunto cambio de maternidad, ahora el giro total de que no sabemos nada acerca de quién es el padre... ¿No le parecen ya suficientes las excepciones para refutar la regla?

—Qué quiere que le diga, Sarca. Tal vez este caso está tan lleno de excepciones que es una gran excepción en sí mismo. En un universo de casos banales, usted llegó justo a tiempo para pescar el único en el que uno no se aburre nunca.

—Siempre fui una muchacha afortunada.

Sonríe. Apuesto a que él también está sonriendo.

—Y con este gran lío que desenmarañar desde cero, la dejo, Sarca. Ofelia me espera y si no llego a honrar su estofado, me cocinará. Saludo a Ivano de su parte.

—Gracias, comisario.

—Ah, lo olvidaba... ¿Se acuerda de ese hombre que tomaba fotografías hasta de las macetas de geranios en la fiesta de los Giay Marin? Pudimos terminar en cualquier revista, por lo que parece. Me lo hizo notar Pezzoli, que hoy comentaba el hecho de que en *XX Generation* hay una columna periódica sobre acontecimientos de sociedad. Quería advertirle, por si le gusta tener una foto suya en vestido de noche o por si quiere esconderlas de miradas inoportunas.

—Menos mal que me lo dijo. Apenas salga el nuevo número estaré al acecho delante del puesto de revistas y haré desaparecer todas las copias.

—Deje una para mí. A mí no me molestaría guardar una foto suya con vestido de noche. Buenas noches, Sarca.

Termina la llamada.

Mejor, porque de lo contrario me habría visto forzada a responder su última frase con un chiste estúpido.

Levanto los ojos y todos los Sarca me está viendo.

—¿Bien? Los *tortellini* se enfrían —dice mi padre, que no oyó nada.

—¿Con quién hablabas? —pregunta mi madre mientras intenta alimentar a William.

—No parecías muy molesta ante el hecho de que te llamen el día de Navidad —insinúa mi hermana.

Debí morir mientras hablaba por teléfono y este es el Infierno.

—Jesús, pero ¿de quién sacó este niño esto de no comer un carajo? —exclama Michele, molesto por la obstinación de William.

—El jardinero —responde mi voz, que yo oigo como en diferido—. El padre debe de ser el jardinero.

Michele dice algo sobre el hecho de que debo de estar tonta porque si William es gemelo de Walter, es evidente que tienen un solo padre, que es él, y que cómo me atrevo a hacer ese tipo de chistes, pero por supuesto yo lo dejé de escuchar hace rato.

El más trillado de todos los clichés

Dicen que si sabes qué buscar es mucho más fácil hacer las preguntas adecuadas. Como si fuera tan sencillo. Es 27 de diciembre por la mañana. Estoy en el jardín de la casa de los Giay Marin. Este edén tiene la temperatura del Ártico. Domenico Pautasso, llamado Mecu, está trabajando a mi lado: rastrilla las hojas secas, las ramitas caídas, las piedras demasiado grandes. Yo estoy parada a su lado y me limpio la nariz. Estoy resfriada. Habrá sido el clima de taiga siberiana de las tierras desoladas que rodean la casa de Lara, o me lo habrá pegado uno de sus dos gordos enanos de jardín. Tengo la nariz enrojecida y tapada, y hablo cómicamente como la sirvienta negra de una película americana antes de la llegada de lo políticamente correcto. La ironía de la suerte es muy notable, porque estoy aquí para intentar aclarar una de las cosas más espinosas que se puedan imaginar y, si el tema en cuestión será como pienso, no habrá nada de qué reírse.

Suspiro.

Mecu rasca la tierra helada con el rastrillo.

—¿Qué quería decirme? —Cuando lo identifiqué (silueta negra en perenne movimiento sobre el panorama blanco del parque) y le dije que estaba buscándolo, me miró con desconfianza. Pero no protestó ni inventó excusas, trabajo que hacer o el clásico «No sé qué otra cosa interesante podría decirle».

Ahora espera.

Hablará si lo manejo de la manera adecuada. Ahora me parece evidente que la primera vez estaba deseoso por hablar.

—Señor Pautasso, mis indagaciones van mal —comento. El hombrecito escucha—. No exactamente mal, pero sí lo suficientemente como para dejarme perpleja. Entre más estudio la historia de esta familia, menos la entiendo. Hay algunas..., algunas cosas que no sé cómo explicar, les doy vueltas y les vuelvo a dar vueltas, ¿sabe? Llegué a la conclusión de que el único que puede ayudarme a aclarar esas ideas es usted.

Oigo el ruido de los dientes de metal sobre piedras y tierra congelada. Es bastante molesto, a decir verdad. Me limpio la nariz.

—¿Se acuerda de lo que me dijo la primera vez que hablamos, señor Pautasso?

—¿El asunto de la cocinera? Por supuesto.

—Lo escuché, y desde ese día le hice caso. Hice que me contara anécdotas y me mostrara fotos en las que el señor Armando Giay Marin e Irma Envrin estuvieran juntos. Y fotos del señor

Armando y de su esposa Judy. Y también fotos de Judy sola. Una mujer estupenda.

Pautasso asiente. Esconde unos cabellos demasiado blancos bajo una gorra de lana amarilla, que él mueve arriba y abajo con extrema convicción.

—Eso es lo que yo no entiendo. ¿Cómo diablos un hombre tan refinado y agradable como Armando Giay Marin pudo descuidar así a su mujer? ¿Preferir a una cocinera campesina? —Abro los brazos como si de verdad estuviera desesperada—. Créame, señor Pautasso, no entiendo nada.

Sacudo la cabeza.

Vuelve a mover su gorrita amarilla de izquierda a derecha.

—Y pues no puedo evitar identificarme. No puedo dejar de ponerme en los zapatos de Judy e imaginar cómo debió de sentirse. —Suspiro—. Nace bella, elegante, encantadora. En las fotos siempre sonrío, lo que me hace pensar que se trataba de una compañía agradable, y seguro que sabía desenvolverse en sociedad, por lo que debía de ser cortés y tener gracia para vender. Le decía que nace con todas estas cualidades... y termina por verse descuidada por su marido. Además, se trata de un marido que, estando en contacto permanente con el mundo del arte y la elegancia, debió saber apreciarla más que cualquier otro. ¿No es una injusticia tremenda?

Pautasso deja de rastrillar. Se apoya en el mango de su herramienta como en un bastón. De repente su rostro, que normalmente parece esbozado a golpes de hacha en un tronco de roble, se endulza.

—Lo es, por Dios que lo es. Una injusticia enorme. Ni me lo diga. La oía llorar, ¿sabe? Se escondía aquí, en el jardín, cuando no aguantaba más. Se acurrucaba detrás de aquel avellano de allá. —Se pone de perfil con dificultad y extiende la mano enguantada, toda sucia de hojas—. Parecía una..., una de esas... ¿Cómo se llaman? Esas de la mitología griega que estaban en los bosques...

—Una ninfa —sugiero. Mecu debió de cuidar suficientes jardines de ricos derrochadores como para hacerse una cultura sobre falsas estatuas clásicas. Probablemente a él la Venus de mi hermana le resultaría indiferente. No sé si envidiarlo.

—¡Esas! —Mecu se detiene un poco—. Si le preguntabas qué le sucedía, no te decía nada y rápidamente se ponía a sonreír. Porque era una persona amable, ¿sabe? Pero a mí no me engañaba. Veía que estaba mal. Una lástima. Una mujer tan..., tan maravillosa.

Su mirada se pierde por un momento en el vacío, aunque, para lograrlo, debe abrirse paso entre sus párpados, que están más arrugados que dos pasas tras tantos años de trabajo bajo el sol.

—Luego veía pasar a ese papanatas, discúlpeme, de su marido, y pensaba: pero ¿cómo puede? ¿Cómo puede preferir a esa cocinera antes que a esta reina? Apenas podía, dejaba a la señora Judy y corría a pasar el tiempo en la cocina. Y era evidente que ella sufría.

—Y así, en un momento dado pensó que no había nada malo en consolarla, ¿cierto?

El jardinero cierra la boca y me mira a los ojos. Ya está. Si no tuviera necesidad de limpiarme la nariz..., pero tal vez es mejor así. Alguien que se limpia la nariz no puede ser una persona amenazadora.

—Lo estoy diciendo en serio, señor Pautasso. Pienso exactamente lo mismo. Una mujer no es un objeto decorativo que compras y tampoco puedes permitirte ignorarla luego puesto que ya es tuya. Una mujer es una mujer, y si es infeliz no sólo no hay nada malo en hacer que se sienta

amada, sino que es además un deber moral. Es justo aliviar la infelicidad de las personas. Aunque, más bien, me atrevería a decir que sobre todo cuando hay alguien que debería pensar en ella y no lo hace.

Debe de ser la nariz roja y el lagrimeo de los ojos lo que me hace sonar convincente. Es un hecho que el jardinero no sólo me escucha con atención, sino que fue poniéndose cada vez más derecho, tanto que ahora parece que va a reventar de orgullo dentro de su rompevientos.

—¡Por Dios, es lo mismo que yo digo! —exclama—. Sería incluso bueno como patrón, lo admito, pero ¡como marido...! Estaba loco para tener una mujer así y dejar que llorara ¡porque se sentía tan sola y triste! Así que un día fui donde estaba ella y...

La voz se le apaga. Oh, no, ¡qué diablos, Mecu! ¡Adelante! Vine a propósito a desenmascararte en vez de quedarme en casa tragando alcohol con fines terapéuticos. No me decepciones llenándote de escrúpulos de confidencialidad justo ahora.

—Y se lo dije. Así. —Dios mío, gracias—. Estaba sentada al pie del avellano, y pensaba que en el jardín no había nadie porque era verano y después de mediodía ya hacía calor y todos estaban en la casa al fresco. Tenía uno de esos vestiditos claros con flores que se ponían las mujeres cuando aún eran mujeres, hablando con respeto. —No me ofendo—. Le hablé: «Señora, no sé qué sucede entre usted y su marido y no quiero entrometerme, pero una recién casada tan bella no debería nunca, nunca llorar sola de esta forma». No estaba seguro de que fuera por su marido, pero, caray, siempre estaba sola, aún no tenía hijos, y de todos modos si una mujer llora y no va con su marido para que la consuele significa que está llorando por él, ¿cierto? El hecho es que yo no me entretuve y le dije eso. Yo era prácticamente un muchachito, un niño, y ella era la mujer más bella y elegante que había visto jamás. Una reina, de verdad. Aún me acuerdo de la forma en que me sonrió. En ese momento estaba apenada por ser descubierta, pero luego me miró con atención y me sonrió.

En una repetición de esa ternura a medio siglo de distancia, Mecu sonríe a su vez.

Contengo un estornudo con todas mis fuerzas. Si estallo este momento de emoción, adiós confesión. Pero seamos honestos: también me molestaría arruinarlo porque, en la exaltación de este hombre, hay afecto antiguo y auténtico. Hay cosas en el mundo que deben respetarse.

—Desde entonces nos..., eh, nos *sonreímos* mucho —agrega Mecu. Sin querer, casi cita a Manzoni con su *desventurada respuesta*. Luego dicen que el primer amor nos hace poetas—. Cada vez que el señor Armando salía por mucho tiempo, o cuando regresaba y prefería ocultarse en la cocina que llevarla de paseo o cumplir con sus deberes como marido, cada vez que ella se desesperaba por un niño que no se decidía a llegar, cada vez que quería que alguien la hiciera sentir una mujer por la que hacer locuras, venía conmigo. Hacía una sonrisa que era un poco pícara y un poco una especie de ruego, y yo siempre estaba para ella. Era joven y trabajaba demasiado como para tener novia. Y, en fin, después de estar con alguien como ella, de ninguna manera me habría gustado una muchacha normal.

—Usted nunca se casó —observo, impactada.

El jardinero asiente y esboza una pequeña sonrisa.

Oh.

Entonces fue una relación clandestina más importante de lo que pensaba. Al menos por parte de

Mecu.

—Y es por eso que está molesto con Irma, ¿no es así? ¿Por eso siempre estuvo enojado con ella, y entre ustedes dos nunca hubo una buena relación? ¿Por eso la primera cosa que quiso contarme cuando nos conocimos fue la historia de Irma y Armando?

Pautasso levanta con orgullo su barbilla llena de pelitos blancos.

—Sí, señora. Porque la señora Judy odiaba a esa mujer, que le quitó a su marido a pesar de no tener nada especial, seguramente nada más que ella. Debe saber que no era una persona tan... decente, eso. Aunque, bueno, ahora es vieja y todos dicen de ella sólo cosas buenas. Nadie se vuelve una santa sólo por ser vieja...

Me seco la nariz. Observo al hombrecito que tengo delante. Tiene la manos cruzadas una sobre la otra, y apoyadas encima del rastrillo. De golpe parece el viejo Lancelot. Un viejo paladín con la espada.

—Discúlpeme, pero ¿no debería estarle agradecido a Irma? En el fondo fue gracias a ella que Judy fue suya...

—Si quieres a una persona te enojas con quien la hizo sufrir, ¿no?

Ya. Sin más. Simple. Eso es todo, y aquí termina el tema.

Me seco la nariz. Y Domenico Pautasso, llamado Mecu, jardinero y último héroe romántico, pensará que es porque estoy tratando de disimular unas lágrimas de emoción, no me importa. Aunque sólo es resfriado, puedo dejar que lo crea. Se lo merece.

En realidad, no terminó. Es verdad que fui a tiro hecho al ir a buscar al caballero Pautasso en primer lugar, pero ahora es el turno de Irma. Falta la última pieza, la última confirmación. Podría ser fácil, o no.

Delia me recibe con una gran sonrisa, como si viera a una vieja amiga. Me pregunta cómo pasó la Navidad. Si supiera. A juzgar por su efusiva sonrisa ante mi expresión, probablemente lo imagina.

—Irma nos espera en el salón —anuncia.

Está en su lugar preferido, en el extremo derecho del sillón, cerca de la entrada. Anuda y desanuda los hilos de un chal que parece una colcha nupcial. Me saluda con una sonrisa de placidez. Delia y yo nos sentamos delante de ella.

—Hoy, ya que estamos en el tema, me gustaría que hablara de las Navidades en la casa de los Giay Marin —le pido—. De los menús, de las fiestas y de cómo se vivía en familia. Pero antes...

—Me aclaro la voz. A decir verdad, esto se transforma en un discreto ataque de tos—. Primero hay algo que debo preguntarle, Irma, y no es una cosa simple.

Por un instante, Delia se gira para mirarme sorprendida, pero sin alarmarse. Confía, me deja continuar, como siempre. También Irma sigue viéndome con una media sonrisa despreocupada. Veremos si sonreirá después de que le haga la pregunta. Me molesta terriblemente hacerlo así, sin preámbulos y sin tacto, pero a veces el efecto sorpresa es decisivo para que la gente se decida a decir la verdad en vez de optar por una difícil escalada hacia la mentira.

—Es una pregunta personal porque tiene que ver con su vida privada, y porque es personal para mí, en el sentido de que no terminará en el libro ni en ningún otro lado, se lo aseguro desde

ya. Se trata sólo de una curiosidad mía. Irma..., ¿hubo..., eh, un romance entre usted y el señor Armando Giay Marin?

E Irma —la querida, vieja e irreverente Irma— estalla en carcajadas, llenándome de alivio y disipando en un nanosegundo las últimas dudas que pudiesen quedar.

—¿Con *Armando*? ¡Por supuesto que no!

—¡Increíble! —exclamo.

Hoy es 27 de diciembre por la noche, estoy en la oficina de Berganza y el comisario está sentado en su lugar del escritorio, frente a mí. Acabo de terminar de contarle las dos entrevistas de hoy, entre un estornudo y otro. Nos miramos en silencio, dándole de vueltas al cuadro que acabamos de componer. Un extravagante rompecabezas en el que parece que todos los pedazos encajan, aunque el diseño que sale sea extraño.

Berganza pondera:

—Y, aun así, tiene sentido.

Yo:

—Pero es igualmente confuso —Y me seco la nariz.

Berganza:

—¿Hacemos la prueba del nueve?

Se gira hacia la puerta, que está entreabierta, y dice:

—Petrini. —Sólo así. Sin gritar. La puerta se abre y entra Petrini.

—Ordene.

—Sí, en el ejército —suspira Berganza—. Llama también a Pezzoli y a los demás y vengan aquí un momento.

Petrini se desmaterializa. Dos segundos después hay otro revoloteo molecular y de repente Pezzoli, Rovato, el mismo Petrini y también Macchio —el corpulento y velludo Macchio— se manifiestan de pie a mis espaldas, o sea en formación delante de Berganza.

—Siéntense —pide.

Pezzoli y Macchio toman las dos sillas vacías del escritorio y se me sientan uno a la derecha y la otra a la izquierda. Rovato y Petrini permanecen de pie.

—No hay más sillas —objeta Petrini.

—Entonces no se sienten —suspira Berganza. Sabe, y yo sé que lo sabe, que son unos excelentes muchachos, comprometidos y también agradables, pero lo mucho que se someten a él los convierte en unos doceañeros en su primer San Valentín.

—Bien —dice Berganza—. Necesito que hagan un poco de ejercicio de deducción. Ahora la doctora Sarca les describirá un cuadro, es decir, una situación, y ustedes deberán decirnos qué deducen.

Me sueno la nariz de inmediato para no interrumpirme mientras hablo.

—Son los años sesenta. Hay un industrial rico, exitoso, entre los treinta y cuarenta años. Tiene una bellísima mujer y muchos criados, entre los cuales se encuentra una cocinera muy apreciada y atractiva. En realidad, su mujer se siente sola y descuidada. Lloro a escondidas con frecuencia, hasta que empieza a consolarse con un joven jardinero. Después de tantas consolaciones, tiene dos hijos. El marido, aun sabiendo que no son suyos, los cría como si lo fueran. Pero, por lo que

respecta a la cocinera, el rico pasa mucho tiempo con ella: la arregla, la hace posar, la fotografía. Pero, por lo que dice la cocinera, nunca la toca, ni siquiera con un dedo. ¿Qué deducen?

Silencio en la sala.

Giro, porque hasta ahora hablé estando sentada en mi posición, viendo a la cara a Berganza, sin torcerme el cuello para mirar el rostro de los oyentes. En cambio ahora, precisamente, me giro porque quiero ver sus expresiones, ya que están callados. Y hago bien, porque sus expresiones no están calladas en absoluto. Sus rostros quieren decir algo.

—Vamos —los anima Berganza—. Se ve que ya lo pensaron.

Los chicos se miran unos a otros como para transmitirse valor telepáticamente.

—Macchio, al menos tú —suspira el comisario, que sabe que Macchio, por lo menos, tiene un poco de osadía.

—Comisario, ¿qué quiere que le diga...? —empieza a decir Macchio. Luego abre los brazos, como queriendo decir «Usted me lo preguntó»—. ¡Es gay! Alguien que tiene una mujer hermosa y una cocinera hermosa podría llevárselas a las dos a la cama, pero no toca ni siquiera a una y luego, cuando la mujer tiene hijos con el jardinero, los acoge y los cría como si fueran sangre de su sangre. ¡O es tonto o es gay!

—Macchio, trata por un momento de olvidar que provienes del Cretáceo —le pide Berganza—. Era suficiente con que dijeras «es gay». Otra frase como «o es tonto o es gay» y hago que te echen no sólo de la policía, sino de la Tierra.

—También habría otra hipótesis: que no estuviese interesado en la..., eh, vida sexual y nada más —interviene Míster Meticuloso, o sea, Petrini. Se sonroja al pronunciar «sexual», pero su vocación de precisión no puede detenerse ante nada—. Que no estuviera interesado en general, o bien que no le interesara tener una vida sexual con su mujer. Y tampoco con la cocinera. Según un cálculo que data de los años sesenta, la población homosexual, obviamente con la aproximación debida al hecho de que no todos los homosexuales salen del clóset, debería constituir alrededor del cinco por ciento. Se estimaba, en cambio, que la asexualidad, o sea, la orientación sexual que se caracteriza por el desinterés hacia el sexo y la abstención, afectaría al 1 por ciento de la población, que era en su mayor parte femenina. Así que no es imposible que nuestro sujeto no estuviera interesado en el sexo, pero es cinco veces menos probable que la hipótesis de que fuera gay. Aaah. —Exhala una especie de suspiro liberador. Probablemente porque, para llegar al fondo del discursito sin ser interrumpido por aburrimiento, tuvo que hablar como ráfaga y ni siquiera se detuvo a tomar aire. O tal vez porque pronunciar «sexo» tantas veces le causó un terrible estrés.

Macchio parece impresionado.

—O sea..., ¿realmente hay por allí toda esta gente a la que no le interesa nada de...? Entonces ¡sí, caray, mejor gay!

—Macchio —lo recrimina Berganza haciendo un movimiento como para tirarle un pisapapeles.

—¿Qué tiene? Dije «mejor» —reclama el pitecántropo enderezándose.

Berganza resopla y sacude la cabeza.

—En los años sesenta —se apresura a intervenir Pezzoli, en un desesperado intento por reconducir el discurso a un nivel postmedieval—, el punto clave, en mi opinión, es que todo tiene lugar en los años sesenta. Hoy es más fácil, pero una figura importante, de la alta sociedad, en

aquellos tiempos ¿habría podido salir del clóset y tal vez abandonar a su mujer? E incluso si hubiese sido simplemente asexual, lo que estadísticamente ya vimos que es menos probable, pero no puede excluirse de antemano —Petrini le dedica una sonrisita de agradecimiento—, habría hecho poca diferencia: por la mentalidad de aquellos años seguiría siendo un hombre que no cumplía sus deberes conyugales. Y entonces adiós reputación, por cierto. Era mucho más fácil llegar a un acuerdo con la esposa, dejarla..., mmm, frecuentar al jardinero, y tal vez incluso regocijarse por el hecho de tener dos hijos a los cuales podía hacer pasar como propios.

Asentimos un poco todos. Pausa de reflexión general.

—¿Y el jardinero? ¿No sabe que son sus hijos? —objeta Rovato.

—No, no lo sabe —responde Berganza—. Al parecer no le pasa ni siquiera por la cabeza, porque la señora tiene una fuerte influencia sobre él y le hace creer lo que quiere, entre otras cosas que los hijos son seguramente de su marido. Por cierto, no es un hombre muy listo cuando se trata de detectar extrañas coincidencias. —Y aquí Berganza seguramente se refiere a la inocencia con la que Mecu me contó la primera vez, sin darse ni cuenta, de la marcha de Judy por el embarazo y la partida simultánea de Irma por la enfermedad de su madre—. Él idolatra a su amante hasta el punto de que nunca duda de ella. En sus propias palabras, cada cierto tiempo la señora busca un hijo «que tarda en llegar», pero él considera la hipótesis de que, cuando al final llega, sea por causa de su..., mmm, *intervención*.

—Entonces ¡el tonto es él! —no puede aguantarse de decir Macchio.

Suspiro.

—Hablamos de un chico campesino de los años sesenta, Macchio, que nunca había estado con una mujer y que tal vez nunca tuvo otra —explico con paciencia Montessori—. Y ustedes hombres, disculpen la generalización, pero no son famosos por sus aptitudes en cuestiones de fertilidad y métodos anticonceptivos. Apuesto que incluso tú oíste de alguna novia que te dijo que podían hacerlo, que no había peligro porque ella llevaba la cuenta y ese día era semáforo verde.

Macchio cierra la boca de repente y se queda pensando. Durante los minutos siguientes, no habla. Sospecho que está repasando mentalmente su propia casuística, y tal vez preguntándose si debe hacer un par de llamadas a alguna mujer que le pareció gorda en Facebook.

—Por lo tanto, el jardinero no sabe que el ricachón no toca a su esposa en absoluto —comenta Pezzoli de nuevo, Dios la bendiga—. Piensa que de vez en cuando, aunque sea un marido muy poco presente, algo tiene que ver con su legítima consorte, y de ahí los hijos. Y si lo piensa es porque el ricachón debió de esconder de todos los modos posibles que era asexual o, más probablemente, homosexual.

Rovato arruga la frente. Con gran sorpresa, da a luz una reflexión llena de empatía.

—¿Y la mujer? Ya entendió que su marido no se interesará nunca en ella de ese modo, y obviamente sabe que los hijos son del jardinero: ¿por qué no se divorcia y se escapa con su amante?

—Porque el divorcio en Italia lo tenemos hasta 1970 —señala Berganza anticipándose por un nanosegundo a Petrini, el cerebritito.

Pero habla Pezzoli, que ya tomó impulso.

—Sí, pero no es sólo una cuestión de posibilidad legal. Es decir, en los años sesenta, en Italia,

antes de desbaratar un matrimonio se reflexionaba mucho, y luego se seguía reflexionando, y al final no se hacía. —Piensa un momento, luego prosigue con el razonamiento—: Además, el marido es rico. O están juntos o, si lo deja, sería una adúltera posiblemente sin derecho a una pensión. ¿Dejarías tú, mujer de los años sesenta, a un marido rico que por encima de todo está dispuesto a ver crecer a tus hijos ilegítimos en medio de las comodidades, para escapar con un jardinero pobretón, a quien, por cierto, puedes continuar cogiéndote? —De golpe se pone del mismo rojo de su cabello—. Quería decir...

Se debate todavía un instante en la incomodidad, luego en la cara se le refleja un evidente «bah, ¿a quien le importa?», porque se entendió muy bien lo que quería decir y no hay otra forma de expresarlo.

—Pues, sí. En efecto se hacen un favor mutuo —llega al rescate Rovato—. Ella le da la cobertura perfecta para continuar haciéndose pasar por un marido modélico, y él la mantiene en casa y cuida de sus hijos. Y, así, dos potenciales infelices se hacen felices el uno al otro.

Berganza me mira. Yo lo miro.

—Es la misma conclusión a la que llegamos nosotros —revela.

Una agitación de entusiasmo sacude a los muchachos como si hubiesen acertado la respuesta millonaria en un concurso de televisión. Juraría que, en los márgenes de mi campo visual, Petrini hizo el clásico gesto de victoria con el puño cerrado y empujando el codo hacia abajo.

—Sí, sí, buen trabajo. Ahora afuera. —Berganza ni siquiera llega a la última letra cuando el aire vibra de nuevo y los muchachos se desmaterializan. Habré visto cómo sucede mil veces ya, pero nunca termina de dejarme con la boca abierta.

Berganza y yo nos quedamos solos, uno frente al otro. Me limpio la nariz.

—Increíble —exclamo, retomando todo donde nos quedamos.

Berganza reflexiona.

—Cuando pasen las fiestas haré que me envíen el expediente médico de la madre de Irma. Sólo para comprobar, más allá de toda duda residual, que aquella larga ausencia de Irma en Turín, que según comentó Pautasso fue a inicios de los años sesenta, coincidiera realmente con una enfermedad de su madre, y no fuera, como pensábamos, una mentira para enmascarar el embarazo. Aunque pienso que, llegados a este punto, la comprobación es casi innecesaria.

—¿Ya dije increíble?

Berganza esboza una media sonrisa.

—Sí, Sarca. Unas diez o doce veces.

—¿Y usted no lo encuentra increíble?

El comisario se encoge de hombros.

—Pues, teniendo todo en cuenta, no tanto. Estamos hablando de un hombre italiano que en la década de los sesenta oculta su homosexualidad... o asexualidad, que, como decía Pezzoli, a nivel de reputación no sé si sería mejor o peor. Lo hace por razones de integración social. Es triste, pero no raro.

—Nah, pero claro, eso no es tan increíble —insisto—. Excepto por el hecho de que Armando Giay Marin es una de esas personalidades tan famosas que al final crees que sabes todo de él. Apuesto que, si esta noticia se filtrara, muchos conservadores se quedarían tan petrificados como

si hubiesen descubierto los trapos sucios del abuelo. Aunque fuesen claramente asuntos del abuelo.

Berganza asiente.

—Esa es una buena razón para que esta historia no se filtre.

—Obvio que no se filtrará. En vida, Armando Giay Marin hizo todo lo posible para no hacer pública su vida sexual: no seremos nosotros en el tercer milenio quienes lo echemos a perder mirando hacia atrás.

Pausa.

—Pero es claro que, si hubiese sido gay, si hubiera vivido hoy habría tenido más posibilidades para hacerlo público, pobrecito. Sarca... —Berganza arruga las cejas y se inclina un poco hacia delante, uniendo las puntas de los dedos. Me gusta cuando hace eso, cuando me pide un consejo—. ¿Cree que si nos guardamos este descubrimiento, privaríamos a la comunidad LGBT de un válido representante, una figura amada y positiva que podría conseguirles más respeto? Según usted, ¿estamos cometiendo un error?

Pienso un poco, luego llego a una conclusión.

—No. No creo, jefe. Para empezar, como nos ilustró Petrini escrupulosamente, no sabemos ni siquiera con exactitud si Armando Giay Marin era homosexual. Es muy probable, pero no seguro. Pero sobre todo, aunque aceptemos esa hipótesis, no sabemos en absoluto cómo habría elegido comportarse si hoy estuviera vivo. Tal vez saldría del clóset felizmente, tal vez no. Claro, es bueno pensar que sí, pero la única certeza que tenemos es que, si se supiera ahora que con toda probabilidad era homosexual, terminaría en un vórtice de chismes sin siquiera estar presente para contar su versión. Alguien podría señalarlo como un mártir, una víctima de unos tiempos aún demasiado inmaduros, etcétera. Tal vez otros sacarían a colación casos de personajes que vivieron incluso en épocas anteriores pero que sí salieron del clóset, y voltearían las cosas llamándolo cobarde. O bien podrían preguntarse por qué se casó, y condenó a una mujer que pudo tener una vida conyugal más feliz con alguien más... Por lo que sabemos, o mejor, no sabemos, pudo hacerlo de buena fe. La única certeza es que no tenemos certezas. Y, precisamente, que se desencadenaría un debate fácil, apetitoso e inútil sobre sus restos. ¿Sabe?... yo nunca he pensado lo que se dice de los muertos, que por fuerza sólo se deba hablar bien de ellos...

—*De mortuis nihil nisi bonum* —asiente Berganza.

Yo también asiento. Hoy no habría podido pronunciarlo en latín, con la nariz tapada y todas esas enes.

—Pero, para ser honesta, a mí Armando Giay Marin me parece que fue una buena persona. Irma y Delia sólo me dijeron cosas buenas de él: era un gran trabajador, y trataba bien a sus empleados, y toda la ciudad lo recuerda con afecto. ¿A usted le gustaría ponerlo, ya muerto, en el centro de un tornado? ¿Exponer a los chismes picantes, a los juicios de retrógradas, a uno de los pocos modelos positivos de empresa que aún se encuentran por ahí? En lo que a mí respecta, me parece bien que se quede todo como está ahora. Es decir, que todos lo respeten y lo dejen en paz.

Berganza reflexiona un instante, luego hace una señal de aprobación. Y es así como se toma una importante decisión diplomática en una oficina bajo una pálida luz neón, y por una mujer con el cerebro oscurecido por el moco nasal.

A veces es curioso hacer historia.

—Lo siento por su libro, que deberá verse privado de semejante exclusiva —dice Berganza.

Pienso en la reacción que pudo tener Enrico si hubiera sabido lo que estamos decidiendo no publicar.

—Yo no. —Río.

—Me imagino que está fuera de toda duda decirle la verdad al señor Pautasso —comenta Berganza con el tono de quien ya decidió la respuesta.

Levanto los hombros.

—Nah, ¿qué sentido tiene? ¿Para que descubra que tiene dos hijos para los que no pudo ser un padre, uno de los cuales murió y el otro está en la cárcel? ¿Para que se arrepienta de pensar en Armando como un traidor sin corazón, ahora que no puede siquiera pedirle una disculpa? ¿Para que la mujer de la que estuvo enamorado toda la vida le aparezca, bajo una nueva luz, un poco más oportunista, más calculadora? Tampoco hay una cuestión de herencia en la que pueda estar involucrado.

Trato de recordar alguna buena razón como contrapeso, pero no encuentro ni siquiera una. Sí, bueno, puede disgustarme que continúe pensando mal de Irma, pero visto que la cosa no parece importarle mínimamente a ella, fuera, también queda eliminado eso.

—Aunque... podríamos pensar en decírselo a Delia, eso sí. Con todo el tacto posible, pero de forma, por ejemplo, que le pida a Stephen administrar el patrimonio de la familia con una atención especial al viejo jardinero. En el fondo, en la casa de los Giay Marin, a Irma la tratan como a una reina porque la consideran una segunda mamá. Mecu sería un primer papá, y también él tendría derecho a ser honrado y consentido.

Berganza reflexiona y asiente. Calla por un momento, elabora, deja que sedimente. Luego toma un respiro de esos que dan a entender que el final de un aplastante día por fin aparece en el horizonte (debe de tener todo un arsenal de estos suspiros, porque desde el principio de esta historia le habré oído dejar escapar unos mil). Imagino que su inmediato futuro prevé un cigarro, un poco de whisky y probablemente una buena novela policiaca, mejor si no es muy reciente. La parte del whisky coincide conmigo, porque es el único posible agente terapéutico que tengo en casa, y este resfriado me está dejando el cerebro hecho papilla.

Luego, mientras se levanta de la silla, el comisario parece acordarse de algo que quedó en suspenso.

—Disculpe, Sarca, pero entonces antes, cuando decía todos esos «alucinante», ¿a qué se refería?

Ah, ya.

—A esta situación. A nuestra investigación. —Me da risa, detrás del pañuelo con el cual me estoy limpiando la nariz por enésima vez—. Una historia en la que la gente se autoacusa de homicidio, más que de tratar de limpiar su nombre. En la que un policía no hace de todo para cerrar una investigación lo antes posible, sino para comenzarla. En la que hay dos hermanos, hijos de A y B, se pone en duda a B y en cambio sale a la luz que el falso padre era A. Es una historia completamente extraña, al revés. Y entonces, excavando más, ¿a qué llegamos? A un diseñador de moda gay. El más trivial, banal y trillado de todos los clichés.

Berganza suelta una carcajada.

—Y no se olvide de la señora rica que se divierte con el jardinero. Ya le dije lo que pienso, Sarca. Por desgracia, la realidad es en su mayor parte tan... banal. —Se pone el abrigo *beige*. Mira quién habla de clichés. Me dan ganas de sonreír también a mí, la cínica antisocial que se viste siempre de negro. Dios. Nos merecemos esta historia—. Y ahora vaya a casa, Sarca, que parece un pollito mojado. ¿Está tomando algún medicamento? De haberlo sabido, habríamos cocinado un poco de caldo.

Caer bien

Y así resolvimos esta historia. Lo que quiere decir que no resolvimos un carajo. Esa es la pura verdad. Un giro inesperado, una exclusiva, blablablá. Pero, una vez que se esfumó la pista del parentesco entre Aldo e Irma, y ya que en definitiva lo que nos importa es entender quién diablos mató a Adriano, el único resultado que obtuvimos es el de no saber ni siquiera ese poco que creíamos saber, es decir: qué es lo que llevó a esos dos trastornados a autoinculparse ambos. Ahora que la hipótesis de que la madre y el hijo se cubren uno al otro no funciona, hay que comenzar de nuevo desde el principio. Buenas noticias. Un paso atrás de tres casillas como no veía desde los tiempos en los que me enganchaba al juego de la Oca cada fin de año. Aquí todo termina como en una novela policiaca de Dürrenmatt, maldita sea. Y se pone peor, como acabo de darme cuenta cuando oigo a Delia en el teléfono para agendar la próxima cita-entrevista con Irma.

—Hagámosla el 29 de diciembre, tal vez al final de la mañana, así una vez terminada la charla, Irma y yo nos vamos de viaje —propone.

—¿Pasarán afuera el fin de año? —pregunto. El resfriado casi se me pasa, pero mencionar el fin de año, otra fiesta que odio, casi me hace estornudar de nuevo como si se tratara de una reacción alérgica.

—Estaremos afuera más tiempo, a decir verdad. Irma se merece un poco de reposo, y también yo, para ser honesta; me di cuenta de que esta situación de la investigación me dejó agotada. Como ya sabe, tenemos una casita en Camarga. Llevo a Irma a calentarse un poco los huesos, y luego tal vez iremos a la Provenza, aprovechando que debo asistir a un par de eventos allí. —Duda—. No será un problema para la investigación, ¿verdad? Regresaremos a mitad de febrero a lo mucho, y de todos modos no estaremos muy lejos si es necesario adelantar...

Desde luego que no será un problema, es lo primero que pienso. Porque la investigación esperó cinco años y puede esperar otro mes y medio más, pero el libro no, maldita sea. Enrico sabe que el material ya es suficiente y quiere mandarlo a los formadores dentro de tres semanas como máximo. Y una vez terminado el libro, yo no tendré más pretextos oficiales para interrogar a Irma. Lunes 29 de diciembre, a las 11 horas: podría ser mi última ocasión.

Suspiro.

Encontraremos la manera.

Qué fastidio. Siempre fastidios. A decir verdad, me disgusta la idea de no volver a hablar con Irma. Qué absurdo. Hace algunas semanas ni siquiera sabía de su existencia, y ahora me molesta la idea de disponer solamente de un par de horas más para charlar juntas. Además, no estoy diciendo que la extrañaré, por supuesto. Vivía bien ayer, antes de sus episodios de cándido sarcasmo contra

esto o aquello, y viviré bien mañana. Ni hablar. Y tampoco tengo necesidad de una ochentona medio despistada para aportar más sarcasmo a mi vida; mejor poco, pero seguro.

De todos modos, no logro quitarme de la cabeza que el hecho de que termine nuestro presupuesto de tiempo juntas es una lástima.

Lo superaré. En el fondo, estoy acostumbrada a prescindir de las personas. Más bien, reconsideremos qué pregunta le haré a Irma la última vez que pueda plantearle alguna.

Con este ánimo paso el domingo.

El lunes por la mañana Delia me recibe con una sonrisa radiante. No sé si está feliz de verme o si es feliz por irse.

—Antes que nada, quiero decirle que en la fiesta, con ese vestido, estaba verdaderamente espectacular —comenta. Agrega con benevolente ironía—: ¿Sufrió mucho?

—No, no. Era muy cómodo. Incluso tuve una pelea con él. —Delia ríe. No le aclaro que no era un chiste. Me escolta a la gran sala, tan inmensa y con esa vista fabulosa que no volveré a ver, donde Irma ya nos está esperando sentada en su lugar acostumbrado, despelucando el dobladillo de su vestido de lana. Junto al sillón, dos gruesas maletas anuncian a los cuatro vientos la inminente partida.

Charlamos durante una hora. Hoy, *bunèt* de chocolate y alguna anécdota sobre lo que sería capaz de hacer Judy por uno de esos budines tan oscuros y un poco amargos, típicamente piamonteses. Trato de hacer que Irma hable de las dinámicas de la noche del delito, pero ya las abordamos tantas veces que nada hace pensar que justo hoy responderá de una forma diferente a la de siempre, o sea, con un ataque de impaciencia e interrumpiendo sus palabras. A mediodía, como de costumbre, Delia llama a la cocinera para pedirle que nos prepare un aperitivo, y el hecho de que sea provenzal me recuerda de repente que, apenas terminemos la sesión, Delia e Irma desaparecerán en dirección a Francia.

—¿Está contenta de ir a Camarga, Irma? —pregunto.

—Contenta de ir, para nada. Estaré contenta una vez que esté allá, porque a mí viajar en coche no me gusta nada. No, señor. Cada vez que lo hago me da náuseas, como si hubiera comido los bisteces de Tromlin.

Delia suelta una carcajada.

—Tromlin, es decir Bartolomeo en dialecto, era uno de los viejos carniceros que por cierto periodo abastecieron la cocina —me explica—. Irma lo odia desde hace décadas, desde que le llevó un lote de carne en mal estado y toda la familia se enfermó.

—Yo no sé, alguien que sólo tiene una cosa que hacer y se equivoca —resopla Irma, exacerbada como si tuviese delante la carne putrefacta en este preciso instante y no supiera qué inventarse para salvar la cena.

—No incluiré «Bistec en mal estado» entre las recetas del libro —ironizo.

Delia asiente.

—En serio, parece que aquella vez todos tuvieron que someterse a un lavado gástrico. No se piensa en eso, pero es algo de delincuentes.

—Los peores se esconden detrás de las apariencias más comunes —subrayo.

Estoy pensando que pude ahorrarme la broma, ya que parece una alusión de mal gusto a Irma y Aldo, cuando Irma comenta:

—Eso es lo que también digo yo siempre. Los criminales son gente banal.
«Mi jefe siempre dice eso», estoy por comentar.
Y, sin embargo, me bloqueo.

Me bloqueo de un modo tan evidente que Delia arruga la frente, escrutándome.

—¿Está todo bien? —me pregunta, preocupada.

—No. Sí. Me acabo de acordar de que olvidé algo. —La sintaxis no es exactamente una de mis prioridades en este preciso instante, con los fuegos artificiales que giran en mi cerebro—. Sólo haré una llamada, ¿les molesta? Tal vez aproveche para ir un momento al baño.

Me levanto, les sonrío a las señoras, y me lanzo al corredor. Luego desfilo hacia el baño sin ni siquiera mirar dónde pongo los pies, ocupada en revisar el archivo fotográfico de mi celular.

Aquí están.

Las fotos que Berganza tomó en esta casa, en particular de la habitación de Delia y Adriano, y que me envió la mañana después de la fiesta.

Panorámica. Detalle de las paredes. La cama y los tapetes. La ventana que da al balcón. El escritorio.

El librero.

Cierro la puerta del baño y selecciono el número personal del comisario.

—Sarca, hola. ¿Puede esperarme dos minutos? Estoy entrando ahora en...

—No, no puedo, pero esto tiene que ser rápido. Necesito que me repita exactamente qué se dijeron usted e Irma la noche de la fiesta de Navidad.

Luego salgo del baño y ahí está Delia.

Lo cual es exactamente lo último que quería que sucediera.

—¿Me tardé tanto? No comí bisteces en mal estado.

Delia sonrío, iniciando.

—Pues, bueno... Es que en efecto se hizo más bien tarde, y sería oportuno que Irma y yo emprendiéramos el viaje.

—¿Dijimos a la una, o me equivoco?

—Sería mejor si pudiéramos irnos de inmediato, doctora Sarca. Si..., si nos dejara partir ahora.

Nos miramos.

El rostro de Delia es un mosaico de emociones. Están la resignación de quien se aferró a todo, la tristeza de quien vio que las cosas no iban como debían, la esperanza de poder contar con la empatía del interlocutor.

No somos dos estúpidas. Yo entendí, y ella entendió que yo entendí. Es inútil engañarnos una a la otra, aun cuando admitir en voz alta que en los últimos cinco minutos todo cambió es la cosa más desconcertante del mundo.

—¿Me dice al menos por qué lo hizo? —pregunto.

—Hice ¿qué? —Lo que me temía. Decidió poner resistencia. Comprensible, puesto que dependiendo de la fuerza con la que niegue cada cosa, su próximo viaje podría ser tanto al sur de Francia como al ala femenina de la cárcel de Turín. Abre los ojos con inocencia—. No..., ¿acaso está insinuando que yo maté a Adriano?

—No, claro que no. Para empezar porque ese día usted estaba en Camarga, y luego porque al final de verdad fue Aldo. Quiero saber por qué intentó que Irma se autoinculpara del homicidio.

Delia cierra la boca de golpe. Sabía que este momento podía llegar, pero aun ahora está intentando librarse. Jesús, a veces los ricos piensan que de verdad pueden obtener todo.

—¿Cómo puede decir que yo la induje? —me reta.

Suspiro. Y mucho, si es el único modo de terminar con esta pantomima.

—No me habría dado cuenta si Irma no hubiese pronunciado, hace poco, una frase que siempre repite el comisario Berganza. Y, aun así, no habría sido suficiente si no me hubiese venido a la mente un detalle al que hasta ahora no hubo motivo para hacerle caso.

Extraigo el celular, busco la foto y se la muestro.

—Usted sabe que la noche de la fiesta de Navidad el comisario Berganza me acompañó con el objetivo de inspeccionar personalmente esta casa y hablar con Irma. Esa noche el comisario cumplió con lo que vino a hacer: recorrió el trayecto desde la cocina hasta la recámara de Adriano, que es también la suya. Delia, visitó su recámara y tomó fotos. Entre las fotos hay una en la que se ve su librero, y debo decir: qué admirablemente bien equipado. En una de las repisas centrales, resalta una serie de libros que tienen como autor a Milton Erickson.

Delia calla. Quiere escuchar toda la historia para descubrir si tiene algún punto de apoyo al que asirse, me imagino. Qué fastidio. Pero no está del todo mal, porque Berganza llegará dentro de poco, y si logro entretener a Delia entonces, ya la hicimos.

—Imagino que usted empezó a interesarse en la terapia ericksoniana después del homicidio de su marido, cuando buscó apoyo psicológico para superar el mal momento. O bien simplemente porque hubo un momento en los años ochenta, apenas después de la muerte de su inventor, en el que estuvo muy de moda, no sé. No importa. El punto es que usted, Delia, conoce muy bien las bases de ese tipo de hipnosis.

Echo un vistazo a la puerta principal, que veo detrás de Delia, debajo de la terraza. Moviéndome despacio, comienzo a rodear a mi interlocutora. Mi objetivo es llegar a situarme entre ella y la escalera que le garantizaría la fuga, pero no es una maniobra fácil de disimular.

—A diferencia de las otras técnicas de hipnosis, que prevén el uso de péndulos o de relojes oscilantes ante los ojos del paciente, la ericksoniana es mucho más simple, al alcance de cualquiera y, por eso, potencialmente indetectable. Los mismos terapeutas advierten de sus posibles abusos y siguen un código deontológico particularmente férreo. Lo aprendí el año pasado, cuando escribí un libro para un notable neurocientífico: había un capítulo sobre la manipulación mental y el discurso también tocaba este argumento. ¿Ve? Ser una *ghostwriter* de vez en cuando reedita. Implica saber muchas cosas sobre los temas más inesperados. —Sonríe, justo para despistarla un poco, mientras me muevo con la lentitud de un perezoso—. Según el método de Milton Erickson, la hipnosis se induce simplemente hablando. Haciéndolo en un tono bajo y persuasivo, simple y evocativo, cadencioso y envolvente. Con un poco de práctica, puede

hacerlo cualquiera, especialmente si ya vio, tal vez como paciente, cómo se hace. Con un sujeto confiado y particularmente propenso a la sugestión, no se necesita mucho: se le induce en un estado de completa apertura durante el cual se le pueden dar órdenes, proporcionar razones e inculcar recuerdos que no son suyos.

Delia tiene un imperceptible sobresalto.

—Como, por ejemplo, el recuerdo de envenenar a alguien.

Delia abre la boca para protestar, pero yo la callo. No por nada; el gesto con el que la callo me permite enmascarar un buen paso más hacia la escalera.

—Déjeme terminar y luego protestaré, si quiere. Según mi teoría, Irma le escuchó contar a usted el modo en el que ella, Irma, quiero decir, mató a Adriano, el cómo y el porqué. Luego, completamente convencida que se trataban de recuerdos reales y respondiendo a una orden también impartida bajo hipnosis, Irma me las confesó haciéndome abrir de nuevo el caso. Delia: usted, de hecho, creía que Ediciones L'Erica mandaría a una periodista para entrevistar a Irma. Ahora me acordé del gesto de sorpresa que tuvo cuando le dije que no lo era, que era sólo «un plan B». Una periodista digna de este nombre habría olido la exclusiva y no habría podido dejarla escapar. Seguramente habría difundido la noticia de la confesión de Irma, y con eso podría reabrir el caso, pese a los líos legales. El clamor mediático no se habría podido ignorar. Cuando le dije que no era periodista, debió de sentirse decepcionada. Debió de pensar que su maquinación moría antes de nacer. Pero luego resultó que la no-periodista tenía un amigo comisario... y entonces las cosas fueron mejor de lo esperado.

De hecho, de este modo tiene sentido la alegría de Delia cuando le comuniqué la primera vez que mi amigo policía aceptó investigar. Un golpe de suerte inesperado. Como decía, hay gente para la que siempre brilla el sol.

—Un plan perfecto —concluyo—. Y que sobre todo explica por qué yo estuve completamente convencida todo el tiempo, desde el inicio de esta historia, de que Irma era sincera cuando confesó que mató a Adriano. Claro que lo era: por usted, el recuerdo del acto era del todo verdadero.

Esta es la parte bonita. Descubrir que no fui tan imbécil y que había una razón para que no pudiera creer que Irma hubiese asesinado a Adriano, pero tampoco que mintiera al confesármelo. Me siento como si acabaran de leerme los resultados de una tomografía que confirma que no me tambaleo por la enfermedad de Parkinson.

—El problema: como les sucede siempre a los sujetos expuestos a hipnosis, sucede que de vez en cuando están más dispuestos a caer en trance. En este caso, a alguien como Irma, para entrar en estado de hipnosis, ya sólo le basta con escuchar hablar a alguien en un tono sumiso y persuasivo, tranquilo y reconfortante... Y, qué sorpresa, es exactamente el modo en el que habla mi jefe.

Dirijo un agradecimiento mental a Berganza y a su estilo. Dios, cómo quisiera que estuviera aquí. Ahora mismo.

—La noche de la fiesta, el comisario encontró a Irma. Charlaron un poco. Irma le dijo lo que pensaba sobre su fiesta y los eventos de sociedad y luego le pidió a mi jefe que le contara algo sobre su profesión. Él lo hizo, y cuando Irma, como todos, comentó «Claro que usted no debe de aburrirse nunca», él le contestó con una de sus citas preferidas: que, en realidad, el crimen es un

asunto muy banal. E Irma, que fue conducida por la elocuencia de mi jefe a ese estado de maleabilidad mental al que ya estaba acostumbrada, hoy repitió las palabras de perfecta buena fe, como si ellas las hubiera inventado.

Delia aprieta los labios.

No lo niega.

—Lo que me pregunto, Delia, es: ¿por qué diablos lo hizo? —Delia exhala y se encoge de hombros, bajando la cabeza. Eso me permite avanzar un poco más hacia la escalera mientras ella está ocupada mirándose los pies.

—¿No lo intuye?

—Sí, creo que sí. Pero preferiría oírlo de usted, por si me equivocara.

En verdad, ahora que acabo de descubrir que no estoy aturdida, de ninguna manera creo equivocarme. Pero tú, mi querida delincuente manipuladora de viejitas, sigue hablando, que tenemos que hacer tiempo.

—Doctora Sarca, yo no soy una mala persona. —Los ojos de Delia me miran de nuevo, y yo me inmovilizo como si estuviésemos jugando los encantados. Todo esto sería cómico, si Delia no tuviese una mirada tan apesadumbrada—. Creo que nunca me habría imaginado siquiera un plan así, si no hubiese llegado la propuesta del libro para hacerme reflexionar sobre una ocasión que podía aprovechar. Pero, vea..., yo sufro el más terrible de los lutos, ya son cinco años. Y ahora tengo la edad que tengo, y estoy sola. Mi mejor amiga es una excocinera anciana y medio perdida, y yo la quiero de veras, claro, pero es una relación unidireccional, agotadora. Yo pude tener un compañero con quién convivir felizmente estos años, e hice lo que hice sólo para poder recuperar de nuevo ese futuro que me fue negado.

Arrugo las cejas.

—Nada le regresará a Adriano —digo, aunque para mí es muy claro a dónde iremos a parar. Sólo que si ella me lo cuenta nos tardaremos más y Berganza tendrá más tiempo para llegar. Al menos eso espero.

De hecho Delia deja escapar una sonrisa.

—¿Y quién habló de Adriano? Adriano era un vividor de poco fiar. Me cortejó y yo caí porque en esas cosas era muy bueno, vaya si lo era. Pero luego me bastó poco tiempo en la familia Giay Marin para entender que todo su encanto se resolvía en una tonta y eterna adolescencia, y que encontrar a una buena chica y casarse con ella era sólo una estrategia de imagen. En cambio Aldo, su hermano, mi cuñado, era el hombre perfecto. Era estable, con principios, con él se podía contar. Era siempre impecable, amable, atento. Se acordaba de los aniversarios y les pedía a las criadas que me llevaran flores frescas al cuarto. No me habría traicionado ni con legiones de modelos suecas, y no habría extrañado públicamente la época en que yo no estaba y podía tener a todas las mujeres que quería.

—¿Eran amantes?

Delia sacude la cabeza con fuerza.

—¡Oh, por el amor de Dios, no! Aldo se habría horrorizado ante la idea de tener un romance con la esposa de su hermano. Nunca habría cometido una acción tan reprochable. Pero nos queríamos. Sufríamos ambos a causa de Adriano, que con su desconsideración arruinaba su

empresa y nuestro matrimonio. Y, cuando Adriano murió, por un momento sentí una sensación de alivio increíble: me vi a mí y a Aldo quedándonos solos para dirigir la casa y la empresa, al fin libres...

—Si no fuese, por supuesto, porque Aldo se entregó a la justicia y terminó en la cárcel, y también él desapareció de su vida.

—Exacto. —Delia alza los hombros—. Este es el luto del que le hablaba, no el de la muerte de mi marido. Saber que el hombre de mi vida está en la cárcel, y que no nos está permitido vivir juntos.

Me mira con la boca cerrada, con un gesto doloroso en la parte alta de los pómulos. Parece Clitemnestra, Medea, Antígona.

—Pero si nunca se amaron, ¿cómo sabía que Aldo aprobaría su plan? ¿No pensó que podría horrorizarse?

Esta es una pregunta de una ingenuidad casi incómoda. En condiciones normales me avergonzaría de hacerla, aunque fuera sólo por fingir, pero el comisario no llega, seguramente encontró tráfico.

—Oh, por el amor del Cielo, doctora Sarca —responde Delia, en efecto—. Lo sé, ustedes hablaron con Aldo y quedaron asombrados por su rigor moral. Aldo es verdaderamente como lo pintaron los periódicos: severo, casi rígido. Un santo laico. La única vez en su vida que perdió la cabeza no evitó el justo castigo. Entre otras cosas, precisamente por su coherencia es que siempre lo amé. —Sonríe brevemente, luego de repente arruga la frente—. Pero, ¿sabe...?, Aldo sigue en la cárcel. Gracias a mí habría regresado a la casa, y una casa es una casa, sobre todo en comparación con la prisión. Pongamos, además, que Irma no habría padecido graves consecuencias judiciales a causa de su edad, así que Aldo no se habría mortificado por los escrúpulos. Pero estoy segura de que, llegado el momento, no habría tenido demasiados escrúpulos, no una vez que probara de nuevo el sabor de la vida del hombre libre. Créame: una vez que llega el bienestar, no se necesita demasiado incluso para que el hombre más honrado se olvide de cómo llegó allí. —De golpe Antígona se volvió Becky Sharp—. Yo sería su salvadora, su ángel, su paladina. Y estoy segura: su gratitud y el acercamiento, día a día, nos unirían del modo en el que yo siempre lo deseé.

La mejor parte de esta conmovedora confesión es que, por mi insistencia, ahora me encuentro en la parte alta de las escaleras, entre el primer escalón y Delia.

Porque, para ser sincera, la romántica tenacidad con la que impregnó sus palabras, en realidad no me interesa un carajo.

La verdad es que esta pendeja, por recuperar a ese pescado seco de Aldo, involucró a una octogenaria psicológicamente frágil, que con toda probabilidad sería el centro de interrogatorios, reconstrucciones, averiguaciones, violaciones de la privacidad, presiones, clamor mediático y tal vez incluso sería incriminada y condenada por un homicidio que no cometió. «No habría sufrido graves consecuencias», dice Delia. Al diablo que no las habría sufrido. Pero, sobre todo, lo que más me enoja es que este palo de escoba cubierto de cachemira no dudara en meter en problemas a una señora de ochenta años que la quiere. Que le tiene confianza como a ninguna otra en una fase tan delicada y declinante de su vida. Y Delia quiso hacerla pasar por un monstruo capaz de

concebir el homicidio de un hombre, casi de su hijo.

—¿Me resuelve una curiosidad, Delia? ¿Por qué organizó ya la fuga? En el fondo, usted no podía prever que una frase casual de Irma sabotearía sus planes.

Delia se encoge de hombros.

—Oh, era un plan fallido desde el inicio, lo reconozco. Soy una utópica, eso es lo que soy. Pensé que podía crear en Irma unos recuerdos detallados y convincentes hasta que vi el tipo de maquinaria que se estaba poniendo en marcha por mi causa. Cuando usted me habló de su amigo comisario, de la conversación con Aldo, del tema del ADN...

—El ADN era una pista equivocada que en realidad estábamos siguiendo justo porque usted nos convenció de que Irma podría ser la culpable —objeto. Hasta me toca halagar a una delincuente comentando por qué su plan no estaba tan mal con tal de hacer que hable.

—Pero me hizo entender que lo estaban haciendo muy en serio. Me di cuenta de que yo no lograría tener en cuenta todos los instrumentos, las verificaciones, la información tan amplia que la policía necesitaba para encontrar la verdad. ¿Se dio cuenta de que el relato de Irma sobre cómo envenenó a Adriano era absolutamente pobre de detalles?

Claro que sí. Se lo dije incluso a Berganza.

—Es porque nunca me arriesgué a idear unos más específicos. Tenía miedo de que resultaran incoherentes, que cualquier verificación que yo no pudiese prever, tal vez ni siquiera imaginar, revelara que eran inventados.

Evoco el interrogatorio a Monteleone y Dalmaso, y a Berganza explicando que Monteleone le impuso a Dalmaso no autoinculparse por la agresión al tipo de la furgoneta porque si mientes, hablar es peor que callar. Delia pensó lo acertado, y por lo visto como una verdadera delincuente.

—¿Y quiere saber cuál fue el momento en que entendí de una vez por todas que no estaría a la altura de sus investigaciones? —agrega.

—En efecto, ya lo sé. Cuando habló con el comisario Berganza personalmente. —Así es: una vez entendido el papel de Delia, incluso este último detalle encaja en mi cabeza, con ese suave *clic* que hace que la pieza encaje en el rompecabezas. Delia y Berganza susurran, apartados, en la fiesta de Navidad. Recuerdo la cara horrorizada de Delia cuando el comisario le anuncia que quiere curiosear por ahí. Y pensar que esa expresión tan inesperadamente descorazonada casi me dio pena... Pero ahora todo tiene sentido. Por eso estaba afligida: estaba pensando «Oh, mierda, estos son mas listos que yo».

Delia asiente.

—Exacto. Fue entonces cuando entendí por primera vez con quién me estaba metiendo. Su amigo comisario..., no sé. Invitarla a usted a la fiesta me pareció una buena idea, una excelente distracción para convencerla de que yo era una víctima necesitada de apoyo... Pero usted se trajo a ese... Berganza, ¿cierto? Yo lo escuché y vi a un verdadero sabueso, alguien que no abandona el hueso y con el que no se puede bromear gran cosa. Y me resigné. Sólo que para ese momento ya había llegado demasiado lejos, la maquinaria de las investigaciones estaba ya en movimiento, así que escapar era lo más prudente. —Esboza una triste y veloz sonrisa—. Por supuesto, la meta no habría sido Camarga. Le apuntaba a América. E Irma, por seguridad, habría venido conmigo.

De modo que la habría arrancado de la única casa que tuvo.

Ahora mandaré toda mi prudencia a la basura y la agarraré a golpes de *krav maga* hasta que llegue Berganza a quitármela de las manos.

Pero no lo hago. En cambio le digo:

—Como sea, técnicamente no hizo nada más que confundir un poco la memoria de una anciana... y Dios sabe qué tan confundida la tenía ya. Por lo que incluso podríamos dejarlo aquí y hacer como si nada hubiese pasado.

Delia me mira sorprendida.

—¿De verdad sería posible? ¿Y qué le dirá a su amigo para desaparecer la investigación?

—Pues creo que lo único que podría hacerse sería contarle todo: su móvil, su intención de no seguir con el plan y, bueno, tenga en cuenta que no se trataba de una investigación formal. Si Berganza comprende que lo suyo fue poco más que un intento inocente de volver a tener algo que le quitaron, bastará sólo una señal del comisario para mantener todo en silencio.

Delia suelta una carcajada.

—¿Un comisario de policía lo encontraría «poco más que un intento inocente»? Doctora Sarca, cuando yo proyecté mi plan, me informé sobre todos los riesgos que iba a correr. Hablemos claro: lo mío es explotación de personas vulnerables. La mente de Irma es débil, y hay testigos: usted y el comisario la escucharon hablar y notaron sus periódicas deficiencias; yo misma le dije a su editor que estuviera consciente de que Irma estaba perdiendo sus facultades. Además, es obvio que no le informé a Irma sobre el hecho de que estuviera intentando hipnotizarla: la hipnosis ericksoniana funciona sólo si el sujeto colabora, pero a Irma nunca le pedí su consentimiento, y si la hipnosis funcionó con ella fue sólo por la confianza incondicional que tiene en mí, lo que es más bien un agravante. La ley italiana es severa con quien ejerce técnicas de manipulación mental en sujetos desprevenidos, ¿lo sabe?

Por supuesto que lo sé. Pregúntele a un tal Martucci.

Sólo que esperaba que ella no lo supiera.

Delia suspira, levanta el borde de su suéter y de la cintura de los *jeans* saca una pequeña pistola.

Oh, diablos.

—Déjeme ir, doctora Sarca.

—¿Y de dónde sacó eso? Creía que estábamos hablando de homicidios como dos personas civilizadas.

—¿Sabe?, esta es también casa de Stephen —explica Delia con dulzura—. Y Stephen, como muchos americanos, tiene permiso de portar armas y cree en la defensa personal.

También yo creería de golpe en la defensa personal si al menos hubiese llegado a la lección de *krav maga* llamada «Desarmar a un agresor en posesión de un arma de fuego».

Ahora.

Este es uno de esos momentos en los que reconsideras tu vida, tus valores, tus principios y la ropa interior que te pusiste antes de salir de casa para saber si tu cadáver mantendrá su dignidad bajo la mirada del médico legal.

Mis valores son simples: no soporto que me fastidien. Y una pistola apuntada contra mí es, hasta probar lo contrario, la más alta en la clasificación universal de las molestias. Por lo que, en

teoría, todo lo que debería hacer es moverme a un lado unos treinta centímetros, dejar que Delia tome la escalera, luego la puerta, luego la avenida de la mansión y que salga de una vez por todas de la casa y de mi vida.

Pero hay otra cosa que me molesta mucho. Y es que alguien que armó todo este lío de una confesión llorosa para convencerme de dejarla escapar, y que comenzó a pensar en la fuga apenas olió los problemas en los que se metió con su farsa, quiera hacerme creer que está dispuesta a llegar al homicidio.

—¡Por favor! Usted no tiene ninguna intención de dispararme —exclamo.

Las cejas de Delia se levantan por el asombro.

Nos vemos a la cara durante un supereón, o casi.

Luego Delia dice:

—De dispararle no. —Y me empuja hacia atrás por las escaleras.

Primer pensamiento: «Diablos, no aterrizo nunca». Segundo pensamiento: «Dios, sí duele». Tercer pensamiento: «Al final, esa mierda del instructor de aikido tenía razón. Si tan sólo lo hubiese escuchado y hubiese aprendido a caer bien». Cuarto pensamiento (por lo que parece se piensa muchísimo mientras se cae de una escalera. El cuerpo reacciona al instinto, se enrolla y se autoprotege lo mejor que puede, y mientras tanto decenas de reflexiones más libres que nunca afloran en tu mente): «Si lo que percibo a mi izquierda es el tobillo de Delia tratando de escapar, tal vez puedo aferrarla y jalarla hacia abajo conmigo».

Dicho y hecho. Delia se tropieza y terminamos cayendo juntas, como dos campeonas de clavados sincronizados, hasta el pie de la escalera. Me molesta que a ella le tocaran menos escalones.

Lo bueno es que cuando caes por una escalera tiendes a meter las manos para protegerte, no para sostener la pistola. De hecho, el arma resbala en el piso, mientras Delia se levanta y corre hacia la puerta.

También yo me levanto, y me abalanzo sobre la pistola antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. Si entrara en juego la lucidez, en primer lugar me daría cuenta de que soy una especie de monstruo con un montón de moretones en todos los puntos en los cuales el borde de un escaloncito chocó contra una parte de mi cuerpo. Pero, como Wile E. Coyote, parece que no caes al suelo hasta que notas que estás caminando en el aire, así, resulta que mis piernas me sostienen y me guían afuera de la puerta a la máxima velocidad de la que son capaces.

Delia corre una decena de metros por adelante de mí, en dirección a su auto. Ella también cojea. Bien.

Su auto está estacionado en mitad del espacio que se abre entre la entrada de la avenida y yo.

La última vez que Berganza me llevó a disparar, el tiro al blanco estaba a veinticinco metros y fui pésima. Pero era una diana pequeña. Veamos cómo me va si le apunto a una camioneta.

Veinte minutos después estoy sentada en los escaloncitos del portón, envuelta en mi abrigo, que Pezzoli fue a buscar arriba muy amablemente. Delia está en la patrulla mientras Rovato la vigila, Petrini y Macchio están tomando fotos y ocupándose de la pistola, Pezzoli está aún arriba con

Irma, Berganza está de pie junto a mí y ambos observamos a los bomberos, que se están ocupando de apagar la hoguera que arde en el lugar donde estaba el auto de Delia.

El comisario se inclina hacia mí y me dice:

—Déjeme ver.

Hago a un lado la funda de almohada bordada que estoy presionando sobre mi pómulo (fue lo primero que Pezzoli encontró, después de mi impermeable), y Berganza observa durante mucho tiempo el corte rodeado por un moretón violáceo que me causé con un escalón. Es sólo uno de esos puntos adoloridos de mi cuerpo y ni siquiera el más colorido, pero por lo que parece es el único que sangra.

El comisario emite un contrariado «Mmm», luego eleva con dulzura mi mano a donde estaba antes, o sea cubriendo mi cara. Se asegura de que la presione bien y deja sus dedos sobre los míos un momento más del necesario. Ay, qué bonito. Por lo que parece no está tan mal, terminar como la carriola de *El acorazado Potemkin*.

—Así que la clave era Delia —comenta.

Sacudo la cabeza. Es decir, quisiera sacudirla, pero cuando comienzo el movimiento del cuello veo estrellas.

—Debí llegar a eso antes. Maga de la empatía, un carajo. Necesité una frase de Irma para entender. Y pensar que, por ejemplo, vi su expresión de desilusión mientras hablaba con usted, comisario, en la fiesta, y muy bien pude...

—Pero usted tenía algo que le obstaculizaba —me interrumpe Berganza. Tiene un tono indulgente, amable. Quisiera verlo a la cara, pero cuando lo intento mi cuello también me muestra el firmamento avanzado de la primera vez, el del hemisferio austral.

—¿Es decir?

—Yo, Sarca. Es mi culpa. Desde el principio de este caso yo bromeé por su desconfianza hacia Delia, y sostuve que se debía al hecho de que no le gustan los ricos. Claro que no quiero sobreestimarme, pero apuesto a que cada vez que sintió una punzada de repulsión hacia esa mujer se repitió en la cabeza mis palabras y se autoconvenció de que esa era la razón. Sin embargo, su intuición, como siempre, fue atinada. No debí entrometerme.

Nos tomó tiempo. Para variar.

—No se preocupe, jefe. Soy yo quien debió hacerse caso a sí misma. Pero, como usted bien sabe, no soy muy buena analizando lo que siento. —Suspiro—. De todos modos, la lección es clara. No cometeré este error nunca más. No me forzaré a pensar lo mejor posible de nadie. No creo que me resulte difícil.

Berganza mueve la cabeza..., él que puede.

—No sé.

—¿Qué cosa no sabe?

—Si apruebo su decisión. Puedo aceptar a una Vani Sarca menos infalible, si a cambio tengo una Vani Sarca más optimista.

Esta vez lo miro de verdad. Al diablo el cuello.

—Debo hacerle notar que no está actuando en beneficio de la fuerza pública, comisario. Es decir, ¿quiere una asesora *buena* o una asesora *feliz*?

Espero que Berganza me lance un comentario perspicaz. Como, qué se yo, «Digamos que feliz, pero con la mitad del sueldo». En vez de eso, me mira y nada más, y por un momento me sonrío de manera apenas perceptible y con un gesto vagamente astuto, como diciendo «Adelante, ya sabe lo que me gustaría más».

Debo desviar la mirada, porque creo que me sonrojo. Aunque tal vez sólo es la inflamación del cuello.

—Ahora explíqueme cómo lo hizo —retoma Berganza después de algunos segundos—. Tengo que saberlo, Sarca, ¿sabe cuánta precisión se necesita para hacer explotar un auto con un disparo? Prácticamente ocurre sólo en las películas. Hay que darle a un punto, un maldito y minúsculo punto en el que el proyectil no encuentra resistencia en varias láminas y se mete en el depósito. Y usted encontró precisamente ese punto. Usted, que, con respeto, la última vez que lo comprobé era tan mala como una tiradora de un parque de diversiones. ¿Cómo diablos pudo pasar?

—Le apunté a una llanta.

Berganza suelta una carcajada. Pero ríe muchísimo, presionándose los ojos con el pulgar y el índice. Ni siquiera sabía que supiera hacerlo. Me da gusto. Levanto la cabeza y le sonrío. Una sonrisa leve, porque me duele incluso al mover los músculos de la cara.

—Pues estuvo fenomenal. Venga, la acompaño para que la revisen como se debe.

Me ayuda a levantarme. Gimo. Ahora sí que mis piernas se dan cuenta de lo que sucedió.

El comisario me rodea la cintura con un brazo, yo me acurruco en él y caminamos hacia un auto que no arde.

El infalible principio de Locard

El Quicksand está repleto de jóvenes metaleros vestidos de negro, y yo debo llegar a un acuerdo con mis prejuicios. Sigue siendo tan sombrío y sucio como lo recordaba. Es el local más sórdido de Turín y sus alrededores, y de esto sé bastante porque en mi juventud los conocí todos y ninguno era tan *underground*. Hay muchos pubs en Turín que pretenden asumir un aspecto tenebroso, inquietante y ligeramente *horror*, pero luego descubrí que muchas veces se trata de una farsa, ya que los viernes por la noche las meseras llevan ahí a sus hijos a cenar las hamburguesas que un cocinero tan limpio como un cirujano prepara con toda la minuciosidad de la ley establecida. El Quicksand no. El Quicksand es tan peligroso, sucio y de mala reputación como se ve. Es el antro histórico de una serie de náufragos sociales que se vienen a emborrachar aquí porque la alternativa sería emborracharse en casa; no tiene ventanas, no tiene salida de emergencia. No tengo idea de cómo pudieron obtener y mantener los permisos necesarios para abrir al público: es probable que los inspectores sean degollados en el balcón en honor al dios Baal, fuera del horario de apertura. El piso no ve un trapeador desde hace milenios y está tan pegajoso como una sucursal del Pantano Negro. Tiene un palco y una instalación para que toquen las bandas, pero no apostaría ni una uña a la seguridad de las tomas de corriente eléctrica y de los cables que infestan la tarima. Creo que en cada coctel que venden en la barra hay un pequeño porcentaje de líquido no potable, como detergente (por cierto, que no usan para otros fines), lo cual no sería grave si la cerveza no fuese diluida y, sobre todo, si el whisky no fuera tan asqueroso. Pero a los menores de edad a quienes se lo sirven parece no importarles.

También habría que comentar la condición de los baños, pero esa es una de esas cosas en las que uno prefiere no pensar.

Y, aun así, como decía, debo llegar a un acuerdo con mis prejuicios, porque, por lo que parece, incluso el Quicksand no es exactamente el de hace un tiempo. La última vez que vine, a años de distancia de la penúltima, fue hace pocas semanas para acompañar a Morgana, que asistió a un festival de bandas de jóvenes emergentes, entre ellas la de su amado Ema. El hecho de que el Quicksand albergara un festival de grupos de chicos de la prepa me pareció extravagante. No obstante, hoy, viernes 2 de enero, el Quicksand lo hace de nuevo. Esta noche hay una sola banda, no una decena como la vez pasada, pero es una banda de chicos de diecisiete años, con un público de diecisiete años y un grado de experiencia de vida de diecisiete años. El turbio Quicksand está plagado —de nuevo— de adolescentes, como si fuera un auditorio el día de la fiesta de fin de año

de una preparatoria, por decir lo menos hiriente para quienes, como yo, conocieron este lugar en sus años dorados (o, mejor dicho, de fango).

—Hoy dejan que toquen los adolescentes porque esta noche todos los adultos están ocupados recuperándose de las fiestas del año nuevo —diagnostica Berganza. Tiene que hablar en voz alta porque el ruido en el que estamos inmersos es estruendoso. Como el de una escuela preparatoria, precisamente.

—Entonces el local no se transformó de repente en un oratorio montado para Halloween —digo.

Berganza mira a su alrededor.

—A menos de que estén intentando reclutar una clientela más joven, sabiendo que los adolescentes no se controlan y compran bebidas hasta morir.

—Comisario, eso es lo que hacen desde siempre los clientes del Quicksand de todas las edades.

Berganza me mira. Levanta una ceja. Yo también levanto una. Luego dice, y esta vez alza la voz de forma que Ivano, que está un paso por detrás de mí, lo escuche bien:

—Obviamente, si pescó aunque sea a un solo adolescente bebiendo alcohol, primero encierro adentro al barman y luego estrujo al muchachito hasta que le salga la última gota.

Instintivamente, Ivano da un paso hacia un lado para esconderse mejor detrás de mi hombro.

Esta noche toca por primera vez la nueva banda de Ema. O mejor: toca la banda de los amigos de Ema, y la banda de Ema abre la noche. Ema y su grupo sólo tocarán unas pocas canciones porque la nueva banda es, precisamente, nueva y aún tiene pocas piezas en su repertorio. Pero será una ocasión importante porque podrán presentarse como banda y a «la nueva alineación», como me explicó Morgana.

Claro, porque la banda de Ema es también la banda de Morgana. Mi talentosa amiguita realizó la audición con su voz y mi texto, y arrasó. Ella y Laura vinieron a anunciármelo directamente a la casa, trayéndome un pastel como agradecimiento (otro de avellanas. Esta vez menos esponjoso, aunque no como el de Irma. Se lo di a probar también a Berganza, que dijo que no estaba mal).

Ahora Laura está tras bambalinas con la banda, para maquillar a Morgana (en el Quicksand, *tras bambalinas* significa en un cuartito infestado de arañas cuya puerta da directamente a un lado del escenario). Las entreevo desde aquí si me asomo y trato de espiar entre las cabezas de los chicos (Jesús, pero ¿por qué son tan altos estos adolescentes de hoy?). La puerta se abre un poco y Ema aparece en el escenario, seguido por el baterista y el bajista. Él también es alto, y tiene el cabello largo. No me disgusta. Algunas personas del público, hombres y mujeres, saludan a Ema, que les contesta muy contento y luego se inclina para preparar los pedales y el amplificador. Él y el bajista afinan, el baterista hace un redoble de prueba. Luego Ema se acerca a uno de los micrófonos y hace un gesto para que se acerque Morgana, que espera tímidamente justo detrás de la puerta del camerino.

—¿Ella es tu amiga, la que canta? —me pregunta Ivano.

Asiento. Morgana me busca entre el público con la mirada y me lanza una sonrisa nerviosa. Está vestida de negro, pero con un gran collar de metal y un maquillaje acertadamente tenebroso que la hace verse como si tuviera unos cuantos años más. Laura hizo un trabajo más que bueno.

Por supuesto, yo fui quien la adiestró.

Morgana se coloca, seria y erguida, detrás del micrófono en el centro del escenario.

—¡Buenas noches a todos! —grita Ema de pronto. El público responde con una serie de «¡Eeeeh!», el micrófono suena bajo el efecto Larsen y hay algunos segundos de un ensordecedor alboroto. Miro de reojo a Berganza, que no muestra ninguna emoción. Es obvio, la música metal no es su estilo (ni siquiera el mío, después de todo), pero tampoco es un quisquilloso, dada la profesión que desempeña. Y esta noche está aquí por una excelente razón. Por todo ello, no parece contrariado.

Quiero decir, si me hubiesen arrastrado a traición al Quicksand con dos adolescentes, yo lo estaría.

—Agradezco mucho a Fire Wire que nos permitan abrir su noche porque así puedo presentarles este nuevo grupo, fruto de un proyecto al que, como muchos de ustedes, amigos, ya saben, personalmente aprecio mucho. —Por lo visto, el melenudo Ema se expresa como un principito—. Nosotros somos los Malebranche, que, como seguramente ya saben... —(No, no lo saben, pero haces bien en adular al público, pequeño y astuto *rockstar*)—, es el nombre de un grupo de diablos del *Infierno* de Dante, esos que tienen a los estafadores inmersos en brea hirviendo. —Morgana me lanza una mirada llena de orgullo, porque su amado es un tipo culto—. Hacemos algo extraño para nuestro género: cantamos en italiano porque nos importa que nuestros textos se entiendan bien y sean significativos. —Exclamaciones de aprobación del público. Está claro que todos son amigos de Ema, así que es más bien predecible que lo aprecien, pero él parece brillar de alivio igualmente—. Esta noche tocaremos poco porque comenzamos recientemente y nuestro repertorio es aún limitado; tocaremos más que nada covers y luego dejaremos su merecido espacio a los Fire Wire. Sin embargo, estamos muy felices de poder presentarles ya nuestra primera canción original, a la que queremos mucho. Se titula *El juego de Infierno y Paraíso*.

Ivano da un salto y voltea para decirme algo. Lo callo con un codazo y le hago una seña para que se concentre en lo que está sucediendo en el escenario. Las luces se apagan (antes no eran muchas, pero ahora sólo queda una sombra rojiza que dibuja la silueta delineada de Morgana). El público ruge de entusiasmo, y luego se hace poco a poco el silencio. La guitarra sugiere el acorde inicial, luego sólo se escucha la batería, que parece un latido cardíaco; Morgana empieza a cantar y el tiempo se detiene.

*Alguna vez te llega la noche
en lugares solitarios
y no ves nada alrededor, sólo el desierto.*

*Y luego levantas la vista y ves
más luces que en Nueva York.
Dos mil estrellas esparcidas en cielo abierto.*

*Y entonces sonríes y piensas
que todo es relativo
y la oscuridad ya no te da miedo*

*si estas miles y miles de estrellas
dibujan el límite
incluso de una noche tan oscura.*

*Esa es toda la historia:
dos caras en cada cosa.
Lo indisoluble del llanto y la risa
de fracaso y gloria,
de la espina y de la rosa,
es el juego de Infierno y Paraíso.*

*Y bajo estas estrellas claras
el mundo es tan opaco, mientras tanto,
es gracioso, pero cambia tu perspectiva.*

*Porque de repente lo inmediato
es tan insignificante
y el infinito en cambio es una cosa viva.*

*Y entonces sonrías y piensas
que somos tan humanos,
tan aferrados al borde de una rueda.*

*Pero en el equilibrio de una nota,
al punto de partida
todo regresa, por más vueltas.*

*Esa es toda la historia:
dos caras para cada cosa.
La nieve deja el lugar a la flor de lis,
los sueños a la memoria,
la viuda a la esposa.
Es el juego de Infierno y Paraíso.
Es el juego de Infierno y Paraíso.
Es el juego de Infierno y Paraíso.*

El público explota. Más fuerte que el auto de Delia. Morgana abre y cierra los ojos como si recuperara la vista o apenas se hubiera despertado. Mira, y sobre todo escucha a la audiencia, y sonríe como si no lograra creerlo.

Berganza gira hacia Ivano.

—¿Tú escribiste eso?

Ivano abre la boca y ya está a punto de minimizar sus méritos. Apuesto a que quiere decir algo como: «Sólo inspiré algún verso». Le doy un codazo.

—Fue un gran trabajo en equipo —le explico a Berganza.

Ivano está radiante. El comisario está radiante. Morgana está radiante. El público está gritando «¡Bravo!». Ema la mira de reojo como si contemplara una joya de la corona. Siguen con la segunda canción —un insignificante cover en inglés de algo que tal vez antes me era conocido— y nos quedamos ahí, en medio del público entusiasta de los chicos, porque con su voz Morgana volvería mágico incluso el boletín de los trenes con retraso.

Después de otro par de canciones, Ema se despide del público y deja el escenario a los Fire Wire. Morgana se retira al camerino; luego, mientras los Fire Wire toman el lugar de los Malebranche y hacen la ronda de redoble y acordes de prueba, se desliza por la escalera que está a un costado del escenario y se mezcla con el público. Sé que se dirige hacia nosotros, pero antes de alcanzarnos tiene que pasar junto a muchas personas que la detienen para felicitarla. Excelente señal (aunque eso nos obliga a esperarla un buen rato y tenemos que soportar el inicio del concierto de los Fire Wire, que no sólo tienen un cantante que no es ni lejanamente comparable con Morgana, sino también una idea de arreglos que se parece al sonido de un tsunami).

—¿Cómo estuvo? —pregunta Morgana apenas logra llegar frente a nosotros. En realidad, el fulgor de su mirada me sugiere que con el aluvión de felicitaciones ya se hizo una idea.

—Me duele agobiarte con esta responsabilidad diplomática, pero me temo que les robaron varias decenas de fans a los Fire Wire —comento. Morgana sonrío ligeramente y se sonroja.

Empujo hacia delante a Ivano.

—Este es mi colaborador, al que le debes tu texto —le explico a Morgana—. Ivano, Morgana. Morgana, Ivano.

Los dos se estrechan la mano como dos *managers* en una convención y atisbo que Berganza sonrío con aire divertido.

—No sé cómo agradecértelo —dice Morgana.

—En realidad Ivano me dio una gran cantidad de imágenes, argumentaciones y reflexiones sobre el tema central de la canción —especifico—. No todo podía estar en una sola canción, así que creo que podrían hacer otras en un futuro. Porque, confíen en mí, ustedes serían dos autores perfectamente complementarios: tú, Morgana, sabes cómo escribir, y tú, Ivano, sabes de qué. —Me dirijo al chico. Es momento de pasar la antorcha—. Ivano, esta vez yo hice el texto, pero las próximas veces lo hará Morgana. Apenas está comenzando, pero tiene la capacidad para ser muy buena.

—Deberíamos intercambiar correos —propone Ivano, muy serio.

—Si me das tu número, te lo mando por teléfono —replica Morgana con un tono igualmente profesional, extrayendo su celular—. Cuando estoy en la escuela no puedo responder, pero también tú debes de ir a la escuela, ¿no? Así que no creo que hablemos por las mañanas. Pero en el receso leo mis correos; si hubiera ideas geniales, claro que no podrían esperar hasta el timbre de salida. Yo me comprometo a mantenerte informado, me dices lo que opinas y me das la inspiración. Tendremos que trabajar duro, ¿sabes?, porque Ema dice que estaría bien tener un repertorio de al menos seis o siete canciones todas nuestras lo antes posible, y aún no se me da muy bien a mí, pero cuento contigo. —Es lista la pequeña Morgana, ya que cuando se dirige a mí parece desbordada de temores reverenciales, pero acertó rápido con el tono adecuado para

motivar a un muchacho más pequeño. Por su parte, Ivano asiente como si apenas hubiese firmado un contrato con su jefe que, estrechándole la mano, le hubiera dicho: «Sé que no me decepcionarás». Y apuesto a que no lo hará.

—Quién lo hubiese dicho —suspira Berganza lo suficientemente fuerte para que yo lo escuche, pero lo suficientemente bajo para que sólo yo lo escuche—. Pensé que a Ivano le faltaba una figura paterna. En cambio, lo que le faltaba era una hermana mayor.

Morgana regresará a su casa en coche acompañada por Ema, que tiene dieciocho años y licencia de conducir. Con ellos también irá Laura, que tan pronto intercepta mi mirada, me hace una señal de entendimiento de mujer de mundo que significa: «Tranquila, yo estoy al pendiente». Lo que a su vez significa, si no soy demasiado vieja para acordarme de estas dinámicas de adolescentes, que esta noche Morgana odiará a su mejor amiga. Sólo un poquito, tal vez, pero la odiará.

Nos despedimos y nos vamos del Quicksand mientras el concierto de los Fire Wire sigue.

Berganza maneja, yo voy sentada a su lado e Ivano detrás.

Durante el trayecto me llegan tres SMS. Ivano ríe.

—Te juro que esta vez no soy yo.

—Es mi hermana. Por lo visto, en el número de *XX Generation* de esta semana salió una nota sobre los eventos de sociedad de Navidad, y Lara no puede creer que me reconoció en una de las fotos. Desde esta tarde está tratando de llamarme y ahora me bombardea con mensajes en los que fundamentalmente me pregunta de dónde salió ese vestido y me insulta porque me niego a contestarle.

—¿No dice nada sobre el atractivo y distinguido señor que aparece en las fotos con usted? —pregunta Berganza.

—A decir verdad, sí —Satisfecha, guardo el celular.

Ivano todavía está emocionado por el resultado de la noche, y su entusiasmo se resquebraja cuando su tío se estaciona debajo de su casa.

—Pero ¿ya llegamos? —pregunta.

Yo también me lo pregunto un poco. No por nada, pero no se me escapó que, dada la ubicación de mi casa, su casa y, ahora que la conozco, la casa de Ivano, Berganza habría recorrido un camino más corto si me hubiese dejado primero a mí.

—Sobrino, estuviste muy bien. Mañana llamaré a tu madre y le contaré personalmente de la canción. Ahora sal del coche.

La sonrisa de Ivano, como la del gato de Cheshire, se disuelve al entrar por el portón.

Berganza espera a que el portón en cuestión se cierre y que Ivano esté seguro dentro de su edificio, luego retoma el camino a mi casa.

—Y también usted estuvo estupenda, Sarca.

—Gracias. Ciertamente, tuve que hacer algunas concesiones. La rima *desierto-abierto*, por ejemplo, es deliberadamente ingenua porque debía parecer una canción para adolescentes, así que sustituí la palabra *vacío* por una mucho más obvia, *sueños*, pero estas reducciones de registro me permitieron mantener un pico culto, o sea, la palabra *indisoluble*, que me habría disgustado borrar, ya que quedaba tan bien en el centro del estribillo.

—Usted sabe que no me estaba refiriendo a la canción, ¿verdad?

—Sí, pero era la versión articulada de uno de mis comentarios estúpidos.

Berganza sonrío. Yo sonrío.

—¿Sabe qué es lo único que me deja muy mal de toda esta historia? —suspiro—. El final que le toca a Irma. Quiero decir, claro, podrá continuar viviendo sin que la molesten en la casa de los Giay Marin, y además será la dueña, literalmente, ya que Delia estará en la cárcel. Pero ahora Irma estará sola. ¿Quién será su punto de referencia de hoy en adelante? ¿Quién la cuidará?

El comisario asiente, pensativo.

—Le confieso que el libro no me importa nada. ¿Sabe?, después de mi pequeña venganza supe que Cinzia Croco le hizo un escándalo a Enrico. Le dijo que no podía obligarla a tener que ver con «esa horrible escritorzuela que la denigró e hirió», en sus propias palabras (que Enrico me repitió enseguida: creo que está tratando de acumular pruebas para poder revocar mi aumento lo antes posible, pobre iluso). Pero Cinzia va a firmar el libro de cualquier modo, y por supuesto saldrá como ella quiere. Lo bueno es que a estas alturas no sólo no me interesa en absoluto, sino que además encuentro que es mucho mejor así. Por cómo terminaron las cosas, la presencia de Cinzia Croco como coautora es una suerte. Al menos, los reporteros no perseguirán a Irma, sino a ella, e Irma no necesitará de nadie que la cuide y vigile que no se vuelvan demasiado invasivos. Además, la popularidad de la coautora garantizará más ventas y más regalías incluso para Irma. —Suspiro—. Sé que parece muy extraño dicho por mí, pero... Sí, bueno: estoy dispuesta a admitir que a veces hay cosas más importantes que un libro bien hecho. Y, como me hizo notar alguien alguna vez, si esto sirve para recordarme que soy un ser humano, tal vez no está del todo mal.

Berganza me lanza una mirada complacida.

Levanto los hombros.

—El problema será la vida cotidiana, en todo caso: una vida en la que Irma se encontrará de golpe sin su única amiga. Una amiga que la quería echar a la fosa de los leones con tal de satisfacer sus necesidades, pero, hasta donde Irma sabe, era una amiga de cualquier modo. ¿Con quién intercambiará las pláticas cotidianas que la mantenían viva? Esa mujer necesita a alguien.

—Me imagino que después de una amiga de quince años no le será tan extraño tener una de ochenta y uno, ¿verdad, Sarca?

Callo, porque el comisario me leyó la mente por enésima vez y no hay necesidad de que yo agregue nada.

Lo miro de reojo. Él observa la calle a través del parabrisas. Esta noche no hay nadie. Las luces siguen ahí, pero parece que por un día Turín se cansó de celebrar.

Berganza mira todo esto mientras maneja, y sonrío para sí mismo. Últimamente, noto que cuando estamos juntos sus sonrisas duran más tiempo. Creo que también las mías. Me molesta mucho cuando veo que la silueta de mi edificio se agranda según nos acercamos. El comisario se estaciona y hay un instante en el que ninguno de los dos se atreve a girar hacia el otro, porque estaríamos obligados a despedirnos y a concluir la velada. Así que levantamos la vista hacia mi portón distraídamente, y de golpe nuestra mirada casual se bloquea, se fija y se enfoca, porque delante de nosotros hay algo que no esperábamos ver.

Apoyado en el portón cerrado de mi edificio, en evidente postura de espera, está Riccardo.

Me giro para mirar a Berganza con aire confundido, como si pudiese saber qué diablos hace ahí Riccardo. El comisario se percata de mi sorpresa y, sin que yo le pida nada, en vez de dejarme que afronte yo sola la visita imprevista, apaga el motor, se baja del coche y lo rodea para abrirme la puerta.

Así, ahora, en los tres metros cuadrados de acera que hay delante de mi edificio, estamos los tres: yo de pie delante de la puerta de la que apenas me bajé, Berganza cerca de mí y del auto, y Riccardo, que al verme se aparta del portón y viene a mi encuentro con tranquilidad.

Trae su habitual abrigo de poeta francés y su cabello despeinado por la costumbre y por la humedad. A juzgar por su expresión serena, no parece que la presencia de Berganza lo moleste especialmente, o que tenga intención de hacerlo notar.

—En caso de que quisieras acosarme, te recuerdo que el comisario Berganza es, precisamente, un comisario —digo enseguida, porque a veces está bien poner en claro las cosas de inmediato.

Riccardo esboza una pequeña sonrisa. A decir verdad, no hay nada peligroso ni inquietante en la sonrisita en cuestión. Más bien, parece amigable, casi amable, como si se estuviera excusando por la intrusión.

—¿Y quién lo olvida? Buenas tardes, comisario —saluda.

—Randi —dice Berganza.

Arrugo la frente.

—¿Querías hablarme? Estamos en la era de los teléfonos.

Riccardo se encoge de hombros.

—Lo sé. Como te llamé a tu casa y no respondiste, pensé que estabas afuera y que el modo más seguro para tener una charla contigo sería esperarte aquí a tu regreso.

—¿Y si no hubiera regresado?

Oh, Dios. Excelente, genio. Ahora el comisario pensará que estás tratando de darle celos a Riccardo dándole a entender que pudiste pasar la noche con él. Tierra, ábrete y trágame. Cuando se necesita un grado diez en la escala sismológica de Mercalli, no sucede.

Pero Riccardo, como respuesta, aún sonríe con ligereza.

—Valía la pena correr el riesgo.

No entiendo.

¿Qué diablos puede ser tan importante?

—Vine a hablar de Sonia —dice Riccardo por fin, indiferente ante la presencia del comisario. Se aclara la voz. Escoge las palabras. Debió de preparar su discurso, pero no tan bien como para recitarlo de memoria.

—Sé que pudiste, que debiste de pensar que Sonia fue sólo un reemplazo precipitado. En tu lugar yo también lo habría pensado. No por presunción, que sea claro. Pero llegó demasiado rápido, con demasiada facilidad. Ya me puedo imaginar que posiblemente catalogaste de inmediato a Sonia como una jugosa oportunidad que el destino me puso delante en charola de plata. Oportunidad que yo, por precaución, no dejé escapar.

No logro entender nada. El sentido general de esta conversación, de toda esta situación, aún no lo entiendo, y las cosas que no entiendo no me gustan.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque es importante que yo te diga que, al contrario, quiero a Sonia de verdad. Es una muchacha tan guapa que detiene el tráfico; también es alegre, divertida, luminosa y amable. Una personalidad que te llena la vida. Sólo piensa cómo se comportó contigo en la fiesta: te trató como si fueran amigas de años, te llenó de atenciones y de afecto. Sonia es así, y una muchacha así es un tesoro por el que muchos, muchísimos hombres darían cualquier cosa.

—Sigo sin entender un carajo, Riccardo. ¿Qué me viniste a decir exactamente? ¿Que amas a Sonia? ¿Que le pediste que se casaran? Okey, ¿y a quién le importa? ¿Por qué tendría yo que...?

—No, vine a decirte que terminamos. —Lo dice así, serio y tranquilo—. Vine a decirte que acabo de terminar con esa chica dulce, bonita y afectuosa, a la que es imposible no querer, y que la dejé por ti, Vani.

Siento que todos los músculos de mi cuerpo se tensan al mismo tiempo.

—Porque no hay nada que hacerle, Vani —continúa Riccardo, mirándome fijamente a la cara—. Sonia es maravillosa, pero no eres tú. Y yo estoy enamorado de ti, fin de la historia. Ni siquiera puedo decirte que me di cuenta de todo esto en la fiesta, porque ya lo sabía. No fueron tus golpes los que me hicieron perder la cabeza; si acaso, sólo el uso de un brazo por un momento. —Por un instante su sonrisa se transforma en una risita—. Porque lo sabía incluso desde antes, lo sabía mientras cortejaba a Sonia, lo sabía mientras sufría los dardos de cientos de lectoras furiosas de su revista, lo sabía mientras me dejabas con el peor revés en la oficina de Enrico. No quisiste creerme y lo entiendo. Aun así, la verdad es esta, Vani, y quería que la supieras.

Estoy viendo a Riccardo con mi mandíbula totalmente apretada y los ojos tan abiertos que siento que me duelen los músculos de la cabeza. Imagino que, en algún momento, alguno de mis tendones se enervará y saltará, se oirá un *zing* y se me caerá la cara.

Riccardo se encoge de hombros. Se pasa una mano por el cabello, desordenándose, con ese típico gesto suyo que conozco tan bien.

—Eso es todo. Quería que lo supieras. Por honestidad hacia mí mismo y también hacia ti, ya que me odias. Hay quien dice que el odio y el amor son dos caras de una misma moneda; y yo me aventuro sosteniéndolo, me parece exagerado, pero ciertamente el odio no es indiferencia. Cuando te encontré por la calle por primera vez, con Sonia, estuviste tan..., tan indiferente, casi magnánima, que temí que no hubiera ninguna esperanza, ninguna posibilidad. Temí lo mismo cuando nos cruzamos afuera de las Ediciones L'Erica: estabas tan absorta en el trabajo, que me pareció que mi presencia te era indiferente. Sólo ese sarcasmo final con el que desarmaste todas mis teorías me dejó perplejo. Pero después de la fiesta, o, mejor dicho, después de que me hiciste la fiesta —se carcajea de nuevo, casi incómodo por su débil ocurrencia—, me dije que eso no podía ser indiferencia. Y, para comenzar, eso me basta. —Sonríe otra vez, no con otra media sonrisa cautelosa, sino con una amplia, dejando sus bonitos dientes brillantes a la vista, como si estuviera feliz de llegar al final del discurso—. Eso es. Nada más. Quería decírtelo, ya que de hoy en adelante comenzaré de nuevo a hacer todo lo que pueda para convencer a ese odio tuyo de que se convierta en otra cosa, en lo que era antes. Me pareció correcto que tú también estuvieras preparada.

Me mira por un momento, luego dice:

—Hasta pronto, Vani. —Me guiña y se va.
Qué bastardo.

El principio de Locard, también llamado principio de intercambio o ley de intercambio de Locard, formulado en 1910 por este genial Sherlock Holmes francés —que existió realmente—, Edmond Locard, precursor de la moderna policía científica, dice que cuando hay contacto entre dos personas siempre hay una contaminación recíproca. En criminología, eso se traduce en el hecho de que, si un sujeto A realiza un acto de violencia sobre un sujeto B, el sujeto B seguramente llevará la marca de los moretones, las mutilaciones, las heridas, pero al mismo tiempo también B dejará una marca, por muy pequeña que sea, en A: los nudillos de A quedarán lastimados tras el puñetazo que le lanzó a B, las fibras de la ropa o los cabellos de B estarán en la ropa de A, o bien, al forcejear, B pudo patear a A y producirle algunas contusiones.

Hay dos rostros en cada cosa, como diría Ivano. No existe agresor que no contenga, aunque sea en una mínima parte, las marcas del agredido. No existe víctima que no marque al verdugo. No existe interacción que no deje una marca también sobre quien parece no llevar nada.

El principio de Locard se encuentra en la base de la moderna ciencia de investigación, pero yo creo que es una maldita verdad también en cuanto a las relaciones humanas.

Mientras tanto, todavía aturdida, sigo con la mirada la silueta del impredecible idiota de mi exnovio, que se aleja por la acera, el idiota se gira una última vez para despedirse con una inclinación de cabeza dirigida también a Berganza. Entonces recuerdo de golpe que el comisario presenció todo, y también yo volteo a verlo.

También él observa cómo se aleja Riccardo. Está serio. Además, su rostro no refleja ninguna emoción.

Después de lo que me parece un año, se aclara la voz y se sacude.

—Bien, una velada densa con giros inesperados, Sarca. Diría que es hora de llevar a la casa estos viejos huesos.

—Comisario... —digo, pero me doy cuenta de que no sé bien cómo continuar. ¿Qué quiero decirle? ¿Que me siento incómoda por el teatrillo que tuvo que presenciar? ¿Que me siento como si me hubiese sorprendido besándome con Riccardo y ahora quisiera exclamar: «No es lo que parece, todo lo hizo él»? No lo sé. No, ¿y cómo voy a saberlo? Como ya se sabe, nunca entiendo nada de lo que siento.

Berganza abre la portezuela y se sienta en el lugar del conductor. Todo lo que hago es mirarlo a través de la ventanilla. Quisiera decirle sólo con los ojos todo eso: que al diablo Riccardo, que yo no quería que la velada terminara así, y sobre todo que no es verdad que cincuenta años sean demasiados para pensar en competir con alguien como mi exnovio, o sea, con un escritor joven de fama internacional, ingenioso y atractivo a dar miedo. No importa. ¿A quién le importa? Ninguna de esas cosas importa, esa es la verdad.

Pero el vocabulario de los ojos, como sabemos, es limitado. Y decir estas cosas hablando, ni pensarlo.

Berganza se asoma un poco hacia la ventanilla para despedirse.

Y en ese momento me mira, pero de una forma extraña.

Directamente a las pupilas, con los ángulos de la boca plegados en una ligera sonrisa. Ligera pero astuta, con una luz especial en los iris. Esa no es una expresión de desilusión o una mirada distante. No es el rostro de alguien que está abandonando el campo de juego sólo porque no cree que pueda soportar el combate con el enemigo. El comisario está sonriendo sólo un poco, como lo hace siempre que tiene por delante un desafío que le gusta. Algo por lo cual arremangarse la camisa. Un rompecabezas para resolver. Un imprevisto que rompe la proverbial banalidad de lo cotidiano. La escena de un libro que promete.

—¿Qué le parece si viene a casa mañana por la tarde, Sarca? Si no me equivoco, aún tenemos que ultimar la receta del *bunét* de chocolate caliente.

No dudo ni un instante en aceptar.

Sonríe, asiente con una comedida inclinación de cabeza y luego se va.

Me quedo en la acera, delante del portón, mirando su auto, que se aleja hasta que es engullido por la oscuridad de la noche. Me aprieto en mi impermeable, en la calle desierta y coronada por un encaje de estrellas artificiales; luego me sacudo y me pongo a buscar las llaves.

Dentro de poco estaré bebiendo un poco de whisky mientras observo estas luces desde mi ventana, y luego me iré a dormir.

Acerca del autor

ALICE BASSO nació en Milán en 1979 y ahora vive en un pintoresco pueblo medieval a las afueras de Turín. Actualmente trabaja en una editorial. En su tiempo libre finge ser todavía una veinteañera y canta en una banda de rock acústico para la que también escribe las letras de las canciones. Toca el saxofón, le encanta dibujar, cocina muy mal, maneja aún peor y es terrible para los deportes. *Escribir es un oficio peligroso* es la esperada continuación a su primer novela, *El inesperado plan de la escritora sin nombre* (2016).

Diseño de portada: Jorge Garnica / La Geometría Secreta
Imagen de portada: © Shutterstock

SCRIVERE É UN MESTIERE PERICOLOSO © 2016 by Alice Basso

Traducción: Nery López

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2018
ISBN: 978-607-07-4804-2

Primera edición en formato epub: marzo de 2018
ISBN: 978-607-07-4819-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE